



Muerte en lista
de espera

VEIT HEINICHEN

Siruela/ Policiaca

Veit Heinichen

Muerte en lista de espera

Traducción de Rosa Pilar Blanco

 **Siruela**
Nuevos Tiempos

Índice

Portada

Portadilla

MUERTE EN LISTA DE ESPERA

Cita

Partida

Jubilado

Silicona, colágeno, botox, grasa propia

Noches blancas

Invitados

Comando Faraón

El viaje de Vasile

La edad no protege del vino blanco

Un pelo en la sopa

Bienvenido, perro

Trieste-Estambul-Bucarest

Se abre la veda

Nuevo día, nuevo trabajo

Perros negros

Frutos de la noche

Afilar los cuchillos

Nuevo día, nueva suerte

Despertar de sábado

El camión rojo

Descanso dominical

Créditos

Muerte en lista de espera

Existen diversos tipos de seres y otros tantos rostros.
Quien es inteligente se adapta a innumerables tipos,
Y al igual que Proteo desaparece ora en agua fluyente,
Ora es león, ora árbol, poco después hirsuto verraco.
Estos peces de aquí se capturan con arpones, aquéllos con anzuelos;
A otros los arrastra, al tirar de la cuerda, la amplia red.

Ovidio

Partida

Un gélido viento del este barría la ciudad costera situada a orillas del mar Negro. A principios de mayo había vuelto a nevar con fuerza en Constanta, y la nieve chirriaba bajo las suelas. El hombre pisoteaba el suelo para entrar en calor. En cuanto estuviera a bordo del carguero, seguramente hallaría un lugar resguardado en el que cobijarse hasta llegar a Estambul. Más tarde, en el otro barco que debía conducirlo hasta Trieste disfrutaría de mejor alojamiento, según le habían prometido. Pero antes tenía que partir de Rumanía sin pasaporte.

Había alcanzado sin problemas y sin ser visto la zona al aire libre del puerto, intensamente iluminada. A la sombra de los contenedores que se apilaban hasta alcanzar la altura de una casa aguardaron en silencio la señal que debía llegar a las veinte treinta en punto desde el barco atracado en el muelle, al que Dimitrescu debía subir corriendo a toda velocidad por la escalerilla del portalón. Al final del viaje percibiría diez mil dólares, descontados los gastos de su intermediario, que ya había cobrado quinientos por adelantado. Diez veces el salario medio mensual que se ganaba en Rumanía en esa época... si se tenía trabajo.

Se habían conocido poco tiempo antes. El intermediario, un tipo untuoso vestido con un traje barato, no había necesitado insistir para convencerle del negocio, como él lo denominaba. Ignoraba que Dimitrescu llevaba varios días buscándolo. Según le había explicado el intermediario, una persona con los dos riñones sanos podía prescindir de uno de ellos, que sería infinitamente valioso para otra con los dos enfermos. La determinación del grupo sanguíneo y el test inmunológico fueron realizados con rapidez. Al intermediario le habían encargado contactar con Dimitrescu después de que Vasile, su hermano gemelo, no hubiera regresado de su viaje.

La familia esperó largo tiempo su vuelta, confiando día tras día en que subiera por fin las escaleras del edificio barato, frío y lleno de corrientes de aire, situado a las afueras de Constanta; que entrase, un poco cansado quizá pero sonriente, con un fajo de dólares en la mano, en la vivienda en la que residían las dos familias de los gemelos y de la que quería sacar por fin a su esposa y a sus tres hijos. Cada vez que oían pasos en la escalera, se avivaba la esperanza, pero la preocupación posterior de que le hubiera

sucedido algo crecía con el paso de los días. Nunca antes los había dejado sin noticias cuando había permanecido fuera durante un período tan largo, guiado por el deseo de ganar dinero en otra ciudad. Vasile no había revelado ni siquiera a su mujer las razones de su partida. Sólo había puesto al corriente a Dimitrescu. Éste intentó quitarle la idea de la cabeza, pero fracasó. Las ganancias eran elevadas, y Vasile creyó que era la única forma de solucionar su desastrosa situación. Otros muchos antes que él habían emprendido el viaje a Estambul, donde se efectuaban las intervenciones. Allí proliferaban las clínicas ilegales, que generalmente cambiaban de emplazamiento antes de que las autoridades, no especialmente activas, lograsen descubrirlas y desmantelarlas. El negocio era lucrativo, y expertos carentes de escrúpulos abastecían a la clientela de Occidente o de Oriente Próximo con métodos rápidos y fiables.

Sin embargo, antes de que Dimitrescu encontrase al intermediario de Vasile llegó la terrible noticia. Una noche apareció Cezar, un pariente lejano que se ganaba la vida haciendo rutas de largo recorrido con un camión y que viajaba mucho por el mundo. Hacía tiempo que no lo veían, y al principio ninguno supo lo que quería, pero en cierto momento sacó una foto arrugada del bolsillo de la chaqueta y la depositó sobre la mesa. La mujer de Vasile se cubrió el rostro con las manos y profirió un prolongado grito de dolor. Cezar contó que un policía le había entregado la fotografía en Trieste. Vasile había muerto. Las manos de Dimitrescu temblaban al coger la foto y la tarjeta del policía que le entregaba su pariente.

Aún tuvieron que mantenerse ocultos entre las hileras de contenedores durante un cuarto de hora escaso. Dimitrescu rebuscó en el bolsillo de su chaqueta de fieltro tosco, sacó una cajetilla de cigarrillos y ofreció uno al intermediario. «Esto es jugar limpio», pensó. Su decisión era firme. Le dio fuego al otro, que se giró enseguida para mirar hacia el barco. En el aire, frío como el hielo, su aliento flotaba mezclado con el humo.

Dimitrescu sacó del bolsillo de la chaqueta el hilo de alambre con las dos agarraderas que él mismo le había colocado esa tarde. Rápido como el rayo se lo colocó al otro alrededor del cuello y apretó. Los brazos y las manos del intermediario se agitaron, desvalidos, en el aire. No acertaron a agarrar a Dimitrescu, que apretó el lazo con una última y vigorosa sacudida. El hombre se desplomó en el suelo como un guiñapo. Dimitrescu tiró el alambre y rodeó la cabeza del otro con ambas manos. Las vértebras cervicales crujieron ruidosamente al fracturarse.

Cuando la Marina aún les pagaba a su hermano Vasile y a él por ser buzos de combate, tenían pocas preocupaciones. Aunque la paga no era abundante, solían recibirla con regularidad... Pero llegó un momento en el que el Estado rumano ya no pudo satisfacer sus sueldos y los de otros muchos colegas de profesión. Entonces comenzaron las desgracias para ellos. Dimitrescu, sin embargo, había aprendido a eliminar a alguien con rapidez y sigilo. «Es como nadar o montar en bici», bromeaba antaño, «una vez que lo aprendes, no se olvida jamás».

La muerte de su hermano no quedaría impune. Dimitrescu seguiría sus huellas hasta el final. El intermediario que había planificado el viaje había sido el primero. Registró

deprisa sus bolsillos y sacó unos billetes del monedero arrojándolo con desgana sobre la nieve. Las huellas le importaban un bledo, no era de suponer que las autoridades emprendieran largas pesquisas. Miró al muerto por última vez, escupió y lanzó su cigarrillo hacia la oscuridad. Después vio brillar la señal luminosa por encima de la escalerilla del portalón del barco. Echó a correr. Al día siguiente arribaría a Estambul, y unas jornadas después, a Trieste. Aunque desde primeros de año los rumanos ya no necesitaban visado para viajar a Europa Occidental, tenían que esperar muchos meses para conseguir un pasaporte. El único camino para seguir el rastro de su hermano era viajando en barco. A pesar de los rigurosos controles, la posibilidad de que no lo pillaran durante su entrada ilegal era mayor. Centenares de camiones llegaban a diario a Trieste vía Estambul. La organización tenía el asunto bajo control. A Dimitrescu eso no le preocupaba, sólo pensaba en su plan.

Jubilado

El terror es más viejo que la ira. Sus mejillas estaban cenicientas y parecían exangües. A tan sólo medio metro del escritorio, gritaba a Proteo Laurenti como si intentase volver a hacerse dueño de la desesperada situación.

–¿Sabes lo que ha pasado? ¿Sabes lo que se proponen hacer conmigo esos cabrones? ¡De eso, nada...! Durante toda mi vida he hecho el trabajo sucio para ellos... ¿y ahora? ¡Pero se llevarán una sorpresa, te lo prometo!

Galvano tenía el rostro lívido, sus ojos desprendían un fulgor salvaje y en las comisuras de sus labios se habían quedado adheridos restos de saliva. El viejo al que todos creían imperturbable, aquel anciano que siempre comentaba con cinismo el nerviosismo de los demás, apenas era capaz de articular palabra. Sus manos se agitaban sin cesar en el aire, sus largos dedos huesudos se contraían y la piel que cubría sus nudillos se tensaba.

Proteo Laurenti cerró la puerta de su oficina sin agraciar a Marietta, su secretaria, que lo esperaba, con una mirada de complicidad. Cuando Galvano se interrumpió frotándose despacio sus manos temblorosas, Laurenti le ofreció una silla, pero el viejo ya estaba disparando una nueva andanada.

–¡Casi sesenta años! ¿Sabes lo que eso significa? ¡Bah, cómo vas a saberlo! Eres demasiado joven.

Así eran las cosas en Trieste. Todos se conocían desde hacía una eternidad. Laurenti celebraría en otoño sus 25 años al servicio de la ciudad, le llevaba un año de ventaja al Papa. Se había casado hacía casi un cuarto de siglo, el mismo tiempo que llevaba con su secretaria, que jamás había manifestado el menor deseo de alejarse de su lado. También conocía a Galvano desde su llegada a la ciudad. En su última visita al médico, las escasas víctimas de asesinato que se habían registrado en Trieste durante las tres décadas anteriores habían ido a parar a la consulta de Galvano, sin la menor esperanza de curación. Pero al menos no sentían ya el corte de su escalpelo cuando les hacía la autopsia en los sótanos del Instituto Anatómico Forense, revestidos de azulejos blancos.

–Cincuenta y siete años –escupió el viejo, y Laurenti recordó las numerosas historias que le había referido Galvano.

Ese hijo de emigrantes italianos nacido en Boston había llegado con los aliados a la ciudad liberada de los alemanes y recién ocupada por los yugoslavos en mayo de 1945... y se quedó prendado de ella. Su esposa había fallecido unos años antes y sus hijos, que vivían en América, lo visitaban una sola vez al año durante la temporada estival. Sus nietos ya no dominaban la lengua materna de su abuelo y se reían de su inglés anticuado.

—Todos yacieron delante de mí, de sobra lo sabes, Laurenti. Los muertos que dejó la guerra, las putas cincuentonas asesinadas, el maricón que degollaron los marineros egipcios, el pobre Diego de Henríquez, que se abrasó en su cobertizo. Todos, sin excepción. Hasta el muerto metido en los tres sacos de basura. ¡Y el arponeado en el Karst! Y los suicidas, faltaría más. En una palabra, todo aquel que no hubiera fallecido como es debido, vino a parar a mis manos. ¿Por qué no dices nada?

Llevaban trabajando una larga temporada. El viejo siempre lo había tuteado, igual que a todos los demás, y siempre le había dado a entender con una peculiar indignación que no podía ser de otra manera. No respetaba la cuna, ni la riqueza, ni el poder. Únicamente ante los jueces exhibía formas exquisitas. Galvano era un forense destacado gracias, entre otras cualidades, a su olfato para las personas, y le complacía que le pidieran consejo en asuntos privados. Cuando al final lo jubilaron, el día siguiente a su fiesta de despedida acudió al trabajo como de costumbre. Su sucesor fue eliminado de un plumazo y cuando apareció otro cadáver volvieron a tomar juramento a Galvano para permitirle trabajar diecisiete años más. Hasta esa misma mañana.

—Este día tenía que llegar tarde o temprano —dijo Laurenti mirando por la ventana.

Galvano lo contempló con sus grandes ojos de un gris verdoso y se desplomó en la silla.

—Mírame —replicó—. Muéstrame a alguien que esté más en forma que yo. ¿Padezco esclerosis, demencia o la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob? ¿Acaso me tiemblan las manos? Aún me sostengo sobre las piernas, seis horas de autopsia sin parar apenas me afectan, y mis ayudantes se quedan atrás cuando dicto. Así que dame una sola razón por la que deba jubilarme.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El prefecto en persona junto con el *questore*. Por lo menos tuvieron el decoro suficiente para no enviar al jefe de personal. Pero solos tampoco se atrevieron, ninguno de los dos tuvo cojones.

—¿Y usted qué dijo? ¿No lo negoció?

Laurenti sabía de sobra que era una pregunta retórica, y se imaginó que Galvano había linchado verbalmente a los dos portadores de tan malas noticias.

—¿Qué te figuras? Enumeré todos los casos, con el año correspondiente y la causa de la muerte. Pero éstos no tienen ni idea. ¡Ignorantes pardillos!

De hecho el prefecto sólo llevaba seis años destinado en Trieste, período que el *questore*, por el contrario, superaba con creces. En opinión de Galvano, sin embargo, eran unos completos principiantes.

—Al final, al menos me prometieron consultarme en los casos difíciles. He de desalojar mi despacho esta tarde. Pero se llevarán una sorpresa, te lo aseguro.

No era el primer intento de jubilar definitivamente al viejo, a pesar de que, al margen de su manera de tratar a los vivos, nada se le podía reprochar, salvo su avanzada edad. Laurenti sabía que no era un capricho de sus superiores. Sencillamente un forense de ochenta y dos años no podía estar en activo, y punto. Sin embargo, no le apetecía nada defender la decisión, arriesgándose a un nuevo estallido de Galvano. También a él le molestaba tener que acostumbrarse a un sucesor. Algunos de los ayudantes que habían trabajado en la fría mazmorra de Galvano le habían parecido antipáticos. Jóvenes ceorros recién salidos de la universidad y extremadamente arrogantes. Por otra parte tampoco podían haber aprendido mucho con Galvano, porque éste siempre olfateaba la competencia y defendía su reino como un perro rabioso.

–Le ayudaré a trasladar sus pertenencias a casa –dijo Laurenti consultando su reloj–. ¿Nos vamos?

–¿Estás loco? –Galvano se levantó–. Tengo tiempo hasta esta tarde. No abandonaré mis dependencias ni un minuto antes. Si para entonces sigues con ganas de echarme una mano, ven a buscarme a eso de las seis.

Laurenti se preguntó qué haría Galvano ahí abajo. A lo mejor hablar por última vez con los escasos cadáveres que aguardaban su inhumación en los compartimientos refrigerados y que a partir del día siguiente serían propiedad de su sucesor. Quién sabe si no sostendría unos instantes sus frías manos y les estamparía un beso de despedida en la frente. El viejo era capaz de todo.

Pero lo que más preocupaba a Laurenti era qué haría Galvano cuando dejase de trabajar. Mientras residió fuera, en la costa, había disfrutado al menos de una amplia vista del mar y de un enorme jardín. Pero ahora vivía en la ciudad. Laurenti temía el rápido decaimiento que a menudo había observado en personas ancianas que se quedaban de pronto sin un ancla y ya no sabían a qué aferrarse. No sólo los viejos, se corrigió. En cualquier caso, él y su mujer tendrían que ocuparse más de Galvano, lo que tampoco constituía una alegría.

Silicona, colágeno, botox, grasa propia

–Todo el mundo quiere más dinero, *avvocato*. Eso no es un fenómeno nuevo. Y todos tienen sus métodos para conseguirlo –dijo Adalgisa Morena, la principal accionista de la clínica La Salvia–. Para nosotros no supone el menor problema dedicar la clínica entera a la cirugía plástica. El mercado es colosal. Los métodos se perfeccionan de día en día y los ensayos con los nuevos materiales son muy prometedores. Con el paso del tiempo hemos conseguido tan buena fama que pronto nos veremos obligados a ampliar las instalaciones, porque la lista de espera es cada vez más larga. Y también ofrece menos riesgos.

Sentada en el sillón de cuero negro y ligeramente inclinada hacia delante, sonreía con amabilidad. Su mirada cayó sobre el hombre de ralo cabello cano iluminado por un rayo de sol, lo que no lo convertía ni de lejos en un santo.

–De acuerdo, Adalgisa –a Romani no le habían impresionado sus objeciones–. Hemos firmado un pacto. En su día, vosotros os mostrasteis de acuerdo en que la participación de Petrovac en el capital se incrementase al cabo de cinco años. Sin él nada de esto existiría y los señores doctores seguirían trabajando en hospitales públicos. No hay nada que negociar. Si queréis ampliar, hacedlo. Os ayudaré de buen grado a convencer a las personas adecuadas para acortar los trámites burocráticos. Pero eso no tiene nada que ver con la participación en el capital.

–Las cosas no son tan sencillas –replicó el profesor Ottaviano Severino, que hasta entonces había permanecido callado dejando la negociación en manos de su esposa.

Creía llegada la hora de decir claramente al abogado de dónde soplaban el viento. Adalgisa le dirigió una mirada venenosa, que él, con plena deliberación, pasó por alto.

–El trabajo lo efectuamos nosotros, cirujanos y expertos en trasplantes muy acreditados. Sin nuestra participación, ¿de dónde recibirá Petrovac el dinero? ¿Por qué crees que la alta sociedad figura en nuestra lista de espera? ¡Seguro que no se debe a las acciones de Petrovac!

–¿De verdad quieres que se lo diga así? –Romani frunció el ceño y esbozó una sonrisa taimada–. Porque entonces podéis cerrar mañana. Él tiene mucho menos que perder que

vosotros. Ya sabes que a mí, personalmente, eso no me beneficiaría. Al contrario, un enfrentamiento semejante me dolería, pues sois buenos clientes de mi bufete. Y Petrovac también. Pero él tiene la sartén por el mango, eso quedó claro desde el principio.

–¿Y cómo arreglamos entonces las cosas, mi querido Romani? ¿No creerá Petrovac que nosotros vamos a rebajar nuestras pretensiones después de lo que nos ha costado, verdad? ¿Tienes idea de lo elevadas que son nuestras inversiones? Si no estamos siempre a la última, perdemos pacientes.

Adalgisa Morena lo miró con los ojos entornados.

–Las amenazas tampoco mejorarán tu posición, Romani –advirtió echando chispas.

–Yo no tengo nada que ver con eso –protestó el abogado.

–Tú o Petrovac, qué más da –replicó Severino encogiendo los hombros como si tuviera frío.

–¡Siempre los mismos prejuicios! Yo únicamente soy vuestro mediador.

–Presta atención, Romani, y tú, Ottaviano, cállate –dijo Adalgisa Morena al ver que su esposo cogía aire. Cruzándose de piernas, se reclinó en su butaca con una sonrisa peligrosa–. En última instancia, el mayor riesgo lo corremos nosotros. La participación de Petrovac hasta la fecha no sólo cubre sus gastos por el suministro de la materia prima, sino que le aporta cada año un montón de dinero adicional. Comprendo que no quiera rebajar sus pretensiones, y si sus gastos han aumentado, nosotros tendremos que asumirlos en parte. Pero el reparto de las ganancias no variará. Díselo.

Y ahora, por favor, permite que abordemos las demás cuestiones. No dispongo de todo el día.

Su tono había adquirido una imperceptible dureza, como cuando una persona manifiesta, por cortesía, una conformidad a la que no se siente obligada. Adalgisa volvía a encarnar la gracia divina. Romani podía soportarlo. Pero el profesor percibía a diario quién llevaba la batuta en la clínica y no le quedaba más remedio que aceptarlo. No obstante, hasta entonces su mujer también había tolerado que trabajase cada día menos, para dedicar más tiempo a los caballos y a las carreras. En cambio, el joven cirujano suizo que llevaba un año en el equipo la tenía encandilada.

Y para los casos especialmente peliagudos contaba con Leo Lestizza, su primo y cuarto accionista de la clínica. Hasta entonces había guardado silencio durante la reunión dejando la negociación en manos de Adalgisa. Conocía de sobra los méritos de su prima. A su inteligencia, afilada como un cuchillo, se sumaba la sangre fría de exitosa mujer de negocios cuya ambición financiera no conocía límites.

Después de que el abogado consiguiese una base de negociación que no lesionara el honor de Petrovac, pasaron a los otros puntos en los que necesitaban al bufete de Romani. Pronto se imprimiría un nuevo prospecto a todo color y era preciso revisar los aspectos jurídicos. En el ámbito de la cirugía estética la competencia internacional era encarnizada, y siempre había que contar con colegas celosos que intentasen por todos los medios ganar cuota de mercado, aunque fuera demandando a sus competidores. Los titulares negativos en la prensa espantaban la clientela.

Adalgisa explicó los términos con los que no estaba familiarizado Romani. *Waist-Hip-*

Ratio no significaba otra cosa que la relación entre la medida del talle y la de la cadera, por el momento la medida ideal era 0'7. *Lifting* facial y frontal se entendían sin necesidad de mayores explicaciones, aunque nadie debía imaginar que en el último caso le iban a separar lisa y llanamente el cuero cabelludo de la tapa del cráneo para tensárselo de nuevo. Al hacerlo, el nacimiento del pelo se desliza cada vez más hacia atrás. El *peeling* era un tratamiento facial a base de ácido, y del tratamiento con el láser de dióxido de carbono los pacientes salían doloridos, con la cabeza hinchada y totalmente vendada para esperar cinco días a que se desarrollara la nueva piel. La cabeza hecha una costra. El *lipojet* era un nuevo aparato para absorber grasa, y el botox, un arma milagrosa americana, un nocivo veneno bacteriano que, inyectado bajo las arrugas del rostro, congelaba la frente y, según contaban, hacía milagros. El colágeno no tenía nada que ver con el collage, sino con la artificialidad: un líquido viscoso destilado de la piel de ternera que hasta entonces había servido como material de relleno para todo, pero que experimentaba la competencia de nuevos materiales obtenidos del cartílago de gallina, crestas de gallo, ácido láctico y plexiglás. No obstante, en esos momentos el último grito era recurrir a la propia grasa para inyectar parte de la sobrante de un vientre caído en un pecho caído o en otras partes, o bien un fragmento de una barriga cervecera para tensar los laxos colgajos masculinos. Como es lógico, había que vender todo esto con palabras bonitas que no arruinasen en los clientes el deseo de renovar su estética y no fueran denunciables ante la ley. Además había que descartar cualquier fianza si el aspecto del paciente, tras la operación, no mejoraba.

—¿Existe algún otro problema que os agobie? —preguntó el abogado Romani después de haberlo entendido todo y de haber pasado a discutir el último punto, para cuya aclaración lo había convocado Adalgisa.

Los tres jefes de la clínica intercambiaron unas miradas. Una vez más fue Adalgisa la que tomó la palabra.

—Hemos recibido una visita inoportuna.

—¿De quién?

—De un periodista, supongo. Primero mandó un correo electrónico presentándose como cliente y solicitó que le enviásemos la documentación a una dirección de París. Era el primer francés que acudía a nosotros. Esto ya debería haber aumentado nuestra desconfianza, pues en ese país la competencia es feroz. Una semana después llamó por teléfono pidiendo cita y afirmó que deseaba hacer un regalo a su mujer: una renovación total. Incluso aportó fotografías suyas. Un método muy desacostumbrado. Es una de esas que empiezan pronto a querer seguir siendo como son. Al menos es lo que yo pensé entonces, antes de informarle sobre el tratamiento, alojamiento, servicio, gastos, etcétera, etcétera. Antes de irse, solicitó los currículos de los médicos, que, huelga decirlo, le negué. No obstante, le hablé largo y tendido de nosotros. Tras agradecermelo con mucha cortesía, me contestó que lo pensaría. Al cabo de unos días volvió a llamar pidiendo permiso para visitar las instalaciones. Yo lo rechacé argumentando que garantizamos discreción a nuestros pacientes y le invité a que visitase nuestra página web. Pareció aceptarlo y ya no ha vuelto a dar señales de vida. Lo extraño es que desde entonces Leo

se siente seguido.

–Siempre por un coche distinto –precisó Leo Lestizza–. Y a pesar de que el conductor intenta mantenerse a una distancia prudente, me ha llamado la atención. En las dos últimas ocasiones logré anotar la matrícula.

–Robado o alquilado –aseguró Romani–. Pronto lo averiguaremos. Pero ¿por qué te siguen?

–Ése es el quid de la cuestión. Yo tampoco lo sé.

–¿Periodista decías?

Adalgisa asintió.

–Me ocuparé del asunto. No os preocupéis. En el peor de los casos, librarse de alguien apenas cuesta unos cuantos dólares. Petrovac nos echará una mano en caso necesario. Pero permaneced ojo avizor a partir de ahora. A lo mejor incluso deberíais hacer una pequeña pausa.

–Cuéntaselo a Petrovac –dijo el profesor Severino, cosechando una mirada aniquiladora de su mujer.

La Salvia era una clínica privada cuya fama había trascendido las fronteras. Había sido construida cinco años antes en el Karst beneficiándose de numerosas desgravaciones fiscales y con algunos compromisos relativos al plan de edificación y a la ley de protección de la naturaleza. Estaban en juego nuevos puestos de trabajo. Romani recurrió a sus contactos y entregó a fulano o a mengano un sobre bien repleto para acelerar las decisiones. Además, los tres propietarios tenían óptimas relaciones políticas y eran ciudadanos respetados. Sus nombres figuraban cada año en los primeros puestos de la lista publicada en la prensa de los que más dinero ganaban. Adalgisa Morena era una empresaria que se las sabía todas y que sentía una pasión insaciable por el arte contemporáneo. Su colección adornaba casi todas las salas de la clínica. Le embelesaban sobre todo la fotografía y los pintores jóvenes. Acababa de adquirir *Paraíso*, de Miguel Rothschild, un argentino afincado en París, por lo adecuado que encontró el título. Le traía sin cuidado que las obras gustasen a los pacientes. Su esposo, el profesor Ottaviano Severino, poseía quince caballos de carreras, alguno de los cuales corría incluso en pistas internacionales como Baden-Baden, Clignancourt y Ascot. Y Leo Lestizza, con su perpetuo bronceado, era un destacado cirujano con nervios de acero, del que nadie sabía a qué dedicaba su tiempo libre, a pesar de que con relativa frecuencia anunciaba que se marchaba de viaje unos días.

Los pacientes de La Salvia se llamaban clientes y venían sobre todo de Italia, Austria, Alemania y Suiza, para someter sus cuerpos marcados por los años a ciertas correcciones. El programa estándar del equipo médico, compuesto por personas de distintos países, incluía pequeños rellenos de silicona en pechos y labios, estiramientos de la piel del rostro, liposucciones, pero también una completa renovación de la dentadura con anestesia total. Hasta los calvos volvían a tener buena presencia gracias a los trasplantes capilares.

Como es natural, la clínica tenía una ley férrea: aislar herméticamente de la opinión

pública a sus ilustres huéspedes y no revelar jamás sus nombres. Cuando no llegaban en sus propios automóviles, los recogía en el aeropuerto una limusina de lujo con los cristales tintados, que un cuarto de hora después atravesaba la pesada puerta de acero que protegía de miradas indeseadas el terreno de la clínica. El huésped penetraba por una puerta lateral del edificio principal de tres plantas y era conducido directamente a recepción. Ni siquiera los demás pacientes veían al recién llegado, si éste así lo solicitaba. La discreción era requisito imprescindible para acometer excelentes negocios. Eran contados los pacientes que abandonaban el complejo para visitar el idílico pueblo de Prepotto, distante apenas diez minutos a pie, del que eran naturales los cuatro viticultores más importantes del Karst. Y es que tenían que reponerse: del desgaste que conllevaba la vida empresarial, o del tedio provocado por la ajetreada vida social y los paparazzi que acechaban detrás de cada esquina. El programa complementario del vasto complejo incluía campo de golf y pista de tenis, piscinas, masajistas, especialistas en dietética y esteticistas. El centro disponía además de una caballeriza con animales tranquilos. Sin embargo, apenas se habían creado puestos de trabajo para enfermeros de la zona. Muchos médicos ayudantes y enfermeras, se rumoreaba, procedían del Este y solían permanecer allí un máximo de tres meses, con visado de turista. Seguramente cobraban en dinero negro y eran traídos y devueltos a sus países de origen por intermediarios según fuera preciso. Al parecer todos los trabajadores de La Salvia tenían que firmar un contrato previo que incluía una cláusula esencial de la clínica: mantener la boca cerrada.

Noches blancas

Y de nuevo ese miedo y ese sueño en el que se repetía una y otra vez lo que había sucedido irremediablemente tiempo atrás. De nuevo yacía despierto en el diván horas y horas, bañado en sudor. Sentía frío a pesar de que la habitación estaba demasiado caldeada. Vio las finas grietas en el estuco del techo de la habitación y las siguió con los ojos. Una telaraña sutil de un tono gris polvoriento se mecía suavemente en el aire ascendente de la calefacción. Vestía pantalones de traje grises, camisa blanca arrugada, con el cuello sudado y cercos amarillentos, y chaleco a juego con el pantalón. A pesar de que pertenecía al gremio administrativo, valoraba la ropa de calidad. Sólo llevaba vaqueros cuando trabajaba en el jardín, solía preferir traje incluso para dar un paseo por el Karst. Los cañones de la barba, que ocultaban la piel pálida de aspecto transparente de sus mejillas hundidas, estaban en marcada oposición a esto. No había probado bocado desde hacía tres días y apenas había bebido. Notaba el paladar y la lengua resecos. Tenía que esperar a que el sueño imposible ahuyentase las imágenes.

Año y medio antes había tirado las tabletas que le había recetado un amigo médico. Estaba seguro de que con el traslado a otra ciudad, a otro país, conseguiría dominar también esos ataques. Los progresos en sus investigaciones le habían insuflado nuevos bríos.

La semana anterior había obtenido una información que demostraba fehacientemente la veracidad de sus sospechas. A continuación ella completó el dossier que, con las pruebas, fotos y documentos, tenía la envergadura y la exactitud de detalle de una sólida argumentación del Ministerio fiscal. Había progresado mucho en sus pesquisas y se creía a salvo. Al ser un desconocido, nadie lograría descubrirlo. Había perfeccionado cada vez más el arte del disfraz y también había proporcionado buenos dividendos a las empresas de alquiler de coches de la zona. No carecía de dinero, y físicamente, gracias a su disciplinado entrenamiento diario, estaba más en forma que otros cuarentones.

Desde la penúltima primavera se había concentrado únicamente en esa investigación. Había renunciado a su vida anterior y había interrumpido casi todos los contactos con las redacciones y sus conocidos. Sólo mantenía comunicación con un puñado de amigos, cuando los necesitaba para sus averiguaciones. Al darse cuenta de que, después de su

tercera visita a las tiendas de Trieste y alrededores, lo reconocían, lo saludaban con amabilidad y le hablaban del tiempo, decidió comprar en los supermercados y grandes almacenes. El final de sus pesquisas lo estaba sometiendo a una dura prueba.

Su pesadilla comenzaba siempre con la misma escena, que aparecía fija ante sus ojos y sólo desaparecía cuando otras imágenes se le superponían. Una tras otra. Más despacio que a cámara lenta. El cuerpo abierto, que él quiso ver a toda costa, a pesar de que habían intentado disuadirle con todos los medios a su alcance. No obstante, consiguió entrar: disfrazado con el mono de trabajo y los zapatos de goma del personal de limpieza, penetró al fin hasta las cámaras frigoríficas del depósito de cadáveres del Distrito VI de París. Allí lo encontró la auténtica brigada de limpieza, desplomado sobre el cadáver de una mujer con el torso desfigurado por un costurón chapucero, de bordes azulado-rojizos, que se extendía desde el pubis hasta el cuello. La fiscalía anuló la denuncia por allanamiento de morada: alguien se compadeció de él.

En el aeropuerto Charles de Gaulle, el empresario de pompas fúnebres que se había hecho cargo del ataúd de cinc procedente de La Valletta, la capital de Malta, tuvo que dar parte a la policía después de que uno de sus empleados dudase de que los papeles del cadáver estuviesen en regla. Lorenzo Ramsés Frei se enteró del asunto gracias a la llamada de un agente parisino de la Policía Judicial, cuando el cuerpo yacía en la morgue para que le practicasen la autopsia. Los daños corporales no se ajustaban al «accidente de tráfico» que figuraba en los papeles oficiales como causa de la muerte.

Otra imagen: Era un templado día de principios de primavera, que había comenzado de forma alegre y muy prometedora. Como en los últimos días que llevaba en Malta, asistiendo a un congreso de docentes universitarios, ella le telefoneó antes del desayuno. Ramsés había salido con el teléfono a la terraza y contemplaba los tejados del Distrito VI. Él le habló entusiasmado del aire claro y de la vasta panorámica. Matilde lo dejó hablar y luego contestó con suavidad que, si no se engañaba, iban a tener un hijo. ¡Menuda noticia! Ramsés profirió un vigoroso grito de alegría. Ese mismo día, algo más tarde, después de regresar feliz y agotado de un largo paseo hasta más allá de Montmartre, encontró una carta ofreciéndole convertirse en miembro del Consejo permanente de la Asociación de la Prensa. Cobrando, por supuesto. Sería con diferencia el más joven del grupo. No era más que un reconocimiento a su labor y una forma fácil de ganar dinero. Bastaba con dejarse caer por allí dos veces al año para recibir la transferencia todos los meses. Ramsés, rebosante de alegría, dejó la segunda buena nueva del día en la recepción del hotel de Matilde.

Sin embargo, Matilde no llamó esa noche. El portero del hotel le comunicó que aún no había regresado. La misma información a medianoche, a la una y a las dos. Su teléfono móvil estaba apagado. Tampoco a la mañana siguiente dio señales de vida. La información del hotel seguía siendo la misma: Matilde Leone no había regresado durante la noche. Después de comer, Ramsés se dirigió a su casa para buscar entre la

documentación del congreso el teléfono del organizador. Al final escuchó con mala conciencia los mensajes de su contestador automático. El undécimo lo sumió en un estado de pánico.

El vuelo, vía Roma, duraba cuatro horas y media y costaba una fortuna. Sin embargo, sentía cierta desazón, por lo que rechazó el champán. El aparato aterrizó a eso del mediodía en el aeropuerto maltés de Laqua. Una colaboradora del director del congreso lo condujo directamente al hospital. En la recepción le remitieron a la sección de medicina interna, donde tuvo que esperar un buen rato hasta que por fin un médico de su edad, arrogante y bronceado por el sol, tuvo a bien dirigirle la palabra en un inglés teñido de un inequívoco acento italiano. En la solapa de su bata exhibía un rótulo de plástico con su nombre, precedido de un «profesor» en letras muy grandes.

–¿Es usted pariente de Matilde Leone? –le preguntó el médico con tono gélido.

–Es mi compañera y esperamos un hijo –respondió Ramsés con tono impaciente–. ¿Qué tal está? ¿Puedo verla?

–¿Están ustedes casados?

–Ya le he dicho que es mi compañera. ¿Dónde está?

–No puedo proporcionar información a desconocidos. Derecho a la intimidad –el médico se volvió, pero Ramsés lo agarró por el hombro.

–Va usted a decirme inmediatamente qué le sucede a Matilde Leone, o...

El médico lo miró sin inmutarse y agarró la muñeca de Ramsés.

–Está muerta –contestó con frialdad.

–¿Qué? –gritó Ramsés sacudiéndole por la bata–. ¿Qué ha dicho?

–Diríjase usted a la embajada. Y ahora, abandone inmediatamente el hospital.

–¡Quiero verla!

Fue un grito de desesperación. Ramsés lanzó al hombre contra la pared, rodeó su garganta con la mano izquierda y estrelló el puño derecho contra su cara. Dos, tres veces. La sangre brotó de la nariz del médico, y se le desgarró el labio superior. Tres forzudos enfermeros tiraron a Ramsés al suelo y le retorcieron los brazos detrás de la espalda. Él no se defendió. Media hora después, esposado y sentado en una silla, le fue tomada declaración en la Jefatura Superior de Policía de La Valletta. Dos días más tarde y tras depositar la cuantía de la fianza lo condujeron directamente al aeropuerto, donde, pasando ante los demás pasajeros, lo metieron en el avión con destino a Roma.

Y otra imagen más:

–Cadáveres de paja –dijo el comisario en París durante la cautelosa conversación que mantuvo con Ramsés–. Nosotros los llamamos cadáveres de paja, es decir, cadáveres a los que les han quitado los órganos y han rellenado el hueco resultante con celulosa. En el curso de nuestras investigaciones averiguamos que *mademoiselle* Leone sufrió tan graves lesiones en su accidente de tráfico que los órganos internos quedaron deshechos. Ya conocemos esta situación. Cada día es más frecuente. Los cadáveres que vuelven del

extranjero sin órganos ya no son casos aislados. Sobre todo los que proceden de países del Tercer Mundo, pero también de Europa. Por lo general los deudos no se enteran. Hojas de palmera o celulosa, como en su caso. No sabemos lo que hay detrás. ¿Son ciertos nuestros temores o se trata tan sólo de la chapuza de un hospital? Yo en su lugar solicitaría la intervención de la embajada para averiguar más detalles.

–Matilde esperaba un hijo –murmuró Ramsés con voz átona.

El policía echó un vistazo a los papeles y meneó la cabeza.

–La autopsia reveló que habían sido extraídos todos los órganos. No menciona la posibilidad de que el feto hubiera ido a parar a la investigación.

Ramsés se sujetó a la mesa para levantarse y se dirigió hacia la puerta sin decir palabra.

–Aguarde. Lo llevaré a su casa.

–Gracias –respondió Ramsés en voz baja–. Será mejor que vaya andando.

Caminó por las calles de París muy pegado a los muros de las casas, con el abrigo desabrochado. Ante sus ojos aparecía la cicatriz que deformaba el cuerpo de Matilde y en sus oídos resonaban las palabras «cadáver de paja». ¡La embajada! Tenía que solicitar la intervención de la embajada. Pero ¿de cuál? Ramsés era suizo. Matilde, italiana. Residían en París, en domicilios diferentes a pesar de que llevaban cuatro años juntos... sin casarse. ¿Qué diría el embajador italiano?

Se habían conocido durante unas Jornadas en Trieste. Matilde Leone pasaba las vacaciones en su ciudad natal y había dado una conferencia en la «James Joyce Summer School», que se celebraba todos los años a principios de verano y a la que acudían con regularidad los seguidores internacionales del autor. Ramsés había viajado por cuenta de *Le Monde* y redactó un artículo muy superficial sobre las Jornadas, poco más que un simple resumen del programa. Pronto averiguaron que los dos vivían en París, y Matilde se rió del segundo nombre que figuraba en su tarjeta. Quiso saber a qué se debía. Lorenzo Ramsés Frei le habló de su padre, un egiptólogo excéntrico que incluso había instalado en el despacho de su casa en Zurich un auténtico sarcófago con momia incluida. Acto seguido sus amigos del colegio endosaron a Lorenzo ese apodo del que jamás se libraría. Hasta su padre lo llamaba así.

A Matilde le gustó la historia, y cuando el grupo de joyceanos se disolvió después de la cena, preguntó a Ramsés si le apetecía tomar una copa. De eso hacía más de cuatro años.

Sólo su familia tenía derecho a exigir una investigación oficial. Él les informó por teléfono. Al día siguiente, Ramsés voló a Trieste vía Munich. Le costó contarles la verdad. Finalmente el padre de Matilde le extendió un poder que al día siguiente fue legalizado ante notario y traducido a tres idiomas por traductores jurados. También abordaron las formalidades del entierro. Ramsés no logró convencerlos de que enterrasen a Matilde en París. La familia quiso tenerla en el panteón familiar del cementerio triestino de Sant'Anna.

Había caído la noche. El nombre de ese médico corría una y otra vez ante sus ojos.

Lorenzo Ramsés Frei seguía con la vista clavada en el techo del salón. Yacía inmóvil sobre el sofá en medio de la penumbra.

–Ahora te tengo –musitó Ramsés.

Ante sus ojos se dibujó la imagen del hombre que había visto por primera vez en Malta, con un mechón de pelo cayéndole sobre la cara y la nariz ensangrentada. Había vuelto a verlo justo el día anterior, en el semáforo, al mirar desde el coche al carril contiguo, las manos enfundadas en guantes de gamuza reposando sobre el volante.

–Sufirás el resto de tu vida –murmuró Ramsés.

Y entonces, por fin, le venció el sueño.

Invitados

Proteo Laurenti consultó el reloj y se levantó. La maldición de los caminos cercanos. Desde que había instalado su oficina en la Questura, casi siempre llegaba tarde, a pesar de que mediaban escasos metros hasta la sede de la siguiente reunión.

Entró en la sala de reuniones justo detrás del jefe de la Policía. En torno a aquella mesa se congregaban los representantes de todas las fuerzas del orden de la ciudad. Oficiales de Carabinieri, los señores de la Guardia di Finanza, los dos jefes de las unidades especiales de la Policía, el comandante de la Policía municipal, así como Ettore Orlando y su lugarteniente en la Guardia costera y, finalmente, Laurenti y su jefe.

–Esta es la última reunión sobre este asunto, caballeros –comenzó el *questore*. Delante de él, sobre la mesa, reposaba una caja cerrada de color gris–. Desde esta tarde la cosa se pone seria. Podemos dar gracias a Dios de que sólo será una minicumbre, pues todos los ministros alemanes han excusado su asistencia... Aunque eso, lógicamente, será una lástima para nuestro gobierno y para la ciudad. Pero a cambio, nos han puesto las cosas un poco más fáciles.

Hacia poco que los medios aún hablaban de la gran cumbre italo–alemana, una conferencia de varios días sobre la colaboración entre ambos países fijada para principios de marzo. Las discrepancias llegaron cuando el jefe de la

Liga Norte, víctima de una de sus invectivas verbales, gritó «Europa fascista» y calificó a la Unión Europea de «Unión Soviética de Occidente». A continuación, una semana antes de la cumbre, qué casualidad, cuatro ministros alemanes cayeron en la cuenta de que sus agendas les impedían asistir al encuentro con sus colegas italianos acordado tiempo atrás. Este gesto se interpretó en ambas capitales como una muda protesta de los alemanes contra el Gobierno italiano, pero ambos jefes de Gobierno intentaron disimularlo. Así que se reunirían ellos solos durante unas horas, acompañados únicamente por un secretario de Estado de cada país.

–El cierre transcurrirá igual que las últimas veces –prosiguió el *questore*–. La posibilidad de que Trieste se convierta mañana en objetivo de un ataque terrorista ha disminuido, pero no se puede descartar. ¡Turquía se ha convertido en un país vecino, no lo olviden! Si vía Estambul llegan por mar hasta nosotros toneladas de heroína

procedentes de Afganistán, también es posible que lo hagan los terroristas. Berlusconi no demostró ser muy amigo de los islamistas cuando después del 11 de septiembre afirmó que consideraba la cultura occidental superior a la musulmana. Ellos lo recuerdan. Ciento treinta mil camiones utilizan anualmente la Terminal Turca, y esa cifra tiende a ascender con rapidez, pues hace diez años apenas eran trece mil. Somos la cabeza de puente de Europa para Oriente Próximo y Asia Menor. Los controles de vehículos se han intensificado mucho y los camiones son desviados en Campo Marzio. No obstante, nunca se sabe. Imagínense ustedes que alguien intenta romper el bloqueo con un camión articulado lleno de explosivos. Así que, ¡permanezcan alerta!

Laurenti consideraba estos temores muy exagerados. En su opinión no existía razón alguna para que los terroristas tuvieran en esos momentos en el punto de mira a los jefes de Gobierno de Alemania e Italia, y menos en Trieste, donde en su opinión se vivía a cuerpo de rey y se daban más importancia de la que tenían.

—Además —prosiguió el jefe—, es de temer que la Internacional de los neonazis intente congregarse a sus adeptos a pesar de mi prohibición de manifestarse. Esto no puede suceder en modo alguno, y les pido que en caso necesario intervengan en el acto. Por lo demás, lo de costumbre: el cierre se iniciará a las veinte horas. Los vehículos que aún permanezcan en la zona roja serán retirados por la policía y depositados en el muelle IV, en el puerto viejo. Esta misma tarde retirarán los contenedores de basura y desmontarán las papeleras de la zona para prevenir la posible colocación de bombas. A partir de las seis de la madrugada de mañana se decretará un cierre total incluso para los peatones. Se emplazarán los controles habituales en todos los accesos, tiradores de precisión en los tejados, tanquetas en los cruces, dos helicópteros sobrevolarán continuamente el centro, quince unidades bloquearán la costa y dos fragatas de la Marina patrullarán mar adentro para impedir la entrada de barcos mercantes. El alemán, nada más llegar, firmará en el Libro de Oro de la ciudad; después, a las once cuarenta y cinco, Berlusconi dará la bienvenida a su colega en la Piazza Unità. Hacia las catorce horas se celebrará la conferencia de prensa final en la Cámara de Comercio de la Piazza della Borsa. Poco después el canciller regresará al aeropuerto, pero nuestro jefe de Gobierno permanecerá otra noche más debido a la cena con los industriales. A partir de las diez de la mañana del sábado, todo recuperará de nuevo el curso normal. ¿Alguna pregunta?

Sonrió con ironía a la concurrencia, sabía de sobra que no le plantearían ninguna. Ya no. Estaban preparados desde hacía mucho y habían planeado todo hasta el más mínimo detalle. En los actos oficiales, la colaboración entre las fuerzas de seguridad, que habitualmente solían competir, se desarrollaba siempre sin fricciones. Nadie tenía el menor interés en que en una ocasión semejante cayera sobre su persona un atisbo de sospecha. Eso supondría, a buen seguro, el traslado al fin del mundo, al valle de Aosta, al sur del Tirol o a cualquier remota comunidad rural calabresa.

—El periódico de hoy publica el llamamiento de la Asociación de Comerciantes para que el cierre de la Piazza della Borsa se desplace un trecho hacia el Palazzo Modello con el fin de que puedan abrir todos los comercios de la zona —dijo el comandante de los *Vigili urbani*, la Policía municipal, que era la que se encargaba de los asuntos de menor

importancia de Trieste.

–¡No hay nada que hacer! –el *questore* levantó las manos y volvió a dejarlas caer–. El bloqueo transcurrirá tal y como lo hemos establecido junto con los especialistas del Ministerio del Interior –carraspeó; luego cogió la caja de cartón que tenía ante sí y la abrió–. *Signori*, me gustaría mostrarles algo que he recibido hoy por el correo interno. Observen esta caja. Carece de remitente. Y es mejor así. Porque el contenido no es muy satisfactorio y ha provocado náuseas no solamente a mi secretaria.

Tuvo que levantarse para sacar de la caja el enorme recipiente de cristal. En un líquido amarillento flotaba un objeto que Laurenti sólo logró identificar después de unos instantes. Un murmullo tardío y agitado se alzó entre sus colegas.

–He preferido no ocultárselo a ustedes. El líquido es formol, y lo que flota dentro, *signori*, es de esperar que todavía lo conserven todos ustedes entre las piernas. Esos genitales están invadidos por muchas excrecencias. Sólo pueden proceder de una antiquísima colección anatómica, que en otros tiempos incluía este tipo de singularidades con fines científicos. He de añadir, para mi consuelo, que también el prefecto ha recibido un envío similar, aunque en su caso se trata de un trasero deforme.

Alguien soltó una risita detrás de Laurenti. Éste no pudo identificar a su autor, y también la aguda mirada del jefe llegó demasiado tarde.

–¿Incluía alguna nota? –inquirió Laurenti.

–Nada. No tengo la menor idea de su procedencia ni del motivo por el que lo han enviado. Tampoco presenta huellas dactilares. Me fastidia considerar esto una amenaza. Doy por sentado que alguien de nuestras propias filas se ha permitido gastarnos una broma zafia, pues de lo contrario sería imposible explicar el acceso a nuestro correo interno.

De nuevo se alzó un violento murmullo que el *questore* acalló con un enérgico movimiento de su mano.

–No hay nada más que decir al respecto. Ahora nos esperan cosas más urgentes que hacer.

Al salir, Laurenti preguntó al comandante de los municipales si era verdad que habían reformado el interior del Ayuntamiento como consecuencia de la visita de Estado.

–No, no –le tranquilizó el jefe de la Policía municipal–. Sólo las zonas que visitará Berlusconi. El resto seguirá como estaba.

–Es como en el comunismo –musitó Laurenti meneando la cabeza.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Ettore Orlando, jefe de la Guardia costera y amigo de Laurenti desde que habían ido juntos a la escuela en Salerno y desde su reencuentro fortuito en Trieste décadas después.

–Bueno, me refiero al asunto de las carreteras de protocolo en los antiguos países comunistas. Al parecer, para la visita de Estado la Corporación municipal sólo ha reformado los lugares por donde pasará Berlusconi.

–¿Y eso te asombra? –Orlando soltó una risita burlona–. Si todos ellos dependen de él en cierto modo. Eso se llama obedecer por anticipado. Fíjate tan sólo en el pisto que se

da el alcalde. Como si quisiera emular al Gran Presidente. ¿Tienes tiempo para comer?

–La representación de hace unos momentos no ha estimulado precisamente mi apetito.

De todos modos no tenía mucho trabajo. La visita de Estado había sido planificada por los especialistas, las pocas decisiones que recayeron sobre ellos en Trieste habían sido delegadas tiempo atrás, y esa primavera no estaban muy agobiados de trabajo. La niebla desacostumbrada de la que se quejaban todos los ciudadanos debía de frenar también la sed de actividad de los malhechores. Laurenti consultó el reloj. Aunque todavía era algo pronto, aceptó.

–¿Quién crees que lo hizo? –preguntó Orlando.

–Ni idea. Pero el mensaje es inequívoco. A uno le han mandado una polla, al otro un culo. Está clarísimo.

–Sin embargo esos dos no se llevan demasiado bien.

–¡Qué importa eso! A mí me costaba contener la risa.

Subieron las escaleras que conducían al Teatro Romano, escogieron el trayecto que pasaba junto a San Silvestro, la pequeña iglesia del siglo XI que pertenecía a la comunidad protestante suiza, hecho que Ettore Orlando consideraba siempre un ultraje.

–Los calvinistas afanaron esta hermosa iglesia románica. Es increíble que los Habsburgo se la vendieran sin más ni más a los suizos.

Laurenti se encogió de hombros.

–¿Desde cuándo te alteras por eso? Así sucede en las ciudades laicas. Sin ideología se vive mejor, al menos así era hasta hace poco. Antes de que los fascistas volvieran a tomar posesión de nuestra bonita ciudad.

–La cosa tampoco es tan grave como tú crees.

–¿Que no? ¿Y qué me dices de todos los festejos que nos lloverán encima dentro de poco? Primero la fiesta nacional de los Alpini, luego la de los carabinieri y a principios de mayo, encima, la de las Fuerzas Armadas. Sólo nos hemos librado de Blair, porque Berlusconi prefería quedarse en Roma para hacerse cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Además, nos espera la visita de Aznar. ¡Por favor, hombre, esto no es normal!

–Pero sí bueno para la ciudad. Publicidad, Proteo.

–Y de repente encima pretenden dar armas a la Policía municipal. Ya estoy viendo ante mí las tumbas de los que aparcan mal abatidos a tiros. De momento están retirando hasta los coches del servicio de Correos.

Ettore Orlando y Proteo Laurenti hacían lo mismo que muchos ciudadanos desde que había entrado en funciones el nuevo Gobierno: hablar de política local. Sin embargo, Orlando calmaba y tranquilizaba, mientras que Laurenti daba rienda suelta a su ira. Éste creía que Trieste había retrocedido décadas a causa de los revisionistas, tanto en el aspecto ideológico como en el económico. En la vida cotidiana, él como policía tenía que permanecer neutral y tragarse incluso las mayores desvergüenzas. Las leyes seguían vigentes, aunque no todos las interpretaban igual. Y a Laurenti le costaba mucho callarse. Obstinado de profesión, dijo en cierta ocasión alguien de él, policía por compromiso: obstinado, apasionado, impulsivo e impaciente. Pero justo, añadía siempre él cuando

alguien se extrañaba.

Al entrar en la Trattoria alle Baretine, ubicada en la Via San Michele, aún seguían discutiendo. Sólo interrumpieron su charla cuando el dueño les presentó la carta. Laurenti se decidió por *fusi con la gallina*, un plato de Istria, pasta hecha a mano con una salsa a base de una gallina gorda. Orlando, que en la báscula pesaba más de un quintal, comenzó con un plato de *gnocchi con gulash*, y a continuación pidió gulash con polenta, mientras que Laurenti se conformaba con una *tagliata de caballo* como plato principal, sin guarnición, pero generosamente condimentada con romero fresco.

Mientras pedían, sonó el teléfono de Laurenti.

–¡Ziva! ¿Dónde estás? –Laurenti esbozó un ademán de disculpa dirigido a su amigo.

–Eso te pregunto yo. Por casualidad, ¿te acuerdas todavía de mí?

–He intentado llamarte durante toda la mañana. ¿Cómo te va?

–Imagínate, llevo dos días esperando en vano una llamada. ¿Estás solo? –la voz de Ziva adquirió un tono más alegre.

–No, estoy comiendo con Ettore. Perdona, he tenido mucho trabajo. No te he olvidado.

–Eso espero. ¿Cuándo nos veremos?

–Tú misma dijiste que antes del fin de semana sería imposible. Hoy es jueves. Mañana viene el alemán, y por la noche nuestro jefe de Gobierno ofrecerá un banquete a algunos industriales en el palacio Miramare. Si no ocurre algún imprevisto, el sábado las aguas volverán a su cauce.

–Entonces no nos veremos.

–Aún no lo sé –Laurenti suspiró. El fin de semana, como era habitual, pertenecía a su esposa. Y al comprobar que Ziva, al otro lado de la línea, permanecía silenciosa, tuvo que luchar con los remordimientos que le provocaban ambas mujeres—. ¿Sería posible el lunes a mediodía?

–A ver si volvemos a pasar alguna tarde juntos.

–Más adelante lo discutiremos, ¿de acuerdo?

Laurenti apagó el teléfono y dirigió a Orlando una mirada titubeante.

–Bueno, ¿por dónde íbamos?

–¿Tienes una aventura, Proteo?

–Tonterías, ¿cómo se te ocurre pensar algo así?

–¿Sigues con esa croata? Mucho cuidado. ¿Cuánto dura ya?

–Por favor, hablemos de otra cosa –Laurenti lo miró consciente de su culpa, pero Orlando no cejó en su intento.

–Si no me equivoco, deben de ser ya casi dos años. ¿Y nadie ha notado nada hasta ahora?

–No te esfuerces, Ettore. No merece la pena.

–Pero una cosa sí tienes que contarme, Proteo: ¿Qué ve en ti una mujer como Ziva? Quiero decir que tú eres un hombre casado que jamás abandonará a su esposa, y ella es una mujer extremadamente atractiva e inteligente, diez años más joven. Los hombres le sobran. ¿Por qué demonios te ha elegido a ti?

*

Había pasado la tarde hojeando los partes e informes que se apilaban sobre su escritorio. Desde su ascenso largamente esperado a *vicequestore* la burocracia lo agobiaba, sin contar con que había tenido que mudarse a un nuevo despacho dentro de la Jefatura Superior de Policía. Salvo la vista de la Arena romana situada enfrente, estar más cerca del aparato policial no ofrecía ninguna ventaja. Hasta la plaza de aparcamiento reservada para él solía estar ocupada por otros. Al menos había logrado que trasladaran con él a su secretaria y a Antonio Sgubin, su ayudante.

Laurenti pasó con uno de los informes a ver a Marietta, que se pintaba las uñas para combatir el aburrimiento mientras sujetaba el auricular entre la oreja y el hombro. La mujer enarcó las cejas y le dedicó un saludo.

–Perdona –le dijo después de colgar–, era mi madre.

–Pues me ha parecido más bien que tienes un nuevo admirador.

–Ojalá.

Ella hizo un mohín con los labios, cerró el frasquito de barniz de uñas con la punta de los dedos y lo dejó caer en el cajón de su escritorio, que al parecer era su segunda residencia: contenía cosméticos, instrumentos de manicura, tampones, pañuelitos de papel, horquillas para el pelo, todo lo que necesita una mujer. Al reparar en la mirada de Laurenti, cerró el cajón de un ligero empujón.

–A juzgar por cómo te emperejilas, alguien va detrás de ti –comentó Laurenti observándola de arriba abajo–. Seda natural, me parece –dijo mirando su blusa escotada–. ¡Y por lo visto también acudes a diario al solárium! ¿Te imaginas que entrase el jefe mientras te pintas las uñas?

–O mientras clavas tus ojos en mis tetas, cretino. Sabes de sobra que aquí nunca se presenta nadie sin avisar. Pero que sientas celos de mis amantes, eso sí que es nuevo. Sabes de sobra que yo sólo tengo ojos para ti.

–Déjate de bromas –Laurenti esbozó un gesto de desdén. Era un viejo juego entre ellos, casi de un cuarto de siglo–. Ahora dime, ¿qué se comenta sobre este asunto en vuestra locuaz tertulia del mediodía?

Marietta miró la hoja que él sostenía ante sus narices. Era un informe sobre la labor que el fiscal general Scoglio desarrollaba en estrecha colaboración con las autoridades de Munich porque existían indicios de que la explotación de los inmigrantes ilegales había alcanzado una nueva dimensión: el tráfico de órganos humanos.

–Ni idea –respondió ella–. Sólo se oyen los comentarios habituales.

–¿Y cuáles son los comentarios habituales?

–Bueno, pues los habituales. Un chino ilegal normal produce treinta mil; un ilegal revendido en trozos, ciento cincuenta mil, y así sucesivamente. Súmate alguna vez al grupo y conversa con tus colegas.

–Vuestra cháchara me arruinaría el apetito.

Laurenti odiaba esas tertulias de la comida del mediodía en las que despellejaban primero a todos los colegas y luego a la ciudad entera, sin detenerse ante nada ni ante

nadie.

–Pero a pesar de todo quieres saber lo que se cuenta. Cuánta arrogancia.

–Por eso acudes tú. Y ahora, me voy a casa.

No eran ni siquiera las cinco. Rara vez salía tan temprano del despacho.

*

–Come ensalada, Proteo –le recomendó Laura–. ¿Sabes manejar una motosierra?

–¿Por qué me lo preguntas? –sólo escuchaba a medias, mientras comenzaba a cortar el segundo filete.

–Antes de que empiece la primavera habrá que podar casi todos los árboles. Están demasiado juntos y demasiado altos. Debajo ya no crece nada, y dentro de dos años como mucho habrán tapado toda la vista. Galvano se limitó a dejarlos crecer a su aire.

–Sí... claro. Pero no tenemos motosierra.

–Pues la compraremos. Un poco de ejercicio no te vendrá mal.

–¿Crees acaso que voy a trabajar en el jardín con este tiempo tan asqueroso? ¿Es que no puedes encontrar a nadie que lo haga?

–La jardinería es hermosa, Proteo. Uno disfruta del aire fresco y encima ve los frutos de su trabajo. El hombre que vive allí arriba tiene jardinero. Nosotros, no. Y once euros la hora me parece demasiado, eso sólo puede permitírsele ese suizo.

–La carne estaba buena. ¿Dónde la has comprado? –Proteo Laurenti apartó el plato y se sirvió vino tinto.

–Filetes de potro. En Aurisina. Me dio la dirección la mujer que vive ahí arriba, junto a la vía del tren. Además estaban bien de precio, y con el caballo uno a fin de cuentas sabe lo que come.

–Algún día me crecerán cascos. ¿Por qué no preguntas a la vecina por un jardinero más barato? Hay montones de jubilados buscando trabajo. Con esta niebla no pienso salir a serrar árboles.

–He encargado semillas de hortalizas. Biológicas. En Trieste es difícil encontrarlas. Vi la dirección en una revista.

–Mmm.

Laurenti también hojeaba a veces las revistas de jardinería que su mujer había empezado a comprar desde el día mágico de la mudanza. Aunque lo cierto es que no sabía para qué. Por otra parte, estaba a favor de reconquistar a la naturaleza la vista libre del mar.

–Pero antes de plantar los bancales hay que aclarar esa selva. Creo que Galvano no ha dado golpe en este jardín durante los últimos veinte años. Cuanto antes pongamos manos a la obra, mejor. Aún estamos a tiempo.

Laura colocó los platos en el lavavajillas y quitó la mesa.

–Vamos abajo, anda –le rogó ella–. He encendido fuego en la chimenea. Podríamos seguir ordenando la biblioteca. Los dos juntos es más divertido.

En casi todas las habitaciones quedaban cajas sin desembalar. Apenas hacía dos meses

que se habían mudado. La casa aún olía a pintura fresca, y la mayoría de los cuadros estaban apoyados en las paredes esperando a que Laura y Proteo decidieran dónde colgarlos. La vivienda no era confortable, pero el enorme salón en el que un aventajado carpintero del Karst había hecho la librería a medida progresaba de día en día.

Habían cambiado a Galvano la casa por el piso de la ciudad. La propuesta partió de él. Galvano contaba ochenta y dos años por entonces y se había caído repetidas veces en la empinada escalera de la calle.

–Llevo ya casi cuarenta años contemplando el mar –les dijo una noche que le habían invitado a cenar–, y es suficiente. Ya no puedo verlo. Quiero venirme a la ciudad –y los miró sonriendo con sorna.

Al principio no tomaron en serio sus palabras, pero el viejo cínico insistió.

–¿Por qué no hacemos un sencillo trueque? –propuso él–. Soy amigo de un notario que resolverá el asunto. Fijaremos un precio simbólico, así apenas pagaremos impuestos. Mi casa quizá valga un poco más que vuestro piso. A cambio, vosotros os encargaréis de la mudanza y de las obras de reforma. Con eso quedaremos en paz.

Laura dirigió una mirada incrédula a su marido. ¿Estaría el viejo hablando en serio?

–Cuanto antes, mejor –repuso éste–. Yo cada vez estoy más decaído físicamente, a pesar de que aún puedo competir con cualquier ayudante. Vuestro piso dispone de ascensor. Y si vienen a visitarme mis hijos o mis nietos, tiene espacio de sobra –sus palabras sonaron como una orden.

Después de despedirse Galvano, los Laurenti intentaron cobrarle afición a la propuesta hasta muy entrada la noche. Las cuestiones prácticas se mezclaban con sueños hermosos. Obviamente la casa de Galvano, emplazada junto a la costa, era una joya, no había muchas iguales, o eran inalcanzables. Sin embargo, no se podía llegar en coche hasta la puerta de casa y además tampoco estaba en muy buen estado. En cambio disfrutaban de una vista privilegiada del golfo de Trieste, y un enorme jardín asilvestrado descendía por numerosas terrazas empinadas hasta el mar. Allí nadie los molestaría jamás. Y detrás de la casa, arriba en el Karst, se alzaba el pueblo de Santa Croce, donde podrían comprar lo más imprescindible si no les apetecía viajar a la ciudad.

–¡Entonces quiero volver a tener un perro! –exclamó Laura.

–Quién sabe si no habrá sido otra de las acostumbradas excentricidades del viejo –Laurenti seguía mostrándose escéptico–. Cada día está más raro. A lo mejor mañana ni siquiera se acuerda.

*

Su vida familiar se había consolidado gracias a grandes dosis de suerte. Proteo Laurenti tuvo que esforzarse durante mucho tiempo para perdonarle a Laura un devaneo con un feo agente de seguros. Eso había sucedido hacía más de un año. Nunca preguntó lo que había ocurrido en realidad, pero seguro que algo había pasado. Transcurrió mucho tiempo hasta que volvió a acostarse con su mujer libre de preocupaciones. Pero en el

interin se había interpuesto otra persona: Ziva Ravno, una fiscal croata que había conocido en aquella época, trabó con él una relación tan estrecha que acabaron sellando físicamente los progresos en la colaboración entre las autoridades de ambos países. Laurenti, sin embargo, siempre dejó claro que jamás abandonaría a Laura.

Ziva lo aceptó con serenidad.

–De todos modos vivimos a dos horas de coche uno del otro. Es la distancia correcta para mantener una relación –repuso ella estampándole un beso apasionado en la oreja.

Así quedó decidida la doble vida de Proteo. Una o dos veces por semana se encontraban a mitad de camino, en Eslovenia, el país situado entre ellos. Pirano, Portorose, Capodistria. Había bastantes hoteles en los que conseguir una habitación para unas cuantas horas, incluso durante la temporada alta del último verano, cuando a causa de la crisis económica alemana dejaron de acudir muchos turistas.

La propuesta de cambiar la casa en la costa por el piso de la ciudad no fue una extravagancia del viejo Galvano, y las consecuencias aportaron estabilidad a la baquetada vida conyugal de los Laurenti. Ahora tenían que forjar planes, solucionar formalidades, culminar proyectos, organizar trabajos de instalación y de reforma, dar instrucciones a los operarios y elegir materiales. Marco, el menor de sus tres hijos, había finalizado entretanto el bachillerato con un resultado aceptable y, como miembro de una de las últimas quintas anteriores a la supresión del servicio militar obligatorio, tenía que acreditar su lealtad al Estado. Las regañinas no sirvieron de nada, pero las relaciones de Ettore Orlando le proporcionaron una mili soportable en la Guardia costera de La Spezia ligur, donde Marco también podía obtener la licencia para tripular grandes yates y veleros. Mientras tanto, a sus padres les costaba trabajo disuadirle de su deseo de desperdiciar la vida después de la mili como patrón de yate.

–¿De qué suizo me hablabas hace un momento? –preguntó Proteo, soplando el polvo del canto de los libros recién sacados de la caja.

–Del hombre que vive más arriba de nosotros. Me lo encontré en el aparcamiento. Amabilísimo y muy alto. Por su estatura podría ser hijo de Galvano. Es escritor.

–¿Y a qué se dedica ahí arriba?

–Bueno, ¿a qué se dedica un escritor?

–Quiero decir si vive solo.

–No se lo pregunté, pero me da la impresión de que sí –Laura meditó un momento sobre qué le había llamado la atención en ese hombre–. Viste bien y tiene un aspecto atildado, pero me da la impresión de que se siente muy solo. Y deprimido. No me preguntes por qué.

–¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

–Ni idea. No quise preguntárselo. Pero un día de estos podemos invitarlo a tomar una copa.

–¿A un suizo? –Laurenti se rascó la cabeza–. En fin, ¿y por qué no?

Comando Faraón

Su sitio favorito era un viejo sillón acolchado situado ante una mesita baja redonda de raíz de nogal que procedía del mobiliario de un camarote de lujo de un viejo transatlántico. Por la ventana orientada al este contemplaba los viñedos de sus vecinos, que cultivaban vitovska, malvasía y glera, las viejas variedades de vid autóctonas. Y la vía férrea, que discurría más arriba. La otra ventana tenía vistas al sur, al mar. Podía pasarse horas sentado allí, mientras empollaba sus documentos, leía o simplemente escuchaba música y reflexionaba. Matilde y él habían comprado y reformado la casa, emplazada a gran altura sobre el golfo de Trieste, hacía tres años.

Ella la llamó «la casa del capitán».

–¡Nido de gaviotas! –la objeción de él la hizo reír.

–Como si las gaviotas tuvieran nidos –se burló ella–. Las gaviotas están posadas en el mar o volando.

–¿Y dónde ponen sus huevos?

–¡Aguafiestas!

Ramsés lo recordaba en esos momentos. Eso había sucedido cuando se mudaron, con la casa por fin terminada, en la Pascua de 1998. Muy pronto se cumpliría el segundo aniversario de la muerte de Matilde y entonces él asestaría el golpe. En la pausa entre el quinto y el sexto movimiento del *Stabat Mater* de Scarlatti, que en los últimos tiempos escuchaba casi ininterrumpidamente, oyó un crujido que no procedía del fuego. Conteniendo el aliento, depositó el cigarrillo en el cenicero y esperó unos instantes. Después apagó la música, se levantó y encendió la lámpara grande de la habitación. Creyó oír unos pasos alejándose presurosos por el camino que separaba la finca del viñedo. Hasta entonces ningún visitante inesperado se había acercado a la casa por ese sendero. El nido de gaviotas estaba tan escondido que la aparición de visitantes indeseados era casi impensable: acarrear el posible botín bajando varios cientos de metros por el escarpado terreno hasta la carretera carecía de atractivo para los ladrones.

En una ocasión, Matilde se había topado cara a cara en el jardín con un linco y no acertó a decir cuál de los dos se había asustado más. Faisanes, ardillas, urracas, gaviotas y en ocasiones algún zorro figuraban entre los visitantes. En verano, al rayar el día,

bajaban incluso corzos desde el reseco Karst para calmar su sed en las frondosas vides. Pero producían otros ruidos.

Ramsés encendió la iluminación exterior y salió a la terraza, rodeó la casa y revisó la puerta trasera del jardín. Nada. Estaba cerrada, como siempre, con una gruesa cadena y un candado. Ninguna huella, ni el menor ruido. Regresó al salón, encendió otro cigarrillo y, tras alimentar el fuego de la chimenea con dos leños, meditó. ¿Quién iba a presentarse allí poco antes de la medianoche? En ese momento, por la ventana orientada al este, vio cómo un coche se alejaba marcha atrás a gran velocidad por la estrecha Vía del Pucino, que discurría paralela a la línea férrea. Las luces traseras eran las únicas visibles. ¿Sería un ladrón en busca de botín? Ramsés meneó la cabeza. Improbable. ¿O habrían descubierto sus manejos, a pesar de todos sus disfraces y disimulos? Descartado. Siempre que había podido, había realizado sus pesquisas con otro nombre, procurando aparecer en persona lo menos posible. Pero pese a todas sus maniobras de ocultación, había un rasgo que no podía modificar: su llamativa estatura.

*

Para Romani había sido pan comido averiguar los datos personales del conductor utilizando la matrícula del vehículo anotada por el médico. Las empresas de alquiler de coches no pusieron pegas en lo tocante a la protección de datos cuando un amable policía les telefoneó por encargo suyo. Rápidamente quedó claro de quién se trataba. El buscador de Internet escupió casi tres mil entradas con ese extraño nombre. Un periodista que en los últimos años había dado mucho que hablar. Tenía en su haber revelaciones sobre escándalos de corrupción en el Palacio del Elíseo, la caída de un consejero federal suizo, y también llevaba su firma el descubrimiento de las fortunas de colaboracionistas que permanecían intactas desde 1945. Figuraba en la junta directiva de una respetada asociación internacional de periodistas y había impartido conferencias en distintos países: «El final de la legitimidad – Límites del periodismo de investigación», se titulaba una; «¿Seguir adelante o no? ¿Justifica el interés público el uso de métodos ilegales de investigación?», otra, o: «Libertad de prensa y privacidad – El derecho a la información, un derecho fundamental de la libertad de opinión y de la democracia». Romani anotó los títulos. Su última gran historia había causado sensación en todo el mundo tres años antes, pues desvelaba hechos explosivos sobre la denominada ruta de China a Belgrado, que se había desarrollado bajo el gobierno de Milosevic como principal vía de entrada de los inmigrantes ilegales en Europa Occidental y sobre la que las autoridades al parecer no sabían ni media. Lo habían citado incluso ante la comisión de la nueva policía europea. Después se hizo el silencio. Era obvio sospechar que había hallado nuevas pistas. Romani se dio cuenta en el acto de que ese hombre era peligroso.

Tras espiarlo durante unos días, decidieron consultar a Petrovac. Estaba claro que ese periodista podía resultar peligroso para ellos si realmente metía la nariz en los asuntos de la clínica.

–Tolerancia cero –había ordenado Petrovac–. No hay que correr el menor riesgo. ¿Por

qué esperar a tener pruebas? A fin de cuentas no estamos ante un tribunal.

Los dos albaneses tenían orden de actuar en cuanto hubieran investigado su rutina diaria. No resultaría difícil, porque habitualmente Lorenzo Ramsés Frei pasaba las tardes solo en casa, que estaba alejada del vecindario. Sería imposible apagar un fuego allí arriba, encima de la carretera. Y era evidente nadie lograría sobrevivir a las llamas.

El viaje de Vasile

Aparte del suave murmullo del oleaje que ascendía desde la orilla, situada debajo de las escarpadas rocas, durante unos segundos sólo se oyó el graznido de las urracas. El tráfico en la SS 14, una de las dos arterias de comunicación que conducían de Italia a la ciudad, se había extinguido de repente. Luego se escuchó a lo lejos el ruido sordo y regular de un cúter al que sólo se podía adivinar a través de la niebla que desde hacía tres días enterraba el golfo de Trieste bajo un pesado edredón de plumas y, finalmente, a una distancia indefinible, el sordo golpear de los rotores de un helicóptero al que seguía, acercándose rápidamente, el retumbar del aullido irregular de tres coches patrulla que abrían la comitiva de coches oficiales, compuesta por más de veinte vehículos de escolta de la Polizia di Stato, de los carabinieri y de las unidades especiales, seguida por dos ambulancias, a una distancia calculada al milímetro. El trayecto comprendido entre el aeropuerto y el edificio del Gobierno en la Piazza dell'Unità d'Italia, que concentraba toda la atención mediática del día, debían recorrerlo en veinte minutos.

Vasile, escondido desde hacía una hora detrás del pequeño muro, intentaba pensar con claridad y tranquilizarse. Tres veces había visto pasar una ambulancia con la inscripción de la clínica a través de las retamas en flor. Vasile sabía que lo estaban buscando. Pero a pesar de la debilidad y de los dolores, del frío y de la humedad, acabó por dormirse, agotado. Su sueño inquieto se pobló con las imágenes de los últimos días. El 2 de marzo, casi una semana antes, había partido de Constanta. Primero a bordo de un viejo carguero de cemento. Lo recluyeron durante diecinueve horas en la bodega trasera junto con otro par de hombres. Los dos marineros que lo condujeron a bordo sólo subían a cubierta a los pasajeros ilegales media hora por la noche. Nadie debía verlos. Eso habría significado el final del viaje. Tocaron en Haydarpassa, el puerto de Estambul, con las últimas luces del día. Horas después, los marineros desembarcaron a Vasile y lo condujeron a toda prisa por las gigantescas instalaciones portuarias hasta otro barco. Tuvo que esperar en la oscuridad hasta que los colaboradores de la «RoRo Turk 18», avisados por teléfono móvil, lo condujeron al transbordador de camiones que se dirigía a Trieste. La travesía

duró otros tres días. Pero ahora disponía de un camarote, buena comida y té en abundancia. Durante esos tres días Vasile sólo bebió té. Tenía que estar descansado y en buenas condiciones físicas a su llegada a Trieste. Ésa era una de las condiciones de ese viaje del que pensaba regresar cargado de dinero. El intermediario se lo había prometido. ¡Diez mil dólares! Semejante suma permitiría vivir una larga temporada a Vasile y a su familia. Hasta podría ayudar a Dimitrescu, su hermano gemelo. Y comprarse por fin el aparato que le garantizaría unos ingresos regulares: una máquina colocada sobre un carro que, gracias a un generador, le permitiría fabricar helados. Bien en Constanta o en el paseo marítimo de alguna de las cercanas playas del mar Negro, Mamaia y Eforie, cuando llegase la primavera. En eso pensaba Vasile para darse ánimos cuando una hora antes de atracar en Trieste lo condujeron a un camión articulado y tuvo que trepar dentro de la caja enrojecida por el óxido. Tras él cerraron de nuevo el precinto con sumo cuidado. Ningún aduanero debía darse cuenta de que había sido abierto. De todos modos, los vehículos que abandonaban el puerto eran demasiados y sería imposible controlarlos todos. No lo descubrirían.

Un día después oyó por casualidad unas palabras que lo sumieron en un estado de pánico: páncreas, corazón, pulmón, hígado... y su nombre. El pánico se apoderó de él.

¿Y ahora? Estaba huido, sin dinero y ni siquiera vestía sus propias ropas. Sólo llevaba un mandil de color verde hierba y zapatillas de goma azul claras. Al verlo escapar corriendo, le azuzaron al dogo argentino blanco. Cuando se abalanzó sobre él tirándolo casi al suelo, Vasile lo ahuyentó con un palo. Las heridas de su hombro eran profundas y le dolían. No supo cuántos kilómetros había recorrido, acosado, entre los matorrales y el bosque lleno de piedras de bordes afilados. Ni siquiera sabía hacia dónde se dirigía. Vasile sólo tenía una meta: alejarse lo más deprisa posible de la clínica. Al cabo de una hora, en medio de una densa niebla, tropezó y cayó por un talud cubierto de salvia silvestre y fue a parar a la amplia carretera sobre el mar, de denso tráfico. Era consciente de que debía evitarla, pero no le quedaba otra salida. Agachado y protegido por el muro de separación, siguió avanzando apresuradamente. En una ocasión pasó por una parada de autobús y leyó el nombre de la ciudad hacia la que se dirigía: Trieste.

Lo despertó el ulular de las sirenas. Levantándose de un salto, intentó sacudirse el sueño con movimientos enérgicos y aclarar su mente. De pronto se dio cuenta de que a los tres primeros vehículos debían seguirlos otros. Lo había visto con harta frecuencia en Bucarest, donde había buscado trabajo en vano medio año antes. Por entonces regresó a casa medio muerto de hambre y al final se enteró por el amigo de un amigo de lo que tenía que hacer para salir de la miseria.

El estrépito de las sirenas aumentó. Vasile tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas y salir a la carretera en el momento adecuado. Debía conseguirlo si quería sobrevivir. Tras incorporarse, colocó los pies en el muro, se apoyó con las manos y, apenas vio destellar las luces azules a través de la niebla, saltó.

*

El encuentro entre los dos jefes de Gobierno se había decidido en noviembre, durante la Cumbre de la Iniciativa Centroeuropea. El nuevo alcalde había conseguido convencer a Berlusconi de que para Trieste era también importante convertirse alguna vez en escenario de la política internacional. Pocos apoyaban su postura, salvo los miembros de su coalición. Berlusconi, sin embargo, aceptó la invitación y prometió recibir en Trieste al año siguiente primero a Tony Blair, después al canciller alemán y finalmente a su colega español, Aznar. Sólo había que apagar la nueva iluminación de la Piazza Unità, más intensa incluso que la de Viena. Además tenían que desaparecer las luces azules que, siguiendo el criterio de un renombrado arquitecto francés, se habían instalado en el pavimento de la vasta plaza abierta al mar cuando ésta se remodeló. ¡Hay que ver de todo lo que tenía que ocuparse Berlusconi! No obstante, el jefe de Gobierno no se granjeó con su gesto nuevos amigos en la ciudad. Algunos paseantes entrevistados por la televisión regional opinaron que debía marcharse a Viena si esto le parecía demasiado luminoso. Tampoco el alcalde, que, según se rumoreaba, era el hombre de paja de fuerzas políticas más poderosas, corrigió con su obediencia servil la lamentable impresión que causaba desde su toma de posesión.

En 2001 se habían celebrado en Trieste dos encuentros políticos internacionales de alto rango que paralizaron el centro. El de los ministros de Medio Ambiente del G8 en primavera y la Cumbre de la Iniciativa Centroeuropea, INCE, en otoño. Dos veces se había cerrado a cal y canto el centro de la ciudad durante cuatro días, y nadie había podido pasar sin un permiso. En ambas ocasiones, de las puertas de numerosas tiendas y bares habían colgado rótulos escritos a mano que decían «Chiuso per G8» y «Chiuso a causa dell'INCE». Los coches habían circulado esos días por los trayectos alternativos a paso de carreta, y los que no residían en el centro, prefirieron quedarse en casa. El descontento de algunos comerciantes por las pérdidas fue grande, pero de nada sirvieron las protestas. El Gobierno municipal no ofreció indemnización alguna. Esta vez tampoco recibirían nada. Sólo el alcalde se mostraba satisfecho: al fin podría estrechar la mano a un político europeo tras otro.

La Prefectura, el Gobierno regional y el Ayuntamiento bordeaban la gigantesca Piazza Unità, en la que también se ubicaba el gran hotel donde se alojaría el alemán con su equipo, mientras el Gran Presidente procedente de Roma, que se quedaba un día más, ocuparía el suntuoso apartamento de invitados de la Prefectura, situada enfrente. La iluminación de la plaza se apagó durante la noche, por supuesto, apenas regresó de la cena el Gran Presidente. La Piazza Unità, la carretera costera y los alrededores en quinientos metros a la redonda fueron cerrados a cal y canto por unidades de los carabinieri y de la policía.

El corazón de Trieste permaneció frío y oscuro durante días.

El Airbus de las Fuerzas Aéreas alemanas aterrizó a las nueve en punto, según lo previsto. A los pocos minutos las limusinas Lancia con el huésped de Estado y sus acompañantes partieron del aeropuerto y se introdujeron en medio de la columna de

vehículos de seguridad que aguardaban a la salida. Las comunicaciones por radio entre los coches de la escolta no cesaban.

–¡Parlotean demasiado! –maldijo Proteo Laurenti bajando el volumen–. Como de verdad suceda algo, estaremos distraídos. Pero aquí no pasará nada de nada. Habría dado igual meterlo en un taxi.

–O en el autobús de línea.

Al volante del Alfa Romeo azul oscuro, cinco coches por detrás del vehículo azul oscuro del alemán, se sentaba Antonio Sgubin, su asistente. El funcionario uniformado del servicio de seguridad que iba en el asiento trasero con una metralleta en el regazo, se comportó como si no hubiera oído. Los tres portaban chalecos antibalas.

–Los alemanes no pueden evitarlo –comentó Laurenti–.

Siguen viniendo aún con sus Fuerzas Aéreas. Mira que no resultarles embarazoso. ¿Por qué no escribirán sencillamente República Federal Alemana en el avión gubernamental?

–Están sin blanca. Y figúrate lo caro que es pintar de nuevo un Airbus.

En la entrada de la autopista, Sgubin pisó el acelerador. La distancia entre los vehículos permaneció invariable, incluso cuando la columna atravesó a toda velocidad y al mismo ritmo el puesto de peaje, cuyas barreras abiertas parecieron saludar al huésped de Estado. Acto seguido, los coches se sumergieron en la niebla, que difuminaba los perfiles de la costa escarpada y se tornaba más densa a cada kilómetro.

–Hacía años que no ocurría algo parecido –comentó Sgubin–. En realidad nunca. No se ve un burro a tres pasos. ¿Qué ha sido de nuestra vieja y excelente bora?

–Es el maldito calentamiento del clima, créeme. Enero fue radiante, y ahora este calor. Dentro de una semana seguramente estaremos a veinticinco grados y en cambio en Pascua se nos helará el culo –Laurenti se volvió con expresión de tedio hacia el tercer hombre, acomodado en el asiento trasero–. ¿Y tú de dónde vienes?

–De Venecia –Miraporte miraba al infinito, impasible.

–Vosotros aún estáis más jodidos. ¿De Venecia o de Mestre?

–De Mestre.

–Entonces al menos no se te mojarán los pies, y la pizza también es más barata.

Laurenti volvió a mirar al frente. Evidentemente no había mucho que hacer con Miraporte. Seguro que era uno de esos tipos que se pasaban la vida de la Ceca a la Meca y que a sus escasos treinta años había aprendido a cerrar el pico en presencia de funcionarios desconocidos. Sobre todo si eran de mayor rango.

Tras pasar el Duino, tomaron la siguiente salida para acceder a la carretera de la costa.

–El idiota que llevamos detrás ha dado la larga –masculló Sgubin girando el retrovisor.

–Diez minutos más y nos habremos librado de ellos –Laurenti se arrellanó en su asiento y apoyó las piernas en el salpicadero–. Por cierto, ¿aún conservas tu velero?

–Por supuesto. En cuanto haga más calor, lo sacaré. Necesita una nueva mano de pintura. La precisa cada dos años. ¿Por qué lo preguntas?

–Podrías volver a invitarme alguna vez. Cuando mejore el tiempo me gustaría ver nuestra nueva casa desde el mar y tomar un par de fotos.

–De acuerdo –accedió Sgubin–. Tú traes el vino y algo de comer. Yo el barco. Pero sólo nosotros, nada de mujeres. En el mar las mujeres traen mala suerte.

–No es precisamente un buen recibimiento que digamos para los jefes de Gobierno –murmuró Miraporte, que apenas abrió la boca al hablar mientras seguía mirando por la ventanilla con indiferencia.

Laurenti esbozó una mueca despectiva.

–Esas dentaduras de blancura resplandeciente son más poderosas que el sol. Atraviesan cualquier niebla.

Recorrieron el túnel rocoso en cuya entrada habían pintado con spray hacia más de medio año una cruz gamada negra y consignas fascistas, que por lo visto no molestaban a nadie. En el pequeño mirador situado justo detrás resaltaba también el mismo símbolo de casi un metro de diámetro sobre una placa conmemorativa con un poema de Umberto Saba. Imposible de pasar por alto para cualquiera que pretendiera adentrarse en la ciudad, por ejemplo los turistas, pues casi todos hacían allí una paradita para disfrutar de la grandiosa panorámica del mar. E imposible de pasar por alto para todos los políticos que visitaban la ciudad.

Entonces, de repente, vieron destellar las luces rojas de freno ante ellos.

–¡Mierda! –bufó Sgubin.

Frenó bruscamente e intentó esquivar al otro coche. No tenía la menor posibilidad. Rasparon ruidosamente a lo largo al Lancia que los precedía. Y detrás escucharon el chirrido de las ruedas y el sordo estruendo de la chapa al chocar.

Miraporte saltó del coche mientras quitaba el seguro a la metralleta, y se puso a cubierto detrás de la aleta. Laurenti se arrodilló detrás de la puerta entreabierta empuñando la Beretta con ambas manos. La misma imagen ofrecían una treintena de funcionarios más. Limusinas atravesadas. Niebla espesa en la que brillaban las luces azules. Segundos de silencio sepulcral. No se veía nada.

–¡Alarma roja! –gritaba el altavoz– ¡Alarma roja!

Entonces surgieron de nuevo entre la niebla los faros de los primeros coches de la columna que habían continuado su marcha sin trabas. Todo sucedió muy deprisa. Laurenti vio cómo el canciller alemán era trasladado por un montón de hombres a uno de los vehículos, que salió disparado en el acto de allí. Otros vehículos de la columna y una de las ambulancias pasaron tan cerca que Laurenti tuvo que apretarse contra el Alfa Romeo. A los pocos metros, las luces desaparecieron en la niebla. Después reinó el silencio.

«Alarma roja» significaba que había que conceder prioridad absoluta a la protección del huésped oficial. A vida o muerte. Los funcionarios del séquito que no estaban destinados a la protección personal tenían que asegurar el terreno y, en caso necesario, combatir allí mismo.

Laurenti y Sgubin, con las armas preparadas, corrieron hacia el lugar donde se había detenido el coche del canciller. Un metro detrás de la limusina blindada, un hombre desnudo yacía inmóvil sobre el asfalto en medio de un gran charco de sangre, con la cabeza cubierta por una bata de hospital. Un par de zapatillas de goma de color azul claro

destacaban a unos metros de distancia en la calzada reluciente por la humedad. Una pierna y un brazo formaban un ángulo agudo, antinatural con respecto al cuerpo, y desde sus genitales hasta la caja torácica se extendía, ancha y oscura, la huella de un neumático, para desaparecer justo donde la tela verde cubría los hombros y la cabeza.

De la ambulancia saltaron dos sanitarios que se inclinaron sobre el cuerpo, mientras los policías intentaban hacerse una idea de la situación.

–¡Muerto! –exclamó uno de los sanitarios–. Ya no hay nada que hacer.

–¿Qué? –preguntó Laurenti.

–Que está muerto.

–¿Por qué?

–Por el choque. El coche le ha pasado por encima a lo largo. Tiene la cabeza hecha puré.

–¿Qué pasa ahí delante? –gritó Laurenti.

–Nada –Sgubin vino hacia él–. Por lo visto estaba solo.

Laurenti se contuvo al fin y se inclinó sobre el fallecido. Con un ademán, ordenó que levantasen la bata. Un ojo azul muy abierto lo miró fijamente. El otro se había llenado de sangre. Un líquido procedente de la oreja y de la nuca se derramaba sobre el asfalto.

–Tapadlo –ordenó Laurenti a los sanitarios.

–¡Un momento, por favor! –era un funcionario civil de la tropa acompañante, vestido con una americana de hilo cara en cuya solapa se bamboleaba un rótulo de plástico que le identificaba como miembro de una sección especial del Ministerio del Interior–. Nosotros todavía no lo hemos visto.

Unas grandes gafas de sol cubrían su rostro a pesar de la niebla. Con un amplio movimiento del brazo indicó a unos hombres que se aproximaran. Luego encendió un cigarrillo.

–Que sus hombres sigan recogiendo pruebas –indicó a Laurenti al ver que se acercaban los funcionarios dependientes del mando de Trieste.

A Laurenti su forma de hablar y gesticular le resultaba familiar. «De Nápoles o de los alrededores», pensó.

–Véalo –ordenó el hombre.

Todavía no había acabado de cerrar la boca, cuando el foco de una cámara sumió las partículas de niebla en una luz brillante.

–¿Perros? –preguntó el funcionario especial. Y al ver que Laurenti no reaccionaba, agregó con tono grosero–: He preguntado si dispone usted de perros.

–No.

–Entonces consiga algunos, y deprisita. Y apártese hasta que hayamos filmado todo esto.

–Sgubin –gritó Laurenti–. Hay que traer a los perros.

–Están todos movilizados en la ciudad –murmuró su ayudante antes de manipular el aparato de radio.

–¿Por qué lleva puesta este tipo una bata de hospital? –el superfuncionario miró a Laurenti como si éste tuviera la obligación de saberlo.

–A lo mejor se lo dice él, si se lo pregunta con amabilidad.

–¿Han examinado los alrededores?

–No hemos encontrado nada. Estaba solo –contestó Mi–raporte con un saludo marcial.

Tras surgir de la niebla con el uniforme sucio, se inclinó ante el hombre importante vestido de paño gris. A Laurenti lo ignoró.

–¿Cuándo llegarán los perros?

–Dentro de veinte minutos –contestó Sgubin.

–¿Por qué tanto retraso?

–Porque lleva tiempo.

–Asco de provincias. Ustedes se quedarán aquí y me informarán inmediatamente si averiguan algo –al corto silbido entre dientes siguió un amplio movimiento del brazo–. Nosotros tenemos cosas que hacer.

La luz de la cámara de vídeo se apagó. Los hombres de la unidad especial siguieron en el acto a su jefe. Las puertas de los automóviles se cerraron y dos BMW negros se alejaron de allí con un bramido de los motores. Laurenti no sabía cómo se llamaba aquel hombre y menos cuáles eran sus competencias.

–¿Quién demonios era ése? –preguntó Sgubin.

–¡Y yo qué sé, Sgubin! A veces basta con darse más importancia de la que uno tiene para merecer el respeto necesario. No te preocupes por eso. Pregunta cuándo llegará el perro. Miraporte, anota los daños de los vehículos. ¡Y tapadlo de una vez! –volvió a ordenar Laurenti a los sanitarios.

Se sentó en el asiento del copiloto a escuchar las comunicaciones por radio. En cuanto llegó a la ciudad, el alemán desapareció en el gran hotel. Un pequeño cambio en el programa. Se había suprimido la recepción en el Ayuntamiento. El alcalde tuvo que renunciar a su aparición, que, según confiaba, lo convertiría por fin en una estrella ante la opinión pública. Hasta un canciller federal necesita reponerse de sobresaltos imprevistos.

–Ha llegado el perro –anunció Miraporte.

Laurenti vio al joven Kosmak llevando de la correa a un gran bastardo negro, cuyos flancos temblaban. Unos ojos lacrimosos lo contemplaban a través de espesos mechones de pelo que le colgaban hasta el hocico. El perro cojeaba de la pata delantera izquierda.

–Pero ¿esto qué es? –preguntó Laurenti–. En mi vida había visto un perro con tales lagrimales. Porque será un perro, ¿no?

–Siéntate, Almirante –ordenó Kosmak; el perro se sentó en el asfalto mojado, temblando–. No le pasa nada. Es muy viejo, pero bueno. Padece una ligera artrosis. Hace ya mucho que debería estar jubilado, pero no encontramos a nadie que quiera quedárselo.

–¿Cómo se llama? –preguntó Laurenti frunciendo el ceño.

–Almirante.

El perro alzó la vista hacia Kosmak moviendo el rabo.

–¡Qué cosas! –Laurenti meneó la cabeza–. ¡Pobre chuchó! ¡Almirante! ¿Quién le pondría ese nombre...? –se interrumpió y señaló el paño blanco que habían extendido sobre el cadáver–. Ahí está. Registra los alrededores. Me gustaría saber de dónde

procedía.

*

En el Instituto Anatómico Forense examinaron a fondo el cadáver. Pertenece a un hombre de llamativa musculatura, sano y de apenas treinta años. No padecía ninguna enfermedad, ni lesiones salvo un mordisco de perro; en conjunto un tipo de buena constitución. Los callos de sus manos testimoniaban que desempeñaba trabajos físicos. La nueva forense lo definió como un «tipo presumiblemente del sureste europeo». Debido al mal estado de su dentadura, dijo ella, era probable que se tratase de un inmigrante. Después colocó un letrero en el dedo gordo del cadáver y cerró el cajón.

–El comunicado en las noticias ha sido muy escueto –dijo la sucesora de Galvano–. Sólo han dicho que durante el trayecto del aeropuerto a la ciudad se ha producido un incidente sin importancia.

–Creo que han recibido de las altas esferas la orden de reflejar muy positivamente la visita de Estado, sobre todo porque los alemanes no disimulan su escepticismo hacia nuestro Gobierno.

La forense señaló el compartimiento frigorífico.

–¿Y ése de ahí? Sin carné ni documentación de ningún tipo. Nada. Ahora en algún lugar su familia estará esperando noticias tuyas o el envío de dinero. Seguramente nunca sabrán lo que ha sido de él.

–Por favor, cuando haya terminado, pásenos inmediatamente las fotos y las huellas dactilares –Laurenti le estrechó la mano.

A diferencia del gran cínico Galvano, la mujer parecía tener corazón.

El sueño de la heladora de Vasile, con la que quería asegurar el futuro de su familia, había terminado en una de las cámaras frigoríficas del Instituto Anatómico Forense de Trieste.

La edad no protege del vino blanco

La discusión posterior en la Jefatura Superior de Policía de Trieste se alargó mucho. No llegaron a conclusiones hasta primera hora de la tarde. Por fin los dirigentes de los servicios de seguridad locales regresaron también a sus casas. Sus colegas de Roma se habían marchado esa mañana, después de haber vuelto a dar a entender de manera inequívoca lo que pensaban de las provincias y de exigir, claro está, ser informados hasta de los menores detalles.

También el jefe de Gobierno abandonó la ciudad el sábado por la mañana. El viernes por la tarde se efectuó otro despliegue total. Después de que el canciller alemán subiera al Airbus de la Bundeswehr en Ronchi dei Legionari e iniciase su regreso a Berlín, el Gran Presidente celebró un banquete en la sala del trono del Palacio de Miramare con los industriales de la región. No sin que antes se alzaran protestas contra este encuentro, pues los empresarios de Trieste no figuraban en la lista de invitados. Hubo gente que se sintió agraviada. Era obvio pensar que con semejante descortesía se pretendía evitar que acudieran aquellos que no se alineaban políticamente con los partidos del Gobierno. Como es natural no se trataba de comunistas, como solía calificar el jefe de Gobierno a todos los que no le eran adeptos. Fue una grave afrenta a la ciudad.

Proteo Laurenti volvió a pasar revista a la reunión mientras conducía por el Viale Miramare para abandonar la ciudad. Aún ignoraba la identidad del muerto desnudo con el que había comenzado tan singularmente el viernes. La ciudad ocupaba los titulares de los periódicos, si bien no en el sentido deseado, aunque los efectos que había desencadenado eran mucho mayores. El *questore* había leído en voz alta y con expresión seria una recopilación de los comentarios de la prensa internacional. Los medios alemanes, como es lógico, hablaban con su habitual altanería de los fallos en el sistema de seguridad italiano, refiriéndose por enésima vez a la «matanza de Génova», como denominaban a los desagradables acontecimientos del año anterior, cuando durante el encuentro de los Estados del G8 un manifestante cayó muerto por los disparos de un carabiniere. Y la prensa nacional hablaba del «hombre desnudo del canciller». En cierto momento, Laurenti comentó que se alegraba de que ese hombre joven no hubiera chocado contra su coche.

–Pues habría sido mejor –adujo un colega–, porque así al menos no se habría enterado nadie.

Los resultados políticos del encuentro fueron triviales, pero no se discutieron en aquella reunión. Los jefes de Gobierno se tutearon, hecho que se había tornado habitual desde hacía unos años, y exhibieron la sonrisa de la unidad europea. Y eso fue todo.

A pesar de haber anochecido, la niebla apenas había disminuido, los limpiaparabrisas estaban en marcha y los faros de los escasos coches que venían de frente esparcían una luz difusa. Después de que la carretera, tras dejar atrás las curvas de Tenda Rossa, se enderezase, Laurenti conectó el intermitente. Aún faltaban doscientos metros hasta la pequeña entrada al aparcamiento desde el que tendría que bajar a pie hasta su casa. De repente creyó distinguir una figura que cruzaba corriendo la carretera delante de él y frenó en seco. Se preguntó si no sufriría alucinaciones debido al cansancio, pero al adentrarse en el aparcamiento, un coche salió rugiendo a toda velocidad. Después de sacar la llave del encendido, apagó las luces. Entonces lo vio.

Estaba sin aliento y tenía cara de haberse asustado mucho por algo. Pálido y alterado, el hombre, mucho más alto que él, se apoyaba en un coche. Laurenti se encaminó hacia él.

–Ha faltado un pelo –dijo Laurenti–. He estado a punto de llevármelo por delante.

–Lo siento –contestó el otro mirando por encima de él, hacia el lugar por donde había venido–. La verdad es que me he salvado por los pelos. No he querido causarle molestias.

Por su acento, debía de tratarse del suizo del que le había hablado Laura.

–¿Vive usted ahí arriba? –preguntó Laurenti.

–Sí.

–¿Ha sucedido algo? Parece usted muy alterado.

El hombre temblaba y se frotaba los brazos para entrar en calor. Era llamativamente musculoso.

–Si necesita ayuda, vivo ahí abajo. Desde hace poco tiempo somos vecinos suyos. Creo que ya conoce a mi mujer.

Señaló las escaleras que bajaban hacia su casa. Después vio el coche de Galvano tras el automóvil en el que se apoyaba el suizo. Laura no le había dicho que el viejo acudiría a cenar esa noche. Cuando volvió a dirigirse a su nuevo vecino, su mirada cayó sobre las ruedas del Peugeot. El coche se apoyaba sobre las llantas: tenía las cuatro ruedas deshinchadas.

–No podrá ir usted muy lejos con él. Alguien ha querido jugarle una mala pasada –sacó de su coche la linterna y se puso en cuclillas–. ¡Aquí, fíjese! –la cuchillada se veía con toda claridad–. ¡Y aquí! –exclamó arrodillándose ante la rueda trasera–. ¿Tiene idea de quién ha podido ser?

Ramsés se encogió de hombros.

–Ni la más remota –respondió.

–De todos modos avisaré a una patrulla para que haga algunas averiguaciones.

Entretanto, debería ponerse algo. Yo esperaré aquí.

Al suizo no le quedó más remedio que obedecer. Oyó cómo Laurenti solicitaba por radio un coche patrulla.

–Volveré enseguida –murmuró el hombre antes de desaparecer en la oscuridad.

*

Sentado de nuevo en su sitio favorito, había divisado los faros de un coche en la Vía del Pucino, más arriba de su casa, a pesar de que la callejuela llevaba meses cerrada debido a que los viejos muros que la delimitaban amenazaban ruina. En esta ocasión las luces se aproximaron más, pero Ramsés no les concedió mayor importancia. No eran ni siquiera las ocho de aquella tarde de sábado. ¿A qué se debería? Volvió a enfrascarse en la lectura hasta que poco después oyó el ruido metálico de la puerta inferior del jardín, que él siempre cerraba con llave. A la finca sólo se podía acceder por dos entradas. La alta verja estaba completamente cubierta por zarzas y rosales silvestres. Cualquiera que se aventurase a trepar por allí únicamente conseguiría pasar a costa de numerosos arañazos y desgarros en la ropa, salvo que se abriese paso con un machete y una cizalla para partir los candados. Pero ¿por qué? En cualquier lugar del mundo había más ladrones que allí. La carretera de la costa era un hervidero de coches policiales y controles; la inmediata proximidad de la frontera convocaba también a la Guardia di Finanza, los vehículos de los carabinieri procedían del cuartel de Duino-Aurisina y debido al elevado número de accidentes de tráfico nunca transcurrían dos horas sin oír el ulular de las sirenas y el centelleo de las luces azules de la policía estatal, que pasaban a una velocidad vertiginosa. En esa casa, Ramsés se sentía mucho más seguro que en su piso de París, por muy bien dotado que estuviera con un refinado sistema de seguridad.

El golpeteo metálico de la puerta del jardín lo irritaba. ¿La habría dejado abierta al volver de la compra? Le parecía inconcebible, pero era preferible echar un vistazo. Cerró la puerta tras de sí con absoluto sigilo y descendió con cuidado por la escalera. En el aire flotaba el humo de un cigarrillo y apestaba a gasolina. Así que efectivamente no estaba solo en su finca. Aguzó los oídos en la oscuridad. No llevaba ni siquiera un cuchillo en el bolsillo. Pero apenas a unos pasos de allí, junto al montón de leña que había apilado en los últimos días, debía seguir la vieja guadaña con la que había segado la maleza. Se acercó para cogerla. Luego continuó avanzando con cautela por el camino hasta llegar a la escalera. De repente vio el resplandor de la brasa. Saltó y asestó un golpe con la guadaña. Oyó un grito ahogado y soltó un puñetazo con la izquierda, pero se perdió en el vacío. Las escaleras, mojadas y cubiertas de hojas, le hicieron perder el equilibrio y, al resbalar, tropezó con un objeto de chapa que produjo un ruido sordo bajo sus pies. Mientras caía lanzó la guadaña hacia el intruso. Se incorporó rápidamente y siguió los pasos que oía bajar a toda velocidad por la escalera. Sin dejar de correr, recogió la guadaña. Abajo, en la calle, cuando estaba a punto de alcanzarlo, tuvo que dar un audaz salto hacia un lado para evitar que le atropellase el coche cuyos faros habían salido de repente de la curva. Otro vehículo arrancó desde el otro lado de la calle. Evidentemente

eran dos. El coche se alejó con un chirrido de neumáticos. Ramsés sólo pudo distinguir las primeras letras y números de la matrícula del Fiat Uno blanco, e intentó memorizarlas. Se apoyó en su coche, sin aliento. Cualquier persecución era impensable, se había dejado la llave arriba. Después se le acercó ese hombre que había aparcado a su lado el Alfa Romeo y que de una sola ojeada se percató de que le habían pinchado las ruedas del coche.

Mientras subía las escaleras que conducían a su casa, buscó huellas a ambos lados del camino y en el último rellano descubrió un bidón de gasolina de los del ejército cuyo contenido se había filtrado en el seto de flores que bordeaba toda la terraza acristalada. Ramsés dejó tirado el bidón y observó que la puerta del sótano estaba entornada. La abrió de un patadón, estrellándola contra los aperos de jardinería que colgaban detrás, en la pared. Tanteó en busca del interruptor de la luz y notó la presencia de un objeto extraño. Esos cables no debían estar allí. Los palpó con cuidado siguiendo su curso, quizá durante un metro, y notó la tapadera de un segundo bidón. Si hubiese encendido la luz, habría sido lo último que hubiese hecho en su vida. Despacio, siguió otra vez los cables hacia arriba hasta agarrar un extremo suelto. Así que el trabajo aún no había concluido. Arrancó el cable del interruptor, cogió el bidón con ambas manos y lo trasladó al jardín. Se preguntó si sería la última trampa y decidió no encender todavía ninguna luz. Encontró una linterna de bolsillo en el pasillo de casa. Lentamente recorrió los muros exteriores iluminando por detrás de los arbustos. Descubrió un largo cable de dos cabos que yacía en el suelo delante del enchufe exterior de la terraza, y en un cobertizo situado detrás de la casa halló dos bidones más.

Se asombró de no haber oído nada. Arrastrar bidones de veinte litros por un terreno semejante no era una tarea muy silenciosa. Por lo general oía cualquier ruido. Pero quizá fue culpa del *Stabat Mater* de Scarlatti, que había puesto alto y cuyo último movimiento se extinguía justo cuando creyó oír el ruido de la puerta del jardín.

Miró hacia el exterior y reflexionó. Abajo, en la calle, captó los destellos azules, después resonó una sirena de la policía, que desconectaron enseguida. Debía bajar. No tenía elección si no quería despertar aún más sospechas. Seguro que esos tipos no volverían esa noche.

Ramsés entró en casa, se puso la chaqueta y la gabardina, guardó la llave del coche y la documentación, bajó al sótano y cogió una pesada cadena y un candado. Tras colocarla en la puerta del jardín aprovechando la luz del alumbrado exterior, se encaminó hacia el aparcamiento. Vio a su nuevo vecino hablando con dos hombres uniformados cuyo coche patrulla iluminaba su Peugeot. Oyó cómo llamaban *commissario* al hombre. Así pues, la dama interesante que había conocido unos días antes en el aparcamiento estaba casada con un policía. Lo que faltaba.

—Esta noche tenemos un invitado, señor Frei —dijo Laurenti cuando el coche patrulla se marchó y Ramsés le daba las gracias por su ayuda—. Acompañeme a tomar una copa mientras pensamos qué hacer con su coche. Así no le sirve de nada, y mañana es domingo.

Ramsés farfulló algo sobre el trabajo, pero Proteo, cogiéndolo por el codo, lo arrastró tras él.

–Vamos, acompáñeme.

Así al menos no tendrían que pasar la velada solos con el forense, pensaba Laurenti, y quizá lograrse sonsacarle al desconocido por qué le habían pinchado las cuatro ruedas del coche. Además, seguro que Laura le agradecería la novedad. Ramsés pensó que no estaría mal conocer la guarida del león. Media hora carecía de importancia, de momento el peligro había sido conjurado. Estaba sobre aviso.

–Galvano está como una cuba –comentó Laura en la cocina mientras sacaba más copas del armario y Proteo descorchaba el vino blanco–. Se ha bebido casi una botella de Vítovska.

–Pues se va a animar la cosa –repuso su marido.

Conocía bien los raptos de cinismo del viejo. A veces no podía contener la risa, pero otras, cuando Galvano también lo ridiculizaba a él, se enfadaba. Al forense, la palabra «respeto» le resultaba ajena. De momento charlaba con Ramsés, al que tuteaba igual que a todos los demás.

De repente, las carcajadas del viejo resonaron por toda la casa.

–¡Ramsés! –bramó–. ¿Habéis oído ese nombre alguna vez? ¡Se llama Ramsés!

–¿De veras? –gritó Proteo desde la cocina pensando agradecido que por fin no sería el único cuyo nombre era motivo de chanzas.

Sólo por llamarse igual que el proteo, el animalito blanco y ciego que vivía desde hacía millones de años en las profundidades del Karst.

–¿Y a qué te dedicas?

–Escribo libros –mintió Ramsés.

–Ah, escritor –repuso Galvano–. Yo también debería escribir mi vida algún día. Tengo mucho que contar, para que lo sepas. He conocido todos los abismos humanos, y a lo mejor me quedo corto. Pero apenas dispongo de tiempo, tengo demasiado trabajo. Si te interesa, te lo contaré alguna vez. Los Laurenti tienen mi número de teléfono –y al comprobar que Ramsés callaba por pura cortesía, el anciano prosiguió imperturbable–: ¿Qué te ha traído precisamente a Trieste?

Esperaba esa pregunta.

–Mi hija estudia en la Universidad de Duino y quería estar cerca. Ha perdido a su madre y creo que es mejor que sepa que no está sola.

Una mentira ideal. La dureza del destino humano proporciona planos de proyección y pone inmediatamente en marcha toda la capacidad de comprensión del interlocutor. Tanto que nadie seguía preguntando jamás, pues podría resultar embarazoso... para todos y cada uno de los interesados.

De repente, Galvano vio un arañazo en el cuello de Ramsés.

–¿Qué tienes ahí? –preguntó el viejo abalanzándose sobre él como un vampiro–. Siéntate para que pueda verlo –le ordenó, y a Ramsés no le quedó más remedio que obedecer–. Laurenti, alcohol –gritó Galvano en dirección a la cocina–. Necesito alcohol.

–Ya va –respondió Proteo presentándose con la segunda botella de Vítovska–. Está

usted hoy muy sediento, doctor.

–De ése, no. El del botiquín, y gasa o algodón y un poco de esparadrapo.

Ahí estaba Ramsés, en casa de unos desconocidos, de una mujer atractiva casada con un comisario de policía, bajo la férula de un octogenario autoritario y algo achispado del que ya sabía que se había pasado la vida trinchando cadáveres. Y encima ni siquiera se había enterado de la herida en la que hurgaba Galvano.

–¿Qué ocurre? –preguntó Laura, preocupada.

Ramsés le dirigió una mirada desvalida.

–Nada de particular. Antes, en el jardín... –el médico tenía una curda insoportable.

–¿Cómo que nada de particular? –le interrumpió Galvano–. Esto hay que tratarlo inmediatamente.

–Ha sido una simple rama –informó Ramsés cuando, después de curar su herida, todos se encontraban al fin de pie ante la chimenea, brindando con las copas llenas.

–¿Conoces este vino? –preguntó el médico–. Una vieja cepa del Karst. Sólo existe aquí y crece justo por encima del mar. Bibc es un amable viticultor del pueblo de arriba.

–Lo sé –contestó Ramsés, a quien el viejo comenzaba a atacarle los nervios.

–¿Qué novedades hay sobre el muerto del canciller alemán? –preguntó Galvano a Laurenti–. ¿Sabéis por fin quién es?

–Aún no –Laurenti echó dos troncos a la chimenea–. Su sucesora apuesta por un europeo sudoriental.

El viejo desestimó esa hipótesis con un gesto desabrido.

–¡Ésa! ¿Qué sabrá ésa? Las mujeres no tienen nada que hacer en medicina forense. ¿Quieres que le eche un vistazo?

–Debe saber usted –explicó Laurenti a Ramsés– que Galvano pasa de los ochenta, pero le gustaría seguir trabajando hasta desplomarse un buen día en una camilla junto a su clientela sin decir ni pío. Por supuesto no sin antes haberse atado un cartel al dedo gordo del pie con un chiste obscuro. Tratándose de cadáveres, a este hombre no hay quien lo pare. ¡Es un necrófilo! Ahora está cabreado porque el trabajo lo realiza una mujer joven, que en su opinión debería dedicarse a la ginecología.

–Nada de eso es cierto –Galvano se situó entre Ramsés y Laurenti–. Sencillamente, creo que es demasiado trabajo para una principiante.

–No se le ocurra creerle. Es más probable avistar un tiburón blanco en el golfo de Trieste que presenciar un crimen aquí. Pero ¿acaso debemos liquidar a la gente sólo para que Galvano no se aburra?

Ramsés llevaba todo el rato buscando una excusa para marcharse. Pero no conseguía meter baza, y luego la anfitriona se presentó con platos tintineando. No había salida.

–Perdonadme, os lo ruego –dijo Laura–. No puedo ofreceros gran cosa, no esperaba visita. Pero bastará.

–¿Qué hay? –preguntó Laurenti.

–Filete de potro y ensalada –contestó su esposa.

Laurenti resopló.

–Tenemos el mar delante de la puerta, y yo, tonto de mí, me he pasado los últimos

tiempos comiendo siempre caballo. ¿Lo entendéis? La semana que viene me compraré unas cañas de pescar y un arpón.

–Si quieres saber mi opinión, el asunto está relacionado con el tráfico de órganos – opinó Galvano.

–¿Qué? –exclamaron los tres al unísono.

–Sí, lo referente al muerto del canciller alemán.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Ramsés con tono brusco.

El comentario de Galvano le había sentado como una cuchillada en las tripas. Ahora nada le obligaría a marcharse de allí.

–Es muy sencillo: ¿por qué operar a un tipo joven y sano si no le falta nada, como afirma mi sucesora? Es decir, suponiendo que sea realmente cierto, lo que pondré en duda al menos hasta que consiga convencerme de ello con mis propios ojos, no quedan muchos más motivos. La semana pasada salió a la luz el asunto ése de Palmanova. Lo contó un cura, así que debe de ser verdad. Sucedió en el aparcamiento situado delante del gigantesco centro comercial, justo al lado de la salida de la autopista. Un joven matrimonio transportaba sus compras al coche, pero la mujer se había olvidado algo y volvió. A su regreso, el marido y el coche habían desaparecido. Ahora, naturalmente, se puede pensar qué sé yo qué, pero no existían razones ni indicios de que el marido se hubiera largado para empezar una nueva vida. ¡Al parecer todavía se amaban, ja! De modo que ella informó a la policía, que emitió una orden de búsqueda. Nada. Sin embargo, tres días después, por la mañana temprano, el coche reapareció en el aparcamiento y encontraron al hombre inconsciente y grave en el asiento del copiloto. Después de su traslado al hospital, se comprobó que le faltaba un riñón. Cuando recuperó la conciencia, no se acordaba de nada.

–¡Bobadas! –exclamó Laurenti–. Tonterías. ¿Quién le ha contado eso?

–Ya lo he dicho: un cura –Galvano volvió a servirse vino.

–Ésos se lo creen todo –gruñó Laurenti.

El comisario nunca había ocultado lo que pensaba de la Iglesia. San Antonio era el único con el que mantenía un contacto intenso. Casi siempre se debía a que no encontraba la llave del coche, por cuya recuperación introducía un billete en el cepillo de la iglesia situada al final del Canal Grande.

–Pregunta a tus colegas de Palmanova, incrédulo.

–De haber sucedido algo así, lo habríamos leído en las portadas de todos los periódicos –intervino Laura, y dirigiéndose a Ramsés, añadió–: El buen doctor ha tenido siempre una fantasía desbordante.

–¡Quiá! Eso se mantiene en secreto para no inquietar a la población –se defendió Galvano, ofendido.

Al final quedó lista la cena, el tierno potro.

–La verdad es que no cuesta mucho tiempo extraer un riñón –Galvano no permitió que lo interrumpieran–, casi siempre el izquierdo. En el receptor es entonces el derecho. Y en muertos cerebrales también se extrae la vejiga urinaria, porque el riñón funciona mejor con ella. Os lo aseguro, es un juego de niños.

–¿Y en qué libro trabaja usted en estos momentos? –Laurenti pensó que sólo quedaba una posibilidad de distraer al anciano. Tenía que encontrar una manera de arrebatarse la audiencia.

–En una novela –respondió Ramsés–. En pocas palabras, la historia habitual de un hombre y una mujer.

Pero Galvano no consentía que le quitasen la palabra así como así.

–Total, que este asunto de los trasplantes de órganos es más viejo que la tana –dijo–. Se inició en los campos de batalla de Waterloo. Evidentemente, vosotros ni siquiera sabéis cuándo ocurrió eso, ¿me equivoco? Bueno, pues fue el 18 de junio de 1815, un día de fiesta para los fabricantes de dentaduras. Después de la batalla, más de cincuenta mil muertos y heridos yacían en el campo. Fue la hora de los saqueadores que arrancaron a los caídos los dientes delanteros. Se los llevaron en cantidades industriales y más tarde hicieron dentaduras postizas con ellos. Por entonces el cuidado dental no estaba precisamente en boga. Imaginad que el mal aliento imperaba en calles enteras. La demanda de dientes ajenos era tan alta que los dentistas llegaban a saquear tumbas, arrancando los incisivos incluso a los ahorcados, y los pobres vendían los suyos por dinero. Era una modalidad temprana de tráfico de órganos –el viejo, con una sonrisa maligna, cortó un trozo de carne y se lo introdujo en la boca.

Laurenti aprovechó la pausa.

–Basta ya, Galvano. Estamos cenando.

–Eres demasiado sensible. Si prestas atención, aprenderás algo. Bueno, los dientes de Waterloo no fueron los únicos. Las guerras de sucesión, Laurenti, ¿sabes lo que es eso?

–Me lo figuro.

–Las guerras de sucesión españolas, polacas, austríacas, bávaras... fuentes maravillosas. Por aquel entonces, el material ya se exportaba a América. Sin embargo el sueño de los trasplantes existía desde el siglo XV. Un antiguo cuadro muestra a Cosme y Damián, los santos patronos de los médicos, por si lo ignoráis, cambiando la pierna enferma de una monja por la sana de un cadáver mientras el buen Dios contempla la escena complacido.

–Como si las monjas fumaran –Laurenti puso los ojos en blanco.

–¡Silencio! Ramsés, tú, como buen suizo, seguro que conoces a Kocher, el cirujano de Berna que extirpó el tiroides a personas enfermas de bocio. Los operados enloquecieron. En 1883, el buen hombre, inmovible, trasplantó tejido del tiroides en el cuello y en la cavidad abdominal. Fue el primer trasplante consignado oficialmente. Pero también en Viena hubo uno que trasplantó casi todos los órganos entre perros, gatos y ovejas. Descubrió que había órganos que funcionaban en otros sitios. Por entonces la gente operaba como loca. En 1905, un francés puso a un gato el corazón y el pulmón de otro en la arteria carótida y un año más tarde un compatriota suyo cosió un riñón de cerdo en la flexura del codo de una mujer. Éste ya estaba en el buen camino. Un berlinés lo intentó con un riñón de mono. Su paciente sobrevivió treinta y dos horas. Y trasplantaron a perros la cabeza de otros. ¡Un bobtail con cabeza de mastín, fantástico!

–Ya basta, *doc* –dijo Laurenti arrojando ruidosamente sus cubiertos en el plato. Se giró

hacia Ramsés—. Sólo me queda pedir disculpas por este viejo cínico. Le hemos dispensado un mal recibimiento.

Laura recogió los platos y se marchó a la cocina.

—¿Es que no hay postre? —preguntó Galvano—. Sí, la historia de la medicina es un tema emocionante. Por desgracia la mayoría de la gente la desconoce por completo. En 1912 le cambiaron los testículos a un joven enfermo de cáncer testicular. En América. A continuación comenzó un auténtico comercio de huevos. Se trasplantaron células testiculares contra la homosexualidad, tejido ovárico contra la ninfomanía. Tengo la boca completamente seca. ¿Dónde está el vino?

—Ya ha bebido usted bastante, Galvano —gritó Laura desde la cocina, pero él hizo caso omiso de la advertencia.

—Como es natural, siempre se producían reacciones del sistema inmunológico y a continuación los órganos eran rechazados. Fue un bacteriólogo de Viena quien lo averiguó en 1901. A partir de 1940 se desarrollaron tests inmunológicos que supusieron un tremendo progreso. Pensad dónde estaría hoy la investigación sin esos precursores, ignorantes. Y más tarde, ahora prestad mucha atención, en 1954, Joseph Murray consiguió el primer trasplante de riñón con éxito. Gemelos univitelinos con idéntico sistema inmunitario. ¿Y dónde ocurrió? En Boston, por supuesto. ¿Y dónde nació el viejo Galvano que os cuenta todo esto? En Boston, por supuesto. ¿Y dónde ha malgastado su tiempo en lugar de convertirse en un respetado experto en trasplantes? En Trieste, por supuesto. Maldita sea.

—Admítalo, Galvano: usted también ha experimentado en su sótano. ¡Frankenstein no era nada a su lado! —Laurenti dedicó un guiño a Ramsés, que estaba sentado a la mesa pálido y con la mirada perdida.

—¡Calla! Hablar de los muertos no tiene ninguna gracia. Es obvio que también existen facetas oscuras en el negocio. En los años veinte, por ejemplo, los cirujanos americanos utilizaban órganos de ejecutados o presidiarios. Y en nuestros días los chinos extraen los órganos en el lugar de la ejecución. Un comerciante californiano hace publicidad afirmando que es capaz de proporcionar el órgano deseado en un plazo de treinta días. Claro que esto no es legal, máxime cuando las listas de espera están a rebosar. Pero por lo menos así se elimina el racismo: el color de la piel del donante carece de importancia. Sólo que los intermediarios se forran.

—¡Galvano, deje inmediatamente de contar esas historias truculentas! ¿No comprende que nadie desea escucharlas? —Laura salió de la cocina, iracunda, y retiró la botella de la mesa—. Ya ha bebido usted bastante. Lo mejor será que se marche a casa ahora mismo.

—Por otro lado, todos los días desaparecen en la basura de los hospitales muchos órganos útiles con los que se podría ayudar a mucha gente. ¿Habéis oído hablar alguna vez de los cadáveres de paja? Son los que vuelven rellenos de las vacaciones. *Exitus* por intervención urgente tras un accidente, se dice en esas ocasiones...

Ramsés se levantó de un salto volcando las copas. El vino cayó sobre los pantalones de Galvano.

—Mira lo que has hecho —gruñó el viejo.

Laurenti, preocupado, cogió a Ramsés por el brazo, pero éste se liberó de su mano. Tenía el rostro gris como la ceniza y salió sin decir palabra. Laurenti lo siguió.

–¿Te encuentras mal?

–No es nada –respondió Ramsés–, gracias.

Descendió despacio por las escaleras y desapareció en la oscuridad sin despedirse.

Un pelo en la sopa

Se habían visto poco en las dos últimas semanas. Una y otra vez habían tenido que demorar su encuentro a causa de alguna cita. En el caso de Laurenti solía tratarse casi siempre de reuniones superfluas sobre el incidente acaecido a principios de mes durante la visita de Estado. Y a la fiscal croata la convocaban a frecuentes conferencias en Zagreb.

–Dicho sea de paso, Petrovac sale en libertad –sentada en el borde de la cama del hotel, deslizaba la media hacia arriba por su pierna izquierda.

–¿Qué has dicho? –Laurenti yacía a su lado mirándola y alargó la mano para deslizarla por su talle hasta el ombligo.

–Tienen que soltarlo. Su abogado adujo errores de forma en la vista de apelación y logró salir del apuro. Sabe el diablo a quién habrá untado y con cuánto dinero –Ziva le apartó la mano con suavidad–. ¡No! Hemos de darnos prisa.

Él la atrajo hacia sí y la besó, pero ella se liberó con rapidez.

–¡Tenemos que irnos, querido! Los dos llegaremos tarde a la oficina –cogió la segunda media y se levantó.

–¿Y cuándo piensan soltarlo?

–Todo indica que en las próximas cuarenta y ocho horas, si no surgen indicios nuevos contra él.

–¡Maldita sea! –Laurenti se levantó y se dirigió al baño–. ¡Seguro que se larga! ¿Lo vigilarán al menos?

–Eso apenas impedirá una posible fuga.

Ella se situó a su espalda, vestida con las medias, las braguitas y el sujetador, apoyó la barbilla en su hombro, rodeó el cuello masculino con su larga trenza oscura y le hizo cosquillas en la cara con el extremo. Sus miradas se encontraron en el espejo.

–Es francamente insatisfactorio –él devolvió el peine a su sitio, se volvió y la besó–. Eso significa que tendremos que reforzar la protección policial de nuestro juez instructor. Por favor, llámame tan pronto vuelva a deambular por ahí a sus anchas.

–Yo en vuestro lugar intensificaría la vigilancia de su mujer. No me extrañaría que Petrovac intentara sacarla de algún modo.

–Eso no me preocupa en absoluto. Se pasará los próximos diez años en la cárcel de mujeres de Udine y después será expulsada a su lugar de procedencia. A China. Donde volverá a la trena. Ya está condenada.

Regresó a la habitación, recogió sus ropas esparcidas por el suelo, las arrojó sobre la cama y se puso los calzoncillos.

–No creo que la extraditen jamás. Los chinos ya han transformado muchas veces una cadena perpetua en pena de muerte. Un breve proceso de revisión, y después, bang. En un momento dado la eliminarán de un tiro en la nuca, cerca de un hospital, donde será ingresada inmediatamente para proceder a la extracción de sus órganos. Un paciente occidental adinerado o un influyente funcionario esperarán sus pequeños y preciosos riñones –dijo ella alisándose el vestido.

–¡Déjalo ya! No quiero saberlo. En diez años las cosas pueden cambiar mucho. Incluso en China –le ayudó a ponerse el abrigo y se puso su americana–. ¿Cuándo volveremos a vernos?

–Ni idea. Los próximos dos o tres días, no creo. Tengo un montón de reuniones. ¡Invéntate un viaje oficial! A ser posible durante un fin de semana.

–Ziva, lo sabes de sobra... Sigo teniendo problemas con el muerto desnudo. Roma presiona, los periodistas están colgados del teléfono, pero por desgracia no progresamos –no era nada fácil tener una amante además de una esposa.

–Son casi las dos y media –anunció Ziva Ravno–. Hemos de apresurarnos. Hoy te toca pagar la cuenta del hotel.

Se despidieron en el aparcamiento con un beso postrero y a continuación cada uno subió a su coche. Se dirigieron a sus hogares por direcciones diferentes. Ella hacia el sur, hacia Pola, y Proteo Laurenti a Trieste.

La península de Istria puede abarcarse de una ojeada. El eje más largo, el de norte a sur, mide noventa kilómetros justos en línea recta. Pero sus estrechas carreteras se extienden por el paisaje de colinas y la policía está ojo avizor. De Umago, donde se habían encontrado ese día, a Trieste había sesenta kilómetros, pero más de una hora de viaje. Pasada la frontera croato-eslovena, él avisó por teléfono móvil a la oficina de que llegaría tarde.

–Hace mucho que me he dado cuenta –dijo con cierto retintín Marietta, que se preciaba de conocer de cabo a rabo a su jefe–. ¿Llamas desde el extranjero, verdad? ¿Por dónde andas?

–Estaré ahí dentro de media hora.

Proteo Laurenti colgó. Maldijo la información visual que proporcionaba el teléfono. Evidentemente se había dado cuenta de que su llamada procedía del extranjero. No en vano llevaba una eternidad trabajando con él. Y precisamente él fue tan tonto como para delatarse.

Durante el viaje meditó en lo que supondría que uno de los delincuentes más peligrosos de los últimos años estuviera a punto de ser puesto en libertad en Zagreb. Las autoridades de Trieste habían pasado largos años tras Joze Petrovac, de nacionalidad

croata y eslovena a la vez. Aún no había cumplido cincuenta años y, según pruebas concluyentes, era el jefe de la mayor organización de tráfico de personas que operaba en la intrincada frontera que se extendía desde Tarvisio a Trieste. Tras ejercer de taxista en la antigua Yugoslavia, había llegado muy lejos. Cuando las autoridades croatas decretaron finalmente su ingreso en prisión por la presión internacional, tuvieron que asaltar su villa, situada a las puertas de Zagreb y dotada de helipuerto. Había sido construida como una fortaleza y nadie sabía si conseguirían detenerlo. Gracias a viejos contactos y a generosos sobornos, Petrovac había permanecido demasiados años bajo la protección de personas influyentes del aparato del Estado. Se barajaba la hipótesis de que pusiese pies en polvorosa gracias a algún soplo.

Por aquel entonces, al conocerse en Trieste su detención, hubo una persona que respiró aliviada: Carlo Scoglio, el fiscal instructor que a lo largo de un durísimo trabajo de años había reunido todas las pruebas contra Petrovac hasta convertirlo por fin en un «caso internacional». Tras estos progresos, Scoglio se sintió menos amenazado, aunque un jefe mafioso siempre puede dar órdenes sin necesidad de salir de la cárcel. Pero en principio se terminaron las cartas anónimas, de cuya procedencia no cabía la menor duda, y las llamadas telefónicas anónimas desde Italia, y diría adiós también a los dos escoltas que lo vigilaban día y noche. El fiscal volvió a llevar una vida casi normal. ¡Pobre Scoglio! Pronto retornarían para él los malos tiempos. Laurenti no podía ocultarle ese hecho.

Aparcó el coche en la plaza reservada para él en la *Questura*, que esta vez, casualmente, estaba libre, soportó el saludo de la funcionaria con cara de doberman que en el vestíbulo de entrada decidía quién podía pasar y se encontró con la escena habitual: el ascensor estaba ocupado, como de costumbre. Laurenti, tras subir las escaleras de dos en dos, llegó al tercer piso, recorrió otros cincuenta metros por un desnudo pasillo y se encontró finalmente en la antesala de su despacho, donde volvió a sorprender a Marietta manteniendo una conversación telefónica a todas luces privada.

–Volveré a llamar más tarde –ella colgó sin esperar respuesta–. ¡Vaya, por fin has llegado! Scoglio te espera dentro de un cuarto de hora.

–Bien. Por favor, encárgate de que el director del Servicio de Escoltas venga a verme a las cinco.

–¿Ha ocurrido algo? –Marietta se levantó y le quitó un largo cabello negro de la americana sin que él se diera cuenta.

–¡Petrovac sale! Ha conseguido que lo pongan en libertad –Laurenti hojeaba el correo recibido mientras Marietta observaba el cabello con suma atención. Tensado entre sus dedos medía más de cincuenta centímetros.

–Hay otra mala noticia –dijo dejando caer el cabello sobre el escritorio de su jefe.

–¿Cuál?

Laurenti se volvió y depositó el montón de papel en una bandeja.

La mayoría eran asuntos personales que podían esperar.

–También sale Tatiana Drakic. Libertad condicional por buena conducta.

–¡Por favor, borra del calendario el día de hoy! Por lo menos ha cumplido tres años de condena. ¿La expulsarán del país?

–No. Es imposible. Tiene nacionalidad italiana. ¿Es que ya no te acuerdas?

Laurenti la había detenido en el verano de 1999. Tráfico ilegal de personas, chantaje, incitación a la prostitución y rufianería fueron los argumentos de la acusación. Ella le había escupido a la cara cuando asaltó su villa con un ejército. Pero su hermano, también buscado, logró escapar... por una puerta trasera oculta que ellos pasaron por alto por pura chapucería. La motora con la que había huido Viktor Drakic se estrelló contra un dique y explotó. Su compinche murió abrasado entre los restos. Pero de Drakic no había ni rastro. En el lugar del accidente no apareció un segundo cadáver, a pesar de que las autoridades se pasaron días buscando con barcos y buzos. Laurenti estaba bastante seguro de que los peces no habían dado cuenta de él. Pero ¿dónde se había metido?

Laurenti recordaba a ese tipo con desazón.

–Que vigilen a la Drakic en cuanto la pongan en libertad –ordenó a Marietta–. Quiero saber qué hace, adónde va, con quién se reúne, con quién habla por teléfono. Quiero ser informado de cada uno de sus pasos. Si su hermano sigue con vida, tarde o temprano se pondrá en contacto con él. Y entonces le habrá llegado su hora.

–Así que todavía no crees que haya muerto. Oye, por casualidad, ¿no lo habrás estado buscando hoy a mediodía al otro lado de la frontera? La vigilancia de esa buena pieza supone un despliegue descomunal. Necesitamos una orden judicial para hacerlo. Y hablando de otra cosa, tienes que irte ya si no quieres llegar tarde a la reunión con el fiscal –le advirtió Marietta.

–Entonces podré discutir ahora mismo con él este asunto –Laurenti consultó su reloj de pulsera–. No te olvides del hombre del Servicio de Escoltas. ¡A las cinco en punto!

–Por cierto, ¿se ha teñido el pelo tu mujer? –preguntó Marietta cuando él casi había traspasado la puerta.

–No, ¿por qué? –Laurenti la miró asombrado.

–Por nada –respondió Marietta.

*

El monumental edificio del Palacio de Justicia gravita sobre la ciudad como un prepotente tarugo de piedra y está fuera de la ley. Nadie juzgó nunca necesario eliminar de la fachada la inscripción de la época del fascio: SEDES IUSTITIAE URBIS LIBERATAE DECUS AN MCMXXXIV XII A FASC REST – PALACIO DE JUSTICIA DE LA CIUDAD LIBERADA, ERIGIDO EN EL AÑO 1934, DUODÉCIMO AÑO DEL FASCISMO. Sólo un catedrático de Literatura de Dortmund que pasó unos meses como invitado en la ciudad, le llamó la atención una vez a Laurenti sobre el particular.

Al no encontrar una plaza libre ni siquiera en el aparcamiento público subterráneo, dejó el coche estacionado en doble fila delante de unos contenedores de basura, sacó la sirena de la guantera y la colocó, desconectada, sobre el salpicadero. Ni siquiera el más cegato

de los policías municipales pasaría por alto esa señal. No se había alejado aún ni veinte pasos, cuando el sonido de un silbato perforó sus oídos. Prosiguió su camino sin volverse, y escuchó un segundo pitido. Luego, en la esquina, el tercero. Laurenti tenía prisa y no tenía la menor intención de ocuparse de eso. Su opinión sobre los *vigili urbani* difería poco de la de casi todos los triestinos que buscaban una plaza de aparcamiento. En numerosas ocasiones habían decorado su coche con multas, que su secretaria tenía que anular después con una llamada telefónica. Desde hacía un año la Policía municipal se había vuelto aún más meticulosa, como si obligase a sus funcionarios a imponer una cuota mínima de multas. Ante todo, nada de volverse y evitar cualquier discusión.

La oficina del fiscal estaba situada en una de las alas. El amplio pasillo, que parecía interminable, estaba casi vacío, y unas cuantas personas con papeles en las manos y expresión pesarosa aguardaban sentadas en sillas delante de puertas cerradas. Esperar es una labor penosa. Delante de dos oficinas montaban guardia funcionarios armados del Servicio de Escoltas. Desde hacía algunos años también eso era necesario en Trieste. La ciudad estaba prácticamente libre de delincuentes de poca monta; el robo de coches o carteras era casi desconocido, pero el crimen organizado se había establecido en la ciudad para llevar a cabo sus negocios globalizados. Aparte del incremento de oficinas de las instituciones financieras, en la vida cotidiana sólo se percibía lo que cabía esperar de una vieja ciudad portuaria y fronteriza. Algunos de los fiscales de instrucción no daban un solo paso sin protección. Sus gorilas los acompañaban a veces incluso en las salas de audiencia.

Ante la puerta de la oficina de Scoglio no se veía de momento ningún funcionario. En cambio en el banco de espera se sentaba un hombre que se le antojaba insoportable, el abogado triestino de Joze Petrovac. Laurenti, tras un escueto saludo, llamó a la puerta de la secretaría y entró. Había llegado a la hora exacta. Sin embargo la secretaria de Scoglio le rogó que esperase fuera, su jefe aún no había llegado. Disgustado, retrocedió de nuevo hasta el pasillo. El abogado Romani le dedicó una mirada de curiosidad.

–Scoglio no ha llegado –informó Laurenti.

–Lo sé. Yo estaba citado hace media hora.

Romani era más joven que Laurenti, pero su ralo cabello rubio oscuro estaba salpicado de mechones grises. Las pesadas gafas de montura de oro dejaban huellas muy enrojecidas en su nariz.

–Sueltan a su protegido –comentó Laurenti.

–Vaya, de modo que está usted informado antes de que sea oficial ¿eh? Aún no lo sabe nadie, pero usted parece tener buenos contactos –Romani le dirigió una inquisitiva mirada.

–¿Es ésa la razón de su presencia aquí? –Laurenti sabía que no le respondería.

–Tengo otros clientes. Los inocentes aportan muy poco dinero. Al menos a nosotros, los abogados. Con la policía es distinto, claro está.

–Debería mostrarse usted un poco más agradecido. Sin nosotros, su trabajo sería más aburrido. Los divorcios no constituyen un desafío para un hombre como usted.

–No se confunda, amigo mío –Romani esbozó una sonrisa irónica.

–A pesar de todo, Petrovac no sólo le da trabajo a usted, *avvocato*. Por cierto, ¿qué tal va el deporte del motor? –era preferible buscar otro tema de conversación.

Aunque se soportaban el uno al otro, en el futuro seguirían teniendo bastante quehacer. Laurenti sabía de sobra que Romani cambiaba su Porsche casi todos los años. Por un lado, porque también el abogado había sido sometido a estrecha vigilancia cuando intentaron hallar pruebas contra Petrovac; por otro, porque ese hombre tenía una lista tan larga de multas como la del más apasionado coleccionista. En enero mismo Romani había dado mucho que hablar por la cuantía de sus multas impagadas. Para entonces debía al Estado una suma equivalente a los ingresos anuales de Laurenti. La prensa local informó del asunto y proporcionó incluso sus iniciales. Alguien lo había denunciado, pero Dios sabe por qué, no tuvo que pagar.

–Bien, gracias –Romani sonrió de nuevo.

–A partir del año que viene también se implantará entre nosotros el carné de conducir por puntos.

–Pero todavía estamos en Pascua. He oído que se ha mudado usted, Laurenti. A una bonita casa en la costa, ¿me equivoco? Con su sueldo de policía es difícil permitírselo. ¿Nadie le ha preguntado todavía de dónde ha sacado el dinero?

–No le dé usted más vueltas, *avvocato*. Esas cosas las pago con dinero sucio –una oleada de cólera invadió al policía.

–¡Pero sus vecinos han pagado más dinero que usted!

–Incluso con un trabajo honrado y sin los honorarios de un abogado se puede acceder a una buena vivienda. ¡Aunque usted no lo crea, Romani!

–Pero los hijos también cuestan dinero, ¿no es cierto?

–Ya sé que usted no los tiene. ¿A qué se debe? ¿Hay algo que falla? ¿Problemas de salud? ¿A su edad? Hoy hay ayuda psicológica para esas cosas, ¡o píldoras azules! No creo que tenga usted problemas económicos, ni siquiera aunque pagase sus multas como todo el mundo. No obstante lo mejor es que nadie se entere. Derecho a la intimidad, ¿eh, Romani? Sin embargo, cuando la información aparece en los periódicos, nadie sabe quién la ha filtrado.

Romani echaba espumarajos de rabia, pero cuando estaba a punto de responder, apareció Scoglio por el pasillo encaminándose hacia ellos. El intercambio de golpes finalizó. Romani se levantó. Daba por hecho que lo recibiría antes que a Laurenti. Scoglio, alto y enjuto, pasó junto a ellos con una inclinación de cabeza y entró en su oficina. El abogado Romani pasó sin llamar a la antesala. A los diez segundos volvió a salir con la cara colorada.

–Usted primero –repuso iracundo.

Laurenti sonrió con sarcasmo.

–Los últimos serán los primeros, ya lo dice la Biblia.

Pasó junto a las dos secretarias y penetró en el despacho de Scoglio, que permaneció sentado ante su escritorio indicándole la silla destinada a los visitantes.

–He evitado que se llevaran su coche, Laurenti –le informó Scoglio–. Pasaba por allí

en el preciso momento en que se detenía delante la grúa municipal.

–¿Pero es que están ciegos? Si dejé la sirena encima del salpicadero...

–A veces exageran, eso es verdad.

–Y ahora, encima irán armados si se imponen los concejales de la ultraderecha. Ya podemos prepararnos. De todas maneras, gracias.

–Vayamos al grano. Tengo mucho trabajo y Romani está esperando ahí fuera.

–He de comunicarle una mala noticia. Petrovac sale en libertad.

El fiscal depositó el documento sobre la mesa y se reclinó despacio en su butaca.

–¿Cómo lo sabe?

–Por una fuente de confianza en Croacia. Pasado mañana como muy tarde. Todavía no se ha publicado el comunicado oficial.

–Es ciertamente una mala noticia.

–Lo siento mucho, pero después de todo lo sucedido en el pasado, es preciso reforzar su protección. Tendrá que volver a llevar una vida bastante limitada. ¡Estoy preocupado!

–Mi vida no es tan importante, Laurenti –el fiscal fue hacia la ventana y se apoyó con ambas manos en la repisa–, pero parece que todo el trabajo ha sido en vano. Años deslomándote a trabajar, ordenando escuchas y vigilancias y ahora tendremos que empezar otra vez desde el principio –estaba tan cerca de la ventana que su aliento empañó el cristal.

Laurenti recordó cómo Scoglio había creado en 1998 la primera comisión de investigación del país contra las organizaciones dedicadas al tráfico de personas, un pequeño equipo de once especialistas que hasta la detención de Petrovac habían hecho horas extras, nunca se habían tomado vacaciones y habían estado preparados para actuar las veinticuatro horas del día. Al principio a la *task force* sólo le interesó conocer la estructura y el funcionamiento de la organización. El grupo realizaba una labor similar a la del servicio secreto y trabajaba completamente en la sombra. Practicaban escuchas, filmaciones y fotografías legales o ilegales, espían, instalaban micrófonos ocultos en coches o los equipaban con artilugios de localización por satélite, registraban domicilios clandestinamente y, esto fue una regla férrea, no detuvieron a nadie durante mucho tiempo. Scoglio sólo tenía un objetivo: los jefazos. Poco a poco consiguió comprender el sistema de números de teléfono, que variaba continuamente. Por término medio, las tarjetas telefónicas se cambiaban cinco veces en el curso de una conversación. La organización clandestina funcionaba igual que una banda terrorista. Había conductores que no hacían preguntas, noticias cifradas, buzones de correo inactivos, fajos de dinero en efectivo, camiones con doble fondo, lugartenientes que jamás habían visto ni hablado directamente con sus jefes. También formaba parte de su repertorio el chantaje a grupos étnicos enteros. Chinos o africanos, por ejemplo. Y después, cuando los agentes hicieron al fin progresos, tras la primera oleada de detenciones, un funcionario llamó a Scoglio y le puso la cinta. El fiscal oyó cómo Petrovac ordenaba a un asesino profesional bosnio que lo liquidara.

La inminente puesta en libertad de Joze Petrovac era un escándalo.

–Pero ¿cómo lo ha conseguido, maldita sea? –gritó Scoglio.

–Ni idea –respondió Laurenti–. Es todo lo que sé. Pero pregunte usted a Romani. Seguro que se lo cuenta todo con sumo placer.

–Es para morirse de risa –Scoglio volvió a su escritorio y se sentó suspirando–. Tengo que hablar con el Ministerio. A lo mejor ellos pueden hacer algo por la vía política. Le telefonaré en cuanto sepa algo. ¿Alguna cosa más?

–A partir de este instante intensificaremos su protección. Voy a tomar las medidas oportunas ahora mismo –Laurenti siguió sentado.

Scoglio asintió.

–¿Y qué más?

–Se dice que a la Drakic le han concedido la libertad condicional. Recuerda usted, hace tres años... –cuando Laurenti vio asentir a Scoglio, prosiguió–. Me gustaría someterla a vigilancia. Es la única vía para llegar a su hermano. Quizá así le echemos el guante de una vez.

–Conozco su tenacidad, Laurenti. Si sigue creyendo que está vivo, hágalo. Envíeme la solicitud. ¿Cómo va lo del muerto del canciller alemán? ¿Ha progresado?

–Carecemos de pistas. Estamos dando palos de ciego, por desgracia. Y eso que sucedió hace casi tres semanas.

–¿Alguna cosa más?

Laurenti negó con la cabeza.

–Creo que eso ha sido todo.

Scoglio se levantó y le estrechó la mano.

–¿Qué tal sus hijos? –le preguntó–. ¿Y su mujer?

–Todos bien, gracias. Esta tarde voy a recoger un perro para Laura, le apetece mucho volver a tener uno. Y el domingo inauguramos la casa. Asistirán también mis hijos. ¿Le apetecería celebrarlo con nosotros?

–Gracias, Laurenti. Todavía no la conozco. Ya le avisaré. Por favor, dígame a Romani que pase, suponiendo que todavía siga esperando.

Bienvenido, perro

–¡Dios mío! ¿Pero esto qué es? –Laura señaló al perro negro de ojos enrojecidos y lacrimosos sin saber si reír o llorar–. ¿Ésta es la sorpresa que me habías anunciado?

Proteo Laurenti estaba radiante.

–Sí. ¿A qué es precioso? Ven, pequeño, éste es tu nuevo hogar –llevaba al bastardo de una correa. El animal cojeaba ligeramente de la pata delantera izquierda–. Sé bueno, ésta es tu nueva ama.

Laura se había quedado sin habla. Laurenti volvió al coche y regresó con una cesta nueva para el perro, una escudilla para la comida, dos pelotas de colores y latas de comida canina.

–¿Cuántos años tiene? –preguntó Laura.

El perro, a un metro de distancia, miraba exclusivamente a Proteo, como si no quisiera tener nada que ver con la mujer.

–Ni idea. Entre ocho y diez, creo. Ven, Almirante, ven.

–¿¿¿Qué??? ¿Cómo dices que se llama? ¿Pero es que te has vuelto loco? –gritó Laura. Normalmente despreciaba a todo aquel que levantara la voz.

–No ha sido idea mía. Es que se llama así. Su instructor le dio ese nombre, pero nosotros lo llamaremos Cluzot, ¿qué opinas? –le dio unas palmaditas en la cabeza–. Creo que es una mezcla de labrador y schnauzer gigante, ¿no es cierto, Cluzot? ¡Siéntate!

El perro obedeció.

–A mí me da igual lo que sea.

–Está muy bien educado y se ha ganado la jubilación con creces. Ha estado de servicio toda su vida. Drogas, pistas, vigilancia... Ahora tiene que vivir mejor. ¡Nuestro jardín le gustará!

Su esposa miró a Laurenti como si hubiera dicho algo malo.

–Coge al chucho, mételo en el coche y devuélvelo inmediatamente al lugar de donde procede. ¡Ese animal no pondrá los pies en casa, Proteo! ¿Entendido?

–¿Pero qué pasa? ¡Tú misma dijiste que querías volver a tener un perro! Y aquí será fácil. ¿O prefieres pagar mil euros por un cachorro de pura raza que se te meará en casa cada media hora? ¡Éste nos ha salido gratis! Y parece simpático. ¡Ven, Almirante!

El perro lo siguió hasta la vivienda.

–Primero: yo quería realmente un perro, es más, me apetecía un cachorro, y concretamente un bobtail o un golden retriever, como muy bien sabes. Segundo: estaba dispuesta a pagar lo que costase. Y tercero: ¡no quiero tener un viejo bastardo negro llamado Almirante! ¿Comprendido?

–¡Discutamos todo esto con calma, Laura! Tengo hambre –Proteo Laurenti llevó la cesta para el perro a la entrada de la casa.

–Devuélvelo, Laurenti. ¡Una vez en casa, será demasiado tarde!

Proteo se echó a reír y se dio una palmada en el muslo. El perro corrió hacia él y se sentó en el cesto.

–¡Venga, Laura! Le cogerás cariño, te lo aseguro. Y si de verdad lo deseas, compraremos también un cachorro de bobtail, y lo llamarás Higgelti Piggelti Pop. La verdad es que es buena idea... se harán compañía y podrán jugar juntos en el jardín.

–¡Tú has perdido el juicio! ¿Jugar? ¿Ése? Pero míralo bien, apenas logrará subir las escaleras de lo viejo que es. Este chucho sólo se quedará aquí con dos condiciones: primera, vivirá en el jardín, y segunda, te lo llevarás contigo al trabajo siempre que puedas.

El perro negro miraba a Laurenti con ojos tristes. Laura no parecía resultarle demasiado simpática.

–De acuerdo –contestó Laurenti–. Buena idea. Ya lo verás, vigilará nuestra casa como nadie. Y me lo llevaré con mucho gusto siempre que pueda. Además tengo un hambre canina.

–¡Pues hazte algo de comer! –su mujer pasó a su lado sin dirigir una sola mirada ni a él ni a su nuevo amigo.

–Vamos, Laura, no te enfades –le rogó Proteo–. ¿Qué te parece si subimos dando un paseo hasta el pueblo y cenamos en Pettiroso? Ya lo verás, Almirante está más en forma que un perro joven. Subirá esas escaleras interminables sin jadear. Bueno, siempre ha cojeado un poco, me lo dijo su instructor. Eso no es malo. En fin, ¿qué me dices?

Su esposa se detuvo y se volvió. Exhibía una sonrisa de pocos amigos y meneó la cabeza con resignación.

–De acuerdo –contestó–. Vosotros iréis a pie y yo cogeré el coche. A la vuelta habrá anochecido y será preferible regresar en coche. Nos encontraremos arriba. Y, por favor, ¡no vuelvas a llamarlo nunca por su nombre!

Desde que vivían en la costa escarpada que bordea el golfo de Trieste, al norte de la ciudad, habían ido conociendo palmo a palmo su nuevo entorno. No tenían muchos vecinos, las pocas casas que se alzaban allí eran casi exclusivamente residencias veraniegas. Un camino empinado, insufrible, atravesaba los viñedos, cruzaba la vía del tren, pasaba por la vieja estación de Santa Croce di Trieste y después ascendía hasta un pueblo de mil quinientos habitantes. Había que salvar un desnivel de doscientos metros y los desentrenados se quedaban rápidamente sin aliento. Pero la vista se extendía al oeste hasta mucho más allá del *campanile* de Aquileia y la laguna de Grado, y al sureste, en

tiempo claro, el domo de Pirano brillaba sobre el mar, y la Punta Salvatore, el punto más noroccidental de la península de

Istria, parecía al alcance de la mano. Los ojos se deslizaban desde el Palacio de Duino hasta el de Miramare y la ciudad situada detrás.

El perro superó los escalones sin esfuerzo, se adelantó corriendo y regresó enseguida junto a Laurenti, al que evidentemente consideraba la única oveja de su rebaño. A pesar de que estaban a mediados de marzo y la tarde era fresca, Laurenti sudaba al llegar al pueblo. Laura aguardaba ya en el comedor de la *osteria* Il Pettiroso, ubicada junto a la calle principal. Habían descubierto aquel restaurante unas semanas antes y se alegraron de tener tan cerca un lugar donde se comía y bebía opíparamente. La sala, en cuyo centro había una gigantesca estufa de azulejos de color verde, estaba decorada con muy buen gusto. Del bar llegaban las conversaciones de los hombres de Santa Croce que, junto a la barra, empinaban el codo con vino blanco de la región como si quisieran agotar todas las existencias. A veces cantaban a voz en grito canciones eslovenas, italianas, e incluso alemanas.

El perro se sentó muy formal al lado de Laurenti, junto a la mesa. Emiliano, el dueño, los reconoció a pesar de que era la segunda vez que acudían y comentó:

–No es un cachorrito, pero parece muy bien educado. ¿Cómo se llama?

Antes de que Laurenti acertara a responder, Laura le propinó una patada por debajo de la mesa.

–Cluzot –contestó él–. ¿Qué hay de comer?

Emiliano les entregó la carta.

–¿Desean pedir algo de beber?

–Pues sí, una botella de vino tinto, y agua.

–En ese caso, les recomiendo el cabernet sauvignon de Fiore dei Liberi del Collio. Está recién embotellado y aún no se comercializa oficialmente. El bodeguero me ha proporcionado unas cuantas botellas. Es un vino magnífico.

Laurenti miró a Laura.

–Cabernet sauvignon, me parece bien –accedió ella.

–No era necesario que me dieras una patada –repuso su marido mientras el dueño iba a buscar las bebidas–. Me habría dado cuenta solo –le propinó unas palmaditas al perro–. ¿No es verdad, Almirante?

–¡Proteo! Esto es vergonzoso. ¿Cómo es posible que hayan puesto el nombre de un dirigente fascista de posguerra a un perro policía? ¡Debería estar prohibido!

–Pues a mí me parece gracioso –replicó Proteo–. Él habría caído víctima de las leyes racistas de Mussolini. El tipo debió de ser aficionado al humor negro.

A Laura, su marido le resultaba irreconocible.

Emiliano trajo sobre una enorme bandeja tres pescados que, según les explicó, acababa de suministrarle momentos antes el último pescador del pueblo. Se decidieron por una corvina a la parrilla y una herrera de apenas treinta centímetros de longitud, de brillo plateado y con el cuerpo recorrido por franjas doradas onduladas.

–A lo mejor nos llega a la tienda un auténtico Caravaggio –comentó Laura cuando se

quedaron solos—. Si lo subastamos, entrará por fin mucho dinero. Llevaba décadas en una vivienda particular de la Riva Grumula. Pero ¿me estás escuchando?

Laurenti dejó de acariciar al perro.

—Sí, sí, por supuesto. Riva Grumula, Caravaggio. Es asombroso. ¿De veras es cierto? ¿Y de dónde procede?

—El propietario asegura que el cuadro ha permanecido décadas colgado en el hogar familiar. Hace poco tiempo lo descolgaron por primera vez y descubrieron la firma al dorso.

—Pues les habrá quedado una bonita mancha clara en la pared. ¿Cuánto vale el cuadro?

—Seguro que veinte millones. Puede que incluso más. Por fin un pez gordo.

La casa de subastas de Laura también había sufrido la crisis, a pesar de que la continua oleada de herencias de Trieste descubría numerosos tesoros... en el peor momento.

—¿Y lo tenían colgado así, sin más, en una de esas casas? —Laurenti meneó la cabeza—. No quiero ni imaginarme lo que habrá todavía allí.

—Sí, pero ahora se encuentra a buen recaudo en una caja fuerte de la Banca Commerciale. Y es preciso hacer un peritaje para comprobar su autenticidad. Todo en absoluto secreto. Tuve que informar al Ministerio de Cultura. El Estado posee el derecho de retracto, para impedir que ese tipo de obras salgan del país.

—En ese caso podéis dar por sentado que seguramente lo incauten enseguida hasta esclarecer su origen. Esperemos que no sea robado y que se trate de un auténtico Caravaggio.

—Robado seguro que no es. No aparecía en el listado de cuadros robados y desaparecidos que figura en la página de la Tutela Patrimonio Culturale, ni en la web de los carabinieri, www.carabinieri.it. Y la consulta telefónica tampoco arrojó resultados.

—¿Cómo se llama el cuadro?

—*La incredulidad de santo Tomás*. Es una obra pequeña, aproximadamente de uno veinte por uno sesenta. Si es realmente lo que espero, habremos cubierto con creces las expectativas de todo el año.

Trieste-Estambul-Bucarest

Laurenti se había pasado una semana en un hospital, pero nadie había visto jamás a ese hombre. La foto había aparecido reiteradas veces en la prensa y en la televisión, sin éxito. Los funcionarios del Ministerio del Interior insistían todas las semanas. Laurenti no podía archivar el caso por las buenas. El domingo anterior se le había ocurrido una última idea que le parecía casi descabellada.

Laurenti se había pasado una semana en un hospital, pero nadie había visto jamás a ese hombre. La foto había aparecido reiteradas veces en la prensa y en la televisión, sin éxito. Los funcionarios del Ministerio del Interior insistían todas las semanas. Laurenti no podía archivar el caso por las buenas. El domingo anterior se le había ocurrido una última idea que le parecía casi descabellada.

Habían recorrido todas las clínicas públicas y privadas de los alrededores con la foto del muerto del canciller alemán. En realidad, sólo podía haberse escapado de un hospital, pero nadie había visto jamás a ese hombre. La foto había aparecido reiteradas veces en la prensa y en la televisión, sin éxito. Los funcionarios del Ministerio del Interior insistían todas las semanas. Laurenti no podía archivar el caso por las buenas. El domingo anterior se le había ocurrido una última idea que le parecía casi descabellada.

Con la foto en el bolsillo de la americana se dirigió al muelle de camiones de la Riva Traiana, donde los días laborables zarpaban los transbordadores a Estambul con cientos de camiones. Tras el último enlace del sábado, los conductores tenían que esperar a que los recogiera el primer barco el lunes por la mañana. Los vehículos pesados se concentraban muy juntos en los aparcamientos situados ante la entrada de la zona aduanera. Los hombres, en pequeños grupos, se preparaban la comida entre los vehículos y mataban el aburrimiento. La mayoría eran turcos, pero también los iraníes, rumanos y algunos moldavos preferían la travesía por mar a la larga ruta terrestre. Laurenti recorrió una hilera tras otra mostrando a cada hombre la foto del muerto. Los problemas de comunicación eran considerables: ninguno de ellos conocía ni siquiera uno de los idiomas que hablaba Laurenti, aunque también los conocimientos de inglés y francés del policía eran regulares y no tenía ni la menor idea de alemán. Sin embargo entendieron a la primera lo que quería. Un grupo de curiosos, que crecía rápidamente, comenzó a seguirlo. Estaba a punto de darse por vencido cuando el conductor de un camión articulado rumano pintado de un rojo chillón sostuvo largo rato la foto en la mano y luego dirigió una mirada de desconfianza a Laurenti.

–¿Conoce a este hombre? –preguntó el policía; un rumano tenía que entenderle.

El conductor volvió a contemplar la fotografía, después negó de repente con la cabeza y se la devolvió.

–¿Está usted absolutamente seguro?

El conductor asintió con gesto decidido, subió a la cabina e intentó cerrar la puerta.

–Oiga, esto es muy importante. Hable, aunque sólo se trate de una sospecha.

–¿Qué le ha pasado?

–Lo atropellaron. Ha muerto. No sabemos quién es. No ha hecho nada malo. Pero quizá tenga familia, padres, esposa, hijos, que estén preocupados. Bueno, ¿lo conoce?

–No –el conductor intentó de nuevo cerrar la puerta.

Laurenti alzó los ojos hacia el hombre.

–¿Y por qué ha mirado tanto rato la foto? ¿Sospecha usted algo?

El conductor se encogió de hombros y guardó silencio.

–¡Su documentación, por favor!

Cuando las cosas no funcionan por las buenas, a un policía siempre le queda la posibilidad de hacerlo por las malas. Aunque al final no consiga nada salvo echar un vistazo a una documentación en regla.

El conductor le entregó una carpeta de plástico que contenía todo lo necesario, desde el documento de identidad al carné de conducir, pasando por los papeles de la carga. Laurenti los revisó con atención y anotó los datos del pasaporte del hombre y la matrícula del camión. Después devolvió al conductor la carpeta.

–Bueno, por última vez: ¿conoce usted a este hombre?

–No –el rumano miraba estólido por el cristal del parabrisas como si viajara, exhausto, por la autopista.

–¡Tome, llévese la foto!

Laurenti adjuntó su tarjeta de visita y deslizó ambas en el suelo de la cabina. Después se abrió paso entre los mirones que le dejaron sitio lentamente. Cuando se encontró en su propio coche rumbo a la *Questura*, consideró si debía ordenar detener a ese hombre. Sin embargo, era consciente de que no habría sido una medida acertada. No existían pruebas contra él, y durante un interrogatorio oficial casi seguro que habría mantenido la boca cerrada, arruinando además de esa manera la posibilidad de que el tipo se presentase algún día por propia iniciativa si realmente sabía algo.

Tal vez el encuentro no había sido del todo inútil. A fin de cuentas, el muerto podía ser rumano.

No le resultó fácil encontrar a un colega competente en Bucarest, y la comunicación tampoco fue posible. ¿Proximidad lingüística? ¡Y un cuerno! El rumano y el italiano estaban a años luz de distancia. Era imprescindible recurrir a un intérprete. En la Scuola degli Interpreti, el instituto de traductores de la Universidad, de fama internacional, encontró por fin a uno y acordaron una nueva reunión con intérprete, que el colega de Bucarest aceptó con sumo gusto. Durante más de dos semanas nada sucedió. Los faxes de Marietta quedaron sin respuesta y los prejuicios de Laurenti frente a las autoridades extranjeras se acrecentaban cada día. Estaba seguro de que en Rumanía sólo funcionaban bien los servicios secretos.

*

A pesar de sus esfuerzos a lo largo de todos esos años, Laurenti no había conseguido quitarles a sus colaboradores la costumbre de hablar con él en cuanto pisaba el despacho por la mañana. El primer cuarto de hora era sagrado, y sólo aceptaba discutir los casos

urgentes y muy excepcionales. Lo que sucedió esa mañana no era precisamente un caso urgente, aunque pronto lo sería si seguían inmiscuyéndose en su vida. La causa fue, una vez más, el perro.

Almirante, alias Cluzot, encontró rápidamente su sitio en el asiento trasero del coche oficial y con su húmedo hocico había dejado huellas evidentes en las ventanillas laterales. Esto llamó la atención incluso de su nuevo amo, que estaba reñido con el agua pues no había lavado ni una sola vez el vehículo, un bonito Alfa Romeo azul oscuro que medio año antes había sustituido a regañadientes al viejo Fiat. Ahora también adornaban los asientos pelos de perro. Laurenti tardó un buen rato en convencer al animal para que saliese del coche. Almirante yacía tumbado cuan largo era sobre el asiento trasero y movía el rabo con gesto lánguido pero amistoso. Sólo cuando Laurenti le dio un empujón, se levantó y saltó fuera. Trotó a su lado sin mostrar el menor interés por las numerosas personas que se congregaban en el vestíbulo de la *Questura*.

–¿Es suyo? –preguntó la funcionaria gruñona de la entrada–. ¡Qué monada!

¿Tendría corazón? Un mechón de cabello grasiento caía sobre su nariz. Laurenti murmuró un saludo y continuó su camino. El ascensor estaba ocupado, como siempre. Tras propinarle una palmada al perro, empezó a subir las escaleras.

–¡Laurenti! –gritó alguien a sus espaldas.

Siguió andando, como si no hubiera oído.

–¡Laurenti, un momento, por favor!

–*Porca miseria maledetta* –masculló en silencio mientras se volvía.

El día empezaba mal. Laurenti no tuvo opción, era el jefe. Por lo general mantenían buena sintonía, pero desde el accidente, Laurenti se sentía sometido a una presión extrema, aunque nadie le había hecho el menor reproche. No progresaba lo más mínimo, a pesar de que había sacrificado incluso los domingos.

–*Buongiorno* –le saludó el *questore*–. He visto que va usted acompañado. ¿Hace mucho que lo tiene?

–Desde ayer por la tarde –contestó Laurenti con tono afable.

Otro más que le hablaba del perro.

–¿Y de dónde lo ha sacado? ¿Alguna herencia? –rara vez el jefe intentaba resultar chistoso.

–Un colega –respondió Laurenti–. Estaba a punto de jubilarse. Me dio pena, nadie lo quería. Y quise darle una alegría a mi mujer.

El *questore* frunció el ceño asombrado.

–¿Y lo consiguió?

–¿Ha hablado con ella? ¿Por qué lo pregunta? Por supuesto que no se alegró.

–Lo comprendo. ¿Cómo se llama?

–Almirante –repuso Laurenti, cortado–. Así lo bautizó su instructor. Yo lo llamo Cluzot. ¡Ha prestado buenos servicios y tiene un olfato extraordinario! Pero nadie quería quedarse con él.

–¿Y ahora siempre lo lleva consigo?

Laurenti creyó percibir un retintín en la voz de su jefe que le desagradó.

*

–A veces –respondió vacilante mientras terminaba de subir las escaleras que conducían a su despacho.

–Antes de que abráis la boca –Laurenti alzó la mano con gesto imperioso al ver a Sgubin charlando con Marietta–, me gustaría presentaros a Almirante, digo Cluzot.

–Pero ¿eso qué es? –exclamó Marietta horrorizada–. ¿Lo has recogido de la protectora de animales?

–¡Pero si es al que hicieron seguir el rastro del muerto durante la visita de Estado! –Sgubin miró primero al perro y luego a Laurenti–. ¿Dónde está su instructor?

–¿Puedo hablar, por favor? –gruñó Laurenti, cuyo humor se ensombrecía por momentos–. Éste es Cluzot, y desde ayer mi perro. A partir de ahora me acompañará. ¿Entendido?

–Entonces ¿por qué lo has llamado Almirante? –quiso saber Marietta.

–Porque es su verdadero nombre –afirmó Sgubin.

–¡Silencio! –Laurenti cogió por el collar al asustado animal y lo condujo a su despacho, a pesar de que el perro le habría seguido voluntariamente–. Venid, os lo explicaré todo. Pero sólo si me dejáis hablar.

Marietta lo conocía lo suficiente para vislumbrar lo que se le avecinaba.

–Y si tienes que tener un animal así, ¿por qué no lo dejas en casa, en el jardín? ¿No pretenderás convertirme en su niñera? Ya estoy oyendo las burlas a costa nuestra –se llevó las manos a la cabeza y se volvió hacia Sgubin–. Es el colmo. Ya lo verás, acabaremos teniendo que comprar pienso o sacando de paseo a este monstruo. Y, ay de ti si te olvidas de las bolsas de plástico cuando se cague en la calle. Está prohibido.

–¡Puaj! –Sgubin se estremeció, asqueado–. ¿Sabes el tacto que tiene la mierda de perro a pesar de la bolsa de plástico?

–Pero ¿acaso habéis perdido el juicio? Tendríais que oír vuestras palabras. Sois un par de paletos cerriles. Será mejor que empecéis a trabajar, andando. ¡Almirante, túmbate!

Con aire ofendido, el animal se retiró a un rincón y se dejó caer al suelo delante del radiador, como si ése fuera su sitio desde hacía cien años caninos. En ese momento sonó el teléfono.

–Sgubin, tu caso –Laurenti, enojado, arrojó el auricular sobre el soporte.

Marietta y su asistente habían oído la noticia por el altavoz. Habían encontrado a un hombre gravemente herido en su finca del barrio de Gretta. Los de huellas acababan de llegar y el herido, entre aullidos de sirenas, iba camino de la clínica Gattinara.

–Yo no puedo salir ahora –explicó Laurenti dirigiendo una mirada de impaciencia a Sgubin al ver que éste no se movía del sitio–. El traductor está a punto de llegar y necesito intentarlo de nuevo con el maldito rumano. A lo mejor encontramos de una vez a alguien de Bucarest en quien podamos confiar. ¡Vamos, a trabajar!

*

Esta vez funcionó. Marietta había encontrado a una autoridad superior. En Bucarest contestó un tal señor Ypsilantis Cuza, de falsa amabilidad, que se presentó como un colega del mismo rango que Laurenti y que trabajaba en el superdepartamento que los rumanos habían creado dos años antes para combatir al crimen organizado. Como es natural, con la vista puesta en las normas de la Unión Europea, pues Rumanía confiaba en convertirse en uno de sus miembros lo antes posible. Laurenti había oído hablar de ese departamento, porque también el FBI y la Interpol tenían espías en el noveno piso del antiguo Palacio del Pueblo, considerado el segundo edificio más alto del mundo... después del Pentágono, claro.

Gracias a la intérprete, una joven italiana de Pescara que estudiaba en Trieste, esta vez la comunicación transcurrió sin problemas. Ypsilantis Cuza pidió que le describieran el caso y el motivo de las sospechas.

–Completamente correcto –confirmó a Laurenti–. No existe otra posibilidad. Nosotros somos muy modernos y disponemos de un magnífico sistema informático que va años por delante de los europeos y americanos. Envíenos por favor un juego de huellas dactilares y una foto escaneada, comprobaremos si ese hombre figura en nuestros archivos.

La desconfianza de Laurenti no cedía.

–¿Cuánto tiempo tardará eso?

–Quizá un par de horas, en ningún caso más de dos días. Yo le avisaré –por lo visto, el amable señor Ypsilantis no bromeaba–. Aunque no quiero infundirle muchas esperanzas –añadió inmediatamente después con tono de reserva–. Somos un país pobre de casi veintitrés millones de habitantes. No todos cuentan con los papeles en regla ni los tenemos archivados en su totalidad. Sólo estamos empezando.

–Todo se andará –dijo Laurenti antes de darle las gracias. Él ni siquiera sabía cómo escanear una foto, ni conocía a nadie en la *Questura* que supiera. Le encargó a Marietta que se ocupase del asunto.

Se abre la veda

–Todo marcha a pedir de boca –se decía el catedrático Leo Lestizza a media voz aquel martes por la mañana, sonriendo muy satisfecho de sí mismo.

Delante del enorme ventanal del salón, contemplaba fijamente la espesa niebla que velaba la vista del viejo puerto y los muelles junto al Rive. Bebía a pequeños sorbos el café humeante de la taza precalentada. Se sentía orgulloso de sí mismo. En enero había celebrado en distinguida compañía en Cortina, el paraíso de deportes de invierno de la alta sociedad, su cincuenta cumpleaños y se había gastado una fortuna en el convite. Pero podía permitírselo. La clínica iba viento en popa, la demanda superaba a la oferta, y eso significaba que los ingresos, en consonancia con la buena fama del establecimiento, eran considerables. El abogado Romani había prometido a su vez librarse con ayuda de Petrovac del molesto periodista, cuya identidad había descubierto gracias a las empresas de alquiler de coches. Lestizza lo había visto en un par de ocasiones y no tenía la menor duda de que el tipo lo seguía. Pero ahora se ocuparían definitivamente de él y el asunto quedaría al fin zanjado. Hasta entonces Romani nunca les había fallado en cuestiones de esta índole. El otro problema, por suerte, se había resuelto solo, pero curiosamente aún le preocupaba. La fuga de aquel joven había sido una estupidez, por supuesto, pero al menos ya no podía hablar. Un incidente absurdo que se diera de bruces con el coche del alemán, pero con todo y con eso, efectivo. A veces la política conseguía solucionar algunas cosas.

Cuando dentro de unos minutos subiese con el Jaguar por Via Bonomeo hacia Opicina, hallaría un sol de primavera deslumbrante y dejaría atrás la triste campana de niebla. Arriba, en el Karst, durante esos días se notaba por fin más calor que en la ciudad. ¿Cuánto tiempo llevaban así? En Trieste era un fenómeno desacostumbrado.

Dentro de un cuarto de hora estaría en Prepotto, en su despacho, se tomaría el segundo café, leería el historial de los pacientes y se prepararía. Como todas las mañanas, se fumó el primer cigarrillo en casa. Dejó sobre la mesa del comedor el dinero para la asistenta. Luego revisó de nuevo la posición de su corbata delante del espejo: hacía semanas que el nudo no le salía tan perfecto como ese día. Mientras descolgaba del perchero el abrigo ligero, llamaron al timbre. El perro labrador de ocho meses que estaba

en el jardín empezó a ladrar. Leo Lestizza echó un vistazo a su reloj de pulsera. Era muy temprano para el jardinero y la asistente. Al escuchar un nuevo timbrado, más largo y penetrante, se encaminó hacia el telefonillo.

–ACEGAS. Disculpe la molestia. Tenemos un gran escape de agua en la calle y estamos buscando el origen de la fuga. Necesitamos revisar las conducciones de su finca. ¿Le importaría abrir, por favor?

–Un momento.

Leo echó un vistazo al monitor y colgó el auricular. A la puerta del jardín, ante el gran muro que rodeaba la finca, estaba un hombre alto de pelo canoso y bigote gris vestido con un mono y un gorro de lana verde en la cabeza. Tras él estaba aparcado un Fiat Panda blanco en cuya puerta se distinguía claramente el logotipo de la sociedad de abastecimiento de energía de la ciudad de Trieste. Leo Lestizza presionó el botón de apertura, llamó al perro juguetero que corría como enloquecido por el jardín moviendo el rabo y alegre por la inesperada visita, y esperó en el umbral. El operario era de su edad, llevaba un mono gris y guantes de látex, como Leo en su trabajo. Cuando vio que el hombre, a unos cuatro metros de distancia, agitaba el estuche de plástico transparente que debía de contener la documentación de la empresa, Leo se tranquilizó. Envió fuera al perro con una palmadita en el lomo.

–Que animal tan simpático –comentó el visitante–. Es muy juguetero. ¿La presión de agua en su casa es correcta?

–No he notado nada raro.

–¿Le importaría enseñarme el contador?

–Está en el sótano. ¿Tardará mucho? Tengo que ir a trabajar.

–Si todo está en orden, me marcharé dentro de un minuto. Si no... –el hombre se encogió de hombros.

–Sígueme, por favor –rogó Leo Lestizza, girándose hacia la puerta del sótano situada junto a la entrada.

–No faltaría más –repuso el operario, y empujó al cirujano con fuerza estrellándolo contra el marco de la puerta.

Leo Lestizza sólo sintió el duro golpe que le propinó en la cabeza. El resto, el dolor largo y persistente, el zumbido en su cabeza y la conmoción cerebral, sólo lo recordaría cuando recobrase el conocimiento. Si volvía a recobrarlo. Lo último que captó fue el estruendo del alicate, que cayó sobre las baldosas de mármol provocando un feo cráter en la superficie pulida.

El falso obrero lo sujetó, rodeó su torso con los brazos y lo arrastró hasta la escalera situada ante la puerta de entrada. El Labrador los miraba a tres metros de distancia, sentado y moviendo el rabo. El hombre sacó una mordaza del bolsillo del pantalón, separó con un movimiento enérgico las mandíbulas del desmayado Lestizza y se la embutió en la boca. Acto seguido maniató las muñecas del cirujano con un nudo corredizo de plástico, apretándolo con fuerza. Meditó un momento si debía esperar a que recuperase el conocimiento, pero al fin optó por solventar rápidamente el asunto. En un abrir y cerrar de ojos desabrochó el cinturón y abrió la cremallera. Bajó los pantalones y

los calzoncillos de Lestizza hasta las rodillas y su mano enfundada en guantes de látex agarró el pene y los testículos estirándolos hacia arriba. En la mano derecha destelló la hoja de acero de un cuchillo. Realizó el corte con precisión, mediante un ligero movimiento circular. Esquivó con agilidad el chorro de sangre que salió disparado. Leo suspiró. Después, el obrero le quitó la mordaza, lanzó una breve mirada de asco al flácido miembro amputado, volvió a introducir sus dedos entre las mandíbulas de Lestizza y le embutió los genitales en la boca.

—He esperado mucho este momento —dijo mientras extraía de uno de los bolsillos laterales del mono una bolsa negra de plástico—. Lo recordarás cada segundo durante el resto de tu vida y te preguntarás por qué.

Tras despojarse del par exterior de guantes de látex, se quitó el mono exterior por los hombros y lo guardó todo en la bolsa de plástico. Volvió a lanzar una ojeada a Lestizza, que no tardaría en recobrar la conciencia.

—Largo de aquí —ordenó en tono imperioso al cachorro que se acercaba.

Intimidado, el animal dobló despacio la esquina de la casa y miró de nuevo hacia atrás, pero la actitud del falso operario pareció convencerle de que era mejor desaparecer. Poco después, la puerta metálica que daba a la calle se cerró con estrépito. Todavía vibraba cuando el vehículo de la compañía de abastecimiento de agua traqueteaba monte abajo para detenerse ante el contenedor de basura más cercano. Cuanto más cerca del lugar de los hechos se libraba de la bolsa negra, más seguro estaría de que su rastro se perdiera allí. No había tocado nada sin tomar precauciones. No encontrarían una sola huella suya y menos rastros de ADN. A pesar de que apenas se había alejado ciento cincuenta metros de la casa, ésta ya no se distinguía a través de la niebla. La policía, era obvio, sospecharía de la mafia. Algo infrecuente en Trieste, pero las señales hablaban por sí mismas. Y el médico tendría que luchar el resto de su vida con la desesperante pregunta de qué le había sucedido y por qué. Pero jamás hallaría la respuesta. Una tortura atroz, que humillaría día tras día a Lestizza hasta acabar conduciéndolo a la locura.

Abandonó el Fiat Panda robado en el aparcamiento del supermercado de Roiano, y bajó las escaleras que conducían a la plaza donde había dejado la vieja Vespa robada. Su pista se perdió entre el tráfago de trabajadores que inundaban el Viale Miramare. El tren necesitó veinte minutos para llegar a Monfalcone, tiempo suficiente para despojarse del segundo mono en el lavabo, arrancarse el bigote postizo del labio superior y arrojarlo por la ventana junto con el segundo par de guantes de látex.

Lestizza volvió en sí presa de atroces dolores. Su cuerpo se estremecía, y respiraba con dificultad. Apenas conseguía mover las mandíbulas, y los gemidos se ahogaban en su garganta. Su cabeza parecía estallar, mientras su vientre ardía como el fuego del infierno. Algo caliente corría por su regazo. Y el joven labrador le miraba desde arriba, moviendo el rabo y dándole empujoncitos con el morro. Poco a poco Lestizza fue despejándose y al fin vomitó la masa blanda de su boca, que rodó por su torso. Al intentar incorporarse, notó las ligaduras de sus manos. El perro atrapó la salchicha que había caído al suelo, y se alejó saltando alegremente. El médico rodó colocándose sobre el costado y vio sus

manos atadas. Y sangre. Volvió a perder el conocimiento. Cuando lo encontró el jardinero y avisó a la policía, yacía desmayado sobre los tres peldaños de la entrada de la casa.

Proteo Laurenti cruzó el vestíbulo de la *Questura* sin mirar a derecha ni a izquierda. El perro correteaba alegre tras él y de vez en cuando le propinaba un empujón con el hocico. Escogieron la escalera pequeña situada junto al anfiteatro romano que subía hasta el Colle di San Giusto. Cluzot lo precedía escalera arriba, olfateando los arbustos y marcando su territorio. A veces se detenía y esperaba hasta que su amo lo alcanzaba. Fue un pequeño paseo, porque también para el *vicequestore* regía la normativa municipal que prescribía que los perros sólo podían ir por la ciudad sujetos por la correa y que su portador tenía que retirar con sumo cuidado las deposiciones del animal. Laurenti no llevaba ni correa ni bolsita de plástico. Primero tendría que aprender a acordarse de esas cosas. Pero al menos llevaba el monedero en el bolsillo del pantalón y podía tomar un café en la esquina y comprar el periódico. Cuando regresó a la oficina, recuperó la lectura que había descuidado esa mañana.

Descubierto en un domicilio particular un Caravaggio valorado en veinte millones. Incautada una pintura que llevaba años colgada en una vivienda junto a la Rive. Depositó el Piccolo sobre el escritorio y descolgó el teléfono.

–Laura, compra el periódico –informó–. Han incautado vuestro cuadro.

–Ya lo sé. Contábamos con eso. Sólo pueden retenerlo hasta que se cierre la investigación sobre su procedencia y autenticidad. ¿Qué más dicen?

–Te lo leeré: *Una medida obligatoria hasta que se certifique definitivamente la atribución de la obra. Según el propietario y algunos expertos se trata de un auténtico Caravaggio, pero también se alzan voces que lo ponen en duda, e incluso solicitan la incoación de un proceso penal. El nombre del propietario figura en la lista de sospechosos de falsificación. El problema ha sido ocasionado por el comerciante de objetos de arte que debía vender el cuadro. El marchante sospechó que la obra no era de Michelangelo Merisi, llamado Caravaggio. Éstos hablan de ti, Laura. Éste es el resultado de tu notificación al Ministerio de Cultura. El hombre no debe de sentir demasiada simpatía por ti. Lo mencionan con nombre y apellidos.*

–No tenía otra elección. De habernos pillado sin el permiso, se nos habría caído el pelo. Está en juego la protección del patrimonio cultural de la nación. Piensa en todo lo que se ha vendido sacándolo de Italia y por qué oscuras vías.

–«Quizá sea una copia», sospechó el comerciante, ante lo cual intervino el fiscal. *Pero este cuadro, que figura entre las ocho obras más importantes de Caravaggio, puede ser de hecho una obra original del maestro. Al dorso figura la firma «S. Angelo Michele da Caravaggio, Pittore». «La copia», afirma un historiador del arte de la Universidad La Sapienza de Roma, «colgaría entonces en el Museo de Postdam, en la antigua RDA». El auténtico encima del sofá, la copia en el museo.*

–Vaya, la típica frase del *Piccolo* –comentó Laura–, en consonancia con el titular: Detenidos dos hombres y un albanés. Y hablando de otra cosa, ¿qué hace tu diablo negro?

–¿Quién? Ah, sí –Laurenti sujetó el teléfono con la barbilla y acarició al perro, que, tumbado junto a su silla, alzó los ojos agradecido–. Bien. Creo que le gusta estar conmigo. Por desgracia, Marietta ha mostrado el mismo descontento que tú.

–Sólo que no estás casado con ella... Aunque en los últimos veinticinco años has pasado más tiempo a su lado que con tu familia. Te advierto que no quiero verla en nuestra fiesta.

Laurenti agarró rápidamente el auricular antes de que se le cayera de la oreja. ¿Habría vuelto su mujer a desollarlo con su mejor amiga?

–Oye, Laura, ¿qué mosca te ha picado? Si hasta hoy siempre os habéis entendido bien las dos. ¿Es que...?

–¡Tranquilo! –le interrumpió su esposa, pero su voz sonaba irritada–. Además de llevar mucho tiempo comportándote de una forma muy rara, parece haber perdido también el sentido del humor. Pregúntale a Marietta si quiere quedarse con el perro, porque lo que es un hombre, seguro que ya no lo encontrará. Ah, otra cosa, esta noche se inaugura la exposición en la galería LipanjePuntin. Cristina nos ha invitado. Si puedes dejar sola a Marietta, podríamos ir juntos. De lo contrario, acudiré sola.

Los galeristas eran viejos amigos, y Proteo Laurenti respiró aliviado al escuchar la propuesta. La velada en casa los dos solos seguro que no sería armoniosa, teniendo en cuenta el malhumor de Laura.

–¿De qué se trata? –preguntó Laurenti–. ¿Quién expone?

–Un fotógrafo holandés de nombre impronunciable.

–¿A qué hora?

–A la de siempre.

–De acuerdo –la propuesta le aliviaba, pero no dejó que se le notase–. Iremos, si así lo deseas.

–Tú no tienes por qué, puedo acudir sola. –Vale. Pero antes pasaré por casa para cambiarme de ropa.

*

En La Salvia, la clínica privada del Karst, reinaba un ambiente de abatimiento. El abogado Romani había anulado todas las citas y había subido inmediatamente desde la ciudad tras ser informado de la agresión sufrida por Leo Lestizza. Sin embargo, la policía se le había anticipado y se cruzó en la entrada con el coche patrulla que salía para torcer en dirección a la ciudad. Ahora tenía que hacer cuanto estuviese en su mano para mantener a los investigadores lejos de la clínica.

Adalgisa estaba apoyada en su escritorio; su esposo, Ottaviano Severino, y Romani se sentaban en las sillas destinadas a los visitantes, mientras que el médico Urs Benteli paseaba inquieto de un lado a otro de la habitación.

–¿Qué sabéis de la vida privada de Leo? –preguntó Romani.
Adalgisa, totalmente impassible, hizo un ademán de indiferencia.
–Nada. Leo jamás hablaba de sí mismo. La primera vez desde hacía mucho tiempo que tuvo compañía fue durante la celebración de su cumpleaños en Cortina. Al menos por lo que conocemos. ¿Puede haber sido el periodista?
–No –contestó Romani–. Lo tenemos sometido a continua vigilancia. Ayer por la tarde tomó el avión de las trece horas a Munich para continuar vuelo hasta París. Su coche aún sigue en Ronchi, en el aparcamiento vigilado. Regresará mañana, a las doce treinta.
–Un poco corto para París –gruñó Severino.
–¿Qué sabéis de la vida sexual de Leo?
–Nada en absoluto –contestó Adalgisa–. Jamás hablaba de ello.
–¿Aventuras, mujeres, chicos, chicas, niños?
–¿Adónde quieres ir a parar? En Cortina tenía una acompañante, pero no recuerdo su nombre. Desde luego, no era un niño.
–Angelica o Angela, o algo parecido –dijo Severino–. Joven, bonita, tonta y callada. Jamás la había visto.
–¿Cómo de joven? –insistió Romani.
–Debía de tener carné, porque conducía el coche de Leo. También había un chico –recordó Adalgisa.
–Sí, y otra chica –Severino, que tamborileaba con las uñas en el respaldo de su butaca, se ganó una mirada de desaprobación de su mujer–. Recuerdo que se sentaron juntos todo el rato y cuchicheaban y reían en voz baja mientras Leo conversaba con otras personas.
–No parece que le gusten las maduras. ¿Y qué hay de sus numerosos y cortos viajes?
–Romani dio dos pasos hacia Adalgisa Morena–. ¿Sabes al menos adónde iba?
–Él siempre afirmaba que a congresos. Una de las veces voló a Estambul para operar. Se le escapó en cierta ocasión.
–¿Cómo has dicho?
–Mantiene contactos con numerosos colegas extranjeros –explicó Severino–. Todos nosotros los tenemos, por supuesto. Y a veces echas una mano en caso de necesidad. Pero no me pidas más detalles.
–Cuando recupere el conocimiento, pienso cantarle las cuarenta. Este asunto apesta a venganza. A ambiente gay o a pedofilia. Sería una tremenda estupidez que su conducta pusiera en peligro todo esto –Romani hizo una pequeña pausa–. En cualquier caso, es evidente que la policía regresará. Lo mejor será que sólo hable con ellos Adalgisa.
–Aplazaremos todas las operaciones hasta que Leo se haya recuperado –dijo Severino.
–¡Majadero! Eso no es una gripe de la que uno pueda curarse. No se encuentra nada bien. Yo habría preferido tenerlo aquí. Entonces estaríamos seguros de que está bien atendido –Adalgisa alargó la mano hacia el teléfono–. Voy a preguntar si hay novedades.
–Espera –repuso Romani–. Ellos llamarán en cuanto haya algún cambio en su estado. Están haciendo cuanto pueden. Me he encargado de ello. A fin de cuentas, es un colega. ¿Cómo continuaréis con vuestra actividad? Ya sabéis que el colaborador de Petrovac

necesita ser operado.

–Enviadlo a Estambul –recomendó Severino chasqueando las articulaciones de sus dedos–. No podemos estar siempre haciéndole favores a Petrovac.

–No seas tan arrogante, Ottaviano, porque creo que no puedes permitirte ese lujo. Sin Petrovac, continuarías enterrado y cabreado en un hospital público. Siempre conviene mostrar una pizca de gratitud.

–Hay una diferencia entre dinero y trabajo. Recuerda siempre que la clínica sólo funciona porque en ella trabajan especialistas muy cualificados. Y él también se beneficia de ello.

–Hablas como un comunista. No os he pedido un favor. Siempre es posible comprar a gente como tú. Petrovac quiere que su hombre sea atendido aquí, y punto –replicó Romani sin apartar los ojos de Severino.

–Dejad de pelearos como dos mujerzuelas. ¡No conseguirás nada a fuerza de órdenes, Romani! Ha sucedido algo grave y hemos de discutirlo –intervino Adalgisa Morena–. Ottaviano tiene razón. No se trata de una nimiedad.

–En lo que se refiere al trabajo, puede sustituirlo Urs Benteli.

–Eso no hace falta que me lo digas.

El ambiente era gélido.

–Es preciso adoptar un par de medidas claras –Romani se despojó de las gafas y se masajeó la nariz con dos dedos, pero su voz sonaba dura como el acero–. Cambiaréis inmediatamente al personal afectado de la sección de trasplantes. Pagad a la gente y mandadla a casa. Mañana nadie debe quedar aquí.

Al no recibir respuesta, Romani se mostró condescendiente y explicó el sentido de sus palabras.

–Por si las moscas. A la policía podría ocurrírsele la idea de interrogar al personal. A todos los que tuvieron relación con Leo.

–No lo creo –sostuvo Severino–. Primero hablarán con el propio Leo. ¿Por qué iban a tomarse esa molestia?

–Si se salva, Ottaviano, tendrás razón. Pero ¿qué pasará si no es así? Necesitáis inmediatamente gente nueva.

–Mientras no estén aquí, dejaremos las operaciones –Adalgisa sonrió; un rayo de sol incidió en su rostro intensificando la negrura de su pelo–. Así que dile a Petrovac que su amigo tendrá que esperar o marcharse a Estambul.

–Ese problema quedará resuelto enseguida. Hay tres personas en Belgrado que sólo esperan una llamada para presentarse aquí en unas horas. Y algunas más en Zagreb, Kiev y Budapest –anunció Romani–. Sólo es preciso descolgar el teléfono.

–Si no trabajamos, no necesitamos personal –dijo Severino en un último y lamentable intento por rebelarse.

–No tenéis elección. El hombre joven que necesitáis llega esta noche en el transbordador de Turquía.

–Maldita sea, entonces alojadlo de momento en cualquier parte y alimentadlo durante tres días. Realizaremos la intervención en cuanto llegue el nuevo personal –Adalgisa

Morena sabía que el abogado tenía razón. Miró a su esposo—. ¿Te parece bien, Ottaviano?

—Por mí, de acuerdo. Luego, ya veremos. Pero que no se crea Petrovac que puede hacer con nosotros lo que se le antoje. Además, si el test inmunológico no miente, el hombre también es adecuado para el paciente de Basilea. A éste no le queda mucho tiempo. Su estado de salud empeora cada día y la lista de espera oficial es terriblemente larga —explicó Severino.

—Yo no quiero saber nada de eso. Os conozco de sobra y sé que en esos negocios siempre cobráis bajo cuerda. Pero no toméis por tonto a Petrovac —Romani, tras levantarse, se abrochó la americana—. Y tened muchísimo cuidado. Quiero ser informado de inmediato en cuanto vuelva a aparecer la policía. Decidme cuándo podéis reanudar las operaciones. Es urgente.

Aguardaron en silencio hasta que la puerta se cerró detrás de Romani.

—¿Y ahora, qué? ¿De verdad nos afecta tanto eso? —Benteli había permanecido todo el rato sin abrir la boca.

Llevaba un año en la clínica, era un especialista experimentado, aunque no tenía acciones en la empresa; pero estaba a punto de mejorar su posición después de haber impresionado a la jefa con su encanto escurridizo.

—Será duro. Hemos de impedir a toda costa la presencia de la policía. Eso no es bueno para el negocio, irrita a los pacientes —Adalgisa apartó su sillón del rayo de sol—. Ese Sgubin es un cretino, pero no obstante será mejor estar sobre aviso. Luego me iré a Gattinara a ver a Leo.

—¿Cómo están nuestras citas?

—Hemos aplazado las cuatro mamás de esta mañana y también el *peeling*. En cambio, mañana será un día de locura. Microdermoabrasión para la señora de Viena, una labor muy trabajosa. Además botox, una minucia de quince minutos. Después, por segunda vez, la nariz del locutor de televisión, esta vez incluyendo las bolsas bajo los ojos. También los labios de la milanesa y el segundo botox para la mujer del concejal, tratamiento ambulatorio —Severino fue enumerándolo todo con el ceño fruncido—. No tengo ni idea de cómo vamos a salir de ésta.

—¡Pues trabajando más, Ottaviano, hasta que encontremos sustituto! —y de repente la voz de Adalgisa se tornó desacostumbradamente suave—. Urs, por favor, déjanos un momento a solas. Necesito hablar con mi marido. Nos veremos luego.

—Siempre a tu servicio, amiga mía —Benteli salió exhibiendo la más seductora de sus sonrisas.

—Han llegado además solicitudes de información de Francfort, Bolonia, Milán y Salzburgo. Aquí las tienes. Échales un vistazo y luego las discutiremos —informó Severino cuando se quedaron solos.

—Ottaviano, si el joven que llegará mañana por la noche es compatible —dijo muy seria Adalgisa Morena—, lo utilizaremos también para el hombre de Basilea. ¿Lo harás?

Severino se rascó la nuca y reflexionó unos instantes.

–No sobrevivirá. Lo sabes.

Adalgisa asintió. No era la primera vez. Pero los ingresos adicionales eran convincentes. Mencionó la suma a su marido.

–¿Y cómo nos desharemos de él? –preguntó éste.

–Como siempre.

–No quiero hacerlo más. Es muy peligroso.

–Pero compensa. Si el suizo está verdaderamente tan mal, subiremos el precio. Lo pagará y tú podrás comprarte otro par de caballos –replicó Adalgisa con voz gélida–. Hablando de otra cosa, esta noche iré a la inauguración de la exposición de Anton Corbijn en LipanjePuntin y compraré algunas fotografías. Ya he reservado las de Keith Richards, Marianne Faithfull y Michael Schumacher. Después nos ofrecerán una cena. ¿Vendrás conmigo?

–Hoy, imposible. Tengo que ir a las cuadras porque acudirá el veterinario. Evergreen se ha herido en el corvejón. Si no hay suerte, tendré que trasladarlo a una clínica.

–¡Tú y tus caballos! Como si no hubiera otra cosa en el mundo.

–¡Tú y tu Benteli! –replicó Severino con tono cortante, mirando a la última pared desnuda de aquel despacho.

*

Alarma – Un puma en el Karst. El artículo había salido de la pluma del gran maestro del informe policial. Laurenti no quería perderse esa lectura por nada del mundo. *Vio a un animal moverse entre los arbustos. Aparcó el coche al borde de la carretera y bajó. Pensaba que sería un corzo agazapado entre la maleza. Pero S. H., propietario de un bar en la altiplanicie y apasionado cazador, se encontró cara a cara con un puma de sesenta kilos por lo menos. El felino también se había percatado de la presencia del hombre y se alejó, con su larga cola levantada, en dirección al bosque. Una retirada digna. El cazador desarmado, por el contrario, se apresuró a retornar a su coche tan aprisa como pudo, excitado, incrédulo, pero orgulloso de haber sido el primero en ver en el Karst al mayor carnicero del continente americano.*

Laurenti se echó a reír a carcajadas.

–¿Qué pasa? –preguntó Sgubin, que volvía de su misión.

–¡Han avistado un puma en el Karst! Entre Gabrovizza y Sales. Lo ha visto un cazador –dijo Laurenti.

–¡Deja de hacer el oso!

–Pues mira, de éstos sí que hay, y también chacales en los alrededores de Aurisina, pero a pesar de todo, era un puma.

–¿Estaba borracho?

–¿El puma? –Laurenti frunció el ceño–. No, completamente sobrio. Ahora se dirige hacia las alturas todo un comando de guardabosques y carabinieri. Con jaulas y cebos.

–Seguramente era un simple gato gordo o un lince –aventuró Sgubin, que tenía pinta de necesitar desahogarse–. Figúrate, le cortaron el rabo.

–¿A quién? ¿Al puma?

–No, a ese pobre hombre de Via Bonomeo. Junto con los huevos. Un solo corte, muy limpio. Está en el hospital, pero dudan de que logre sobrevivir. Cuando lo encontraron, había perdido mucha sangre. Hasta el momento no existe ni el menor indicio, y sobre todo, el miembro no aparece, ha desaparecido sin dejar rastro.

–¿Quién es ese desgraciado?

–Un médico. Cirujano en esa clínica de cirugía estética del Karst. Leonardo Lestizza, cincuenta años. Vive solo en Via Bonomeo. Conduce un Jaguar, y su casa y el mobiliario apestan a dinero. Hemos llevado a su perro a la protectora de animales –Sgubin miró de reojo al nuevo compañero de Laurenti–. Un precioso perro labrador joven, de piel clara. Pero nada educado. Es mejor que tu chuchó. Deberías dejárselo a tu mujer.

–Puma, osos, labrador... A lo mejor ese animalito tan elegante se zampó la polla – Laurenti le dirigió una mirada hostil–. Además, no te he pedido tu opinión sobre Cluzot. Cuéntame lo que has estado haciendo. ¿Has interrogado ya a los allegados?

–De momento está allí la policía científica procediendo centímetro a centímetro. Los informes llegarán poco a poco. El hombre no tiene parientes salvo una prima lejana, que también trabaja ahí arriba, en la clínica. Hablé enseguida con ella, pero sin resultados. La mujer se mostró totalmente imposible. Dijo que no sabía nada de la vida privada de su primo. Que se limitaban a trabajar juntos y no mantenían ningún contacto salvo en el trabajo.

–¿Le han cortado el pene? –Laurenti tamborileó con los dedos sobre la superficie del escritorio–. ¿Recuerdas a ese americano cuya mujer estaba hasta las narices de él y...?

–¡Bobitt! Pero esto es diferente, el tipo ya estaba vestido para salir. Tenía que operar a las diez. El jardinero se lo encontró en el umbral.

–A lo mejor interrumpieron al agresor.

–Imposible. Sólo hay una entrada. En ese caso alguien le habría visto y lo habría denunciado.

–Cuando la mafia liquida a alguien que ha roto la ley del silencio, el asesino introduce el miembro amputado en la boca de la víctima. Una advertencia bastante eficaz para los demás. Pero aquí nunca hemos visto nada parecido.

–Además sólo lo castraron, no le pegaron un tiro. Y tampoco tenía el pene en la boca, pues el miembro ha desaparecido. No creo que quisieran matarlo. Parece más bien una venganza. Apuesto a que ha sido una mujer o alguien del ambiente gay.

–O un acto de represalia contra un pederasta. En una tesitura así sólo se te ocurren cosas singulares, pero nada relacionado con dinero o amor.

–Voy a empezar arriba, en la clínica. Ojalá ese pobre cerdo salga adelante. O nos dará muchísimo trabajo.

–No sé si deseárselo. Figúrate cómo será el resto de su vida. Ahora tendrá que hacerlo con la boca –el perro negro se levantó y miró a Laurenti.

–Está sediento –dijo Sgubin.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque no veo ninguna escudilla.

*

Salieron hasta el final del Molo Audace, donde una placa de latón indicaba los nombres y direcciones de los vientos que barrían la ciudad: siroco, libeccio, greco, bora. Ningún vigilante se molestaba jamás en llegar tan lejos. Aquél era el paraíso de los perros, y los paseantes hacían bien en mirar dónde pisaban. Cluzot, muy alegre, correteaba en todas direcciones por los grandes adoquines, levantando la pata sin cesar. Laurenti se sentó en uno de los pesados bolardos donde antes se amarraban los grandes barcos y clavó los ojos en la niebla. Dos remeros solitarios pasaron en una canoa con vigorosos y armónicos golpes de pala y desaparecieron detrás del dique situado ante el puerto viejo. Había aclarado, la gruesa capa de niebla parecía levantarse y el sol penetraba al fin. Laurenti marcó en su móvil el teléfono de Ziva.

–¿Me echabas de menos? –su voz parecía agitada y el rápido golpeteo de sus tacones sonaba como si estuviera recorriendo un largo pasillo.

–Quería quedar contigo, Ziva.

–Estoy en el juzgado. El juicio está a punto de comenzar.

–¿Algo de particular?

–Sólo un par de delincuentes de poca monta.

–¿Cuándo nos vemos? ¿El viernes?

–Tal vez. Te llamaré en cuanto me sea posible. Hasta luego.

Laurenti miró descontento la pantalla del móvil, luego llamó a Cluzot, que en el centro del muelle le hacía la corte con gran insistencia a una perrita de color blanco cuya propietaria intentaba en vano ahuyentar al monstruo negro. Laurenti se lo llevó agarrándolo por el collar.

–Perdone –le dijo a la indignada dama–, por lo visto es la primavera la que lo pone fuera de sí.

–En todas partes te importunan, por lo visto no puedes estar tranquila en ningún sitio –bramó la señora echando chispas mientras se alejaba taconeando.

–Anda, ven –dijo Laurenti a su perro en voz alta–. No sé qué ves en ese cepillo blanco. Y la mujercita es un asco.

Detrás del Teatro Verdi, la ópera municipal, pasaron por una tienda de perros, donde Cluzot pegó su hocico húmedo al escaparate para contemplar a los cachorros que andaban a la greña entre sus excrementos y enormes cantidades de periódicos hechos trizas.

Laurenti entró y preguntó si disponían de un cachorro de bobtail para vender. La dependienta le contestó que se informaría.

–Además necesitamos un cuenco para la oficina, y una correa, y esas bolsitas de plástico, ya sabe.

–¿Y pienso? –preguntó la vendedora.

–Unas galletas o algo por el estilo, para que no se aburra. Y por favor, no se olvide del bobtail. Mi esposa se alegraría muchísimo.

–¿Prefiere un macho o una hembra?

–Aún no lo he decidido. En mi casa las damas están en despiadada mayoría.

–De todas maneras, le aconsejo que sólo compre el perro a criadores autorizados. Si no, o vienen del extranjero o no gozan de muy buena salud. Es inconcebible lo que hoy corretea por las calles. ¡Animales sin pedigrí! Y muchas veces son extranjeros, que enferman enseguida.

Laurenti estaba de buen humor. Se le había ocurrido una idea estupenda. Ya iba siendo hora de aplacar a Laura con un regalo muy especial. Sin embargo, la última frase de la vendedora no se le iba de la cabeza. Clínicas, extranjero, el muerto del canciller alemán, un médico castrado... Imposible que todo eso estuviera relacionado. Y de pronto recordó que tenía que preguntar por Tatiana Drakic. Si la memoria no le fallaba, ya la habrían soltado. Telefoneó a Marietta y le escuchó decir con tono gruñón que una funcionaria civil se había encargado de la vigilancia. ¿Qué diablos les ocurría a las mujeres? Ziva se negaba a hablar, la mujer de la perrita no hizo más que sulfurarse y Marietta gruñía provocándole dolor de oídos.

–Quiero un informe por escrito de cada turno –ordenó Laurenti antes de colgar sin despedirse.

El malhumor de Marietta le atacaba los nervios.

*

Proteo Laurenti cruzó la Piazza Unità y se detuvo ante el Ayuntamiento. Estaban levantando el pavimento nuevo de la plaza. Hacía poco más de un año que la plaza, abierta al mar, había sido entregada por fin a los ciudadanos tras su remodelación, y ahora los obreros abrían agujeros con el pico por segunda vez. La primera había sido antes de Navidad, cuando el nuevo equipo municipal, en un ataque de delirio cordial, mandó colocar un abeto gigantesco y un portal de Belén con figuras de plástico. La noche anterior a Nochebuena robaron la oveja. Y ahora, esto. Al sujetar la alfombra roja que desplegaron para los invitados de Estado, rompieron el pavimento. Curiosos como siempre, algunos jubilados se habían congregado inmediatamente alrededor de las barreras, dedicados en cuerpo y alma a presenciar el trabajo de los demás. Siempre le llamaba la atención cuando pasaba junto a las obras del centro. En esta ocasión se detuvo detrás de ellos para escucharlos. Los comentarios, realizados en un habla de lo más vulgar, le divertían.

–Mira que haber destrozado nuestra plaza sólo por Berlusconi. ¿Por qué tienen ellos que caminar por encima de alfombras rojas cuando las arcas están vacías?

–Como tengan que levantar el pavimento cada vez que reciban una visita oficial, habrá que abrir de nuevo las canteras del Karst.

–Bush ya no quiere emplear nuestro mármol en la Casa Blanca, prefiere productos nacionales. Nada que huelga a europeo.

–Pero ¿ya están otra vez los americanos con su manía de reconstruir?

–Por favor, ¿quiere usted ponerle la correa al perro? –inquirió a espaldas de Laurenti uno de los municipales que montaban guardia delante del Ayuntamiento.

–No la necesita –replicó sin volverse. Adivinaba ya quién pretendía hablar con él.
–Es la ley –la voz del *vigile* sonaba como si el hombre deplorase su cometido.
–Esto no es un perro –dijo Laurenti decidido a darle un corte.
–No me diga.
–Es un colega.
El *vigile* se desconcertó un momento, pero añadió benévolo:
–Eso también rige para los colegas.
–Para éste, no.
–A pesar de todo, tiene que llevar correa. La normativa dice que todos los perros tienen que ir sujetos por la correa –el municipal sacó su bloc–. Ochenta y dos euros como no le ponga ahora mismo la correa al perro.
–Acabo de decirle que no es un perro.
–¿Y qué es entonces?
–Un perro, no, desde luego.
–Pues lo parece –insistió el municipal observando al animal de cerca–. Por eso tiene que ponerle la correa.
–Es que es un colega. De civil. No le hace falta.
–¡Documentación, por favor! –el municipal estaba perdiendo poco a poco la paciencia.
Al fin recibió apoyo de un compañero que hasta ese momento había permanecido al otro lado de las vallas.
–Me la he dejado en la oficina –informó Laurenti.
–¿Dónde está su oficina?
–Muy cerca. Justo detrás de la judería.
–Entonces le acompañaremos.
–Como quieran. Síganme –Laurenti echó a andar–. Lamento mucho causarle molestias. Seguro que está usted muy ocupado –añadió.
–¿Dónde trabaja usted?
–En la *Questura*. Soy el *vicequestore*.
–Bonita profesión. ¿Y cómo decía que se llama el perro? –el municipal dio a entender a su colega con un ademán lo que pensaba de Laurenti.
–Cluzot.
–¿Cómo el inspector?
–Exacto. Acabo de decirle que es un colega. Aunque ya jubilado. Y sólo quería mirar la obra, como los demás jubilados.
–¿Cuánto tiempo hace que es usted policía?
–Desde que tengo memoria. Este año se cumplirán veinticinco años al servicio de Trieste. Extraña ciudad. Llena de locos.
Pasaron delante de la tienda de antigüedades de una amiga de Laura, que se disponía a abrirla en ese momento.
–¿Desde cuándo tienes perro, comisario? –exclamó la mujer riendo con amabilidad.
–¿Simpático animal, verdad? Ya te lo contaré luego. Estos dos señores pretenden detenerme.

–¡Vaya, por fin! Ya iba siendo hora –y le hizo un gesto de despedida.

Ante la entrada de la *Questura* había una ambulancia en la que se apoyaban dos enfermeros con chubasqueros rojos. A la señal de uno de los municipales, se dirigieron hacia Laurenti, que no se había percatado de que sus acompañantes los habían avisado.

–¿Es éste?

El *vigile* asintió.

–¿Se encuentra bien? –preguntó el enfermero.

–Sí, gracias, y espero que usted también –Laurenti comenzaba a disfrutar con el juego–. Bonito día. Ya se nota la llegada de la primavera.

–¿Me permite que le tome el pulso?

–Por supuesto –Laurenti le tendió la mano derecha–. Pero entonces tendrá que hacer lo mismo con mi colega. Antes que yo, porque es un jubilado y no dispone de mucho tiempo.

–La izquierda, por favor.

–¿Ésa viene del corazón, verdad?

De pronto, Cluzot se interpuso entre él y el enfermero. Un sordo gruñido mantuvo a distancia al hombre.

–Siéntate, colega –dijo Laurenti–. No pretenden hacernos daño.

–¿Colega?

–¡Claro! Por desgracia no lleva encima la placa. Somos tan olvidadizos.

–¿Cuál es su profesión?

–Es policía, como yo.

–Y yo soy Blancanieves –el sanitario puso los ojos en blanco.

–No, Blancanieves es éste –Laurenti señaló el casco blanco del municipal situado a su izquierda–. Usted es Caperucita –dio un tironcito a la manga del chubasquero rojo del enfermero, pero el timbre de su móvil lo interrumpió.

–Soy Ziva, ¿dónde estás?

–Camino del manicomio. Ahora no puedo, tesoro. Estoy hablando con Blancanieves y Caperucita. Figúrate, las tengo delante de mí.

–¿Pero qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

–Ya te lo contaré luego. ¿Te viene bien el viernes? Por favor, di que sí. Te llamaré más tarde –y sin esperar respuesta, se guardó el móvil en el bolsillo de la americana–. Bien, caballeros, vámonos. Acompáñenme, los invito a un café.

Pero el muro que lo rodeaba, formado por dos enfermeros y dos municipales, no se abrió.

–¿Qué pasa? ¿No te apetece, Caperucita? Este lobo malo quiere volver de una vez a su oficina. Y yo, para ser sincero, también. Entonces podré enseñarle mi documentación.

–Veamos adónde se dirige –comentó uno de los enfermeros retrocediendo.

¡Curiosa comitiva! Laurenti y Cluzot precedían un metro a los demás cuando atravesaron el vestíbulo de entrada de la *Questura*. Los dos municipales se detuvieron, petrificados, al comprobar que la funcionaria de la entrada saludaba a Laurenti. Los enfermeros dirigieron una mirada furibunda a los policías y se marcharon.

–Pero ustedes vienen conmigo –les dijo a los *vigili*, que no tuvieron más remedio que seguirlo.

–Marietta, tres cafés, por favor –exclamó Laurenti muy alegre en cuanto irrumpió en la antesala de su oficina–. Tenemos una visita muy importante. Y si fueras tan amable de darle agua a Cluzot. Bueno, pasen ustedes, señores –pero los municipales se despojaron de los cascos y murmurando disculpas, dieron media vuelta.

No hubo quien los parase.

–¿Y el agua para el perro? –preguntó Laurenti riendo.

–Puedes ir a buscarla al cuarto de baño –respondió Marietta con tono hostil.

–Gracias por tu amabilidad, querida –Laurenti hizo una mueca–. ¡Te ha debido de sentar mal la comida!

Cogió el cuenco nuevo del perro y salió silbando al pasillo. Ni siquiera él mismo comprendía por qué de repente se sentía tan alegre. ¿Quizá por la perspectiva de reunirse con Ziva el viernes? Tenía que llamarla enseguida.

*

Los camioneros turcos sólo iban a casa cada dos semanas. Mientras sus vehículos hacían la travesía en barco, ellos partían de Ljubljana en un avión fletado por el armador. Tres días después, cuando llegaban sus camiones, finalizaba el período de descanso de los conductores y tenían que retornar al trabajo. A pesar de todo, rara vez regresaban a su patria antes de tres o cuatro semanas. Por lo general, solían limitarse a cambiar en Trieste los remolques que les esperaban antes de reemprender la ruta por Europa occidental. Los controles de las autoridades se endurecían de día en día, por lo que el puerto de Trieste no era el destino más apreciado por los camioneros. Desde hacía un año, una orden les prohibía prepararse la comida en infiernillos de gas, como habían hecho hasta entonces, entre los vehículos aparcados muy juntos. Tampoco disponían apenas de retretes o baños en las cercanías. Tras el 11 de septiembre, el tono de los aduaneros también se había endurecido, hecho que provocó numerosas quejas al respecto. Los turcos eran clientes a los que se podía maltratar.

En Trieste aún no contaban con instalaciones de rayos X para camiones enteros, como las que habían instalado los ingleses, pero las revisiones eran más minuciosas, y el *Piccolo* informaba de cargamentos ilegales casi a diario. Drogas, cigarrillos Chesterfield de contrabando destinados a Inglaterra, ropa de marca falsificada para Italia o grabaciones en CD para el mercado europeo. En la ruta terrestre, hacía muy poco que habían retirado de la circulación un camión cargado con ataúdes ucranianos baratos para Alemania. Por el contrario, en la línea diaria con Grecia de las Anek Lines de Igoumenitsa se cacheaba a conciencia a los pasajeros, y la línea de trasbordadores procedente de Durazzo era utilizada continuamente por albaneses acompañados por niños que hacían pasar por propios e intentaban introducir ilegalmente en el país. La pobreza había creado un mercado de la miseria. Hasta el tráfico de niños se había convertido con el correr del tiempo en un lucrativo negocio. Una vez habían entrado en

el país los revendían y esclavizaban. Los más pequeños se destinaban a la adopción ilegal, y sus nuevos padres creían a pie juntillas que a los niños les había tocado la lotería. A los de más edad los dedicaban a la mendicidad; a los hermanos mayores los explotaban en el trabajo agrícola, otros se convertían en víctimas de pederastas o se dedicaban a la prostitución callejera, y los intermediarios estaban contemplando incluso la posibilidad de descuartizarlos para convertirlos en un almacén de piezas de recambio humanas. En comparación, los hallazgos de mercancías de contrabando clásicas en el muelle V, la terminal de Turquía, eran inofensivos. ¿Qué importancia tenían los cigarrillos, armas, drogas o mercancías de marca falsificadas comparada con el tráfico sistemático de seres humanos?

Durante la travesía, Dimitrescu recibió una alimentación buena y sana. Pero poco antes de llegar a Trieste tuvo que abandonar su cómoda cabina y subir al remolque de un camión articulado. Le habían reservado un hueco entre la carga en el que tendría que mantenerse callado hasta su llegada. Podía durar medio día, le habían advertido los hombres del barco, y no debía moverse por nada del mundo, aunque abriesen el remolque. Percibió las vibraciones de los motores diesel del barco cuando giraron los tornillos para atracar, y poco después oyó el estrépito de los tractores que subían para acoplar los contenedores.

Cuando oyó que le llamaban ignoraba el tiempo que había transcurrido. A la tercera, Dimitrescu comprendió que le ordenaban salir. El conductor lo agarró por debajo de los brazos y lo ayudó a mantenerse en pie. Dimitrescu salió con paso inseguro oprimiéndose contra los palés y se deslizó despacio por el borde de la carga hasta alcanzar la calle. Pateó el suelo y cruzó los brazos hasta que su circulación se reactivó. Estaba oscuro, una niebla espesa filtraba la luz de las farolas. Se encontraban en el patio de carga de una empresa de transportes.

—A partir de aquí tendrás que continuar solo —le advirtió el camionero turco.

Dimitrescu comprendió el sentido de sus palabras. El hombre señaló el coche negro con el motor al ralentí y los faros apagados detenido ante la puerta de la empresa de transportes. Dimitrescu cogió el brazo del camionero y giró su muñeca hasta ver el reloj. Después, sin un saludo, se perdió en la noche.

Nuevo día, nuevo trabajo

–Lestizza no lo ha soportado –informó Sgubin–. Así que tenemos un caso de asesinato.

–En fin –dijo Laurenti nervioso tamborileando con los dedos sobre el tablero de la mesa–. Pero ¿qué es eso de «tenemos»? El caso es tuyo.

–Vale, jefe. A las siete he regresado a la clínica y he tenido que esperar media hora hasta que ha aparecido la jefa. ¡Una pérdida de tiempo! Cuando al fin he conseguido hablar con esa idiota arrogante, no he sacado nada en claro. Una tipa bastante correosa. Sabía, claro está, que su primo había fallecido durante la noche, e incluso vestía de negro, como es de rigor. Pero la verdad es que sólo le preocupaba resolver los problemas laborales de la clínica. Aparte de eso no tenía nada que decir. Así que solicité una lista del personal y pregunté dónde podría hablar con la gente. La dama se mostró muy enojada, pero acabó cediéndome la sala de juntas. Fue inútil. No pude hablar con ninguno de los médicos, porque era día de operaciones, y lo mismo ocurrió con las enfermeras de quirófano. Total, que sólo me quedaron los de administración y el personal de asistencia compuesto predominantemente por extranjeras que hablan muy mal italiano. Una pérdida de tiempo. Sin embargo, mandaré revisar los datos personales y los permisos de residencia, por si acaso.

–Tienes que averiguar algo sobre la vida de ese médico, Sgubin. Qué hacía antes, con quién salía, revisar sus facturas de teléfono, las tarjetas de crédito, etcétera, etcétera. Seguro que Marietta te ayudará. ¿Y qué pasa con los demás agentes? ¿Colaboran contigo o te crean problemas?

–Hacemos lo que podemos. Hoy llegarán los resultados de las huellas dactilares, y dentro de poco un equipo comenzará a cavar el jardín en busca del miembro –Sgubin depositó una hoja sobre la mesa–. Éste es el currículum de Lestizza. Nacido en 1952 en Trieste, soltero, sin hijos. Tras estudiar en Roma y Viena, trabajó en Padua, Bolonia, Milán, Malta y Zurcú. Sólo lleva cuatro años en La Salvia.

–Muy bien, Sgubin, sigue así –Laurenti sonrió–. ¿Tienes idea de lo que me alegra que hoy por fin haya salido el sol? La luz ha vuelto. Pronto llegará la Pascua. He estado muy deprimido estas últimas semanas.

Sgubin puso cara de gato escaldado mientras Laurenti volvía a dejar caer la hoja sobre

la mesa y, sonriendo, cruzaba los brazos detrás de la cabeza.

–Los informes de las compañías telefónicas no vendrán antes de mañana –continuó Sgubin–. Los del banco, igual. No tiene más parientes que esa tal Morena.

–Diles que se den la mayor prisa posible. Pon su casa patas arriba –ordenó Laurenti retirando los pies de la mesa. Le acometió otro prolongado bostezo–. Lo siento mucho, Sgubin. No puedo ayudarte. ¿Cómo has dicho que se llamaba la jefa de la clínica?

–Adalgisa Morena. Es algo mayor que tú, pero parece mucho más joven. Es bastante atractiva.

–No me extraña. Ya sabes a qué se dedican ahí arriba. Liposucciones y *liftings* faciales. Tendrías que hablarle del asunto a Marietta. Con lo malhumorada que está en los últimos tiempos, le vendría muy bien que le estirasen las comisuras de los labios.

Cuando la puerta que daba a su antesala se cerró de un formidable portazo, Laurenti se sobresaltó.

–Lo decía sin mala intención –gritó, y después se dirigió de nuevo a Sgubin–. Bueno, continúa así y avisa si necesitas ayuda. Mantenme informado.

Cogió con desgana los papeles que le habían llegado por correo interno. A Sgubin no le quedó más remedio que marcharse. A Laurenti, sin embargo, le costaba concentrarse.

–¿Tenemos ya noticias de Bucarest, Marietta? –gritó tan alto que ella debió oírlo incluso a través de la puerta cerrada.

Sonó el teléfono.

–No –fue la escueta respuesta de su ayudante antes de colgar.

¡Maldita sea! No podía comprarle otro perro a Marietta para que se calmase.

La noche anterior se les había hecho muy tarde. Tras la inauguración de la exposición en la galería se quedaron hundidos. A él no le convencieron nada las obras expuestas. Tomas del barrio de prostitutas de Amsterdam retocadas por ordenador. Mujeres con vagina transversal o tres pechos, por ejemplo, otras que se introducían cosas raras para complacer a los mirones. A una de esas damas incluso le sobresalía del trasero una vela en forma de U... ¿o era un tubo de neón? Muchas de las piezas expuestas exhibían un punto rojo. Así que había personas a quienes les gustaban las velas que no estuvieran colocadas encima de una mesa.

–Te pasaste un buen rato hablando con la jefa de la clínica –dijo Laurenti cuando volvían a casa–. Me ha sorprendido verla allí.

–Viene siempre. Es una coleccionista –respondió Laura–. Por favor, conduce más despacio. Hemos bebido mucho.

–A pesar de todo, esta mañana temprano alguien ha atacado y castrado a su primo, que también es su colega. Por eso...

–A ella no se le notaba. Parecía muy animada y hablaba por los codos. Sobre todo con Galvano, que ha estado todo el tiempo merodeando a su alrededor. Dentro de poco subiré a visitarla.

–¿A esa mujer?

–Me apetece conocer la clínica. ¿Qué te parecería si me operase los ojos y los pechos?

–¿Cómo? –del susto, Laurenti dio un volantazo, pero a esa hora había muy poco tráfico en el Viale Miramare.

–¡Presta atención, Proteo!

–Sí, sí. Es que me has asustado.

–Pero si no es nada malo. Casi la mitad de las mujeres atractivas de más de cuarenta años lo hacen. Hoy existen métodos muy elegantes. Nada de grandes cortes. Los implantes se introducen en el lugar adecuado por las axilas o el ombligo.

–Suenan convincentes. Pero no tengo muy buena opinión de la tal Morena. Es una mema orgullosa que sólo piensa en el dinero.

–Endurecida sí que está, pero la clínica tiene muy buena fama.

–En esa mujer no hay nada auténtico. A primera vista aparenta estar a finales de la treintena. ¿Qué edad crees que tiene?

–Mediados los cincuenta, creo. Sus manos no mienten, a pesar de toda la parafina del mundo.

–Nosotros no tenemos dinero para esas bromas.

–Le preguntaría a mi madre si me regala la operación por mi cumpleaños.

–¿Pero acaso aspiras a parecerle a Michael Jackson? –Proteo Laurenti sintió escalofríos.

Una vez en casa se tomaron un whisky delante de la chimenea, y en cierto momento Proteo logró convencer a su mujer de que la deseaba tal y como era.

El perro se retiró discretamente a su cesto del pasillo.

*

Así que todavía iban tras él, y al parecer estaban mejor informados de lo que suponía. Cuando Lorenzo Ramsés Frei llegó a las doce treinta en el avión procedente de Munich y se dirigió al aparcamiento tras un grupo de viajeros, reconoció de lejos el Fiat Uno blanco, a pesar de que millones de coches de ese modelo recorrían el país. Pero ése exhibía un largo arañazo desde la aleta delantera hasta la puerta trasera. Ramsés se puso a cubierto detrás de un coche aparcado. En el Fiat iban dos hombres. Estaba descartado que lo estuvieran esperando en el aeropuerto, porque él había sido uno de los primeros pasajeros en salir y habría descubierto sin dificultad que lo espiaban. Antes había maldecido a la familia de cinco miembros que, con dos carritos llenos de maletas, bloqueaba el paso, pero ahora se lo agradecía. Desde su posición, delante de la salida del aparcamiento vigilado, sus perseguidores podían divisar su Peugeot y la caja, pero no a los que venían. Ramsés retrocedió hasta el edificio del aeropuerto y se dirigió al mostrador de una empresa de alquiler de coches que nunca había utilizado hasta entonces. Poco después se alejaba de allí sin ser visto en un Opel Corsa y al cabo de un rato abandonó la autopista para coger la carretera de la costa. Cada vez que llegaba a ese lugar se alegraba de contemplar el mar brillando al sol y los bancos de conchas en la costa escarpada. Cuando aparcó el coche más abajo del nido de gaviotas y salió, tocaron la bocina a su espalda. Laura bajaba de su automóvil con dos bolsas de la compra

repletas.

–¿Has cambiado de coche? –le preguntó yendo hacia él.

–Me lo han prestado, he llevado el mío al taller para una revisión.

–¿Has estado fuera? –señaló su bolsa de viaje–. Ayer por la tarde pensé en invitarte a tomar el té, pero nadie descolgó el teléfono.

–He tenido que hacer un breve viaje a París para reunir-me con mi editor.

–¿Por el nuevo libro? ¿Lo has acabado ya?

–Qué va, ni por asomo. Sólo he ido a pedir un anticipo. Los escritores siempre estamos sin blanca.

–Pues no lo aparentas. Pásate luego a tomar una copa. No sé cuándo regresará Proteo.

–Primero deja que me instale. Te llamaré más tarde.

«Es tremendamente atractiva», se dijo Ramsés mientras subía las escaleras de su casa. Ese día parecía rebotante de energía. ¿Cómo se habría casado con un policía? Había cosas mejores en el mundo.

El olor dulzón que se percibía en el sótano le resultaba conocido y no necesitó mucho tiempo hasta hallar la causa. Con una escoba y una pala barrió la rata muerta y medio podrida en la que un pequeño escorpión se estaba dando un festín. La sacó fuera y la lanzó lejos, a la maleza, por encima del límite de la finca. Luego colocó la pala en su sitio, sacó dos archivadores de un estante y tanteó por detrás buscando una bolsa de plástico escondida.

Nunca había utilizado el arma. Era una pistola con silenciador procedente del ejército suizo que le había comprado muchos años atrás a un perista en el Distrito XVIII. Sabe el diablo cómo habría llegado hasta allí. Al parecer no se había usado, pero Ramsés se dio cuenta a primera vista de que le habían borrado el número de serie. No le agradaba mucho poseerla, aunque estaba familiarizado con ese tipo de arma desde el servicio militar. Uno de sus amigos le había aconsejado que se anduviera con cuidado. Que con los temas que trataba, siempre era más conveniente depositar en algún sitio una «salida de emergencia» que quedarse de pronto como un imbécil si llegaba el momento. Ramsés odiaba el arma y el recuerdo del servicio militar. Le aterraba empuñarla y perder el control. El metal oscuro relució a la luz de la bombilla del sótano. Ramsés tomó un paño seco, limpió la pistola y atornilló el silenciador. Colocó en el jardín un bote de café vacío, regresó hasta la casa, cargó la pistola e hizo tres disparos. El último barrió la lata de su soporte, haciéndola rodar con estrépito unos metros por encima de las piedras hasta que quedó encajada en un arbusto. Ramsés disparó de nuevo. Esta vez acertó a la primera. Puso el seguro a la pistola, la recargó y se la guardó en la pretina. Después subió los últimos escalones hasta su casa con la bolsa de viaje.

*

–¿Te has recuperado de lo de anoche?

Laurenti se llevó un susto de muerte. Galvano, que había entrado en su despacho sin llamar, empezó a despotricar.

–Estabas borracho. Presta atención si no tienes más remedio que viajar. Casi en cada coche viaja un policía.

–Muy bueno el chiste, doctor. Pero ayer usted también estaba muy animado. Le hizo la corte a la jefa de la clínica de belleza como si fuera un gallito. ¡Supongo que se trataba de una petición de matrimonio! Claro que cuando uno habla con su adorada la mira a los ojos y no al escote.

–A mi edad ya no hay tiempo que perder. Recuérdalo antes de proseguir con tus reproches pequeño burgueses.

Desde su traslado a la ciudad, el viejo forense había reverdecido. Quizá se debía tan sólo a que se alimentaba como es debido desde que se sentaba todas las noches en el Nastro Azzurro junto a un hombre trece años mayor que por algún motivo se le antojaba insoportable. Muy pronto se enteró de su historia, y seguramente envidiaba a aquel hombre de noventa y cinco años que pasaba los fines de semana en el casino situado al otro lado de la frontera. Se decía que era un jugador empedernido que, cuando ganaba, llamaba a su habitación a una de las ucranianas.

–Antes de marcharse ayer por la noche seguro que se tomó usted dos de esas píldoras azules –le espetó Laurenti.

La estadística señalaba a Trieste como la capital del consumo de Viagra. Al menos en eso era la inalcanzable número uno. Y Galvano lo sabía de sobra.

–Qué bobada, Laurenti. ¿Es que no has oído hablar nunca de los hombres y mujeres jóvenes para los que el sexo normal se ha vuelto demasiado aburrido y se zampan esas píldoras a espuestas, combinadas con whisky y cocaína? Yo aún salgo airoso del empeño.

–Bueno, ¿y a qué debo el honor de su visita?

Galvano acercó una silla y se sentó frente al policía.

–Te apuesto algo –dijo Galvano– a que ese médico al que le cortaron el miembro no ha sido víctima de unos satanistas, como especulaba ese clérigo de tres al cuarto en el *Piccolo*. Eso del triángulo negro de Turín, Trieste, Praga o lo que sea, no es más que un vil timo. Dos muertes en una semana. ¿Has pensado si existe alguna relación con el joven muerto hace tres semanas? Apuesto lo que sea a que no se te había ocurrido esa idea.

–¿Y usted cómo sabe que está muerto? –Laurenti acababa de enterarse por Sgubin media hora antes.

–¿Qué? ¿Crees acaso que ya no me entero de nada por el mero hecho de estar jubilado?

–¿Y qué piensa?

–Por ejemplo, que habrías progresado muchísimo más si me hubieran consultado.

–Eso lo decide el *questore* en persona.

–Pero tú podrías echarle una mano. ¿O es que consideras una lumbrera a mi sucesora?

–Dejemos eso. Usted sabe que es imposible. Pero ¿qué cree que se esconde detrás?

–Un tipo, vestido con una bata verde de quirófano, es atropellado por el canciller alemán, y el otro es cirujano. ¿Curioso, no?

–¡Qué va! El primero resucitó y se cargó al bueno del médico porque era gay.

–¿Lo ves, Laurenti? No te has detenido a reflexionar sobre el asunto ni siquiera un segundo. ¿Qué te parece si ahora me lo pides de una vez? El *questore* me prometió que me consultarían en los casos difíciles.

Sonó el teléfono.

–Es tu mujer –anunció Marietta con frialdad.

Laurenti hizo una seña al anciano forense. Galvano se levantó.

–Pensaré en ello, *doc* –anunció Laurenti–. Gracias por su visita. Por favor, sea amable y cierre la puerta al salir –le tendió la mano, pero Galvano hizo caso omiso y salió con aire malhumorado.

–¿Era el viejo? –preguntó Laura con voz alegre–. ¿Qué tal estás?

Laurenti se reclinó cómodamente en la silla y puso las piernas encima de la mesa.

–Un poco cansado, pero muy bien, a pesar de que casi no he pegado ojo.

–Yo me he pasado un momento por la oficina y luego he salido de compras. El secretario de Estado llega dentro de una hora por lo del Caravaggio. Pasado mañana una comisión de expertos peritará el cuadro en Venecia. Yo también estaré presente.

–Ten cuidado, no se te acerque demasiado el secretario de Estado. Ya sabes que le gustan las rubias.

–Pero a mí no me gusta él. El viernes llegan también Patrizia y tu madre. No sé cuándo regresaré. ¿Puedes ir a recogerlas?

–¿A qué hora?

–A las tres y diez, si el tren no lleva retraso.

–Maldita sea, voy a andar muy apurado de tiempo. ¿No podrían coger un taxi?

–No me parece un buen recibimiento, Proteo. Es la primera vez que vienen a la casa nueva. ¿De veras no te será posible?

Su marido respiró hondo.

–Por si acaso, que esperen en la ciudad. Envíalas a uno de los cafés que hay a la vuelta de la esquina.

Complicaciones. El día anterior había quedado para el viernes con Ziva Ravno, lo que consumiría por completo su pausa del mediodía. Ahora era imposible cancelar el encuentro, aunque llevaba días anhelando reunirse con su hija preferida. También con su madre, y con Laura... y con Ziva. Demasiadas mujeres en su vida. Preso del nerviosismo, tamborileaba con los dedos sobre el tablero del escritorio. Cluzot, tumbado junto a la estufa como si estuviera narcotizado, alzó la cabeza y le dirigió una inquisitiva mirada.

–¿A qué hora regresarás esta noche?

–Ni idea, ¿por qué lo preguntas?

–En Prepotto, Zidarich ha vuelto a abrir la *osmizza*. Siempre te gustó. Y me he encontrado al suizo hace un momento; él también vendrá.

Desde que vivían en la ciudad, a Proteo y a Laura les gustaba hacer expediciones a los establecimientos de los viticultores, que eran fáciles de encontrar si seguías los letreros con las flechas de madera roja en los cruces que señalaban el camino en todo el Karst.

En 1784 José II, mediante un decreto, había autorizado a los viticultores a vender su vino durante ocho días sin intermediarios y libre de impuestos. En la actualidad abrían durante un mes o más. Allí, en el territorio fronterizo bilingüe, el nombre se derivaba de *osem*, que en esloveno significaba ocho. Despacho de vino, taberna, tasca, *osmizza*, frasca... Esos nombres demuestran cuán lejos llegaba antaño el poder de los Habsburgo. Estas tabernas, en las que se podía acompañar el vino hecho en la casa con jamón cocido con rabanitos recién rallados o hinojo silvestre, salami, queso, huevos cocidos y otros pinchos, eran lugares de recreo muy frecuentados por los triestinos. Para los Laurenti, la tasca de Benjamin Zidarich y la de su vecino Boris Skerk eran las más bonitas de los alrededores. Y marzo era el mes de Zidarich.

–Poco a poco, el suizo va volviéndose muy afectuoso. Ni siquiera las historias de horror del doctor logran ahuyentarlo –comentó Laurenti–. Te llamaré esta tarde, en cuanto sepa de cuánto tiempo dispongo. Si me retraso, podéis adelantaros.

*

A las once, Jozé Petrovac se despedía de sus guardianes de la prisión situada a las puertas de Zagreb con un apretón de manos, pasándoles discretamente a cada uno de ellos un billete de cincuenta euros, como se acostumbraba en su ambiente. Uno nunca sabía. Al director se limitó a darle una palmadita en el hombro, como si ya estuviera bien servido. Su abogado, que lo aguardaba a la salida, lo condujo hasta un Mercedes negro. Primero se dirigieron al centro y visitaron dos bares y unas cuantas tiendas. Tras pasar casi un año encarcelado, Petrovac sentía la necesidad imperiosa de comprarse ropa y de dar un paseo por el centro. Estaba de buen humor y saludó a muchos de los propietarios de las tiendas con un apretón de manos.

Como es lógico, lo seguían dos policías de paisano. Los reconoció a primera vista, pero esa escolta indeseada no le preocupó lo más mínimo. Para gastarles una broma, entró en una tienda de teléfonos móviles y compró dos. Al salir a la calle, tiró ostensiblemente al suelo las tarjetas ante los ojos de sus seguidores y las pisoteó. Estaba claro que no pensaba telefonar con ellas habiendo tarjetas del extranjero cuyos números ellos desconocían.

Después de comer hizo que lo condujeran hasta su resguardada villa, emplazada en uno de los barrios de las afueras. La puerta de hierro que protegía de visitantes indeseados la finca, dotada de helipuerto, se cerró ante las narices de sus guardianes. Aquella tarde el tráfico en la avenida que conducía a la residencia de Petrovac era muy denso. Innumerables automóviles de gran cilindrada con los cristales tintados entraban y salían. La mayoría, vacíos. Se trataba de dar trabajo a las autoridades, generar confusión... y demostrarles que a Jozé Petrovac no había quien le tosiera.

–Tienes mala cara, Viktor –dijo al fin, con un vaso de whisky en la mano y sentado ante el fuego de la chimenea, cuando su representante finalizó su informe–. Sin embargo no ha sucedido nada inquietante. Parece que ya casi sobro. Los negocios no parecen haber sufrido durante mi ausencia. Buen trabajo.

Drakic exhibió una sonrisa atormentada. Sabía que Pe-trovac era consciente de su importancia.

–Es ese viejo asunto. Aquel choque. Los riñones, la diálisis continua y las quemaduras. Hoy es un día complicado. Estoy roto.

–Dentro de unos días lo habrás superado, Viktor. Ya lo verás, mejorarás enseguida. Y después tómate unas vacaciones en algún lugar cálido, en las Maldivas, las Bahamas, o las Seychelles. Donde se te antoje. Te lo has ganado, y tu puesto aquí lo tienes asegurado. Has hecho mucho por mí. Estoy en deuda contigo.

Drakic denegó con un ademán cansino.

–El viaje es un hecho. Es seguro, pero durará un poco. Por desgracia ya no disponemos del helicóptero, aunque también es cierto que llamaría demasiado la atención. El primer trecho lo harás en coche para continuar luego por mar. Deberás cambiar de barco una vez. ¿Crees que lo conseguirás?

–Desde luego. Pero necesito el equipo de diálisis portátil.

Drakic era ancho de hombros y alto. Su pelo negro muy corto acentuaba el mentón anguloso. Estaba muy moreno y no se le notaba su grave enfermedad. Sólo las quemaduras que descendían desde el pómulo izquierdo extendiéndose por el cuello para desaparecer luego bajo la camisa le conferían un aspecto inquietante. Ni siquiera las sesiones diarias en el solarium eran capaces de ocultar esas lesiones.

–Preferiría viajar a Estambul o a Alemania para la operación –añadió.

–No te preocupes –aseguró Petrovac tomando un sorbo de whisky–. Donde te envíe estarás bien atendido. ¡Y seguro!

–Hace unos días han soltado a mi hermana Joze. Me gustaría que le echaras una mano. Necesita dinero y tiene que desaparecer. Ve a buscarla.

–Mañana me ocuparé de eso. Cuenta con ello.

*

Laurenti telefoneaba todas las semanas al funcionario de Seguridad del Ministerio del Interior al que había conocido tras el enojoso incidente acaecido durante la visita de Estado. Al final, el hombre había resultado ser simpático y buen colega y ni siquiera ejerció una presión especial. Sólo quería ser informado del curso de las investigaciones, según decía, aunque no hicieran progreso alguno. También él tenía que informar a los de arriba, y mantener buenos contactos con las personas importantes de la capital nunca venía mal.

–Pasado mañana se cumplirán tres semanas del suceso –dijo Laurenti–, y seguimos sin tener el más mínimo indicio, salvo los resultados de la autopsia y la medición de la huella del mordisco. Se trata posiblemente de un europeo sudoriental y de un perro guardián de gran alzada. La bata de quirófano y los zapatos de goma son prendas muy comunes que se utilizan en todo el país.

–¿Le han contestado de Eslovenia? –preguntó el hombre de Roma.

–Sí, claro. No lo conocían en los hospitales de Nuova Gorizia, ni en Capodistria, ni en

Pola. Tampoco conseguimos una respuesta positiva de Ljubljana. Los colegas eslovenos se encargaron de que también allí se difundiera la foto por televisión. Nada.

Evidentemente también cabía la posibilidad de que el hombre joven procediera del otro lado de la frontera. Pero, a la vista de la información de los eslovenos, se descartó también esa hipótesis, y Croacia estaba demasiado lejos.

El hombre del Ministerio del Interior escuchaba pacientemente.

–Hemos preguntado a los barcos de pasajeros que arribaron aquí, e incluso a la Marina. ¡Nada! Y la forense apremia. ¡Quiere desembarazarse del cadáver!

–Dé autorización para su entierro –sugirió el hombre de Roma.

Nada más colgar, Laurenti escuchó el timbre de su teléfono móvil. Era Marco, el galerista.

–¿Sabes lo que ha pasado? ¡Hemos recibido la visita de los municipales!

La voz de Marco sonaba ronca. Seguro que después del *vernissage* había dormido menos que los Laurenti.

–¿Y qué querían?

–¡Que descolguemos los cuadros! Dicen que son pornografía. ¿Te lo imaginas?

–¿Dónde estás ahora?

–¿Dónde crees? ¡En la galería, por supuesto! ¿Puedes averiguar quién nos ha echado al cuello a esos tipos?

–Llegaré dentro de unos minutos; estaba a punto de sacar a pasear al perro.

Laurenti colgó, le puso la correa a Cluzot y se guardó las bolsitas de plástico en el bolsillo de la chaqueta.

–Marietta, te lo ruego, averigua discretamente quién ha enviado a los municipales a LipanjePuntin. ¡Con absoluta discreción, por favor!

–¿Por qué?

–Aún no lo sé. Me voy hacia allí.

–En mi opinión, lo que exponen no es arte.

–¿Y desde cuándo tienes opinión al respecto? Ahora no tengo tiempo para ese tipo de discusiones. ¡Llámame en cuanto sepas algo!

–¡A sus órdenes! –ella le lanzó una mirada de odio.

*

Desde las últimas elecciones celebradas en junio pasado, la ciudad había cambiado. La extrema derecha había conseguido arañar algunas funciones clave en el Ayuntamiento y ahora con la victoria electoral exteriorizaba su sed de venganza. Para ello no retrocedía ni siquiera ante la mentira. Durante mucho tiempo se comentó que el último alcalde había dejado un desastroso agujero en las arcas municipales, encubriendo de este modo el diletantismo propio, hasta que una empresa de auditoría internacional certificó lo contrario. La política cultural era la única que tenía una estrategia clara. Las medidas se sucedieron una tras otra: por una parte se subvencionaron congresos de asociaciones de extrema derecha, adornándolas con el logotipo del Ayuntamiento; por otra, se retiró la

subvención a la exposición de Robert Capa, fotógrafo de la agencia Magnum, que se celebraba en las salas del Palacio Miramare. Hubo una propuesta de lo más original: trasladar la estatua de Guglielmo Oberdan, que en 1882 planeó un atentado contra el emperador austríaco siendo ahorcado por ello por alta traición, desde su lugar de siempre a la plaza del mismo nombre. Ante esta pretensión inmediatamente se alzaron voces exigiendo con sarcasmo una góndola para la Piazza Venecia. La decisión de dedicar el 25 de abril, aniversario de la liberación del fascismo y del nacionalsocialismo, a «todos los caídos», es decir, también a los asesinos fascistas, resultó muy amarga. Se agotaron todos los resquicios legales para intentar derogar, entre otras cosas, el bilingüismo en los contornos. Sólo desfachateces revisionistas, pero ninguna amplitud de miras para relanzar el papel clave de la ciudad como puerta al Este.

El espanto fue grande, pero los nuevos señores siguieron adelante sin inmutarse. Finalmente se planteó la propuesta de armar a la policía municipal y proscribir de los quioscos las revistas con titulares demasiado desenfadados. Y uno de los instigadores exigió públicamente a las chicas que se dedicaban al *striptease* en un nuevo club nocturno que se casaran en lugar de desnudarse: «*Sposatevi, non spogliatevi!*», decía su proclama, que provocó risas de incredulidad en casi todo el mundo menos en él. La ciudad se ganaba titulares negativos, pero aquello parecía agradar a los gobernantes del Ayuntamiento, y la oposición tampoco valía mucho.

Cuando Proteo Laurenti entró en la galería con su perro, Marco mascullaba todas las maldiciones aprendidas en sus cuarenta años de vida. ¿Qué diablos había ocurrido?

–Primero llegó el subsecretario de Cultura. No daba crédito a mis ojos. ¿Ése aquí, con nosotros? Miró a su alrededor, pero no permaneció ni veinte segundos. Salió con el teléfono en la mano. Más tarde se presentaron dos municipales solicitando, ante las quejas de la población, que se cambiase la ubicación de uno de los cuadros que se vislumbra a través de la puerta de cristal de la calle. Me quedé atónito, pero como se mostraron muy amables, accedí. Un poco después volvieron a aparecer por aquí exigiendo que cubriésemos los escaparates con cortinas. Como es lógico, me negué. Esta exposición irá después a París y a Taipei. Pero ¿en qué país vivimos? Quiero saber quién ha provocado todo este asunto. ¿Puedes enterarte de algo?

–Si telefoneó enseguida, seguro que fue el subsecretario de Cultura.

–Yo no escuché sus palabras. También es posible que se tratara de otra persona. La prensa ya está informada. Vamos a levantar una gran polvareda. Al periodista del *Piccolo* le dijeron que habían sido unas madres católicas preocupadas. ¡El que lo crea ganará el cielo! Algún otro afirmó que se debe a una queja de la curia.

–¡Has dado en el clavo! Agradéceselo a esos idiotas. Es imposible conseguir más publicidad.

–¡Esto es un intento de censura! Lo mejor será que me dejes a tu perro. La verdad es que deberían cuadrarse ante él, llamándose como se llama.

Habían entrado otros amigos a quienes naturalmente hubo que referir el asunto con todo detalle. De pronto, aquello se convirtió en un gallinero.

Cuando Laurenti regresó a la oficina, Marietta lo esperaba impaciente.

–Con el teléfono apagado, es imposible contactar contigo.

Laurenti introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el móvil. La pantalla, en efecto, estaba negra.

–El jefe quiere hablarte, y enseguidita.

–¿De qué?

–No lo sé.

–¿Has averiguado algo de los municipales sobre la denuncia a la galería?

–Es difícil. Sólo me han dicho que la orden venía de muy arriba.

–Sigue con ello. Te dejo aquí al perro.

Y antes de que Marietta pudiera protestar, Laurenti le tiró la correa al regazo y se encaminó al despacho del jefe de policía.

La antesala estaba vacía y la puerta de la oficina del *questore* estaba abierta. Laurenti murmuró «*permesso*» y entró.

–Muy amable por su parte acudir con tanta rapidez. Hay asuntos que van mal –el *questore* le tendió la mano–. Pero tampoco son tan graves. Hablaremos de ello durante la comida. ¿Vamos a la cafetería?

Laurenti odiaba la cafetería y el murmullo de las conversaciones de sus colegas, pero no se le ocurrió ninguna excusa.

–¿Dónde está su perro, Laurenti?

–A los pies de mi secretaria.

El olor a comida y un barullo de voces llegaron hasta él. Se pusieron en silencio a la cola.

Laurenti sólo se sirvió ensalada y unas lonchas de jamón. El jefe empezó a comerse un plato de espaguetis.

–Se trata del castrado –el *questore* se limpió los labios con la servilleta–. ¿Quién lleva el caso?

–Sgubin con dos ayudantes –Laurenti adivinaba ya lo que le esperaba.

–Sgubin es bueno –comentó el jefe–. De confianza, pero acaso demasiado concienzudo para el gusto de algunas personas.

–¿Acaba de comenzar las investigaciones y ya ha molestado a alguien?

–¿Hasta dónde ha llegado?

–Todavía no disponemos de datos concretos. ¿Quién se ha quejado y por qué?

–Nadie. Ha sido más bien un ruego. El asunto me ha llegado por una vía indirecta. Ya sabe usted que soy amigo del presidente de la junta directiva del seguro. Éste me pidió un favor. La clínica tiene un montón de pacientes muy conocidos, y la dirección teme ver dañada su imagen si la policía aparece por allí arriba con excesiva frecuencia.

–Entonces le diré a Sgubin que vaya de paisano y utilice su coche particular.

–Me temo que no será suficiente. Quizá sea preferible que se ocupe usted mismo del caso. El asunto requiere tacto.

–Gente amable, desde luego. En ese caso habrá citaciones oficiales y todas esas incomodidades hasta que hayamos avanzado más –Laurenti bajó la voz.

Las colegas de Marietta, con las que ésta solía pasar la pausa del mediodía, habían

ocupado la mesa vecina y los miraban de reojo, cuchicheando.

–Concéntrese en la vida privada de ese médico. Me parece inconcebible que la clínica tenga algo que ver con el suceso. ¿O cree usted que la esposa de un político es capaz de vengarse de ese modo si tras despertarse de la anestesia ya no le gusta su cara? Yo, no. Hasta ahora todo ha ido como una seda allí arriba. La Salvia debe su fama a su gran calidad. Ahí no hay diletantes recortando a los pacientes.

–Confiemos en que así sea –dijo Laurenti pensando en el *lifting* que proyectaba hacerse Laura.

–Como es natural, tiene usted carta blanca. Sólo quería informarle de que la dirección de la clínica tiene amigos influyentes... antes de que surjan problemas que nos coloquen en una posición desagradable.

–Comprendo –murmuró Laurenti–. Gracias por la advertencia.

En todos los años que llevaba trabajando en Trieste, rara vez se habían producido intromisiones políticas en su trabajo. En esos casos, el *questore* siempre lo había protegido, pero Laurenti sabía que, dada la nueva situación política dominante en el país, lo mejor era no fiarse de nadie. Ya había oído hablar más que de sobra de jubilaciones anticipadas con traslados repentinos, tras los que se encontraban personas influyentes con buenos contactos.

–¿Qué tal va la casa? –preguntó el jefe–. ¿Ya se han instalado?

–Hemos colocado todo excepto unas cajas. El fin de semana vendrán los chicos y mi madre. Para entonces tiene que estar todo en orden. En cambio, el agujero en la economía doméstica es considerable.

–Las mudanzas son caras, nada más cierto. Pero a cambio ahora vive usted en un lugar privilegiado. Vale la pena renunciar a ciertas cosas. Debe agradecerse a Galvano. Habría ganado más dinero con una venta normal.

–Eso no quiere decir nada. Habría tenido que esperar años para desprenderse de la casa en ese estado. Y hablando de otra cosa, no hace más que quejarse amargamente de que nadie pregunta por él, sobre todo después de que usted, en su despedida, prometiera consultarle en los casos difíciles.

–No lo recuerdo. Además, ¿qué podemos hacer si no hay casos difíciles? –el *questore* se encogió de hombros–. Que disfrute de su vejez.

–Los sótanos eran su vida. Amaba a sus muertos. –Decida usted. Si lo considera necesario... –el *questore* no terminó la frase.

*

Al regresar a su oficina, Marietta lo recibió indignada. En los últimos tiempos su malhumor era realmente insoportable.

–El rumano estaba al teléfono. Ha dicho que lo llames. En Bucarest saben algo sobre el muerto del canciller alemán.

–¿Qué?

–Si tanto te interesa, ¡llámalo!

–¿No puedes ser más amable? ¿Qué demonios te pasa?

–¡Ésta ha sido la primera y la última vez! –se levantó, tiró del perro haciéndolo salir de debajo de su mesa y le puso a Laurenti la correa en la mano–. Si te has creído que mi misión aquí consiste en cuidar a chuchos babosos, prefiero pedir el traslado. Ni siquiera he podido salir a comer. Lo he encerrado en tu despacho, pero ha empezado a gemir y a arañar la puerta. Mientras tanto, tú estabas a tus anchas y me has dejado aquí plantada con esa bestia. Si ni siquiera consideras necesario informarme...

Laurenti movía las manos con gesto apaciguador.

–Gracias, Marietta, gracias. A veces suceden estas cosas. Todavía no me he acostumbrado al perro. ¡Perdona! Sí, te pido perdón. ¡Pero no me hagas una escena, por favor! Bastante tengo con los celos de mi mujer. ¡Vamos, Almirante, ven!

Antes de que le diera tiempo a cerrar la puerta de su despacho, escuchó el comentario de Marietta.

–¡Y desde luego le sobran los motivos!

–¿Qué has dicho?

Marietta calló.

–¿Has sacado al perro?

–¡Sí!

–¿Es cierto eso, Almirante?

–¡Lárgate, Laurenti! –Marietta golpeó el tablero de su mesa con ambas manos–. ¡Eres nauseabundo!

–Eso me pasa por cultivar un estilo de mando democrático.

En ese momento entró Antonio Sgubin.

–¿Por qué lloras, Marietta? –preguntó candoroso.

–¿Quién llora? –inquirió Laurenti.

A su lado se sentaba Cluzot, con sus grandes ojos rojos que lagrimeaban debajo de los mechones de pelo negro.

–Nadie –sollozó Marietta.

–Está bien. ¿Qué hay, Sgubin?

Pero Sgubin ya había sacado un pañuelo del bolsillo del pantalón y se disponía a ocuparse de Marietta.

–No tengo ni idea de lo que sucede aquí –anunció–, pero estas escenas son propias de un matrimonio viejo. ¿Puedo ayudar en algo?

–No es nada –contestó Laurenti–. Sólo que Marietta ha vuelto a sufrir un ataque de celos. Por el perro. Esto no hay quien lo entienda.

–¿Cómo? ¿Por este chucho? ¡Increíble! –Sgubin se echó a reír señalando a Cluzot, que movió el rabo.

Por lo menos había alguien que se alegraba.

Necesitaba hablar con el rumano aunque fuese sin intérprete. En la recepción, deplorable, se escuchaba un eco como si estuviera llamando por teléfono a Bucarest a través de la Vía Láctea. Cuando se disponía a colgar, el rumano contestó al fin. Y pareció

entenderle incluso mejor de lo que esperaba. Sin embargo tuvo que hablar muy despacio y ambos se sirvieron, al igual que los camioneros turcos del muelle v

Laurenti tomó notas que después de colgar contempló meditabundo. Luego escribió la fecha y la hora en la hoja.

Al alzar los ojos, vio a Sgubin sentado en una silla delante de su escritorio. No se había dado cuenta de su entrada.

–¿Qué deseas?

–Has dicho que querías hablar conmigo.

–Ah, sí. Acabo de comer con el jefe.

–Ya me he enterado.

–¡Si estuviéramos tan bien enterados de los asuntos de fuera como de los de dentro! – Laurenti esbozó una mueca de desdén–. Voy a echarte una mano en la investigación del caso Lestizza.

En realidad Sgubin se alegraba de librarse de esa responsabilidad, pero el tono de su jefe lo irritó.

–¿Por qué? –inquirió.

–Es demasiado para ti solo. Además tampoco tengo mucho que hacer.

–¿Qué pasa con el rumano?

–De eso se trata. Acaso exista relación.

–¿Y qué medidas piensas tomar?

–Subiremos a la clínica. Con la sirena en el techo.

*

El estruendo que percibía cada veinte minutos desde el otro lado del alto muro, se debía a un cable que unía entre sí a los dos trenes del tranvía de Op'cina para aprovechar en ese tramo empinado la fuerza de los vagones que descendían en favor de los que circulaban en dirección contraria. En el momento de inaugurar la línea, cien años antes, la ladera aún estaba casi sin edificar, pero los triestinos adinerados no tardaron en erigir sus lujosas villas en la Via Virgilio y en la Via di Romagna. Para los vecinos el sonido del cable se había convertido en algo normal y sólo lo advertían cuando el tranvía dejaba de circular por cualquier razón. Entonces el silencio les irritaba.

Dimitrescu no sabía de dónde procedía aquel ruido. La última noche, la del martes al miércoles, una mujer lo había conducido a otro lugar en un largo viaje desde el almacén de la empresa de transporte en el que lo sacaron del camión articulado. La mujer fumaba un cigarrillo tras otro mientras el coche apenas superaba el límite de los cien kilómetros por hora y camiones descomunales lo adelantaban continuamente. Cuando Dimitrescu comprobó que ella no respondía a sus reiterados intentos de charla, también se concentró en el tabaco. En una ocasión necesitó orinar pero la conductora, despotricando, se negó a parar. Por fin se detuvo en un área de descanso muy apartada.

–Date prisa –le urgió, acechando por el retrovisor mientras meaba.

Había tomado la autopista que cruzaba el Karst para llegar a Trieste. Él divisó las luces

de la ciudad allá abajo. Doblaron para entrar en la Via Commerciale, que descendía de manera abrupta, y después en otra calle lateral más estrecha aún, la Via Ovidio. El coche se balanceó con fuerza mientras cruzaban despacio por encima de unas vías. Poco después se detuvieron.

–No te muevas –ordenó la vieja mientras descendía del coche.

Se encaminó hacia una casa de ladrillo rojo y llamó al timbre de la puerta enmarcada en la piedra clara del Karst. Tras encenderse una luz, Dimitrescu escuchó un breve intercambio de palabras. Después se abrió la puerta del vehículo, y un escueto «rápido, ven» lo conminó a seguirla. Caminaron a lo largo del elevado muro de ladrillo que rodeaba la finca y se adentraron en el jardín por una puerta lateral. Mientras la seguía por una escalera mal iluminada hasta el pie de la casa, Dimitrescu divisó luz en los pisos más altos de la villa. La vieja tanteó un momento en la oscuridad hasta encontrar el interruptor; luego, abrió una puerta de un empujón y le dio una palmada en el hombro, como si fuera un animal al que se introduce en el establo. Era una estancia pintada de blanco que olía a humedad, a pesar del calefactor de aire. Una mesa, dos sillas, un catre y una puerta que comunicaba con un pequeño cuarto de baño con tupidas telarañas colgando de la ducha.

La vieja alzó la mano mostrándole ante las narices el pulgar, el índice y el corazón muy estirados.

–Tres días –le informó–. Tienes que esperar tres días. Aquí. ¿Entendido?

Dimitrescu asintió. No tenía ninguna pregunta que hacer. Sólo sentía hambre y sed, además de cansancio.

–¿Comida, *mangiare*? –preguntó.

–Enseguida –respondió la vieja con tono brusco antes de salir.

La puerta se atascó un poco al cerrarse.

Dimitrescu oyó echar la llave por fuera. ¿Por qué lo encerraban, si estaba allí por su propia voluntad? Se sentó en la cama y sus ojos recorrieron despacio la habitación. En una de las paredes había un estante con herramientas, en otra se apilaban instrumentos de jardinería, palas, rastrillos, azadas. Dimitrescu se dejó caer en el catre y cerró los ojos, pero poco después lo despertó el ruido de la llave. La vieja traía una bandeja con un plato y un vaso, una cazuela con un guiso de alubias, media hogaza de pan y una botella de agua mineral.

–Come –le dijo mientras depositaba la bandeja.

Acto seguido se marchó y Dimitrescu volvió a oír el ruido de la llave en la cerradura. Aquella noche eso le daba igual. Al día siguiente pediría que dejaran la puerta abierta. Antes de quedarse dormido pensó en Vasile y en cómo ellos, los gemelos, burlaban a los superiores durante su estancia en el ejército cuando uno estaba de guardia pero tenía cosas más importantes que hacer.

Al despertar, tardó unos instantes en orientarse. Vio junto a la puerta la ventana enrejada por la que entraba la resplandeciente luz del sol. Se dirigió hacia ella y se asomó. El terreno descendía a pico. En las terrazas cultivaban hortalizas. Tres almendros

estaban en plena floración y su tonalidad rosa contrastaba con el azul del mar que se divisaba detrás, como en una postal *kitsch*. Ignoraba qué hora era. Se enfadó consigo mismo por no llevar reloj. Detrás del muro volvió a oírse el traqueteo cuyo origen había intentado adivinar la noche anterior.

*

–El entierro es el sábado a las once en Sant'Anna –informó Adalgisa Morena visiblemente nerviosa–. Aquí están las esquelas. Sugiero que no las publiquemos hasta después del sepelio. No quiero que acuda un tropel de gente.

–Omite la fecha. Gracias a los informes de la prensa, todo el mundo sabe que Leo ha muerto –Ottaviano Severino llevaba el cansancio escrito en la cara, hacía apenas media hora que había terminado la última operación del día.

–Romani acudirá más tarde –dijo Adalgisa–. Ahora, abordemos las cuestiones médicas.

–Todo ha transcurrido según lo previsto –prosiguió Severino, lacónico–. Nada extraordinario salvo el hecho de que estoy al límite. La próxima vez no debemos planificar tantas operaciones en un día. En algún momento disminuirá la concentración, y eso afecta a la calidad.

Adalgisa parecía crispada. No soportaba a los hombres quejumbrosos, y es probable que hubiera abandonado hacía mucho a Ottaviano Severino de no haber sido por la clínica. Pero a ese proyecto, que le reportaba cantidades ingentes de dinero, jamás renunciaría voluntariamente.

–Ottaviano tiene razón –admitió Benteli dejándola asombrada–. Ha sido atroz, pero ahora lo más duro ya ha pasado. Tampoco vendría mal que llegaran pronto los nuevos ayudantes. La verdad es que hemos estado a punto de derrumbarnos.

–Ha sido algo excepcional –prosiguió Adalgisa sin inmutarse. Ya sólo le faltaba empuñar un látigo, como una verdadera ama–. Y ahora mismo voy a notificaros lo más inmediato. El paciente suizo llegará el viernes, al igual que el amigo de Petrovac –lanzó una mirada a los papeles que tenía sobre la mesa–. Se llama Drakic, Viktor Drakic. El donante rumano llegó ayer por la noche y está completamente sano. Romani lo ha alojado en la ciudad. ¿Cuándo podéis operar?

Ottaviano torció el gesto.

–Será duro de veras. Un auténtico maratón. Necesitamos dos equipos completos –miró a Benteli, que se había levantado–. Urs dirigirá uno, y yo, el otro. Pero los nuevos tienen que ser bastante experimentados y sobre todo estar aquí antes para que podamos familiarizarnos con ellos.

–Te garantizo que el viernes estaremos al cien por cien. A la mayoría los conocéis de la última vez. Tienen experiencia y son de confianza –Adalgisa Morena mencionó algunos nombres y ambos médicos asintieron.

–Yo haré la extracción con mi equipo. Después, Urs puede ocuparse enseguida del tal Drakic. Eso es una minucia, riñones. El otro riñón, junto con la vejiga, lo recibirá el suizo. ¿Ha pagado ya?

–La mitad. Hoy precisamente ha llegado la notificación de nuestro banco en Suiza. Ha aceptado doblar el precio sin rechistar.

–Tampoco le quedan muchas alternativas –Benteli exhibió una sonrisa sarcástica. ¡Era un sentimental!

–Vendrá en el jet de su empresa. El resto lo traerá consigo en metálico. Nos lo repartiremos como de costumbre –Adalgisa carraspeó–. Descontando lo de Leo, por supuesto. Y el dinero de la cuenta pertenece a la clínica.

Treinta mil euros en efectivo por cabeza eran unas magníficas ganancias diarias a cambio del estrés; el riesgo merecía la pena. Podían sentirse satisfechos.

–Un tercer equipo recogerá la piel y la preparará para la conservación. La necesitaremos un día después para las quemaduras de Drakic. Luego habrá que asegurar el envío del corazón y del pulmón. ¿Lo tienes bajo control? –Severino se daba pequeños tirones del cuello del jersey de cuello vuelto.

–Por favor. Los colegas esperan con impaciencia. El pulmón viajará a Roma en avión. El resto, en coche. Romani traerá más tarde la declaración de conformidad del donante y su documentación. Después, tú sólo tendrás que expedir el certificado de defunción. Bien, entonces ¿cuándo operamos?

–Sería conveniente que el joven estuviera aquí mañana por la tarde, para que podamos efectuar los tests a partir del viernes –Benteli tamborileó con el lápiz sobre su agenda–. Yo propongo el domingo. Ese día tendremos más tranquilidad que durante la semana. ¿Qué opinas, Ottaviano?

Severino frunció el ceño.

–El domingo por la tarde corren tres de mis caballos. Pero quizá hayamos terminado para entonces.

–En ese caso el personal auxiliar partirá el mismo domingo por la tarde. Inmediatamente después llegará otro equipo para encargarse de la asistencia posterior. Si alguien pregunta, diremos que los pacientes ingresaron en ese estado. De todos modos sólo correremos riesgo durante medio día, y encima en domingo por la mañana. Por lo que veo, viene Romani –Adalgisa Morena estaba junto a la ventana de la sala de juntas–. Así que estamos de acuerdo. Confíemos en que todo salga bien.

–¿Qué puede salir mal? –inquirió Benteli, que, tras hacerle un guiño a Adalgisa, se levantó; la visita del abogado le importaba un pimiento. Durante el desayuno había mencionado a Adalgisa Morena que estaba interesado en las acciones de Lestizza. Ella pareció alegrarse y le prometió su apoyo. Deseaba discutirlo con su marido y con Romani. Benteli ardía de impaciencia por saber qué le contaría Adalgisa esa noche. ¿Amaba a esa mujer? ¿O sólo le aportaba dinero? Ya lo decidiría más tarde.

*

–El periodista no ha regresado –informó Romani mientras depositaba su maletín sobre la mesa destinada a los visitantes y lo abría–. Había reservado plaza en el avión procedente de Munich, pero no se encontraba a bordo. Enviamos a dos personas a

Ronchi, que lo esperaron en vano.

–Eso me tranquiliza, un problema menos –Severino daba vueltas a su anillo de boda con gesto conciliador.

–Quizá –Romani asintió y extrajo unos documentos de su maletín–. El primer intento de librarnos de él fracasó. ¿Bastaría para ponerlo en fuga? Sea como fuere, mantendremos los ojos abiertos.

–¡Todo eso son estupideces! Un hombre que hasta ahora ni siquiera ha temido meterse en el complejo mundo de los servicios secretos ni en la ruta china vía Belgrado, tampoco se asustará de nosotros. ¡Ni de tus presidiarios! –era imposible pasar por alto la dureza del tono de Adalgisa Morena–. ¡A lo mejor se ha limitado a burlar a tus hombres, Romani! No parece una tarea muy difícil. Y después a ver quién es el guapo que lo encuentra en la ciudad, si él no quiere. Si hasta una de mis amigas consigue pasar más de doce meses sin tropezarse con su marido celoso y divorciado, a un profesional debe de resultarle aún más sencillo. Con tu absurdo intento de atentado no has hecho más que llamar su atención. Habríamos podido deshacernos de él de otra manera. ¿Qué sabe, qué pretende en realidad? Desde luego arrastrar media gasolinera hasta su finca fue un acto rayano en la estupidez.

–¿Y quién dice que fuimos nosotros? También pudo ser una venganza por cualquier historia anterior. No perdáis la calma –Romani deslizó sobre la mesa el montón de papeles.

–Espero por tu bien que tengas razón –replicó Adalgisa con tono agrio.

–Aquí está todo lo que necesitáis –Romani pasó por alto los reproches de la mujer–. La solicitud del permiso de residencia, el pasaporte rumano, la declaración de conformidad para la extracción de órganos, firmada segundos antes de su muerte, así como la declaración de su hermano como único deudo, al que hemos logrado encontrar a través del consulado. Aún tenéis que poner la fecha. Todo como acordamos, y legalizado ante la Jefatura Superior de Policía de Constanta. No ha sido caro. Oficialmente el pobre hombre llevaba algún tiempo trabajando aquí sin papeles como mozo de cuadra y ahora que iba a recibir un empleo completamente legal, cayó bajo las ruedas de un tractor en un estúpido accidente. Por desgracia fue imposible salvarlo. Operación de urgencia. Muerte cerebral. Donación de órganos. Los carabinieri de Aurisina levantarán acta del accidente.

–¿Cómo se consigue que escriban los muertos? –preguntó Severino, lacónico–. ¿No han incinerado ya al hermano?

–Tú no te preocupes por esos detalles –Romani cerró el maletín y consultó su reloj–. ¿Alguna cosa más?

–Sí –Adalgisa Morena cruzó las manos y apoyó los codos sobre la mesa–. Se trata de la parte de Leo. Los contratos prevén que en caso de fallecimiento pasará a los restantes socios y que se repartirá entre ellos de acuerdo con su participación, es decir, en este caso entre Ottaviano, la empresa de Malta y yo. Pero también hemos de tener en cuenta que Leo ha de ser sustituido. Propongo que ofrezcamos a Benteli unas cuantas acciones. Sería bueno tenerlo atado... Él está interesado.

–Eso lo has tramado tú. Con pelos y señales –gruñó Severino–. Yo me opongo.

Adalgisa sonrió.

–¿Por qué te sulfuras tanto, Ottaviano? El asunto tiene muchas facetas positivas. Deja las emociones a un lado. Nadie pone en duda tu honor. ¿Tú qué opinas, Romani?

–Mientras vosotros no os pongáis de acuerdo, huelga cualquier pronunciamiento por mi parte. No obstante preguntaré a Petrovac. A lo mejor él... –un coche patrulla entró en el patio con la sirena encendida y frenó en seco junto al Porsche de Romani, interrumpiendo sus palabras.

–¡Maldita sea! –Adalgisa se levantó de un salto–. Pensaba que todo estaba arreglado. ¿A qué habrán vuelto éstos?

Se asomaron los tres a la ventana.

–El de delante es ese tal Sgubin –informó Adalgisa–. El otro se llama Laurenti y es peligroso. Se hace el tonto para engatusar a los demás. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Ayer llevaba con él a ese perro horrendo. Me alegro de que estés aquí, Romani. Déjale claro que el prestigio de la clínica se resquebraja si la policía no deja de presentarse aquí. Si lo desea, nosotros podemos presentarnos en cualquier momento en la ciudad. Y tú, Ottaviano, por favor, mantente al margen.

Severino se limitó a exhibir una abstraída mirada de cansancio. No se podía contrariar a esa mujer.

Perros negros

El superdepartamento de Bucarest trabajaba mejor que la *Questura* de Trieste. El jueves por la mañana Ypsilantis Cuza, el colega rumano de Laurenti, volvió a telefonarle. Ya conocían la identidad del muerto: Vasile Dealul, 32 años, nacido y domiciliado en Constanta. Obrero, casado, tres hijos. El amable Ypsilantis dijo que lo habían encontrado en el fichero de datos por pura casualidad. Al parecer, había obtenido el pasaporte justo el día anterior, aunque la fecha evidentemente debía de estar equivocada, pues el hombre llevaba unos días muerto. Sin embargo su identidad estaba fuera de duda. Ahora informarían a la familia y a la embajada. Le llamarían de nuevo en cuanto averiguasen qué hacía ese hombre en Trieste.

Laurenti apuntó unas indicaciones en un papel y escribió encima con grandes letras «Marietta», lo subrayó tres veces y colocó la nota encima del escritorio de su secretaria.

Ésta había llamado esa mañana para decir que estaba enferma. Un ataque de migraña le impedía acudir a la oficina. No volvería hasta el viernes. Laurenti levantó el auricular y se dispuso a llamarla, pero tras el primer timbrazo, colgó. Si de verdad se encontraba mal, no quería molestarla tan temprano. Seguro que se habría acostado. No acertaba a recordar que se hubiera quejado nunca de migrañas, pero a lo mejor simplemente lo había olvidado. A pesar de todo, ese día se las arreglaría sin ella. En cuanto llegase Sgubin, pensaba examinar a fondo la residencia del médico en la Vía Bonomeo. Así lo habían acordado el día anterior después de abandonar la clínica.

No fue una conversación grata. Adalgisa Morena lo saludó con fingida amabilidad. A Sgubin ni siquiera le tendió la mano. Luego, cuando Laurenti divisó a Romani, su humor cayó por los suelos. Sin embargo no dejó traslucir nada y procuró adoptar un aire inocente. Le sorprendió que Romani estuviera relacionado con la clínica. Evidentemente metía sus sucias manos en todo.

–Caramba, está usted en todas partes –le dijo sonriente, evitando estrechar su mano tendida–. ¿Qué tal le va?

–Bien, gracias –también Romani intentaba parecer amable–. ¿Tenía que irrumpir con

tanto estruendo en el patio?

–No ha sido mi intención. En ese coche los botones están muy cerca unos de otros... y hoy, por desgracia, sólo estaba disponible ese cacharro. ¿Le he presentado ya a mi perro? Cluzot, alias Almirante.

Al entrar, el animal había corrido inmediatamente hacia Romani y le había ladrado dos veces. Laurenti no le prestó la menor atención, pero el abogado se asustó mucho. A continuación, Cluzot se sentó en mitad de la puerta, como si no quisiera dejar salir a nadie de la habitación.

–Déjese de bromas, Laurenti, la situación es muy seria –Romani entornó los ojos, como si estuviera mirándolo por el visor de un arma.

–Sería muy considerado por su parte, *commissario*, que en el futuro evitase llamar tanto la atención –apuntó Adalgisa con una sonrisa tan falsa como el resto de su rostro–. Sabe de sobra que nuestra clientela valora sobremanera la discreción. Pero siéntese, se lo ruego.

–¿Qué tal van los negocios? ¿Logran salir adelante sin su médico jefe? –preguntó Laurenti.

–El médico jefe soy yo –replicó Severino–. Pero es difícil reemplazar a nuestro colega Lestizza.

Morena interrumpió a su marido.

–Nuestros pacientes tienen derecho a recibir el mejor tratamiento que puedan esperar. Y necesitan tranquilidad.

–También pagan lo suyo –comentó secamente Sgubin.

–Ha sido un golpe terrible –Adalgisa Morena se comportó como si no hubiera oído–. Son tiempos de dolor. Leo era primo mío.

–Lo siento en el alma –lamentó Laurenti con el tono de voz que utilizaba siempre al hablar con los deudos en un caso de asesinato–. Sé lo duro que debe resultarle. Pero ahora tenemos que hacerle unas cuantas preguntas. Ese tipo de agresión es muy raro. A primera vista parece un acto de venganza con trasfondo sexual. ¿Sospecha quién puede haber emasculado a su primo?

–No –respondió ella–. Leo era muy reservado. Su vida era su profesión. Entregó todo su talento a la clínica. No tengo ni idea de su vida privada. No era muy hablador. A pesar de ser parientes, él era muy diferente.

Como es lógico, el interrogatorio concluyó sin arrojar resultados. Pero cuando Laurenti solicitó las liquidaciones salariales de Lestizza y una lista de los socios de la clínica, el abogado Romani protestó con energía.

–¿Qué tiene que ver eso con el asesinato? –inquirió–. Los asuntos internos de la empresa no son de su incumbencia.

–Ay, querido Romani, veo que no es un principiante. Si se niega a proporcionarme la documentación, la conseguiré en la Delegación de Hacienda. También hemos solicitado los extractos bancarios. No veo ninguna razón por la que no podamos colaborar. Al fin y al cabo, el doctor Lestizza era primo de la señora, ¿no es cierto?

Al ver que nadie abría la boca, Laurenti se levantó.

–En ese caso, señores, en el futuro nos veremos en la ciudad, si así lo prefieren – anunció–. Usted ya conoce el juego de las citas, abogado. Es pesado y laborioso, pero funciona. Muchas gracias y buenas noches.

–¿Pero qué tipo de gente es ésta? –exclamó Sgubin cuando subieron al coche–. Es evidente que para ellos sólo cuenta el dinero. Son reservados y fríos como el hielo.

–No te alteres. Ya lo dice el refrán: Cuanto mayor es la subida, más dura será la caída. Desde que soplan nuevos vientos en Roma la casta superior demuestra esa nueva arrogancia. Pero te juro que se sobrevaloran si creen que esto será siempre así. Ya lo verás, tarde o temprano todos ellos volverán a mostrarse amables y solícitos.

–A pesar de todo, seguirán siendo falsos.

Laurenti pidió a Sgubin que lo llevara a Prepotto, donde Laura lo esperaba con Ramsés en la *osmizza* de Zidarich. Sgubin se negó a acompañarlos. Un coche patrulla delante de una bodega era de mal tono, y desde que la tasa de alcoholemia se había reducido al 0'5, bastaba echar una ojeada a un vaso de vino para superarla.

–«El Karst es un terrible grito petrificado. Pero si a pesar de todo ha de brotar de ti una palabra, besa al tomillo silvestre que extrae la vida de la roca.» ¿Sabes de quién es esta frase? –preguntó Laurenti al saludar a Ramsés–. Tengo un hambre canina. Y sed. ¿Lleváis mucho tiempo aquí? –levantó la botella exponiéndola a la luz–. No parece que acabéis de llegar. Y dicho sea de paso, la cita es de Scipio Slataper.

–Ahora sabes lo que significa estar casada con un policía –Laura rió–. Él incluso es capaz de deducir del nivel de la botella el tiempo necesario para bebérsela entera.

–Estábamos hablando del Caravaggio –comentó Ramsés–. Una historia apasionante. Así que los expertos se pronunciarán mañana.

–No conozco muchas de sus obras, pero es asombroso que antaño las colgasen en las iglesias. Hoy la curia se subleva por cosas mucho más banales, por ejemplo, los fotógrafos holandeses de estrellas de cine.

–Caravaggio tenía muchos mecenas entre el clero –informó Laura–. Pero también enemigos. Temían su estilo. Sus ángeles parecían personas de carne y hueso. Sólo utilizó la pintura religiosa como medio para alcanzar un fin, porque le acarreaba la máxima notoriedad. Por otra parte, también tenía un perro negro, igual que tú, tesoro. Pero era un perro de aguas llamado Cornacchia. Ave de mal agüero. Quizá deberías rebautizar al tuyo.

Laurenti cogió un trocito de jamón y se lo puso a Cluzot delante del hocico. El perro se limitó a olisquearlo y luego lo miró entristecido. No le gustaba el rabanito con el que estaba aliñado.

–Bueno, cuéntame, ¿qué tal te ha ido con el secretario de Estado?

–Dios santo, es un fanfarrón engreído. Pero entiende algo de historia del arte.

–¿Recuerdas el cuadro de la catedral de La Valletta? –preguntó Laurenti–. ¡Alucinante!

–*La decapitación de san Juan.*

–Es terrible. Un oscuro sótano abovedado, el verdugo introduce de nuevo el puñal en la vaina mientras con la mano izquierda le arranca la cabeza al pobre san Juan. Dos

prisioneros miran horrorizados desde una celda situada al fondo. También Caravaggio estuvo preso en Malta.

–Ramsés, ¿qué te sucede? –preguntó Laura de repente.

El suizo, sentado enfrente, tenía el rostro ceniciento y parecía a punto de caerse del banco en cualquier momento.

–Laura, ve a por un vaso de agua –sugirió Laurenti mientras lo sujetaba del brazo.

–Ya se me está pasando –la voz de Ramsés era casi inaudible–. Me he sentido mal un instante –encendió un cigarrillo y se levantó–. Por favor, discúlpame durante un cuarto de hora. Me gustaría dar un paseo. Solo. Después me sentiré mejor.

Salió sin esperar las objeciones de sus nuevos amigos. Cuando quedó fuera del alcance de su vista, se golpeó la cabeza con los puños hasta que su frente ardió de dolor. Entonces se recuperó un poco, pero al regresar a la bodega insistió en volver pronto a casa.

–Un santo extraño –reconoció Laurenti después de haber dejado a Ramsés, por deseo suyo, en la salida del pueblo de Santa Croce–. Hay algo en él que no encaja.

–Y tú eres siempre un policía extraño que sospecha de todo aquel que no sea como tú.

*

Jamás olvidaría la mañana de aquel jueves. Laurenti maldecía a voz en grito y dos colegas que pasaban por el pasillo echaron una mirada curiosa a su oficina a través de la puerta abierta de la antesala.

–¡No hay más que lameculos, traidores y delatores por todas partes! ¿Qué demonios queréis?

Al fin reparó en los dos mirones y, tras cerrar la puerta de un portazo, se sentó. Cluzot lo miraba con desconfianza.

–Por favor, ahora no se te ocurra también a ti decirme lo que piensas –dijo Laurenti colocando los pies encima de la mesa.

Acababan de darle una dura lección media hora antes y conocía de sobra al causante: Romani. Laurenti clamaba venganza. Una venganza sangrienta. ¡Al parecer, ese saco de mierda tenía acceso a todas partes! Era para vomitar.

Tras dejar sobre la mesa de Marietta la nota con los datos del muerto que le había proporcionado su colega rumano, sonó el teléfono. Era la secretaria del jefe comunicándole que lo esperaban en el despacho del gobernador civil del Gran Presidente. Que fuera puntual, por favor, que el asunto era muy grave. Ignoraba lo que le esperaba, pero el prefecto sólo te citaba si había por medio un marrón monumental.

Sacó una corbata del cajón de su mesa y se la anudó. Estaba algo arrugada, pero abrochándose la americana podía pasar. Necesitaba que alguien se encargase de cuidar al perro. Sgubin llegó justo a tiempo y no pudo librarse. Acto seguido, Laurenti descendió, veloz, por las escaleras, cruzó la judería a paso ligero y pasó a toda velocidad ante el Ayuntamiento cruzando la Piazza Unita hasta llegar a la prefectura. La humillación

comenzó en la entrada. Como de costumbre, no llevaba encima la documentación, por lo que el portero, que lo conocía, anotó con un comentario sarcástico el número oficial, que Laurenti se sabía de memoria. Poco después lo saludaba la secretaria de Terminator, un bloque de hielo. A juzgar por el comportamiento de los guardianes del despacho del jefe, uno podía adivinar casi siempre lo que le aguardaba detrás de la puerta. Si el motivo de la convocatoria era satisfactorio, la dama habría rebosado cordialidad, le habría ofrecido algo de beber y seguramente también alguna pasta o bombón de su caja particular. Laurenti se sintió camino del cadalso, como otrora el asesino de Winckelmann, que tan sólo unos metros más allá había matado a traición al inventor de la Antigüedad clásica. Aunque en 1768, Ar-cangeli, el rechoncho cocinero de Pistoia, sufrió además el suplicio de la rueda y fue descuartizado. Laurenti no tuvo tiempo de meditar sobre su propio destino. El dragón de la antesala bajó su espada flamígera y sin inmutarse anunció que podía pasar. Laurenti no comprendía por qué le había hecho esperar. No oyó ningún timbre, nada.

–*Signori, buongiorno* –saludó Laurenti, deteniéndose a respetuosa distancia.

El prefecto y el *questore* se sentaban en sillones bajos de cuero, ante una mesita sobre la que reposaban dos vasos de agua mediados.

–Siéntese –ordenó el Tyrannosaurus Rex.

Ninguno de los dos le tendió la mano. Se acomodó en el centro de un largo sofá.

–Existen graves acusaciones contra usted, comisario –la camisa blanca del hombre cómodamente reclinado en su sillón se tensaba sobre su panza–. Me han encargado la desagradable tarea de ocuparme del tema. Y también al *questore*. Tiene usted muchos méritos en su haber, Laurenti. Por eso lo he convocado antes de que se inicie una investigación oficial.

¿Investigación? Laurenti no daba crédito a sus oídos. Estaba sentado al borde del sofá sin saber qué hacer con sus manos. Decidió no abrir la boca hasta que le plantearan preguntas concretas.

–Confío en que pueda aclararlo todo y se disipen rápidamente las sospechas. En caso contrario, el asunto será muy desagradable para usted y –Terminator hizo una pausa significativa, que subrayó con un profundo suspiro–, ...y también para nosotros –dirigió una larga mirada al *questore*–. Comencemos por el hecho de que todavía no ha hecho usted el menor progreso en el asunto del hombre atropellado durante la visita de Estado. Tanto los colegas de Roma, del Ministerio del Interior, como los alemanes, se sienten muy enojados.

–Hay progresos. Desde ayer por la noche.

«Si sólo se trata de eso...», pensó Laurenti, «la cosa no es tan grave y se arreglará enseguida».

–¿Y cuáles son?

–Ya conocemos la identidad del muerto. Un rumano del mar Negro.

–¿Qué se esconde detrás?

–No creo que exista la menor conexión. Él no colaboraba con nadie.

–Crear no nos sirve de nada, Laurenti. Lo que importa son los hechos.

–No hemos conocido su identidad hasta hace muy poco. Y averiguarla no ha sido precisamente fácil.

–Para eso le pagan, y con ello llegamos a un asunto mucho más serio –el prefecto se incorporó de golpe–. Dicen que vive usted por encima de sus posibilidades.

–¿Quién lo dice? –inquirió Laurenti, sobresaltado.

–¿Usted vive en la Costiera, no es cierto? Allí las casas son muy caras...

«Romani, te rebanaré el pescuezo», pensó Laurenti. Recordaba de sobra el comentario mordaz que había hecho el abogado tres días antes en el despacho del fiscal. Había pasado por alto la pregunta de Terminator. Reinó un silencio penoso hasta que Laurenti comprendió que tenía que decir algo. Carraspeó.

–¿Le importaría repetirme la pregunta?

–Me gustaría saber qué tiene que decir al respecto, eso es todo.

–Nada. Nada en absoluto. Fue un trueque. La cambiamos con Galvano, sin dinero de por medio. Es muy sencillo. Como usted sabe, mi mujer también trabaja. No nos sobra el dinero, cierto, pero tampoco nos falta. Lo demostraré encantado. Pero si habla usted con el abogado Romani, dígame... –Laurenti se mordió la lengua.

–¿Qué?

–Dígale, por favor, que sé que la acusación procede de él. Que con ella no impedirá las investigaciones en curso.

–Con lo que llegaríamos al punto siguiente. En tiempos de tensión política, todos tenemos mucho que perder si no prestamos atención a la influencia que ejercemos sobre los demás. Usted ha traspasado esa frontera con mala intención. Es algo injustificable.

Laurenti notó que el sudor inundaba su frente y sus axilas. Hervía de indignación.

–¿Cuál es la acusación concreta?

–Abuso de autoridad.

A Laurenti le costaba permanecer en el sofá. Sintió que se le caía el alma a los pies.

–Tengo aquí tres declaraciones juradas –Terminator señaló el papel de encima de la mesa– afirmando que ayer por la tarde usted cometió un grave abuso de autoridad. Todo empezó cuando se presentó sin motivo en una clínica privada...

Laurenti se irguió de un salto.

–¡Siéntese! –la orden cayó sobre él como un mazazo–. Así que ya está enterado. Además llevaba consigo a ese perro, que no es un perro policía. Ése es un asunto privado del que usted debe abstenerse. Luego exigió conocer asuntos comerciales que no guardan relación alguna con el caso concreto que investiga, y amenazó con conseguirlos recurriendo a métodos ilegales. Esas personas han retirado generosamente la demanda por injurias, para no empeorar aún más la situación. ¡Explíquese!

–Intentan apartarme del caso. Es todo pura invención. Yo también tengo testigos. Sgubin estaba presente. Y por lo que respecta al perro, me gustaría decir que por supuesto que es un perro policía.

–Lo era, Laurenti. Lo era. Ha sido jubilado. Y el aullido de la sirena se oía a kilómetros de distancia. Piense en los pacientes de la clínica.

De modo que por ahí soplabla el viento. ¿Qué pacientes había en esos momentos allí

arriba, que debían pasar desapercibidos?

–Muchas veces uno desconoce de antemano si van a ser útiles los medios que utiliza. No se hace todo según el mero sentido común ni siguiendo pautas científicas. La intuición correcta en el momento preciso constituye la mitad del éxito. Pero yo todavía ignoraba que he hallado uno de los puntos neurálgicos. Permítame continuar, por favor. Ahora es cuando la cosa se pone interesante. Si esos caballeros...

–Esos caballeros, Laurenti, son contribuyentes que difunden la fama de Trieste. Quien lo olvida no es apto para ejercer la profesión de policía en esta ciudad. Se necesita ponderación, no prejuicios.

El asunto ya se había iniciado, eso era indudable, y también estaba claro que el *questore* lo había dejado en la estacada.

–¿Qué piensa hacer? –preguntó Laurenti.

–Habrá una investigación. Esté preparado y no oculte nada. No se trata de acusaciones normales, comisario. Confío en que logre salir incólume.

–¿Estoy suspendido? ¿He de abandonar el caso? –no sabía por qué sonreía.

Con una mirada, el ejecutor derivó la pregunta al *questore*. Éste se tomó tiempo para responder.

–No –contestó al fin el *questore*.

De modo que al final no lo había dejado solo.

El mensaje era inequívoco: «Si no obedeces, ten por seguro que tarde o temprano recibirás una orden de traslado... independientemente de la situación jurídica». Total, que se le avecinaba una investigación que le costaría un montón de tiempo y de nervios. Laurenti ignoraba quién se encargaría de ella. Lo normal era que fuese un fiscal, y en los casos muy graves funcionarios del Ministerio o incluso de los carabinieri. ¿Estaría de verdad bajo sospecha por haber aceptado sobornos? Las calumnias son duraderas y se esparcen. Luego cuesta convencer de lo contrario, porque su proclamación carece de valor sensacionalista. Pero sucediera lo que sucediese, nunca más renunciaría a Cluzot.

Laurenti cruzó la Piazza Unità y regresó a su oficina apretando los puños y con los hombros erguidos. A las personas que se cruzaban en su camino, las esquivó con un quiebro.

Frutos de la noche

¡Castrado! ¿Dónde está el órgano seccionado?, decía el titular a toda página en la portada de la sección local. Además se incluía la foto de una calle sumida en la niebla y una vieja fotografía de pasaporte de la víctima. Crimen sangriento en la Via Bonomeo. El prestigioso cirujano, doctor L. L., que fue encontrado el martes por la mañana delante de su casa –inconsciente y castrado–, no lo ha conseguido. Falleció la noche del martes poco después del cierre de la redacción. Los médicos lucharon en vano por salvar su vida. El jardinero que lo encontró y avisó a la policía se encuentra en estado de shock. No fue capaz de hacer declaraciones hasta un día después. «Nadaba en sangre», dijo a nuestro reportero antes de estallar en sollozos. Pero del órgano seccionado no existe el menor rastro. Un enigma para la policía. Hasta la fecha, se desconocen asimismo el motivo y la identidad del agresor. Y el cachorro de labrador del jardín echa de menos a su amo.

Antes de tomar el primer café, Lorenzo Ramsés había subido a Santa Croce para comprar la prensa y cigarrillos. Un viento ligero de bora garantizaba la resplandeciente luz del sol, pero mientras descendía de nuevo por las escaleras no se dignó echar una ojeada a la belleza del mar abierto. Tras sostener el periódico mucho tiempo entre las manos, leyó, subyugado, los artículos sobre la extraña agresión sufrida por el médico. Su viaje le había impedido comprar la edición del día anterior, pero al parecer no se había perdido nada interesante. Los periodistas habían encontrado el verdadero botín dos días después del sangriento ataque en la Via Bonomeo. A partir de entonces ya no se conformaron con un artículo, sino que derramaron ríos de tinta. Hasta un sacerdote tomó la palabra, explayándose laberínticamente sobre la parte perdida. Pero también políticos destacados y periodistas manifestaban su opinión. Todos coincidían en que hacerle algo así a una persona era una salvajada incalificable.

¿Dónde está el miembro del muerto? ¡La mafia no ha sido! En sus crímenes rituales, ésta introduce los genitales en la boca del traidor... como ejemplo aterrador para todos los demás. ¿Se lo habrá llevado el autor? ¿O habrá sido el cachorro labrador del médico, que una pariente ha recogido de un albergue de animales? Ramsés meneó la cabeza mientras leía y poco después de cruzar el puente del ferrocarril dobló el periódico.

Estaba cerca de su casa y quería cerciorarse de si sus vigilantes se habían dado cuenta de que les había dado esquinazo. Bajó las escaleras hasta la carretera de la costa. Se mantuvo muy cerca de las vallas sobre las que proliferaba la hiedra procedente de los jardines limítrofes. Observó que en el aparcamiento sólo estaban su coche alquilado, el Mercedes descapotable blanco en el que lo habían traído a casa esa mañana temprano, y el de Laura. Así que aún no lo habían descubierto. ¿O quizá ni siquiera lo esperaban ya?

Ramsés regresó a su casa y cerró la puerta de la cocina sin hacer ruido. No acertaba a explicarse cómo había sucedido, pero en su cama dormía una rubia teñida. Lo había llevado en coche a casa, a pesar de que poco antes se había reído de él diciéndole que no tenía la menor intención de dar un rodeo. Sin embargo, después subió a tomar una copa. Era una imprudencia, pero no le apetecía estar solo. No había sido difícil convencerla, pues habían pasado un buen rato en un bar, charlando y bebiendo en abundancia. Al final le habló de una cama de invitados y de que realmente no suponía ninguna molestia. Bebido como estaba, ni siquiera pensó en que sus perseguidores pudieran estar acechando en el aparcamiento. La rubia Silvia, que había hecho de Trieste su puerto franco particular, era la primera mujer con la que se había acostado después de Matilde. Ramsés se sentía sorprendido y un poco inseguro. Preparó café y se sentó fuera, en la terraza, con unos cuantos periódicos.

La noche anterior, el suizo había pedido a Laura y a Proteo que lo dejaran detrás de casa. Prefería caminar a pie atravesando los viñedos en medio de la oscuridad, había aducido como disculpa por obligarles a dar un pequeño rodeo. Tras su brusca marcha de la *osmizza*, guardó silencio en el coche, a excepción de ese ruego. Incluso la oferta de Laura pidiendo que les avisase si necesitaba ayuda, quedó sin respuesta. Una vez en casa se deslizó primero alrededor del edificio sin encender una sola luz, pero no descubrió señal alguna de posibles ataques inesperados. Estaba nervioso, tenía el pulso acelerado y a pesar del frescor de la noche sudaba. Los comentarios chistosos y mordaces de Laurenti sobre Caravaggio le habían traído Malta a la memoria, y le costó grandes esfuerzos disipar la imagen y el recuerdo de Matilde, que no debían volver a prevalecer. Lo habrían paralizado durante días y aún no había conseguido su objetivo. Hasta entonces tenía que resistir, distraerse, para seguir siendo dueño de sí mismo. Por eso se levantó de prisa del sillón del salón, tirando al hacerlo el cenicero de la mesita. No se detuvo a recoger los fragmentos y colillas; bajó al sótano e intentó ordenarlo. Movié cajas y empezó a barrer con desgana, pero al cabo de un cuarto de hora arrojó la escoba a un rincón y regresó arriba. Descolgó la americana de la percha y tomó el camino que cruzaba los viñedos para subir a Via del Pucino. Divisó las luces de la ciudad al sureste y delante el iluminado Palacio de Miramare. En cierto momento apresuró el paso y al cabo de media hora se encontró ante el acceso al parque del palacio situado junto a la antigua estación de tren de Miramare. Trepó por la alta puerta de hierro y cruzó el parque que Maximiliano había ordenado poblar antaño con árboles procedentes de todas las partes del mundo, antes de coronar su vida como desdichado emperador de México con tres agujeros de bala en la camisa. En el extremo inferior del parque, Ramsés se deslizó ante el puesto de los carabinieri y salvó la otra puerta justo a tiempo, antes de oír el zumbido

de los motores eléctricos y mientras veía aproximarse los faros de un coche patrulla. Esperó a que pasaran de largo ocultándose tras una roca. Llegó a Barcola por el Lungomare. Tres noctámbulos borrachos caminaban unos metros por delante de él, despotricando a voz en grito por el cambio de nombre de una calle lateral que recientemente habían dedicado a la memoria de un antiguo camorrista de la extrema derecha. Uno orinó en la casa en la que habían colocado el rótulo de la calle. No repararon en Ramsés.

Tras pasar junto al puerto viejo, siguió adentrándose en la ciudad, a lo largo de la Rive hasta llegar a Campo Marzio. Del pub situado en el edificio del museo del ferrocarril salía a la calle música de rock y una algarabía de voces. Poco después vio en un aparcamiento una autocaravana con matrícula de Austria, con una rubia sentada al volante. Tenía encendida la luz interior, y Ramsés vio que llevaba una chaquetita de punto blanca que no ocultaba lo que había debajo.

–¿Quieres entrar? –preguntó ella por la ventanilla con un acento imposible de pasar por alto.

–¿Aburrida?

–Un poco.

–¿No tienes frío?

–Si buscas un sitio calentito, has llegado al lugar adecuado.

Se ganaba la vida en ese vehículo. Cuando el *Piccolo* hablaba casi a diario de las escasas prostitutas de la ciudad, también se refería a ella. Después de aquello se marchó enseguida, a los pocos días, al parecer porque Trieste le resultaba demasiado aburrido.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó él en alemán.

–Silvia –contestó la mujer. Seguro que era su nombre de guerra–. ¿Y tú de dónde vienes?

Ramsés retrocedió para mirar la matrícula:

–¿Es la G de Graz?

–Es la G de punto G, naturalmente.

–¿Una noche muy poco animada, verdad?

–Pero a pesar de todo no se hacen descuentos. Anda, ven, yo te calentaré un poquito. Sesenta euros. Seguro que todavía te quedan.

–No, gracias. Si te apetece, te invito a una copa.

–Hasta ahora, nadie en Trieste me había solicitado servicios de acompañante.

–Yo sólo hablaba de una copa.

–Da igual. Son casi las tres. De todos modos, ya no vendrá nadie. Dentro de media hora regresaré a casa –apagó la luz interior y cerró el coche–. Enfrente hay un bar –informó Silvia–. Iremos a pie.

Caminaron un trecho en dirección al puerto nuevo. Había poco tráfico, unos cuantos camiones camino del muelle de los transbordadores.

–El lugar se llama Checkpoint –prosiguió la mujer–. Aquí empieza la cara oculta de la ciudad.

Un borracho, sentado en el suelo junto a la entrada, respiraba pesadamente. Ramsés,

tras abrir la puerta, la dejó pasar y miró el letrero con las horas de apertura. De 19 a 5 h. El local era tan pequeño que el mostrador ocupaba más de la mitad. Un par de figuras oscuras se acodaban en la barra, Joe Cocker cantaba con voz ronca *With a Little Help of My Friends*, y la camarera saludó a Silvia llamándola por su nombre.

Ramsés pidió un gin tonic, Silvia una cerveza.

–Todavía tengo que conducir –adujo ella.

–¿Adónde?

–A mi casa. Todas las noches regreso a casa.

–¿Te importaría llevarme un trecho?

–Que te lo has creído –se echó a reír y le lanzó un beso con la mano.

–¿Adónde vas?

–Ya te lo he dicho, a casa. A Austria.

–¿Con la autocaravana?

Qué curioso, qué forma tan complicada de ganarse la vida tienen algunas personas.

–Tengo otro coche.

*

–Búscate un abogado –le aconsejó Ziva por teléfono–. Nunca se sabe.

–Dejar que me representen será como admitir mi culpabilidad. Y no tengo nada que reprocharme.

–Necesitas a alguien que te asesore y te asista.

–Vaya mierda de vida. Ya no sé ni quién soy. Todos me zarandean. Si inician una investigación, revisarán hasta las llamadas telefónicas y el kilometraje del coche y entonces, tarde o temprano, me preguntarán qué demonios hacía continuamente al otro lado de la frontera.

–Eso da igual. Nuestra colaboración es completamente oficial. Tú fuiste el primero en ser informado de la puesta en libertad de Petrovac. ¿Cómo no ibas a hablar con el fiscal? Hasta que las aguas vuelvan a su cauce, nos veremos en Trieste.

–¿Y adónde iremos? ¿A un hotel? Si casi todo el mundo me conoce...

–Sólo piensas en una cosa. Anunciaré oficialmente mi visita, comeremos juntos y discutiremos el asunto con calma. Así que, hasta mañana.

Cuando se despedían, Sgubin regresaba con el perro.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó al ver la expresión de Laurenti–. Parece como si hubieras...

Laurenti se levantó de un salto.

–Cierra el pico, Sgubin. Llevo media hora esperándote. Tenemos que salir inmediatamente y poner patas arriba la casa del tal Lestizza. Si hace falta no dejaremos piedra sobre piedra.

Mientras Sgubin probaba con el manojito de llaves, Laurenti dio un paseíto con el perro por Via Bonomeo. Sólo conocía la calle desde la ventanilla del coche. Nunca había bajado del vehículo en esa zona. Las casas eran sobrias y parecían haber sido edificadas

en los años sesenta. Allí se pagaba más por la situación y la vista del puerto viejo que por el refinamiento arquitectónico. Un poco más arriba divisó el anuncio luminoso del Ristorante Bellavista, en el que sólo había comido una vez, con unas vistas fantásticas, pero contempladas tras las ventanas cerradas de un local climatizado. La Trattoria al Faro de Franco, emplazada un poco más abajo, le gustaba más en todos los sentidos. Cuando Sgubin abrió por fin la puerta de hierro de la finca de Lestizza y lo llamó, Laurenti retrocedió y caminó unos pasos por el jardín. Se veía a primera vista que allí trabajaba un jardinero: setos podados a conciencia, arriates escardados y un almendro en flor. Pero a partir de ese día, ese esplendor pequeño burgués sería excavado palmo a palmo por la policía científica. Al final quedaría convertido en un campo yermo. La casa era igual que las demás. Enfoscado tirolés, ventanas anti-bora de aluminio, que aunque frenaban el viento, atormentaban a cualquier esteta. Tres pisos que ascendían por la pendiente, espacio suficiente para una familia: todo tan aburrido como el vecindario. Laurenti no se habría mudado a una de esas pajareras ni siquiera bajo amenaza de pena de muerte.

–A este tipo no le faltaba el dinero que digamos –afirmó meneando la cabeza mientras abría una ventana del salón–. Apaga la calefacción. Está por lo menos a veinticinco grados.

–Seguro que han sido los del equipo de huellas –apuntó Sgubin–. Arriba hay dos alcobas y su despacho.

–Entonces comenzaremos por ahí –Laurenti frunció el ceño mientras subía por la escalera. ¿Cómo se puede colocar una alfombra roja sobre mármol blanco?

El suelo del dormitorio estaba enmoquetado en marrón. La amplia cama de armazón blanco estaba igual que la había dejado Lestizza dos días antes. Sobre el colchón se veía un pijama de seda roja tirado. Allí, evidentemente, los de huellas sólo habían realizado un trabajo superficial.

–Tú registra eso –Laurenti estaba ante un ropero de tres metros de ancho–. Sácalo todo. Todo. Busca en los bolsillos de los pantalones y de las americanas –se arrodilló y golpeó con los nudillos el suelo enmoquetado en una esquina de la habitación–. Déjalo todo aquí –ordenó a Sgubin cuando estuvo seguro de que debajo no había compartimientos secretos.

Laurenti se puso unos guantes de látex y empezó por la cama. Levantó el pijama sujetándolo con dos dedos. Usado dos veces, a lo sumo. Después retiró la ropa de cama y revisó el edredón, apretándolo. No captó nada excepto plumas. Inspeccionó la sábana con suma atención. Debían de haberla mudado hacía poco y no parecía que hubiera dormido en ella más de una persona. A continuación sacó el colchón del somier y lo apoyó contra la pared. Debajo tampoco halló nada. Laurenti odiaba ese trabajo. Le desagradaba profundamente hurgar en las cosas ajenas. Al menos la casa producía la impresión de estar bien cuidada, tarea que seguramente realizaría a diario una asistenta concienzuda. El médico debió de ser un hombre muy meticulado. Ni una mota de polvo, ni siquiera en los rincones.

En un plazo brevísimo, el dormitorio se asemejó a un almacén de Cáritas que acabara de aceptar una donación navideña de ropa de Armani. Laurenti dejó que Sgubin siguiera

registrándolo solo.

El salón y el comedor denotaban una impresionante falta de confort, una decoración cara pero sin estilo. Como si a Lestizza le sobrara el dinero pero careciese de tiempo para ocuparse de coordinar colores y estilos. Sillas de diseño al lado de una mesa Biedermeier, un pesado aparador del siglo XVIII procedente de una casa de campo de Friul detrás de una *chaise-longue* francesa, y en la otra pared un armario de herramientas de un taller mecánico de los años veinte. Laurenti intentó calcular el número de cajones. Eran setenta por lo menos, lo cual exigía trabajo y mucha paciencia. Buscó en un rincón de la estancia espacios huecos, antes de vaciar el contenido de unos cajones por el suelo. Un montón de cachivaches. Pegamentos, lápices, botones e innumerables estuchitos con útiles de costura, que Lestizza indudablemente coleccionaba. Procedían de hoteles caros. Laurenti leyó las inscripciones y fue colocándolos uno tras otro: Grandhotel Vesuvio de Nápoles, el Cipriani de Venecia, Villa Serbelloni junto al lago Como, Baur au Lac de Zurich, Hyatt de Berlín, Four Seasons de Estambul, Hotel Lutetia, París, Hotel Gellert, Budapest, y Atlantik de Hamburgo. «Congresos médicos», pensó Laurenti. Por lo visto Lestizza gastaba encantado abundante dinero en sus estancias y sin embargo se había llevado los estuchitos de costura. Laurenti estaba seguro de que en el baño habría montones de botellitas de champú y de estuchitos de jabón de los mismos sitios. Tendrían que comprobar cuándo fue la última vez que estuvo en uno de esos albergues de lujo. Un enorme despliegue burocrático, pues necesitarían pedir ayuda a los colegas de las localidades respectivas. Pobre Marietta, en adelante no le quedaría tiempo para limarse las uñas en la oficina. El cajón siguiente contenía medicamentos: Aulin y aspirina en cantidades industriales. Sprays nasales, diferentes somníferos cuyos nombres le resultaban familiares porque en el pasado había tenido que vérselas con ellos cada vez que alguien había intentado despedirse de este mundo con su ayuda. Todos los envases estaban abiertos, y muchos de ellos caducados. Así que los médicos trataban sus botiquines caseros con el mismo descuido que el resto de los mortales. Laurenti rebuscó dentro con desgana. Después la emprendió con otros cajones: baterías y adaptadores, velas, cajas de cerillas, puros, relojes de pulsera de todos los precios, películas y negativos.

–Yo creía que los médicos eran personas ordenadas –rezongó Laurenti–. Estos muebles te obligan a ser caótico.

Expuso los negativos a la luz e intentó en vano reconocer algo en ellos.

Cluzot, tumbado al lado del radiador, soltó un profundo suspiro, como si aceptase a regañadientes el escándalo que le impedía dormir.

–¿Qué te pasa, viejo? –preguntó Laurenti.

El perro golpeó el suelo con el rabo, bostezó, se levantó, y, acercándose, puso una pata encima de la rodilla de su amo.

–Ya vale. Vuelve a tumbarte.

De repente el perro, en lugar de obedecer, empezó a soltar ruidosos ladridos. Era evidente que se sentía atraído por el cajón de medicamentos.

–¿Te duele la cabeza? –Laurenti lo sujetó por el collar y tuvo que esforzarse para

impedir que Cluzot metiera el hocico dentro—. ¡Siéntate!

Laurenti se arrodilló a su lado y rebuscó en el montón hasta encontrar por fin un tubito de plástico de tabletas de vitaminas solubles en agua, que al perro le parecieron tan interesantes que volvió a ladrar. Laurenti lo destapó y extrajo una bolsita de plástico.

—Sgubin —gritó—. Este hombre tomaba cocaína.

—Toda la ciudad lo hace —le gritó su ayudante desde arriba—. Es algo normal.

—Pues no lo sabía —repuso Laurenti desconcertado.

—¿Cuánto hay? —Sgubin bajaba por la escalera.

—Sus buenos diez gramos —Laurenti sopesó la masa blanca en su mano izquierda—. Mira, estaba en este tubito.

—Un clásico. El tapón contiene una sustancia para mantener secos los medicamentos. Déjame que le eche un vistazo —Sgubin se humedeció la punta de un dedo y probó—. No está mal. Apenas está cortada. Normalmente paladeas enseguida el sabor a levadura o a esa sustancia de odontología.

—Éste parece que tenía una buena fuente.

—Conozco algunos médicos que consumen cocaína. También abogados y gente por el estilo. Inhalan el polvo como si fueran aspiradoras. Recuerda la lista de clientes del traficante que trincamos en Navidad. *Merry white Christmas*.

Hacía algunos años, Laurenti había probado la cocaína en una fiesta para conocer sus efectos. Por pura curiosidad, claro. Sus amigos se rieron cuando aspiró por la nariz el polvo blanco por segunda vez, y por tercera, y a continuación sufrió un ataque de estornudos alérgicos.

Se había acostumbrado a que en ocasiones fumasen porros en su presencia. Contra eso hacía mucho que ya no había nada que hacer. La cocaína sin embargo no le gustaba un pelo. Aún se acordaba cómo en 1980, siendo un policía joven en su tercer año en la ciudad, había descubierto por casualidad a un grupo de cocainómanos. En la vivienda de un conocido comerciante ubicada en la Vía Buonarrotti detuvieron a unos cuantos hombres casi de su edad. Uno era un jugador de baloncesto norteamericano enrolado en las filas del Hurlingham Trieste, que iba el primero en la liga. En el curso de las investigaciones posteriores salió a relucir que el apartamento servía desde hacía mucho tiempo a la *jeunesse dorée* como punto de encuentro para tomar drogas y practicar el sexo. El golpe de suerte de Laurenti llamó la atención de sus superiores y contribuyó de modo esencial al curso posterior de su carrera. Sin embargo, las detenciones no le granjearon precisamente nuevas amistades. A veces veía a esas personas en la calle, algunas de las cuales habían alcanzado entretanto una elevada posición. De creer a Sgubin, seguirían consumiendo coca. ¿Tendría el médico algo que ver con ellos?

A continuación comenzó con el despacho. No daba la impresión de que Lestizza pasara mucho tiempo allí. Todo estaba en su lugar. Algunos archivadores con documentos privados, facturas del Ayuntamiento y tarjetas de Navidad o Año Nuevo estaban esparcidos sin orden ni concierto por encima del escritorio. Se notaba a primera vista que el desorden no era obra de Lestizza.

–Sgubin –llamó Laurenti–. En realidad, ¿qué estuvieron haciendo aquí los colegas de la policía científica aparte de leer tarjetas navideñas? No encontraron la cocaína; todo, excepto el escritorio, está meticulosamente ordenado y no hay ni rastro de huellas dactilares. Uno tiene que hacerlo todo por sí mismo.

De arriba no le llegó respuesta alguna.

Un vistazo a los extractos bancarios volvió a evidenciar la diferencia entre ser médico y policía, pero Laurenti no sintió demasiada envidia. Estirarle a la gente la piel por encima de las orejas tampoco era una bicocha. Cogió los archivadores y los colocó en el pasillo. Después echó una ojeada a la biblioteca, que ocupaba todo el ancho de la habitación, tan ordenada como si fuese un mero elemento decorativo. Ni una mota de polvo cubría los cantos de los libros y menos aún los estantes. Ninguno de los volúmenes sobresalía de los demás. Un trabajo magistral de la asistenta. Laurenti leyó los títulos de los lomos sin llegar a ninguna conclusión. Eran volúmenes caros en distintos idiomas de literatura médica especializada. Sacó unos cuantos y los hojeó. Se preguntó si Lestizza los habría leído todos. Tenía especial interés en saber de qué ámbitos profesionales trataban. Necesitaba consejo. Galvano le agradecería que Laurenti le rogara que examinase a fondo la biblioteca. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de la americana y lo llamó.

–¿Me pedís ayuda para esos trabajos auxiliares? –graznó Galvano–. ¿Es que soy el único que puede encargarse de eso?

–No te pongas así, *doc* –se disculpó Laurenti–. Necesitamos un experto. También me gustaría que le echara un vistazo a la casa. Todavía no tengo ni la menor idea de cómo era este hombre. Todo parece pulcro, ordenado y sin usar. Para entender la mentalidad de un médico, hay que ser médico. Los libros son sólo una parte. ¿Cuándo puede pasarse por aquí?

–Hoy no. Tengo mucho que hacer. Un montón de citas.

Laurenti se echó a reír.

–Por supuesto. Los jubilados están siempre la mar de ocupados. No les queda ni un minuto libre. Galvano, es urgente.

El viejo aún se resistió un poco, pero al fin prometió que si Sgubin pasaba a recogerlo a última hora de la tarde, iría.

Después de transportar al coche un par de barreños de plástico con documentación, la casa parecía haber sufrido un robo en el que los ladrones, frustrados, se habían vengado por no encontrar dinero cometiendo actos vandálicos. El recorrido por el jardín tampoco arrojó resultados. El hallazgo más importante resultó ser una agenda depositada en el salón, junto al teléfono. Una larga lista de números de colegas de Lestizza en muchas ciudades del mundo, con una llamativa acumulación en el sureste de Europa y, sobre todo, en Estambul. Sgubin se llevó los negativos que había encontrado en uno de los cajones para revelarlos y la cocaína iba camino del laboratorio. Laurenti pensaba estudiar a fondo los extractos bancarios esa misma tarde y, si no sacaba nada en claro, solicitaría la colaboración de algún colega de la Guardia di Finanza. Ésos sin duda encontrarían algo.

*

Dimitrescu, tras ducharse, esperó un rato sentado a la mesa delante de la ventana. No sabía qué hora era, y menos aún si se había despertado a las siete de la mañana como todos los días. El viaje lo había dejado exhausto, y tal vez hubiese dormido más de lo habitual. Contó los días: debía de ser jueves. Al no oír a nadie durante largo rato y sentir el aire primaveral por la ventana abierta, decidió abrir la puerta. Probar con la reja de la ventana habría sido inútil, pero en el caso de la puerta sólo necesitaba aflojar un par de tornillos de los goznes. Buscó un destornillador en la caja de herramientas y puso manos a la obra. Al poco rato logró sacar la puerta del marco, atornilló de nuevo las bisagras y la encajó en los goznes. Dimitrescu salió al jardín y volvió a oír el traqueteo que, tras pausas largas pero regulares, llegaba a sus oídos por encima del muro. Picado por la curiosidad, bajó las escaleras hasta un montón de estiércol y se subió encima para agarrarse al borde de la tapia. Se encaramó sin esfuerzo y, sentado sobre el muro con las piernas cruzadas, contempló las vías. Curiosamente estaba de buen humor. Miró dos veces a los tranvías que pasaban, cuyos raíles se dividían justo en esa sección del tramo de cable formando un apartadero. Y vio como el grueso y elástico cable de acero que unía los vagones se deslizaba por el desvío. De repente escuchó gritos y alzó la vista hacia la casa, pero permaneció sentado en su observatorio. La vieja estaba ante la puerta abierta del sótano con una bandeja en la mano, que luego depositó en el suelo para correr escaleras arriba voceando en un dialecto incomprensible. Seguro que pensaba que había huido. Poco después regresó acompañada por un hombre que revisó la cerradura y riñó a la mujer. Dimitrescu se echó a reír, después gritó y agitó la mano. El hombre se colocó la mano encima de los ojos para evitar que el sol lo deslumbrara, y tras unos instantes divisó a Dimitrescu. Después los dos echaron a correr hacia él. Dimitrescu se levantó y saltó sobre el montón de estiércol. Los esperó sonriendo. Cuando el hombre intentó agarrarlo del brazo, lo esquivó.

—¿Café? —preguntó Dimitrescu.

No entendía lo que le estaban diciendo esos dos, aunque desde luego no se trataba de lisonjas. La mujer señaló hacia arriba y Dimitrescu repitió su pregunta.

—¿Café?

—¡Té! Vamos, muévete. Esto no es un hotel.

La mujer iba delante de él, y el hombre detrás. No era muy alto, y Dimitrescu apartó la mano que le había colocado encima del hombro como si fuera una cagada de mosca. Sin embargo, cuando poco después la sintió sobre su brazo, se detuvo y, al girarse, se topó con el cañón de una pistola. El hombre, con la mano libre, hizo un ademán para que siguiera andando.

—Esto no es necesario —dijo Dimitrescu—. No soy un prisionero.

—Cierra el pico y sigue caminando.

Era evidente que aquel hombre no le había entendido. Dimitrescu obedeció y descendió los últimos escalones. La mujer señaló la bandeja depositada en el suelo, delante de la puerta del sótano.

–Té –dijo como si fuera una orden.

Dimitrescu se agachó para recogerla. Entonces sintió un fuerte golpe en la nuca y se desplomó.

Al recobrar el conocimiento vio primero sus pies y luego la espalda de un hombre vestido con una chaqueta de color naranja y un distintivo de la Cruz Roja en la manga. Los enfermeros lo subieron en camilla por las escaleras situadas junto a la casa. Tenía los brazos y las piernas fuertemente atados con correas. Tras él oyó la voz de la vieja, seguro que hablaba con el hombre. Ante la entrada lateral se veía una ambulancia con el portón trasero abierto. Dimitrescu leyó la inscripción del vehículo: La Salvia. Cuando los hombres elevaron la camilla sobre las vías y se giraron hacia él, cerró los ojos. Estaba tranquilo, porque recordaba el nombre. El intermediario al que había quitado de en medio entre los contenedores del puerto de Constanta lo había mencionado cuando aún intentaba convencer a Dimitrescu del negocio. La Salvia, había comentado, era una clínica internacional puntera y hacía trasplantes de riñón como el que cambia la rueda de un coche. Todo era absolutamente seguro. No pudo adivinar que Dimitrescu sólo esperaba llegar allí de una vez.

*

Laurenti había quedado a comer con el fiscal Scoglio en la cafetería del juzgado y llegó media hora antes. Hizo que Sgubin lo dejara en la Piazza Libertà, delante de la estación, e intentó llevarse consigo al perro, pero Sgubin le dijo que bajo ningún concepto dejarían entrar a Cluzot en la cafetería. Sgubin afirmó que se ocuparía gustosamente del can, el paseo matinal les había sentado muy bien a ambos, y se daba cuenta de que el perro le cogería cariño. Laurenti aceptó a regañadientes.

No le apetecía cruzar la calle por el paso subterráneo, por lo que intentó alcanzar el parque situado en el centro de la plaza por entre los autobuses y el abundante tráfico que circulaba por los distintos carriles. Una obra de arte. Aquello había sido un día el punto de encuentro de los escasos vagabundos de la ciudad, pero el Ayuntamiento decidió expulsarlos. Pero no para proteger el monumento de la emperatriz Isabel, restaurado tan sólo un año antes, pues ésa era otra de las espinas clavadas en el ojo de la derecha. Hacía mucho tiempo que se proyectaba trasladar a Sissi a otro lugar para erigir allí un monumento en honor a los «caídos de 1953». Laurenti precisó que se lo explicaran cuando el huracán de protestas contra el proyecto dominó las páginas del *Piccolo*. Hasta 1954, la ciudad era una zona autónoma, el famoso «Territorio libero di Trieste», y estaba bajo la administración militar aliada. Los ingleses estaban al mando, pero la presión mayoritaria de la población por pertenecer a Italia fue tan grande que se dejó instrumentalizar por políticos nacionalistas. Laurenti conocía la placa conmemorativa colocada en el Palazzo Pitteri de la Piazza Unita. Las nutridas manifestaciones se saldaron con muertos y la actuación de los ingleses no fue demasiado inteligente: dispararon contra la multitud. Laurenti no entendía la obsesión del nuevo gobierno municipal por erigir monumentos conmemorativos. Para él, Trieste era bastante italiana,

y desde que vivía allí había aprendido que lo era aún más. Una ciudad europea en la que se mezclaban noventa etnias. Los fascistas, sencillamente, se negaban a aceptarlo y practicaban una política imperialista provinciana que treinta kilómetros más allá era impensable. Laurenti consideraba el monumento a Sissi tan superfluo como cualquier otro, y la estatua bajo la que figuraba en grandes letras el nombre de «Elisabetta» tampoco era una obra maestra de la escultura. «Kitsch», se dijo. Pero al menos estaba tan lejos, en el centro del pequeño parque, que no llamaba la atención.

Laurenti cruzó el pequeño *chinatown* de Trieste, ubicado en el Borgo Teresiano, y vio a dos damas de la buena sociedad salir charlando en voz alta de una de las tiendas. Una sostenía un bolsito que acababa de comprar y comentaba, entusiasmada, su excelente precio. Gracias a Dios no reconocieron a Laurenti, que caminó un trecho detrás de ellas. Oyó que la otra también era cliente de los chinos. Hablaba de una bata de seda artificial que había comprado allí. Laurenti tuvo la impresión de que la gente adinerada entablaba una pequeña competición por comprar en las tiendas de aquellos de los que solían despotricar con dureza, quejándose de la supuesta venta total de la ciudad. Todo mentira. Laurenti se sintió solo. Echaba de menos al perro. Ojalá hubiese propuesto a Scoglio comer en un restaurante donde permitieran la entrada a Cluzot, en lugar de confiárselo a Sgubin. Se sentía fatal. Le esperaba un montón de trabajo, junto con el análisis de los objetos de la casa de Lestizza. Tardaría días en extraer de todo ello alguna conclusión, y eso que desde esa misma mañana, repentinamente, la presión a la que estaba sometido había aumentado hasta límites insoportables.

El fiscal, acompañado por sus escoltas, lo esperaba en el peldaño superior de la amplia escalinata que ascendía hasta el Palacio de Justicia. Laurenti lo divisó desde lejos y echó un vistazo al reloj de pulsera, pero no se había retrasado. Al verlo, Scoglio bajó por la escalera.

–Quería proponerle que tomásemos cualquier cosa fuera de aquí, aunque nos lleve más tiempo. La verdad es que no soporto ir a la cafetería a diario.

–Vaya, en ese caso habría podido traer al perro.

–Ya he oído hablar de él –le comunicó Scoglio–. Ése era otro motivo para no ir a la cafetería. ¿Dónde está?

Laurenti esbozó un vago ademán.

–¿Adónde vamos?

–¿Qué le parece el chino de la Via Brunner?

–Hace mucho que Galvano me disuadió de tomar comida china. Preferiría el restaurante especializado en pasta de la Via San Francesco.

No quedaba lejos. Los escoltas de Scoglio los seguían a prudente distancia.

–¿Cómo lo soporta, fiscal? –preguntó Laurenti–. Siguen sus pasos continuamente. ¿Le dejan siquiera respirar libremente?

–Uno se acostumbra a todo. Al principio tiendes a responsabilizarte de tus escoltas y quieres invitarlos continuamente a comer o te preocupa que se resfríen. Pero en cierto momento te acostumbras y ya apenas te apercibes de su presencia. Hablando de otra

cosa, lo de la vigilancia de Tatiana Drakic está despejado. Lo he firmado todo. Siento verdadera curiosidad por ver si consigue algo. La verdad, tendrá que reconocer que es usted un poco testarudo, Laurenti. Hace ya tres años que detuvo a esa dama y desde entonces está en vigor la orden de búsqueda internacional contra su hermano Viktor, pero hasta ahora nadie lo ha visto por ningún sitio. Han transcurrido tres años y usted es el único convencido de que Drakic todavía sigue vivo.

–He interrogado a su hermana cinco veces en la cárcel. Tras su condena. Siempre por el mismo tema: trata de blancas, prostitución forzosa, chantaje. Ella ni se inmutó, fiscal, estaba tan tranquila como si estuviera respaldada por una gran organización y simplemente disfrutase de unas largas vacaciones. Jamás padeció una crisis, y además en la jerarquía del talego era casi intocable. Es lisa y llanamente como si alguien la protegiese. ¿Y quién podía ser, sino su hermano?

–Eso requeriría un brazo muy largo.

–No es impensable que tenga aliados. En este negocio se trabaja siempre en grupo, huelga decirlo.

–Me parece demasiada especulación. Pero eso forma parte de nuestro trabajo.

–Yo no creo que muriera entonces entre los restos de la canoa. ¿Por qué encontramos a su cómplice y no a Drakic?

–Sin embargo es imposible que saliera ileso, pues las lanchas de la policía llegaron inmediatamente al lugar. ¿Cómo pudo librarse?

–Si le echamos el guante, nos enteraremos. Mientras tanto hemos de vigilar a su hermana –Laurenti silenció que sus hombres vigilaban a la dama antes de que se hubiera firmado la orden.

–Ojalá vaya todo deprisa, Laurenti. En caso contrario, los gastos se nos irán de las manos y en algún momento tendré que justificar por qué he dado la autorización.

–Si esta vez no da resultado, no volveré a hablar del asunto jamás.

Laurenti franqueó al fiscal la entrada al pequeño local. Las sombras de Scoglio esperaron fuera.

Tuvieron suerte. Enseguida quedó libre una mesita situada junto a la pared y ellos interrumpieron su conversación hasta que la camarera retiró los platos, cambió el mantel y anotó sus peticiones.

–A las once soltaron a Petrovac.

–Ya lo he oído. Aún hicimos un último intento para evitarlo. El embajador presentó una protesta.

–Baldía. Al menos lo vigilarán los croatas –apuntó Laurenti.

–Vaya, eso lo ignoraba, aunque no me pilla de sorpresa. Ellos están muy bien informados.

–La colaboración funciona de maravilla, aunque requiere mucho trabajo. Yo viajo allí con frecuencia. No de manera estrictamente oficial, pero así me libro de la burocracia. Tengo un contacto amistoso más estrecho.

–No le falta razón. Esperar a cumplimentar y firmar todos los trámites formales, llevaría demasiado tiempo. Así es imposible trabajar.

–Aunque doy por sentado que eso me traerá problemas.

–¿Por qué?

–Ya sabe usted lo rápido que funciona el que alguien te cubra de mierda. Los envidiosos abundan, y es muy fácil que alguien se invente algo y te denuncie.

Scoglio lo miró frunciendo el ceño.

–¿Qué pasa, Laurenti? –preguntó–. ¿Me ha llamado usted por eso?

–Es uno de los motivos.

*

La comida con el fiscal no se alargó demasiado, pero después, Laurenti se sintió más confiado en lo relativo a su propia situación. «Cúbrete las espaldas», le había aconsejado Ziva esa mañana. Scoglio no le prometió nada concreto, aunque tampoco Laurenti se lo había pedido. Pero había contado lo que le estaba ocurriendo. Scoglio escuchó con la máxima atención, interesándose sobre todo por la situación económica de los Laurenti. Aconsejó a Proteo que guardase una amable distancia con el funcionario encargado de investigar el tema. Que sólo respondiera a lo que le preguntasen, sin fiarse de la actitud amistosa de los colegas, porque era un truco detestable. Esos trabajos sólo se los confiaban a hienas devoradas por una ambición insaciable.

–No olvide nunca por qué les han encomendado que se ocupen de usted –aconsejó Scoglio–. Tienen un objetivo, y es reducirlo al silencio.

–Pero el prefecto no puede dar crédito a todo eso –protestó Laurenti.

–Ahora persigue otra meta. Todos saben que usted utiliza a veces métodos un tanto desacostumbrados. Eso no sólo se sabe en Trieste, sino también en Roma. Pero hasta ahora en realidad sólo se comentaba con respeto. En estos momentos, la situación ha cambiado: molesta, e intentarán librarse de usted.

–¿Y por qué ha querido decírmelo en persona? No creo que le resulte tan indiferente.

–Ha sido una simple treta para no quedar como un tonto si por casualidad no logran su objetivo. Entonces él siempre podrá afirmar que estuvo de su lado, porque le advirtió. Al fin y al cabo, usted no es tan insignificante.

–No dijo ni una palabra sobre a quién le he pisado el juanete. Sé que fue a Romani, por supuesto. Pero ¿por qué? ¿Por la clínica? ¿Por armar un poco de ruido?

–Mire a su alrededor. Así están las cosas en este momento. Pero ya vendrán tiempos mejores.

–Y seguro que el *questore* debe de sentirse ofendido, pues ya me había pedido antes que abordásemos el asunto con muchísimo tacto.

El fiscal Scoglio calló.

–Ésos se llevarán una sorpresa –Laurenti dejó caer el tenedor sobre el plato con estrépito–. Ahora es cuando las cosas se ponen serias.

–¿Qué piensa hacer?

–No creo que nuestra aparición de ayer sea la causa de tanto revuelo. Ni el asunto del muerto del canciller alemán. Por eso, a lo sumo te retiran del caso. O no progresas, o lo

haces con demasiada rapidez. Pero Romani se llevará una sorpresa. Ahora empieza de verdad el jaleo. Y créame, fiscal, como a alguien se le ocurra la idea de intentar trasladarme, me pondré enfermo y pediré la jubilación anticipada.

–No lo soportaría. Trabajando se siente como un pez en el agua. ¿Qué haría durante toda la jornada?

–No se engañe. Alegraría a mi mujer trabajando en el jardín. Cultivaría verduras y las cocinaría. Y cuando no me apeteciera hacerlo, saldría a dar un paseíto con Galvano.

Era la primera vez desde que se conocían que Laurenti vio reír a carcajadas a ese fiscal cuyo semblante mostraba una perpetua expresión de preocupación.

Afilar los cuchillos

A Laurenti le faltaba tiempo para dedicarse a labores burocráticas y al caso Lestizza. Sgubin sabía lo que había que hacer con el material que habían incautado en la casa. Por el momento, la importancia del rumano era secundaria. Necesitaba ocuparse de su propio caso, afilar los cuchillos y anticiparse a esas hienas. Había presenciado con harta frecuencia cómo habían destituido a colegas incómodos, presionándolos para que aceptasen su traslado a algún lugar remoto y asfixiante. La alternativa habría significado un humillante procedimiento penal en el que no habrían tenido la menor posibilidad y que desembocaría en una destitución deshonrosa... con todas sus consecuencias económicas. En cuanto las inculpaciones salían a la luz, da igual lo sólidas que fueran, ya nadie se libraba del sambenito. Todo el mundo esperaba entonces malas noticias. Y si alguna vez llegaba la rehabilitación, se debía únicamente a los apoyos políticos. Sin embargo para la opinión pública eso carecía de importancia. Lo cierto es que las buenas noticias no interesan a nadie.

Laurenti tenía que construir su propio *lobby*, tender en torno suyo un anillo defensivo y encargarse de que no inflasen la investigación contra él. Quería comprobar en quién podía confiar. Los verdaderos amigos se demuestran en tiempos de penuria, y entre ellos figuraba sin duda alguna el perro. Llamó a Sgubin por el móvil pidiéndole que llevara a Cluzot a la *Questura*. Y también las llaves del coche, que había dejado olvidadas sobre su escritorio, pues ese día Laurenti ya no tenía tiempo para pasear.

Sgubin lo esperaba en la calle. Cuando Laurenti llamó de lejos al perro, éste no se dignó mirarle y lamió la mano de Sgubin.

–Le he comprado galletas. Le encantan.

–No me birles al perro –le espetó Laurenti cogiendo la correa.

–Además, él atiende mucho mejor por su antiguo nombre, ¿verdad, Almirante? –el perro propinó a Sgubin un empujoncito con el hocico.

–¡Ni hablar! Se llama Cluzot –el perro miró a Laurenti–. No se le puede poner a un bastardo el nombre de un fascista que editaba una revista titulada *En defensa de la raza*.

Regresaré a eso de las seis de la tarde.

Laurenti le dio una palmada a Cluzot y el perro subió de un salto al coche para tumbarse en el asiento trasero. Su amo colocó la sirena en el techo y se alejó de allí con un chirrido de neumáticos. Ante la entrada de la Guardia costera situada en la antigua terminal de la base de hidroaviones se deshizo en improperios porque al funcionario de guardia le costó lo suyo abrir la puerta. Laurenti dejó su coche atravesado delante de la entrada, hizo salir a Cluzot y entró. Al funcionario de la entrada sólo le gritó el nombre de Orlando y corrió escaleras arriba subiendo los peldaños de dos en dos.

Irrumpió en medio de una reunión. Ettore Orlando, el orondo jefe del departamento, lo miró asombrado.

–Pero ¿es que ya no se llama a la puerta? –inquirió–. Y además vienes acompañado. ¿Es éste el chucho del que habla todo el mundo? Si has venido aquí a buscar drogas, encontrarás toda la que quieras. Esta mañana hemos incautado cincuenta kilos de heroína. Estaba sujeta al casco de un carguero libanés que transportaba ganado. Nos ha ayudado la casualidad.

–Necesito hablar contigo urgentemente –Laurenti pisoteaba el suelo con impaciencia.

–Espera un momento, por favor. Estamos terminando.

Orlando dio las últimas indicaciones a los tres funcionarios sentados ante su mesa.

–Ya me he enterado de que hay algo en marcha contra ti –le dijo cuando se quedaron solos–. ¿De qué se trata?

–Pretenden prohibirme que me lleve el perro a la oficina. Órdenes de nuestro amo supremo, que ha tenido la bondad de comunicármelo en persona. Además me han calumniado. Dentro de poco tendré a toda una tropa de sabuesos delante de mi puerta, dispuestos a examinar con lupa mis cuentas bancarias, mis llamadas telefónicas, cualquier paso que haya dado en el pasado.

–¿Y qué? ¿Tienes algo que ocultar? ¿A qué viene tanto nerviosismo?

–Esos cerdos afirman que soy un corrupto y que además he defraudado al fisco. Ya sólo falta que me acusen de sodomía –Laurenti subrayó sus palabras con el puño cerrado–. Pero pienso seguir llevando al perro a la oficina. A ver si son capaces de echarme por eso.

–Déjalo en casa, con tu mujer, hasta que todo haya pasado.

–A ella no le gusta, y mañana tiene que viajar a Venecia por su misterioso Caravaggio.

–Pues déjalo en casa solo. ¿Qué te preocupa? ¿Qué demonios ocurre?

–Linchamiento moral. Ya sabes lo deprisa que se propagan esas cosas. Nunca vuelves a librarte de ellas. Media ciudad está enterada. Y no me digas que tengo que contártelo todo desde el principio.

–Nadie se toma en serio esas acusaciones. Se habla más bien de otra cosa, Proteo – Orlando apoyó sobre la mesa sus zarpas de oso cubiertas de espesos pelos negros y cogió un lápiz, que entre sus dedos parecía un mondadientes–. ¿Qué pasa con la croata?

–¿Qué croata?

–¡No me vengas con ésas! ¿Estás enrollado con ella o no? Porque eso al menos es lo que se rumorea.

–Se trata de una relación puramente profesional, Ettore.

–Bueno, eso no es un delito –Orlando dejó caer el lápiz sobre el tablero de la mesa y se reclinó en su asiento–. Sólo que como se entere tu mujer, no me gustaría estar en tu pellejo.

–Pero si no hay nada entre nosotros... ¿Quién anda esparciendo ese rumor?

–El origen de cualquier cotilleo se pierde con el tercer cotilla. Apuesto a que procede de tu oficina. ¿No habrás ofendido por casualidad a Marietta?

–Tonterías. Es cierto que me reúno con Ziva a menudo. Trabajamos bien juntos. La confianza mutua contribuye a ello.

–Déjate de rollos, Proteo. Estás soltando una sarta de paparruchas. No me interesa conocer los detalles. Pero si quieres, puedo ofrecerte una salida. Si me ayudas, te ayudaré.

Orlando le habló del *Tvilliger*, un carguero noruego que habían confiscado en verano. Se veía desde la ventana de su despacho. Estaba amarrado en el muelle IV, y con su casco de color naranja era, junto al *Sea Serenade* azul, también apresado unos meses antes por las autoridades, lo más llamativo de esa zona del puerto. Pero había una diferencia fundamental entre ambos barcos. La tripulación del chipriota no había abandonado la embarcación, porque el armador moroso no atendía sus compromisos financieros y los marineros no lo soltaban considerándolo una garantía de la paga pendiente. Recibían donaciones de alimentos de organizaciones caritativas. La tripulación del *Tvilliger*, por el contrario, integristas paquistaníes, fue expulsada por el procedimiento de urgencia, lo que después se demostró un craso error. Ese barco, en opinión de los servicios secretos norteamericanos, pertenecía a la flota de Al-Qaeda. Su barco gemelo, el *Sara*, estaba inmovilizado en Sicilia. La sospecha se había agravado porque el propietario, la New Spirit Incorporated, con sede en la rumana Constanta y en Delaware, Estados Unidos, nunca había solicitado su devolución.

–Los croatas han apresado en Fiume un barco que nos interesa muchísimo –explicó Orlando–. Se llama *Boka Star* y procede de Montenegro. ¿Nunca te ha hablado de él tu amiga? –pronunció la palabra amiga con un retintín que a Laurenti le disgustó.

–Ella es de Pola. Fiume no pertenece a su distrito. ¿Qué pasa con el barco?

–En él se encontraron 208 toneladas de explosivos y combustible para misiles Scud. Y en una caja fuerte secreta escondían documentos que, al parecer, demuestran que el armador lleva muchos años transportando ese tipo de materiales. ¿Y quién tiene misiles Scud?

–¿Los iraquíes?

–Exacto.

–¿Y qué tiene que ver Ziva con todo eso?

–Bueno, como tú has dicho, la colaboración funciona mejor si los vínculos personales ayudan a superar las trabas burocráticas. Estoy absolutamente convencido de que podríamos saber muchas más cosas si compartiésemos la información. Sobre todo de manera extraoficial. Quiero saber qué barcos llegan a Pola y a Fiume y de dónde proceden. Ya sabes que los destinos mencionados al zarpar suelen cambiarse en alta mar

con harta frecuencia, trastocando los puertos italianos de llegada. Con los eslovenos funciona de manera óptima. Hasta con los malteses, los chipriotas y los griegos existe un mínimo de colaboración. Con los croatas, sin embargo, todavía no hay progresos. Si tenemos que esperar a que se adopten no sé qué acuerdos gubernamentales quiméricos, perderemos informaciones muy valiosas. A lo mejor tu Ziva podría traer alguna vez a un simpático o una simpática colega, o hacer nosotros dos una excursión a Pola para reunirnos allí con ella, eso nos permitiría progresar. ¿No opinas lo mismo? Y tú dejarías de estar en el punto de mira, la energía entonces se dispersa, tú te ganarías la colaboración internacional con tus métodos nada convencionales y algún día te condecorarían por ello. El kilometraje de tu coche oficial estaría justificado, y tu mujer, tranquila. Y si lo prefieres, después me vuelvo solo a casa y tú coges la motora para que Ziva también obtenga su recompensa.

–Vete a tomar por culo, Ettore. Deja de hacer esas insinuaciones.

–Confío en que no anuléis por ello vuestra fiesta. ¿Lo has comprado todo para el domingo?

La verdad es que no había vuelto a pensar en ello. Laurenti se pasó la mano por el pelo y meneó la cabeza. El domingo acudirían más de cuarenta invitados. Iban a inaugurar la casa. Sus hijos y su madre llegarían de los cuatro puntos cardinales. Había que comprar, ordenar y cocinar. ¡Qué horror!

–Créeme, no me apetece nada.

Laurenti aparcó su coche en la Via xxx Ottobre, ante el antiguo cuartel austríaco. Dos años antes había detenido a una traficante de drogas disfrazada de pescadera, y desde entonces también el bajo estaba vacío y ya nadie utilizaba la entrada. De la Boutique du Poisson ya sólo se distinguía una superficie clara en el muro, donde en otro tiempo figuraba el cartel de la tienda. Laurenti dejó al perro en el coche y cruzó presuroso hacia la sede de la Guardia di Finanza. Había avisado por teléfono de su visita a Tozzi, que también había progresado en su carrera. Desde hacía una temporada su relación no era tan intensa, y Laurenti confiaba en que el alto funcionario de la policía fiscal se convirtiera en otra de las torres defensivas de su baluarte. Quería diseñar su estrategia a base de conversaciones y fue directo al grano.

–Quería darle una indicación: en el curso de nuestras investigaciones sobre el caso del médico castrado hemos conseguido indicios de que en La Salvia se blanquea dinero – mintió Laurenti–. Además, encontramos cocaína en su casa. Pensé que esto podría interesarle.

Tozzi frunció el ceño.

–¿De dónde procede la información?

–Del extranjero. De Croacia –tenía que hacer públicas sus fuentes.

Scoglio y Orlando ya estaban al tanto del asunto y ahora, gracias a una mentira útil, también un pez gordo de la Guardia di Finanza. Era preferible una buena mentira a hacer un mal papel y ahorcarse él mismo. No se dejaría coger tan fácilmente.

–También está relacionado con el caso del castrado. Lestizza era copropietario de la

clínica. ¿A quién irá a parar ahora su participación, cuál es la estructura del capital de la clínica? Eso, por no hablar de la faceta fiscal de la empresa.

–¡Menudo negocio! –Tozzi silbó entre dientes–. ¿Sospecha usted que lo hizo alguien de la clínica?

–Al menos no lo descartaría. Pero los dueños no sueltan prenda. Me gustaría asustarlos un poco, para que el asunto se ponga en movimiento. ¿No sería hora de que usted iniciase una inspección fiscal?

–Un momento –Tozzi se acercó a su ordenador–. No hace mucho que la visitamos. Aquí está. En enero del año pasado. Pero sólo hallamos unas cuantas infracciones menores. No existe razón alguna para iniciar otra inspección. Tendría que haber algo más importante.

–Pero es obvio que ahí arriba pagan con dinero negro. La flor y nata de la sociedad que frecuenta el lugar siempre lleva un sobre bien gordo en el bolsillo.

–¿Y qué le vamos a hacer? Medio país paga con dinero negro. Demuéstrelo si puede. La mayoría de esas operaciones se realizan en efectivo. El dinero se pone encima de la mesa, desaparece en el acto en una caja fuerte o en un bolsillo y ahí acaba todo. El blanqueo sistemático sería otro cantar. Pero entonces ese chiringuito no arrojaría un balance tan satisfactorio. Me asombra que todavía no lo hayan sacado a bolsa.

–¿Ha revisado usted el calendario de citas y el fichero de pacientes?

–No tiene usted que explicarme cómo he de hacer mi trabajo. Si una empresa tiene una cuenta en Suiza, el paciente ingresa por anticipado el importe en ella. De eso no nos enteramos jamás. Hoy ya nadie pide extractos de cuenta. Basta con disponer de una conexión a Internet.

–Tómese en serio el asunto, Tozzi.

–Los contratos puedo facilitárselos sin problemas. Por eso que no quede. Pero lo demás... –Tozzi no se mostraba muy interesado.

–Maldita sea, la fuente es segura –protestó Laurenti–. ¿Tiene usted que hacer algo! El asunto es muy grave. Están intentando incluso apartarme del caso. Lo mejor sería que usted me inspeccionase inmediatamente.

Tozzi rió, pero Laurenti prosiguió imperturbable.

–No bromeo. ¿Tengo que presentar primero una solicitud por escrito o podemos hacerlo de otro modo?

–Pero ¿qué diablos ocurre? ¿Es usted un defraudador? Sus impuestos sobre la renta se cobran automáticamente, ahí no hay nada que rascar.

–Desde que trabajo en el asunto de la clínica, no paran de ponerme zancadillas. De repente hay gente que afirma que nosotros no podemos permitirnos la casa de la costa. Ellos pueden ponerle a un colega la soga al cuello. ¡Destape el asunto!

El policía fiscal meneó la cabeza malhumorado.

–Es una locura. Una pérdida de tiempo.

–Entonces me denunciaré a mí mismo. Por sospecha de fraude fiscal.

A Tozzi no le hizo gracia.

–Nadie reforma una casa sin pagar con dinero negro al menos una parte. Libre de

impuestos. Nadie, Laurenti. Si tenemos que inspeccionar eso, usted meterá a otros en un lío. Piense en los artesanos, o en los que suministraron los materiales de construcción. O en la empresa de mudanzas. Es una larga cadena y un método seguro al cien por cien de convertir a los amigos en enemigos.

–Al menos en ese caso el expediente estará fuera de la circulación. Al fin y al cabo no hay que hacerles a los agentes de la policía la vida más fácil de lo que es.

Tozzi meneó la cabeza, obstinado.

–Si usted ha pagado algo bajo cuerda a Galvano, le tocará el turno a él. Piénselo bien.

–Eso me trae sin cuidado.

El perro dormía como un bendito en el asiento trasero del Alfa Romeo y no levantó la cabeza ni siquiera cuando Laurenti subió al coche. Antes de regresar a la oficina, en su programa personal de rearme figuraba una visita más. Pensaba ver a Rossana di Matteo, la jefa de la sección local del *Piccolo*.

Habitualmente Laurenti prefería utilizar las escaleras, pero considerando el estado de su acompañante, optó por esperar al ascensor. Para llegar al despacho de su vieja amiga, tenía que cruzar el espacio abierto en el que los redactores del diario trabajaban ante sus ordenadores separados por mamparas de media altura. Laurenti dedicó un breve gesto de saludo al reportero de asuntos policiales y se dirigió en derechura al despacho de Rossana.

–Hacía mucho tiempo que no venías por aquí –lo besó en las mejillas y le pasó un brazo por los hombros–. ¿Cómo van los preparativos de la fiesta del domingo?

–Lo que más me apetecería es cancelarla, Rossana. Estoy asfixiado de trabajo. Pero uno siempre encuentra un hueco para los amigos, faltaría más.

Una vez, hacía muchos años, se habían acercado peligrosamente, y sólo el sentido común de Rossana evitó que engañase a Laura. Desde la aparición de Ziva Ravno apenas dos años antes, Rossana era otra de las mujeres celosas que lo rodeaban, aunque en realidad nadie debería saber una palabra. ¿O lo sabían todos y él lo ignoraba?

–Han surgido un par de problemas con Romani, el abogado. Es el abogado de la clínica del Karst y está intentando anularme. Se murmura que allí arriba no todos los negocios son limpios, y se habla de dinero negro, de blanqueo y cosas por el estilo. Pero me he enterado de algo más que creo te interesará. Por eso he venido. Al parecer Michael Jackson ha anunciado su llegada el sábado. Para una prótesis nasal o algo parecido.

–¿Cómo? –Rossana soltó un grito tan agudo que el perro empezó a ladrar–. ¡No me lo puedo creer!

–Yo tampoco. Porque en ese caso nos habrían informado con mucha antelación, y después de todas las visitas oficiales tendríamos que disponer un despliegue de seguridad para la clínica, a fin de evitar que fuera asaltada por los fans.

–¿Y qué pasaría si la mejor forma de mantener algo en secreto fuese no decir nada ni siquiera a vosotros? Porque la policía no es precisamente una de nuestras instituciones más discretas.

–¿Qué insinúas?

–Muy sencillo: cuando inauguraron la clínica me invitaron y me enseñaron las instalaciones y el terreno. Ahí se entra y se sale sin ser visto. Disponen de una limusina con los cristales tintados que te espera en Ronchi, justo delante de la escalerilla del avión. Si lo deseas, nadie sabe que estás ahí arriba. Yo escribí entonces un largo artículo en el que me reía de todas esas medidas, pero después caí en la cuenta de la enorme publicidad que supuso para ellos.

–Los tipos como Michael Jackson no viajan en secreto. No se sienten a gusto si no están asediados por sus fans. Con operación o sin ella, todo el mundo sabe que tiene la nariz destrozada. Muchos sienten compasión.

–De todas maneras, investigaremos el asunto.

–No creo que haya nada de cierto. Rumores tontos. Pero haz lo que te plazca, y sobre todo no le digas a nadie quién te ha proporcionado la información.

*

–Iré a echarle un vistazo ahora mismo –afirmó el doctor Severino mientras tomaba el té con su esposa–. No me gusta tenerlo aquí hoy.

Parecía cansado y desmadejado. Las fatigosas operaciones de ese día habían hecho mella en él.

–¿Por qué? –Adalgisa Morena lo contempló con compasión; de repente le pareció un hombre viejo y desconocido.

–¿Quién se encargará de vigilarlo? Todavía no lo necesitamos para los tests. Éstos se hacen rápidamente, y si en contra de lo esperado resulta ser incompatible nos costará conseguir un sustituto y tendremos que devolver a su casa al suizo y al tal Drakic.

–No ocurrirá ningún imprevisto, Ottaviano. ¿O puedes mencionarme una sola vez en que yo me haya equivocado?

–¡Aún así! ¿Por qué no se quedó en casa de Romani? Ahora tenemos que vigilarlo nosotros innecesariamente.

–Si los imbéciles de los conserjes de casa de Romani lo hubieran tratado de otra manera, no existiría el menor problema. Pero todavía podemos enderezar el asunto. Tienes que dedicarle tiempo, hablarle con amabilidad y explicarle que la extracción de un riñón no entraña el menor peligro para él. Déjale claro que es como si le quitaran una muela del juicio. Invéntate un par de historias bonitas, que la hija de Berlusconi se operó aquí, o cualquier otra tontería. Tiene que confiar. Nosotros no lo encerraremos. Lo alojaremos en otra habitación, luminosa y grande. Recorre con él el terreno de la clínica, enséñale los caballos o súbelo al coche y viaja con él a la ciudad. Hasta ahora nunca había salido de su país. Dedícale un par de horas y se tranquilizará. Trátalo como a un amigo.

En el pasado, Severino se había mostrado dinámico y atractivo, rebosaba encanto y le ofrecía buenas razones para sentirse celosa. Pero ahora, a punto de cumplir sesenta años, se estaba desmoronando. Y precisamente en un momento en que la clínica estaba a punto de morir de éxito. Pocas veces ya trabajaba duro o acompañaba a su mujer a

recepciones o fiestas en la ciudad. El sexo parecía haberse convertido en algo ajeno a él, a pesar de que su trabajo consistía en hacer parecer a su clientela más joven de lo que era, precisamente por esa razón. En una entrevista concedida a una emisora privada con motivo de la inauguración de La Salvia se definió como un «servidor de Venus» y justificó su paso de la medicina interna a la cirugía plástica aduciendo que la imperfección física podía convertirse muy rápidamente en un factor patógeno. Él ayudaba a la gente corrigiendo sus fallos congénitos y liberando al alma de tormentos corporales. Desde entonces había cambiado. A menudo se distraía y perdía la concentración. Según decía, le bastaba con sus caballos, y sólo a disgusto se dejaba ver con su esposa en los estrenos operísticos del Teatro Verdi. Al principio ni siquiera protestó por la relación de Adalgisa con Urs Benteli, el médico suizo mucho más joven que ella había contratado el año anterior. Su mujer sabía que él no sentía celos por su relación física con su colega, sino que únicamente vigilaba como un gallo viejo para que ningún competidor le disputase el puesto. No había preguntado ni una sola vez dónde lo había conocido.

–Si estuviera aquí Benteli podría encargarse de ese trabajo –gruñó Severino.

–Yo no opino igual. Aparte de que, a diferencia de ti, él también operará hoy y tú le causarás al rumano mejor impresión. Urs es demasiado joven para eso. Tú transmites sensaciones paternas y das la imagen ideal del médico experimentado. Bastará con que pongas un poco de interés.

–Deja de tratarme como a un niño tonto y no me reproches que trabajo poco, Adalgisa. ¡Estoy harto de ese comportamiento!

–Oh, disculpa –ella exhibió la más delicada de sus sonrisas–. A pesar de todo, tienes que hacerlo, por favor. Ya verás como logras tranquilizar al rumano. ¿Por qué habría de albergar sospechas? Necesita el dinero. Y tiene la ventaja de no haber terminado en Estambul, sino aquí. Eso le inspira seguridad. Sal de excursión con él, enséñale los alrededores. Ah, otra cosa, uno de nosotros tiene que ir a Sant'Anna a firmar unos formularios para el entierro de Leo. A mí no me ha dado tiempo. A lo mejor podríais hacer una escapadita hasta allí.

–No creerás en serio que una visita al cementerio aumentaría su confianza... –Severino rió, angustiado, y se levantó–. Bueno, esto ha sido todo en el capítulo de desvaríos de mi mujer.

–No te pongas así. Todo depende únicamente de lo que le digas.

–¿Y si pregunta por su hermano gemelo?

–Se marchó a Estambul. ¿Por qué iba a saber que estuvo aquí?

*

De regreso a la Rive, que estaba sumergida en el rojizo sol poniente, Laurenti volvió a recuperar su buen humor después de mucho tiempo y comenzó a silbar entre dientes hasta llegar a la oficina. Allí su buen humor se esfumó de golpe. Sobre su escritorio había una nota: tenía que presentarse a las ocho en punto de la mañana en la jefatura de los carabinieri de Barcola, ante un coronel cuyo nombre no había oído jamás. Aunque el

interrogatorio no se desarrollaría en la *Questura*, la noticia se difundiría con celeridad, si es que para entonces aún quedaba alguien que la desconociese. Sgubin había recibido el comunicado. ¿No había insinuado Orlando que el rumor sobre Ziva había salido de su entorno más cercano? Si no había sido Marietta, entonces no quedaba nadie que mantuviera una estrecha relación con él, salvo Sgubin. Éste había apuntado además en la nota que iba a llevar a Galvano a casa de Lestizza para que echara un vistazo a la biblioteca. La cocaína estaba en el laboratorio y los extractos bancarios y la agenda que habían encontrado esa mañana reposaban sobre el escritorio de Laurenti, así como una lista de las ciudades a las que Sgubin había solicitado ayuda oficial para investigar las estancias de Lestizza en sus hoteles. Era corta. Sgubin no se había dado mucha prisa. Laurenti descolgó el teléfono con un suspiro. Deseaba averiguar si podía volver a contar con Marietta para el viernes o si su ataque de migraña se prolongaría durante todo el fin de semana. Como no contestaba, Laurenti le dejó un mensaje en el contestador.

–No sé si has sido tú la que ha puesto en circulación esos rumores sobre mí –advirtió–. Si no es así, te pido perdón. En caso afirmativo, te arrancaré la cabeza.

Después empezó a revisar los extractos bancarios de Lestizza, una actividad que ya le desagradaba con los suyos propios. Laurenti se quedó asombrado. Los ingresos de Lestizza no eran tan exorbitantes como había sospechado tras una primera ojeada a su casa, sino irregulares y siempre por una cuantía diferente. No figuraban muchas retiradas de fondos que se correspondiesen con el tren de vida del médico. Por tanto, ¿cómo demonios pagaba ese hombre? Una mirada al registro arrojó como resultado que Lestizza había cambiado el Jaguar hacía un año por un modelo nuevo, pero Laurenti no encontró entre la documentación bancaria un cargo en cuenta por su importe, ni tampoco un contrato de préstamo. Se frotó las manos. No había pensado encontrar tan deprisa una prueba que fundamentase la especulación sobre el asunto del dinero negro, traída por los pelos, que había expuesto a Tozzi. La casa, por el contrario, estaba respaldada por un crédito hipotecario que seguro fue favorable en su momento, aunque en la actualidad podría conseguirse a la mitad de interés. El timbre del teléfono interrumpió su labor.

–¿Qué es lo que me has dejado grabado en el contestador? –era Marietta–. ¿A qué rumores te refieres?

–Hoy me han dicho que alguien de mi entorno más directo va esparciendo rumores sobre mí. Se dice que mantengo una relación con Ziva Ravno. ¿Y quién es mi entorno más directo?

–¡Yo no he sido! ¿Estás loco? Y hasta ahora tampoco he oído rumor alguno. ¿Quién te lo ha contado?

–Un amigo. Figúrate, hasta yo tengo amigos.

–Yo no he dicho una sola palabra –la voz de Marietta sonaba ronca–. Pero ¿cómo puedes pensar algo así de mí? Yo siempre te he sido leal.

–Entonces ha sido Sgubin. Le apretaré las tuercas en cuanto regrese a la oficina.

–Estás cometiendo un grave error. Sgubin es tan inocente como yo. Y te repito que hasta ahora no he oído ningún rumor de ese tipo.

–Es público y notorio que perteneces a los círculos siempre bien informados, ¿verdad?

–¡Sí!

–Pues hazme el favor de llamar a tus compañeros e infórmate.

–Ahora sí que has perdido completamente el juicio. Ése es el mejor camino para poner en circulación un rumor. Estoy harta de tus reproches y también de tus insinuaciones. Yo no soy tu cubo de la basura.

Laurenti no recordaba haber tenido nunca una bronca semejante con ella. Tenían días malos, desde luego, pero incluso en esos casos se complementaban a la perfección. Desde hacía más de veinte años. Un par de días antes Laura le había echado en cara que había pasado más tiempo de su vida con Marietta que con ninguna otra persona. ¿No le había amenazado incluso con excluirla de la fiesta del domingo? ¿Por qué de repente estaban tan furiosas las mujeres que le rodeaban? Si él las había tratado bien a todas...

–¿Sigues ahí? –preguntó Marietta.

–Desde luego. ¿Has acabado por fin de autocompadecerte? Quiero veros a Sgubin y a ti mañana por la mañana a las diez. Frescos, dispuestos y muy descansados. ¿Entendido?

–Tengo un ataque de migraña. No sé si iré a trabajar mañana.

–Tú no has tenido migraña en tu vida. No me cuentes disparates.

Oyó el pitido del teléfono. Marietta había colgado.

*

–¡Laurenti, Laurenti! ¿No te lo había dicho? –mientras seguía mirando enfurecido el teléfono, oyó los graznidos del viejo Galvano.

–¿Qué había dicho? –Laurenti dio un empujón a su silla y se giró.

–Como es lógico no podéis vivir sin mí. Y no me faltaba razón –el viejo se dejó caer en una silla y estiró las piernas con una sonrisa taimada en su rostro–. El muerto del canciller alemán y el arreglatetas castrado están relacionados. No me cabe la menor duda. Ahora sólo tienes que encontrar las pruebas.

–¿Pero qué me está diciendo?

En ese momento entró Sgubin. Laurenti lo miró furioso, y cuando Sgubin arrastró su silla para acercarla al radiador y se disponía a acariciar al perro, se le hincharon las narices.

–Deja al perro en paz. Siéntate junto a la mesa.

–Dios mío, tu humor es de lo más contagioso. Me parece que lo ha abandonado su amada –se burló Galvano señalando a Laurenti–. ¡Bueno, dejadme hablar de una vez! Sgubin me ha dicho que el muerto de la carretera de la costa era rumano. ¿Es cierto?

Laurenti asintió.

–Sí.

–¿Y los zapatos de goma azul eran pantuflas de hospital?

–Abrevie.

–Lestizza era cirujano. Ya sólo tienes que sumar dos y dos para averiguar de qué se trata. Pero no sabes, claro. Bueno, normalmente ese tipo de cosas se hacen en Estambul. Pero también en Turín se han denunciado un par de casos. En la Policlínica, para ser

exactos. La diferencia entre Turín y Estambul es la que media entre cuarenta y cinco mil euros y dos mil dólares. Calcúlalo tú mismo.

–Vaya al grano de una vez, Galvano.

–Riñones. Trasplante de órganos de un donante vivo. Está severamente prohibido, salvo excepciones muy rígidas y reguladas. Por eso se practica en clínicas ilegales del Tercer Mundo. Hay pueblos en la India donde uno de cada dos hombres jóvenes tiene un costurón de veinticinco centímetros en el costado izquierdo, y si posee una bicicleta, todo está claro. Sin embargo, los dos centros actuales son Estambul y Bagdad. Es fácil de comprender, porque si te lo hacen en la India puedes despertarte con malaria, hepatitis o sida. Por eso se han aproximado más a nosotros, a sitios donde los estándares médicos se corresponden con los nuestros, y donde naturalmente están más cerca de la clientela: europeos occidentales, israelíes, árabes que se lo pueden permitir... Los americanos, malayos y japoneses optan por China o por Sudamérica. Es un negocio floreciente. Al receptor le cuesta unos doscientos mil dólares. La operación no es demasiado complicada, y encima la atención posterior es domiciliaria. Aunque te denuncien, al menos habrás salvado la vida. Ningún abogado volverá a quitarte tu nuevo riñón.

Galvano extrajo un cigarrillo del paquete verde de Dunhill que sostenía entre sus dedos huesudos. Laurenti aprovechó mientras lo encendía para interrumpirlo.

–¿Y qué tiene que ver eso con el rumano?

Galvano expulsó una espesa nube de humo a la cara del comisario.

–La mayoría de los donantes de Estambul son rumanos y moldavos. Es comprensible: un salario mensual de cincuenta dólares es muy poco para vivir y mucho para morir. En comparación, los operados en Turín son afortunados. Italianos que están con el agua al cuello y al menos reciben un buen dinero por su riñón. En Estambul, sin embargo, hay clínicas provisionales que cambian continuamente de ubicación. Los más pobres entre los pobres venden los órganos que, por lo visto, no necesitan. Un riñón, un trocito de hígado, una retina, etcétera, etcétera. Todo aquello a lo que creen poder renunciar. Pero de los diez o veinte mil dólares que les prometen, al final ven a lo sumo dos o tres mil. Actualmente la oferta de donaciones ilegales supera a la demanda. Si aquí se inscribe alguien en la lista de espera del banco central de órganos, tendrá que esperar años a no ser que disponga de excelentes relaciones. Como en 1990 ese tal Thurn und Taxis. No, no el de Duino, el otro de la rama alemana de la familia. Recibió un corazón nuevo en la lista de espera de Munich y cuando falló, otro inmediatamente después. Un escándalo. Pero ya lo ves, Laurenti, con dinero todo es posible. Un capítulo peliagudo desde el punto de vista ético. No creas que soy un ciego fanático del progreso. Por una parte disponemos de la técnica, por otra los órganos tienen que pertenecer a alguien. Las posibilidades de éxito en los trasplantes entre personas vivas son muchísimo más altas. Mientras tanto, el concepto de la muerte cerebral ha sustituido al de parada cardíaca y lo acepta hasta la Iglesia. De repente los señores con sotana de Roma se han puesto de acuerdo para determinar el final de la vida, mientras siguen inmiscuyéndose en todo lo relacionado con el principio. Antes se esperaba al cura que daba la extremaunción, hoy son médicos los que determinan la muerte cerebral, permitiendo con ello la extracción de

órganos. Como si los muertos cerebrales estuvieran más muertos que los cardiacos. Así también se salvan vidas, por supuesto, y no seré yo quien afirme que se cometen abusos. Pero antes se le dejaba tiempo al alma para escapar. La muerte cerebral no es una muerte biológica, es una muerte social.

–Si sigue usted mucho rato hablando así, seremos nosotros los que moriremos –le espetó Laurenti.

–Sociedad sin alma –murmuró Sgubin.

–Exacto. En algunos casos yo me atrevería a hablar incluso de neocanibalismo. Miramos con avidez el cuerpo del otro como si fuera un almacén de piezas de recambio con las que podemos alargar nuestra propia vida. En mi opinión, esto es el fin de la historia de la evolución.

–¡Por favor, Galvano, el rumano!

–Paciencia, Laurenti. Es un toma y daca. En los trasplantes ilegales dos personas con dos necesidades existenciales diferentes se ayudan mutuamente. Uno tiene un órgano sano, pero carece de dinero para vivir, y el otro tiene dinero, pero está enfermo de muerte. Tu opinión personal sobre el asunto no hace al caso –añadió el médico al darse cuenta de que Laurenti se disponía a interrumpirlo.

–No quiero volver a escuchar sus lecciones de historia de la medicina. Prefiero que me cuente qué tiene que ver todo eso con Lestizza. Él trabajaba en una clínica de belleza y no en un centro de trasplantes.

–Puede que ejerciera un segundo trabajo en otro hospital. Yo, en tu lugar, lo comprobaría. Los libros de su despacho eran literatura especializada sobre este tema concreto, para el que difícilmente puede estar preparada La Salvia. Además, no tiene por qué haber sucedido necesariamente en el país. Hay médicos que se prestan a ese tipo de cosas. Los congresos médicos son una red muy eficiente. Se ayudan unos a otros, comparten las ganancias y, en caso de que se emprendan investigaciones, nadie buscará a un médico extranjero. Comprueba dónde ha trabajado antes Lestizza, en qué hospitales, en qué países y en qué especialidad.

Laurenti recordó los estuchitos de costura de los hoteles más importantes del mundo. ¿Y si de verdad Lestizza había abierto y cosido allí a otras personas? Revolvió su escritorio buscando el pasaporte del médico. A lo mejor había algo de cierto en esa teoría. En cualquier caso, no había sido un error pedir la colaboración de Galvano. Cuando encontró el documento, lo hojeó.

–Aquí está –anunció–. Malta y Zurcí. Sgubin, saca el registro para que sepamos qué ciudades del país ha visitado.

–¿Conoces al «Vu compra» que merodea siempre por la Vía San Nicolo intentando vender sus riñones? –preguntó Galvano.

–Ahí no hay sólo uno.

En el centro se veían numerosos negros que intentaban vender gafas de sol, mecheros, artículos de piel y copias ilegales de CDs o DVDs. Antes, cuando apenas sabían hablar italiano, se dirigían a la gente diciendo «Vu compra». En la actualidad, cuando te cortan el paso, te saludan diciendo «ciao, amico». Algunos procedían de Somalia o Senegal,

otros eran los hermanos de las prostitutas negras de Nigeria explotadas en el mercado europeo y cuyas familias habían aceptado de la organización créditos impagables en la creencia de que sus hijas obtendrían un trabajo doméstico bien remunerado en Europa. Todas estaban sometidas a chantaje, Laurenti lo sabía de sobra. Los grupos captadores estaban bien organizados y sus miembros trabajaban hasta la extenuación, hiciera frío o calor, aunque apenas veían un céntimo del dinero que recaudaban.

–Me refiero a uno en concreto –precisó Galvano–. Uno muy delgado, alto, que cojea y está ciego del ojo izquierdo. Tú lo conoces.

–¿Y qué pasa con él?

–Eso vale cien euros, Laurenti. Te apuesto esa cantidad a que vendió su retina y su riñón para pagarse el viaje a Europa.

–El fiscal Scoglio y su equipo están investigando ese asunto. Pero por lo visto aún no han conseguido pruebas. Pero entonces, ¿por qué estaba aquí el rumano, en Trieste, en Italia?

–¿Y si hubiera aquí clínicas clandestinas? Tendría sentido, porque también podrían ocuparse del postoperatorio. Una situación con muchos menos riesgos para los receptores que en Estambul. El donante es devuelto a los tres días sin saber siquiera dónde ha estado, suponiendo que lo introdujesen de manera ilegal por la frontera. Denunciarlo después, en su patria, no serviría de nada, porque nadie sabría por dónde comenzar las pesquisas.

–Me parece muy aventurado.

–Pues si en Turín existe una clínica que ha vulnerado la ley, puedes dar por sentado que también existen en otros lugares. Y no hablemos de China.

–Ya basta, Galvano. ¡Por favor, no quiero oír una palabra de ese país! Ya me arruinó usted una vez el apetito diciendo que el pato es el único plato de un restaurante chino en el que uno puede comprobar que no se trata de un pariente del cocinero. Haga el favor de reservarse esas cuestiones para sí mismo.

El viejo soltó su típica risa metálica mientras se golpeaba los muslos.

–¿Dice usted que eso es posible aquí? ¿En Trieste? ¿O en el Karst? –inquirió Sgubin.

–Por supuesto. Recordad tan sólo que el hombre llevaba una bata de quirófano. Lo más importante es plantearse la posibilidad. Los del Karst son médicos finolis que, de por sí, ganan un montón de dinero. Habla con Scoglio. El abogado seguro que sabe más de lo que dice. Apuesto a que va detrás de nuestros hospitales municipales.

–Antes ha afirmado usted que ambos casos estaban relacionados.

–Es una simple teoría, no un hecho. Deberías prestar más atención.

Laurenti se levantó y consultó su reloj.

–Sgubin, ¿tendrías la amabilidad de llevar al doctor a su casa?

–Bobadas. Es una distancia muy corta y la recorreré a pie. ¿A qué hora seguimos mañana?

El comisario lo miró asombrado. Por lo visto Galvano pensaba que había vuelto al trabajo. Y con él, Proteo Laurenti, *vicequestore* de Trieste y sospechoso de corrupción.

–Le avisaré de nuevo si vuelvo a necesitar sus servicios.

*

Tras semanas enteras bajo aquella campana de niebla, la primavera parecía querer recuperar lo que antes le habían arrebatado. Ramsés, sentado al sol con las mangas remangadas, leía la prensa. Sus pies reposaban en la silla de enfrente, y a su lado humeaba un cigarrillo olvidado en el cenicero. Una suave brisa hacía susurrar las gruesas hojas del níspero que crecía delante de la casa, y del mar ascendía el rumor de la marea. No la había oído, pero tampoco se asustó cuando dos manos cálidas le taparon los ojos. Sus cabellos cosquillearon su cara.

–Eres un madrugador –dijo Silvia con voz suave–. ¿O pretendías huir de mí?

–Todavía no –soltó el periódico y le cogió las manos–. ¿Qué tal has dormido?

–De maravilla –Silvia lo rodeó y se sentó en su regazo. Se había echado sobre los hombros una de sus camisas, que le llegaba hasta la rodilla. Debajo iba desnuda de la cabeza a los pies–. Eres un hombre muy amable. Casi demasiado.

Ramsés sonrió y la contempló con curiosidad.

–Es hermoso estar contigo. Nunca me había sucedido algo parecido. Seguro que no me crees.

–¿Por qué no?

–Me has conocido siendo puta. Ningún hombre olvida eso.

–Me infravaloras.

–Estoy loca. No debí venir contigo. Va contra las reglas.

Él le apartó el pelo de la frente.

–Puedes volver.

La mujer sacudió la cabeza con energía y sus cabellos remolinearon salvajes por el aire.

–Quizá –le contestó.

–Te prepararé un café –Ramsés intentó levantarse, pero Silvia permaneció sentada y sacudió la cabeza de nuevo.

–Soy una puta austríaca y me gano la vida en el puerto de Trieste. El único problema es que me gusta estar aquí. Pero no estoy hecha para quedarme –le cogió las manos, las colocó sobre sus senos y apretó su vientre contra él–. Si no quieres que me vaya, tendrás que sujetarme. Eres fuerte, levántame. Estoy loca. Si no sé nada de ti... –Silvia rió, le rodeó el cuello con sus brazos y ciñó las piernas alrededor de su talle.

–Eres ligera como una pluma –dijo Ramsés.

¿Cómo había podido sucederle algo semejante? Durante casi dos años se había concentrado exclusivamente en sus investigaciones sin confiar a nadie una sola palabra al respecto. Y en el plazo de pocos días, la coraza de soledad autoimpuesta tras la que se había refugiado se fundió de repente. Primero los nuevos vecinos y ahora, Silvia. Lorenzo Ramsés Frei tamborileó con los dedos sobre la mesa y meditó lo que significaba esa pérdida de autonomía. ¿Había buscado inconscientemente la cercanía de otros? ¿Qué efectos desencadenaría aquello sobre su plan?

–¿Por qué tienes pistola? –preguntó Silvia cuando salió del baño con una toalla cubriendo su pelo mojado a modo de turbante.

–¿Dónde la has visto?

–En tu mesilla de noche.

–No me gusta que husmeen en mis cosas.

–¿A qué te dedicas?

–Escribo libros. Pero no hablemos de trabajo. Ni del tuyo ni del mío.

–¿Estás casado?

–Mi mujer murió.

–¿Cómo?

–En un accidente. Hace dos años.

–Lo siento.

–Tampoco hablemos de eso.

–¿Puedo hacer una llamada telefónica?

Ramsés le mostró el aparato.

–A mi madre –precisó la mujer–. No quiero que esté preocupada por no haber regresado ayer a casa.

–¿Sabe a qué te dedicas?

–Tampoco hablemos de eso –le imitó ella disfrazando la voz con un tono más grave.

Luego se echó a reír y marcó el número. Ramsés meneó la cabeza. «¿Por qué Silvia?», se preguntó mientras salía a la terraza. Su llamada telefónica fue breve.

–No dispongo ni siquiera de mis pinturas. Todo está en la autocaravana.

–No las necesitas. ¿Cuántos años tienes?

–No te lo digo.

–¿Treinta?

–Más.

–Ya no te lo volveré a preguntar.

–¿Tienes enemigos?

–Sí.

–¿Son peligrosos?

–Son, ante todo, estúpidos.

–Los míos también.

–¿Qué pueden hacerte?

–Nada –respondió Silvia–. Quieren dinero. Viejas deudas. Tengo suficiente, pero no se lo daré.

–¿Por qué?

–Es una cuestión de honor –Silvia rió, pero hablaba en serio–. Yo te protegeré. Si me dejas.

–Podrías guardarme algo. Un paquete.

–¿Qué contiene?

Ramsés se colocó un dedo sobre los labios.

–Hasta el domingo, Silvia. Es un seguro de vida. Escóndelo en tu autocaravana.

–Lo llevaré a Graz. Allí estará seguro.

–No. Tiene que quedarse aquí. Si no vuelves a tener noticias mías, debes entregarlo a alguien. La dirección está escrita encima. Tienes que dárselo en persona. Es un periodista.

–Debe de ser algo malo –Silvia sonrió–. ¿Dónde lo guardas?

–Te lo entregaré cuando te vayas.

–¿Puedo volver?

–Sí. Cuando todo haya pasado.

–¿Cuándo me voy?

–Más tarde, Silvia. O cuando te plazca.

Esa tarde, antes de acompañar a Silvia hasta su coche, Ramsés se cercioró de que no había moros en la costa. En el aparcamiento vio el Mercedes de ella junto a su Peugeot y, detrás, el coche de Laura. Eso era todo.

–Hoy me toca temprano –dijo Silvia estampándole un beso fugitivo desde el asiento del conductor–. Si ocurre algún imprevisto, llámame.

Cuando Ramsés se incorporó y cerró la puerta del Mercedes, vio a Laura que subía por la escalera del aparcamiento. No saludó a Silvia con la mano cuando se alejó.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó Laura–. ¿Te has repuesto de lo de anoche? Durante un instante, creí que ibas a desplomarte en la *osmizza*.

–Gracias, estoy bien. He recibido la visita de una pariente de mi mujer.

«Mentiroso», pensó Laura, porque ya había visto el Mercedes de Silvia esa mañana.

–¿Estás escribiendo?

–De momento, si he de serte sincero, no mucho.

–Entonces baja luego a tomar una copa. ¿Serías tan amable de echarme una mano? He de cambiar de sitio un armario.

–¿Te va bien dentro de una hora? Estoy esperando una llamada.

–Cuando te venga bien.

Ramsés pensó si no habría sido una ligereza confiar el paquete a Silvia. ¿No habría sido mejor esconderlo en casa de la mujer del policía? Hasta entonces su proceder había sido claro y decidido, pero de pronto le asaltó una inseguridad que le resultaba desconocida. Sin embargo, tras reflexionar unos instantes se convenció de que podía confiar en Silvia. Laura le parecía una mujer increíblemente atractiva, irradiaba algo que le producía cierta desazón. Daba la impresión de ser una esposa a punto de volver a enamorarse de su marido. Y los enamorados se cuentan demasiadas cosas.

El asunto del armario quedó resuelto en un abrir y cerrar de ojos; a continuación charlaron de todo lo divino y lo humano. Ramsés se atrevió incluso a hacerle cumplidos, pero Laura se rió.

–Soy una mujer casada, Ramsés. Y mayor que tú –pero le lanzó una mirada de esas que calientan el corazón–. *Beauty lies in the eyes of the beholder*.

–Lo he dicho muy en serio.

Laura pasó por alto su comentario.

—¿La joven del aparcamiento era de verdad pariente de tu mujer?

—Una genuina triestina —aseguró Ramsés—. Rubia, rica, mimada. ¿No basta eso como prueba?

—No —Laura soltó una risa cristalina, meneó la cabeza, y su espeso pelo rubio se agitó en el aire—. No, Ramsés. Yo también soy rubia y no soy de aquí.

Ramsés se marchó a tiempo, antes de que regresara Proteo Laurenti. Se enfadó por haber permanecido tanto rato con Laura. Necesitaba estar solo. No podía salir con ellos. El día anterior, en el Karst, se había arriesgado en demasía. La *osmizza* de Skerk estaba cerca de La Salvia. Con qué facilidad habría podido reconocerlo alguien.

*

La puerta tenía un pomo por dentro que no giraba, y las ventanas del tercer piso del edificio sólo se podían bascular un poco. Lo que Dimitrescu contemplaba tenía que ser la parte trasera de la sección económica de la clínica. Allí se acumulaban grandes contenedores de basura y otros recipientes en los que probablemente se evacuaban los restos de las operaciones. El hospital de Constanta, donde había trabajado durante cinco meses, disponía de incineradora propia y Dimitrescu tenía que volcar en ella el contenido de los recipientes. Cuando la ponía en marcha desprendía un hedor insoportable. Por eso le habían ordenado que prestase atención al viento. Algunos días, sin embargo, no podía esperar a que cambiase el viento para que arrastrase lejos el humo de la clínica, porque en ese caso la incineradora se atascaba por exceso de carga, ardía muy despacio y soltaba una peste todavía más hedionda. No estaban satisfechos con él y un buen día lo despidieron por las buenas, a pesar de que no era culpa suya que generaran más basura de la que él era capaz de eliminar. Dimitrescu cogió sus papeles, firmó el finiquito de su parco salario y a continuación se dedicó a buscar otro empleo. Esa noche volvió a casa más tarde de lo habitual y con una curda espantosa. Todos sus esfuerzos habían sido en vano, pero no le contó nada a su mujer, y al día siguiente salió a la hora de costumbre. Trabajó unos días de perrero. Por entonces, Vasile, su hermano gemelo, buscaba trabajo en Bucarest. Dimitrescu tenía que mantener a dos familias hasta el regreso de su hermano. Al cabo de una semana aceptó la oferta de una banda de contrabandistas para trabajar para ellos. Eso supuso un alivio momentáneo, pero a pesar de haber estado en el ejército y de que la formación de buzo de combate era posiblemente la más dura de todas, se retiró del negocio cuando un buen día quitaron de en medio a su lugarteniente. Un tiro en la nuca, pum. Seguramente ni siquiera se enteró. Nadie hizo el menor comentario al respecto. Una mirada del jefe bastaba para que todos tuvieran claro lo que les sucedería si se rebelaban. La ropa de buzo porosa, la apestosa agua salobre del puerto y el dificultoso acarreo de los pesados fardos cuyo contenido ignoraba, colocados muy abajo junto al casco del barco, que apenas se vislumbraba en esas aguas turbias a pesar de la lámpara, no le habrían permitido marcharse. Pero unos días después se hirió deliberadamente con el cuchillo y lo mandaron a casa.

Vasile regresó de Bucarest una semana después. Sin un céntimo. Pero contó que había

contactado con un intermediario. Se marcharía de viaje a Estambul, sólo por unos días, y conseguiría una suma de dinero que cambiaría de golpe su situación. ¡Diez mil dólares por un riñón! Como es natural, también Dimitrescu se había enterado de esa posibilidad. Conocía incluso a un hombre de su edad que ya lo había hecho, aunque desde entonces padecía fuertes dolores y se preguntaba día tras día cuánto tiempo le quedaba. También a él le habían prometido diez mil dólares, que al final quedaron reducidos a tres mil, y tuvo que firmar una declaración diciendo que lo había hecho por su propia voluntad y sin recibir dinero a cambio. En el viaje de ida lo trasladaron en coche a Estambul provisto de documentos auténticos que se quedaron ellos para evitar que se largara. Pero apenas doce horas después de la operación lo pusieron de patitas en la calle, indicándole vagamente la dirección de la estación. Durante el viaje de regreso los dolores se tornaron insoportables y el dinero que traía consigo, pronto se gastó. Ni siquiera disponía de los cincuenta dólares que un médico le pidió por una ecografía. Tras una prolongada espera lo reconoció otro gratis y comprobó que también le habían cambiado la vejiga. Para el receptor era mejor así. Dimitrescu intentó disuadir a Vasile de su plan, pero su hermano se mostró obstinado. El intermediario era serio, le informó, y jamás conseguirían salir de la miseria de otra manera. Vasile había forjado planes. No podía seguir así. Sus hijos necesitaban ropa nueva y debían acudir a mejores colegios. Y soñaba con la máquina de helado.

Tenía hinchada la zona de la nuca donde le habían propinado el culatazo y le dolía un poco. Pero entretanto le habían dado algo de comer y se sentía mucho mejor. En la bandeja había un plato con filetes de pescado, patatas, ensalada y un gran trozo de tiramisú. Una enfermera dejó la comida sobre la mesa sin decir palabra. Vio que delante de la puerta esperaba uno de los hombres de la ambulancia. Debía de llevar allí unas tres horas. La habitación, muy luminosa, disponía de buena calefacción. La cama en la que se había tumbado para reflexionar sobre su situación no era como las de los hospitales que él conocía. Estaba fijada a la pared y era imposible moverla. Delante de una mesita redonda había dos sillones. Dimitrescu no se había resistido cuando le hicieron entrar. No pretendía escapar, pero para entonces ya no estaba seguro de que su propósito fuese factible. Esperaba poder moverse con libertad para planificar los detalles.

Dimitrescu necesitaba tiempo y echar un vistazo sin ser molestado. Si no existía otra manera de salir, tendría que recurrir a la violencia. Los dos hombres que estaban en la puerta no podrían impedirselo. Dimitrescu quería eliminar a los médicos que llevaban a su hermano en la conciencia y regresar a casa con los dos riñones y el dinero que pensaba pedir por anticipado. En modo alguno pensaba someterse a la operación.

Acababa de tomar el último bocado cuando entró un médico con bata blanca y un fonendoscopio colgado al cuello. Dejó la puerta abierta. El pasillo estaba vacío. El hombre se dirigió hacia él con una sonrisa amistosa y hasta le tendió la mano. Dimitrescu le devolvió el saludo con escepticismo, pero permaneció sentado. El médico se dejó caer en el otro sillón y comenzó a hablar por los codos. Al principio a Dimitrescu le costó entenderle.

–¿Qué tal la comida? ¿No son platos muy habituales en un hospital, verdad? Nosotros valoramos la calidad. Al fin le conozco.

Dimitrescu asintió, distante.

–Es usted un hombre valiente, amigo mío. Pero le aseguro que ha tomado la decisión correcta. Ayuda a otra persona y a su vez le ayudan a usted. No tema, está en buenas manos –hizo un ademán ampuloso–. Somos una de las clínicas más modernas. Ya lo verá. Si quiere, se lo enseñaré todo. Luego daremos un paseo para ver los caballos –consultó una nota que se sacó del bolsillo–. ¿Cómo se llama usted? ¿Vasile? ¿Me permite llamarlo por su nombre? Soy el profesor Ottaviano Severino. Esta clínica me pertenece. Soy el médico jefe. Como puede ver, me ocupo personalmente de cada uno de los pacientes.

A Dimitrescu casi se le heló la sangre en las venas al oír el nombre de su hermano en boca del médico. Era imposible que desconociera su nombre, porque había oído perfectamente a los dos enfermeros obesos decir cuando lo entregaron: «Aquí os traemos al tal Dimitrescu».

Y ahora ese médico lo llamaba Vasile. No había duda de que estaba en el lugar correcto.

–Antes de irnos –siguió parlotando Severino–, quiero auscultarle un momento. Por favor, descúbrase el torso.

Dimitrescu se levantó y se despojó del jersey y de la camisa. El médico colocó el frío metal del fonendoscopio en diversos puntos de su pecho y espalda y pidió a Dimitrescu que tosiera. Después le dijo que se vistiera. Al final, le levantó el pelo de la nuca y observó la lesión.

–Esto no es grave, amigo mío. No comprendo en absoluto por qué lo han tratado tan mal. Pero, créame, todo se solucionará. Y usted recibirá sus dólares. Por favor, permítame que le tome el pulso –Severino, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja, miró las agujas de su reloj de oro y cogió la mano izquierda de Dimitrescu.

–Muy bien. Es usted un hombre joven, sano como un roble y con una magnífica constitución física. Bien entrenado como está, no le sucederá absolutamente nada –al final dio una palmadita en el hombro a Dimitrescu y se levantó.

–Acompáñeme. Le enseñaré la clínica y los caballos. Le entusiasmarán. Y cuando pasemos por el laboratorio le sacaré unas gotas de sangre. No se preocupe, es indoloro.

Dimitrescu se levantó y al ver que el médico le hacía una seña con la mano, lo siguió. Caminaron por el pasillo y luego bajaron por la escalera. Se toparon con dos enfermeras que los saludaron con amabilidad. Severino seguía hablando sin parar y en el extenso parque, en el que flotaba el embriagador aroma de la primavera, le pasó amistosamente el brazo por los hombros. Recorrieron un sendero cubierto de grava que se alejaba de los edificios de la clínica.

–Estamos en el Karst, muy cerca de la ciudad. ¿Conoce Trieste y sus alrededores?

–No –Dimitrescu negó con la cabeza.

–Pues es un error, créame.

–Nosotros no disponemos de dinero para viajar. Somos pobres.

–Sí, lo creo. Quizá logre encontrar trabajo aquí. ¿Qué opina? Eso supondría una ayuda...

–Desde luego.

Dimitrescu no creía una palabra y enmudeció de nuevo. Lamentaba haber contestado. Tenía que mantenerse en guardia, observar y no dejarse hipnotizar por la exagerada amabilidad de ese hombre.

–¿Le gustan los caballos, Vasile? –se acercaron a las caballerizas, emplazadas delante de un bosquecillo.

–¿Por qué no?

–Ésta es Tulipana –el médico dio una palmada en el cuello a una pequeña yegua blanca.

–¿Por qué se llama así, doctor?

–Lámeme Ottaviano. A lo mejor después de la operación se queda a trabajar para nosotros. Aquí obtendría unos ingresos regulares con los caballos. Piénselo.

–¿Cuánto?

–Sescientos euros al mes con alojamiento y comida incluidos. Con esa suma no se hará rico, pero el trabajo tampoco es muy fatigoso. Y podrá traerse a su familia. Porque tiene usted familia, ¿verdad?

Durante unos momentos, Dimitrescu dudó de que ese hombre fuese tan malvado como pensaba. El salario mensual equivalía a las ganancias de un año en su país. Pero después le chocó que el médico se dirigiera a él con el nombre de su hermano.

–Usted es un hombre trabajador, salta a la vista. ¿Cuánto gana usted en su país?

–Menos.

–Venga, daremos un paseíto. Quiero enseñarle los alrededores y la ciudad. Para que sepa usted dónde se encuentra. Eso le facilitará la decisión –Severino le dio una palmada en el hombro, igual que antes al caballo.

–¿Y el dinero? –Dimitrescu se detuvo–. Lo quiero por anticipado.

Severino le dirigió una prolongada mirada y se rascó la cabeza.

–Normalmente se recibe después.

–Yo lo quiero antes.

–¡No confía en mí! Bien, hablaré con mi esposa. Ésa es tarea suya. Ella se encarga de la caja.

–¡Antes!

–Lo haremos así: una parte antes y otra después. ¿De acuerdo?

Dimitrescu calló.

–Vamos, Vasile. Es un buen acuerdo. Ahora le enseñaré los alrededores.

Montaron en un pesado BMW de color gris plateado y Severino le rogó que se pusiera el cinturón de seguridad.

Cuando se dirigían a Prepotto, el idílico pueblecito cercano, Severino le habló de los cuatro bodegueros y de sus vinos. Dimitrescu lo dejó hablar. Sus ojos vagaban por el paisaje: en el horizonte apareció de nuevo el mar brillando al sol. La historia de la región le traía sin cuidado. Pero se fijó en la carretera y grabó a fuego en su memoria cada

kilómetro recorrido. Sobre todo la carretera de la costa por la que se aproximaban a la ciudad. Él no sabía que su hermano había acabado allí bajo las ruedas del coche del canciller alemán, pero cuando pasaron por delante lo invadió un extraño nerviosismo.

–Y esto es el puerto –explicó Severino mientras recorrían la Rive–. Hubo un tiempo en que fue más importante que los de Génova, Hamburgo y Rotterdam. Hoy, en teoría, podría volver a progresar, pero la administración del puerto funciona mal. Ahí delante puede ver el muelle de carga de Turquía.

–¡Pare! –Dimitrescu vio por fin a la luz del día el lugar al que debió de llegar, escondido en el remolque de un camión articulado. El espacio alrededor del Campo Marzio estaba abarrotado de camiones. Se veían algunas cabezas tractoras sin remolque. Los conductores esperaban a que llegase su carga en el siguiente transbordador.

Severino se detuvo a la derecha y Dimitrescu descendió del vehículo.

–Sí, esto es interesante –comentó el médico por decir algo–. Vamos a dar una vuelta.

Caminaron ante los vehículos hasta llegar a la entrada de la zona aduanera. Dimitrescu no prestaba atención a la charla de Severino.

–Justo ahí detrás empieza Eslovenia, y unos kilómetros más allá Croacia.

Un poco más tarde, cuando recorrían la autovía de cuatro carriles junto al puerto nuevo, Severino señaló el muelle VII por encima de la dársena del puerto.

–Y ahí abajo está la línea de Grecia. He de hacer una breve visita al cementerio.

Dimitrescu se sobresaltó y con la mano derecha aferró el picaporte de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se emblanquecieron. ¡Cementerio!

–Ha fallecido un pariente de mi mujer y el entierro será el sábado por la mañana. Asistiremos un reducido grupo de personas, los colegas de la clínica. Él lo quiso así. He de solventar todavía un par de pequeñas formalidades –se detuvo en un aparcamiento, y Dimitrescu contempló los puestos de las floristas formando un gran semicírculo delante de la entrada y cuyos nombres femeninos figuraban en letras de colores: Analiza, Rosalba, Nevia, Cristina, Verónica... Por lo demás, eran todos iguales y, a primera vista, tampoco la oferta de flores parecía demasiado diferente.

–Acompáñeme si lo desea, Vasile. O espéreme aquí, si quiere. No tardaré mucho.

Dimitrescu salió del coche y acechó a su alrededor. Decidió quedarse junto al vehículo y pidió un cigarrillo al médico. Severino le pasó la cajetilla y un mechero. Dejó el BMW abierto.

–Volveré enseguida. Por favor, vigile usted el coche –le rogó antes de desaparecer en un edificio bajo situado junto a la entrada.

Lo había llamado Vasile otra vez. Dimitrescu se preguntaba por qué lo habría dejado allí. Habría podido escaparse en cualquier momento y, según había comprobado durante el viaje, la ciudad era lo bastante grande como para permitirle ocultarse. Encendió un cigarrillo y cruzó la entrada principal, adentrándose en el gigantesco cementerio. Contempló los suntuosos monumentos funerarios sin desviarse de la carretera asfaltada que cruzaba los campos de tumbas. En una ocasión tuvo que hacerse a un lado al paso de un coche fúnebre que transportaba un ataúd adornado con flores, al que acompañaba la comitiva que antes había divisado desde la entrada. Los siguió a unos pasos de

distancia hasta que entraron en una de las capillas del cementerio, detrás de los pórticos con columnas donde antaño tenían su panteón familiar los triestinos ricos. Dimitrescu prosiguió su camino y cruzó por el centro del cementerio. Tras encender el tercer cigarrillo, fue leyendo los nombres de las lápidas ante las que pasaba. Se asombró de la mezcolanza de idiomas: allí había apellidos italianos, alemanes, húngaros, españoles, griegos, eslovenos, croatas e ingleses. Dimitrescu acechó a su alrededor, desorientado. Tenía que regresar al coche, seguro que el doctor ya estaría esperándolo. Cruzó por en medio de las filas de tumbas y al pasar por la sección del columbario, se detuvo. Un nicho al lado de otro, en los que las familias menos adineradas o más mezquinas enterraban a sus deudos. Dimitrescu deslizó los ojos por los nombres y buscó los más recientes. Entonces oyó la llamada del médico. Se giró con rapidez, confiando en que no lo hubiera visto. Caminando a buen paso entre las hileras de tumbas, se dirigió hacia la salida y esperó. Severino llegó poco después, jadeando y conteniéndose con esfuerzo.

—¿Dónde estaba? —la dureza de su voz dejó paso a una sonrisa forzada—. ¿Visitando el cementerio? Bueno, ha hecho bien. Por las inscripciones de las lápidas se ve que la ciudad ha crecido gracias a los inmigrantes de toda Europa. ¿Me devuelves los cigarrillos, por favor? Luego te compraré una cajetilla —tras unas caladas nerviosas, Severino se tranquilizó y subió al coche—. Y encima, los documentos aún no estaban preparados. He de volver mañana. ¿Le apetece tomar un café antes de regresar a casa, Vasile?

*

—Figúrate, he visto a Ramsés acompañado por una rubia —le informó Laura—. Por lo visto, una prima de su mujer. Pero yo no hablé con ella, ya estaba en el coche cuando llegué al aparcamiento. ¿Qué tal te ha ido?

Proteo Laurenti estrechó entre los brazos a su mujer y enterró el rostro entre su espesa mata de pelo rubio.

—Una completa mierda —contestó—. Están intentando destruirme. Mañana temprano, a las ocho, comenzaré el baile en los carabinieri de Barcola. Han hecho venir ex profeso a alguien de fuera. Romani me ha calumniado. Por lo visto, hemos comprado esta casa porque me dedico a negocios sucios o acepto sobornos. Pura difamación. Quieren apartarme del caso y, si no me equivoco, la clínica del Karst está detrás de todo.

—¿Por lo del hombre castrado?

—Así empezó todo. Ellos tienen contactos influyentes. No quieren que la policía moleste a la distinguida clientela de La Salvia. Importantes contribuyentes y todos los líos que quepa imaginar —Proteo, tras dejarse caer en el sofá, se despojó de los zapatos—. Estoy hasta las narices. Hasta la coronilla —hizo el gesto correspondiente y alargó la mano hacia su esposa.

—Te traeré algo de beber y luego me lo contarás con pelos y señales —dijo ella. Poco después regresó con dos vasos de Jack Daniel's. Se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—¿Qué te ha contado Ramsés? ¿Se encuentra mejor?

—Creo que sí, ha bajado a verme esta tarde y no ha parado de hacerme cumplidos.

–Más vale que mantenga las manos lejos de ti o le romperé el cuello –Proteo atrajo a Laura y la besó.

–No te preocupes –le susurró ella al oído–. Mi hombre eres tú. No necesito a otro.

Telefonaron a Emiliano antes de subir a Santa Croce. Ya eran más de las diez y tenían hambre, pero pocas ganas de cocinar. El dueño de la *osteria* Il Pettiroso les dijo que no se preocupasen, que les prepararía algo.

Poco después, mientras Emiliano los conducía hacia el restaurante, las miradas de los hombres acodados en la barra, que, inasequibles al desaliento, habían reemprendido su cruzada contra el vino blanco de las laderas costeras, se clavaron en Laura. De primer plato pidieron *canoce*, langosta, que el último pescador del pueblo acababa de traer apenas un par de horas antes, y de segundo una enorme fuente de sardinas empanadas, *sardoni impanai* decían en dialecto. Un plato sencillo, pero muy sabroso. Proteo no quería comer nada complicado, según decía, pero en cambio se empeñó en beber el vino de la última vez.

–Tenemos que organizar lo del domingo –advirtió Laura.

–Tienes razón, aunque a mí se me han quitado las ganas.

–¡Haz el favor de animarte! Precisamente en esta situación es esencial que todos vengan a vernos. Será un respaldo para nosotros. ¿Ha aceptado la invitación el fiscal Scoglio? ¿Y el *questore*?

–Estoy ansioso por comprobar si en el último momento se les ocurre alguna disculpa. Espero que se te haya pasado el enfado con Marietta. No podemos dejar de invitarla, y tú no tienes motivos para estar celosa. De veras.

–No era por eso. ¿Qué te parece si nos quitamos trabajo y pedimos a Emiliano que se encargue de preparar el ágape?

–Saldrá bastante caro. Y, por favor, ¡con tarjeta!

–Todo es dinero, Proteo. Estás demasiado tenso. Quién sabe si además no te interrogarán el sábado. Yo he de ir mañana a Venecia por lo del Caravaggio. Siempre se junta todo.

–Ya lo creo. ¿Han llamado los niños?

–El vuelo de Livia sale el sábado. Marco vendrá en tren. Le han dado permiso. Y a Patrizia y a tu madre, tendrás que ir a recogerlas mañana.

–Ojalá me dé tiempo. Debo asistir a una comida oficial. No tengo ni idea de cuánto durará.

–¿Con quién?

–Con la fiscal de Pola.

–¿Ziva?

–Sí.

Nuevo día, nueva suerte

Proteo Laurenti tuvo que esperar. Como su perro en el coche. Sin saber cuánto tiempo ni qué iba a pasar. Se presentó el viernes puntual, a las ocho de la mañana, en el cuartel de los carabinieri del barrio de Barcola y tuvo que entregar al funcionario de la entrada su carné de identidad.

Tras unas cuantas llamadas telefónicas, el joven carabiniere se informó del destino de Laurenti, que se había convertido en un solicitante más. Era obvio que no había oído jamás el nombre del *vicequestore*. Para su propio asombro, Laurenti rebosaba serenidad. No sentía el menor asomo de nerviosismo. Tenía el *Piccolo* y lo hojeó.

Ocho cerdos en Sant'Anna. Proyecto piloto en Trieste, decía el titular.

Ocho ataúdes con los restos mortales de ocho cerdos se encuentran desde hace dos años en el cementerio de Sant'Anna. Los cerdos fueron enterrados en suelo sagrado para un proyecto piloto de la ciudad de Trieste y del Ministerio de Sanidad. Con toda discreción, una delegación de técnicos del Gobierno ha examinado el lugar y el estado de putrefacción de los animales. La satisfacción por el experimento ante la mineralización de los ochos cerdos está justificada. De la consistencia de los ataúdes se extraen conocimientos para revisar la legislación nacional sobre inhumaciones. Así pues, Trieste vuelve a estar a la cabeza también en este ámbito. «Elegimos cerdos», dijo el responsable, «porque desde el punto de vista biológico son los más parecidos al ser humano».

El puma del Karst, un perro llamado Almirante, cerdos en el cementerio: Laurenti sonreía sardónicamente con el periódico abierto en el vestíbulo del cuartel de los carabinieri, cuando oyó un carraspeo que sin ninguna duda iba dirigido a él.

–*Buongiorno*, soy el *colonnello* Peso.

–Disculpe, no había reparado en su presencia –Laurenti dobló el periódico y reprimió una sonrisa.

–Sígame, por favor.

Era algo más joven que Laurenti, y lucía unos bigotes cuidadosamente recortados y tan negros que Laurenti se preguntó si el hombre no los utilizaría para lustrar sus relucientes botas. No parecía antipático. El *colonnello* Peso condujo a Laurenti a una habitación

amueblada con gusto espartano, con las paredes cubiertas de librerías con archivadores polvorientos y letreros desvaídos por el sol. Se sentaron a la mesa situada en el centro del reducido despacho.

–¿Sabe por qué está aquí?

–Abrevie, por favor –Laurenti no tenía ganas de ejercicios retóricos.

–Vengo de Bolonia. Existe una sospecha contra usted que precisa ser aclarada. Espero que coopere para terminar cuanto antes este asunto.

–¿Por qué usted?

–Soy especialista en asuntos internos.

–¿En los carabinieri? –Laurenti no pudo reprimir la ironía. Las fuerzas del orden solían competir más que colaborar.

Peso no tenía sentido de la ironía.

–Carabinieri, Polizia di Stato, Guardia di Finanza, creo que no es necesario que se lo explique. ¿Qué tiene que decir respecto a las acusaciones?

–Mi respuesta apenas le servirá de ayuda: injustificadas y difamatorias. Quieren reducirme al silencio.

–¿Por qué?

–Averíguelo usted –Laurenti no tenía la menor intención de ofrecer ninguna pauta de actuación a ese tipo.

El carabiniere abrió la tapa de una carpeta de color verde pálido y sacó el balance de los ingresos de Laurenti.

–Su estilo de vida y sus ingresos no cuadran.

–¿Qué quiere decir? No soy el único de la familia que gana dinero.

El carabiniere sacó otra hoja y se la mostró a Laurenti.

–Ésta es la declaración de la renta de su mujer –esa cifra tenía mejor aspecto.

–Si quiere, le haré un poder para que mi banco le permita examinar los documentos.

–Tiene usted tres hijos varones, dos estudiando en la Universidad y uno haciendo el servicio militar. Una de sus hijas vive en Berlín, la otra en Nápoles.

–Sabe usted casi tanto como la policía.

–Ha comprado una casa en una zona en la que residen familias que, en general, disfrutan de una situación económica mucho mejor que la suya.

–Como seguramente ya le habrán dicho, no la compré, sino que la cambié. ¿Está prohibido? Y en lo demás, por favor, remítase a mi banco.

–Es lo que haré. También sin su permiso. ¿Quién cree que quiere silenciarlo?

–¡Ojalá lo supiera! –era absurdo dar detalles al bigotes.

–Trabaja usted en dos casos complejos: el asunto del muerto durante la visita oficial y el caso del médico castrado. ¿Sospecha usted que procede de esa dirección?

–En cualquier caso aún no han tratado de sobornarme.

–Me gustaría saber nombres –apuntó el *colonnello*.

–No puedo mencionarle ninguno –replicó Laurenti con tono ambiguo–. Más bien me interesaría conocer su punto de vista en esta investigación. ¿Busca usted indicios en mi descargo o está aquí para acallarme?

–Usted confunde la finalidad de este tipo de investigaciones, *commissario*. Desea sobre todo eliminar la sospecha... en la medida en que sea posible. Partir de la base de que todo apunta contra usted implica cometer un error táctico. Yo podría valorar eso como una confirmación indirecta de las incriminaciones.

–Pero seguro que podrá decirme por qué no ha hablado con Galvano. Él puede enseñarle los contratos de trueque. Así que hay algo detrás. ¡Usted viene con un propósito! Ahórrese el trabajo. No me han apartado de los casos, así que seguiré trabajando. Podrá juzgarme por eso –Laurenti contempló un buen rato su reloj de pulsera.

–¿El kilometraje de su coche?

–¿De veras le agrada hurgar en la vida de otras personas?

–¿Cuál es el número de su teléfono móvil?

Laurenti sacó el aparato del bolsillo de su americana y tecleó hasta encontrarlo. Cuando se disponía a dictárselo al carabiniere, sonó el teléfono.

–Un momento, por favor –dijo Laurenti contestando la llamada–. ¿Sí?

–Soy yo –la voz de Ziva sonaba alegre–. Sólo quería decirte que me alegro de verte. Salgo ahora.

–Bien. Gracias –Laurenti echó una breve ojeada al hombre sentado enfrente.

–¿Qué tal te ha ido en la entrevista con los funcionarios de asuntos internos?

–Bien, gracias. Te llamaré luego –desconectó el aparato y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

–Iba usted a darme su número –recordó Peso.

–¿Ah, sí?

Laurenti se lo proporcionó sin mirar el teléfono ni una sola vez. Era obvio que se lo sabía de memoria, y que el pisaverde que tenía delante, también. Todo eso era pura retórica. Laurenti no pudo reprimir una sonrisa.

–¿Y ahora? –preguntó.

–Ya veo que carece usted de experiencia en este tipo de investigaciones –el carabiniere se levantó y cerró la carpeta.

–Tampoco me interesan demasiado. De todos modos mis actividades criminales han estado más de veinte años sin ser descubiertas.

–No es agradable ocuparse de los delitos de los colegas –observó Peso con tono de dureza.

–No creo que le haya obligado nadie a abrazar esa profesión.

Así finalizó la entrevista, y Laurenti se alegró de haber dicho al menos la última palabra. Ese memo no lo llevaría al huerto.

*

–Vamos, viejo, arriba, muévete de una vez.

Laurenti tiraba de la correa, pero el bastardo negro sólo se levantó a regañadientes. El asiento trasero del Alfa Romeo, tapizado en piel, se había convertido en pocos días en su

sitio predilecto. Cuando al fin se dignó salir de un salto, y mientras Laurenti cerraba el coche, el perro tiró de pronto tan fuerte de la correa, que su amo estuvo a punto de perder el equilibrio. El motivo del tirón fue Barney, un pequeño terrier que recorría la calle acompañado por Cristina, una amiga de Laurenti.

–Hola, Almirante –Cristina sonrió al verlo.

–¿Pero qué estás haciendo en la calle a estas horas? –preguntó el comisario, a pesar de que eran casi las diez.

Unos días atrás, el pequeño Barney había infligido una humillante derrota al bondadoso Cluzot, a pesar de que éste habría podido zampárselo de un bocado. David contra Goliat... Así habría debido comportarse Laurenti con Peso.

–Tengo que ir a la galería. El revuelo que ha levantado la exposición de Corbijn no cede. Dentro de nada se presentará un periodista que piensa convertir todo el asunto en noticia de primera plana. Y tú, ¿qué tal? Todo bien, ¿no?

–En absoluto. Quieren prohibirme llevar al perro a la oficina, además han iniciado una investigación contra mí, dirigida por los carabinieri. A tu coleccionista, la directora de La Salvia, le molestan mis investigaciones.

–Así que por eso se ha alojado ese árbol de navidad en el Colombia.

Ese hotel figuraba entre las direcciones distinguidas de la ciudad, y a veces se hospedaban en él funcionarios de cierto rango. También los galeristas alojaban allí a sus artistas.

–¿Árbol de navidad?

–Un carabiniere de alto rango con un uniforme impecable. Lo he visto esta mañana.

–En esta ciudad no hay secretos. Todos se enteran siempre de todo, salvo yo. Perdona –su móvil sonaba y, mientras hacía una seña de despedida a Cristina, tiró de su perro y se dirigió a la entrada de la *Questura*.

–¿Qué pasa? ¿No podías hablar? –era Ziva.

–Disculpa, por favor. No habrías podido llamar en peor momento. ¿Dónde estás?

–Llevo media hora de camino y llegaré a eso del mediodía.

–Demasiado temprano –repuso él–. No puedo irme antes de la una.

–Lo suponía. Antes me reuniré con el fiscal.

–¿Con cuál?

–Con el fiscal jefe, por supuesto. Si no lo visito, se ofende. Ya te dije que le haría una visita oficial para no despertar sospechas –explicó Ziva al ver que Laurenti tardaba en contestar–. ¿Ocurre algo?

–No, no. Ahora estoy justo delante de la *Questura* y no puedo hablar. Quedemos para comer en Casa Franco, junto al faro. ¿Recuerdas el sitio?

–¿Cómo podría olvidarlo? Proteo, dime algo agradable.

Él lanzó una breve ojeada en torno suyo, para cerciorarse de que nadie lo escuchaba. Pero aparte del perro, nadie podía oír sus palabras.

–*Ti voglio bene. Tanto bene* –dijo–. Hasta luego.

Era casi imposible cruzar la sala de entrada. La cola de los solicitantes ante la ventanilla provisional del Departamento de Extranjería, que se había instalado allí abajo como

filtro, se había ido alargando en los últimos años y aquella mañana llegaba hasta el otro extremo de la sala. Se abrió paso con esfuerzo, vigilando para que la correa del perro no se enredase entre las numerosas piernas.

Eran las diez y cuarto cuando entró en su oficina.

–Al fin llegas –dijo Marietta con expresión cansina–. Avisaré a Sgubin.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó Laurenti, pero Marietta tenía ya el auricular pegado a la oreja mientras hojeaba documentos con una mano.

Él cruzó la estancia, soltó la correa y echó una mirada al correo depositado encima de su mesa. Cluzot, con un gemido, se sentó en su sitio delante del radiador y soltó un profundo suspiro.

–Aquí estamos –Marietta iba armada con un bloc y Sgubin esbozó un gesto de saludo. Se sentaron ambos a la mesa de las visitas.

–¿Qué queréis?

–Nos convocaste para una entrevista a las diez. Ayer. Y son casi las diez y media. Así que échanos la bronca sin demora, pues cuanto antes acabemos, antes podremos volver al trabajo.

–¡Qué tono más cordial! –Laurenti se levantó y, acercándose a la mesa, apoyó las yemas de los dedos en el tablero–. Quería comunicaros un acontecimiento sensacional: hoy comeré con Ziva Ravno. ¡Caramba, os habéis quedado pasmados! Si lo deseáis, os diré también el nombre del restaurante. No existen secretismos al respecto, aunque estoy rodeado de personas que así lo creen. Pero es una cuestión de carácter. Además, mi mujer está enterada de que la fiscal superior está en Trieste y se reunirá con el fiscal a las once; después me tocará el turno. Fue ella quien me avisó de la puesta en libertad de Petrovac. Os lo cuento a pesar de que no os incumbe en absoluto.

–Me lo figuraba –dijo Marietta–. Cada vez que contabas alguna novedad de Yugoslavia, decías que volverías algo más tarde de lo habitual, y la pantalla del teléfono indicaba una llamada del extranjero. Tres veces por semana.

–Corre el rumor de que mantengo una relación con la señora Ravno y ese rumor ha salido de mi entorno más cercano. Ayer por la noche medité largamente cómo debo actuar al respecto. Comportarme como un inquisidor es absurdo. De todos modos, no me contarían la verdad. Sin embargo, todo el mundo debe saber que estoy al corriente. Lo que se hable entre estas paredes no le interesa a nadie de fuera. Si acaban conmigo, la situación también se complicará para vosotros. Llevamos demasiado tiempo juntos como para que un posible sucesor acepte trabajar con vosotros. Y ahora no quiero escuchar ni una palabra más sobre este asunto. ¿Cómo van las solicitudes de información?

Marietta y Sgubin callaron, confundidos. Laurenti los había despachado sin tolerar la menor protesta. Sgubin, enfadado, apretaba los dientes y miraba con amargura por la ventana. Laurenti era injusto al considerarlo sospechoso de deslealtad. Marietta pensó en el largo pelo oscuro que unos días antes había retirado de la americana de Laurenti.

–¿Hoteles? ¿Laboratorio? ¿Películas?

–Los hoteles son cosa mía –Marietta evitó mirarle a la cara.

–Y yo estoy revisando la lista de llamadas telefónicas de los últimos meses. Los resultados del laboratorio llegarán esta misma mañana y las copias de las películas, también.

Laurenti asintió.

–Sólo una cosa más. El perro seguirá acompañándome en el futuro. Y ahora, a trabajar.

Se sentó ante su escritorio, mientras sus dos ayudantes se disponían a abandonar el despacho.

–Un momento –Laurenti alzó los ojos de los documentos–. Oye, Sgubin, ¿en tu primera visita a La Salvia registraste el despacho de Lestizza?

El aludido negó con la cabeza.

–Marietta, por favor, prepara inmediatamente una orden de registro, ve a ver a Scoglio para que la firme y luego, sin perder un minuto, solicita la autorización del juez de instrucción. Hazlo ya –esperó unos segundos y, tras añadir un largo «por favor», prosiguió–: Cuando subamos, quiero que me acompañe Galvano. A las cuatro y media. ¡Y ay de vosotros como alguien se entere!

Laurenti se sintió miserable. Sin quererlo, se había convertido en un mentiroso. Y castigaba a sus más estrechos colaboradores por ello. «Ojalá no estalle la bomba», pensó, «porque entonces me harían pedazos».

*

El teléfono sonó a las siete de la mañana. Ramsés descolgó muerto de sueño, pero se despertó de golpe al reconocer la voz. Era la noticia que había estado esperando tanto tiempo. El asunto por fin se ponía en movimiento. Su informador de Basilea le mencionó la hora de llegada del jet privado al aeropuerto de Trieste: las once en punto. Despegaría del aeropuerto internacional de Mulhouse-Basilea haciendo escala en Munich para que al llegar a Trieste no fuera necesario presentar el pasaporte. El presidente del consejo de administración de una poderosa multinacional química europea oficialmente volaba para pasar unas vacaciones descansando en el Adriático, en una clínica privada cuya fama trascendía las fronteras del país y que volvería a ponerlo en forma convirtiéndolo en un ex fumador, tal era la explicación oficial. Una excusa muy manida. En realidad, el manager puntero de cincuenta y ocho años llevaba años en la lista de espera de trasplantes y no podía esperar más tiempo, pues su estado de salud empeoraba con demasiada rapidez.

Ramsés colgó, henchido de satisfacción. Era la última confirmación que le faltaba. Tras efectuar unas llamadas telefónicas, acordó la cita para el sábado. La edición dominical de *La Repubblica* publicaría el artículo. Por pura cuestión de lógica, la clínica tendría prevista la intervención ilegal para la semana próxima, pero no llegaría a realizarla. Su artículo aportaba documentación muy minuciosa y las pruebas. Ni la redacción, ni él corrían peligro de ser sometidos a un eventual proceso. Las fuerzas del orden se verían obligadas a intervenir inmediatamente. La lista de las revelaciones espectaculares de

Ramsés se completaría con un buen golpe adicional: su cuenta engrosaría con unos honorarios considerables. El próximo día laborable era el lunes, y entonces sería demasiado tarde. La administración del cementerio le informó por teléfono de que el entierro de Leo Lestizza se celebraría el sábado por la mañana. En la esquila no se mencionaba la fecha. Lorenzo Ramsés Frei se sentía satisfecho. La soledad era su fuerza y tenía que seguir siéndolo. Sus dudas se habían disipado. Sólo tenía que resistir un par de días. El duplicado del material estaba a buen recaudo en la autocaravana de Silvia. Nada podía salir mal. El lunes entregaría al agente de la propiedad inmobiliaria las llaves de la casa, según lo planeado desde un principio.

El resultado de su ronda matinal de control preocupó a Ramsés. A las ocho divisó en el aparcamiento el Fiat Uno blanco con el arañazo en la pintura. No cabía duda, era el mismo coche que lo había esperado en el aeropuerto. Por las ventanillas laterales medio abiertas brotaba humo de cigarrillo a intervalos regulares. Pero hubo otra cosa que le molestó. El coche estaba aparcado justo delante de una autocaravana con matrícula de Graz. Sólo podía ser la de Silvia. Ramsés soltó un taco. Era estúpido por su parte esperarlo allí. Tenía que impedir que los dos chacales del Fiat se dieran cuenta de que había una posibilidad de presionarlo.

Ramsés regresó apresuradamente a su casa, se puso encima de su traje gris el mono con el que solía realizar las labores de jardinería y se metió el arma en la pretina del pantalón. Tomó la salida trasera e intentó subir con el mayor sigilo posible por el camino que llevaba a Via del Pucino, envuelto en los murmullos del follaje. Se volvía continuamente para cerciorarse de que no lo seguían. En cierto momento se sobresaltó. El simpático vinatero de Santa Croce, dueño del viñedo de al lado, lo saludaba en voz alta, pero Ramsés no se detuvo como de costumbre para cruzar unas palabras amables y charlar del tiempo. Tras mascullar un breve saludo, prosiguió presuroso su camino. El hombre lo siguió con la vista meneando la cabeza.

Caminó a buen paso siguiendo las vías del tren hasta llegar a un sendero invadido por la maleza que bajaba hasta la carretera de la costa. En una ocasión se arañó la mano con una rama de zarzal y se limpió la sangre en la pernera del pantalón. Después bajó corriendo los últimos escalones, cruzó la carretera y saltó la pequeña pared divisoria para adentrarse en una finca baldía. Apoyándose en el tronco agrietado de un caqui se aupó hasta alcanzar la barra inferior de la barandilla de hierro que delimitaba el aparcamiento. Tras alzarse un poco y comprobar que la autocaravana se encontraba entre el Fiat y él, Ramsés trepó por encima de la barandilla, sacó la pistola y le quitó el seguro. Acto seguido golpeó con suavidad la puerta del vehículo varias veces. La cara de Silvia apareció por fin en el espejo exterior. Le hizo una seña para que abriera la puerta de atrás sin hacer ruido. Momentos después, se deslizó en el interior del vehículo.

Arrastró de prisa a Silvia entre los asientos y corrió la cortina de la cabina del conductor dejando sólo una pequeña rendija.

—¿Te has vuelto loca? —inquirió iracundo.

—Deseaba hacerte una visita, pero aún era muy temprano —explicó ella con un nudo en

la garganta. Una arruguita causada por el cojín del asiento cruzaba su mejilla. Debía de haber estado durmiendo hasta entonces. Él le apartó el pelo de la frente y le dio un beso fugaz.

–Estás loca. ¿Cuándo has llegado?

–A eso de las cuatro.

Ramsés sacudió la cabeza con gesto de reproche.

–¿Ya estaban ahí cuando viniste?

–¿Quiénes?

–Esos del Fiat blanco de ahí delante.

–No. He permanecido casi todo el tiempo despierta.

–No debes volver a hacerlo. Prométemelo.

–Pero ¿qué es lo que pasa?

–Sé algo que les hará mucho daño. Sólo hasta el domingo, Silvia. Después todo se arreglará.

–Y ahora, ¿qué hago?

–Regresar inmediatamente a la ciudad –contestó Ramsés despojándose del mono–. Pasa lo más cerca del Fiat que puedas, para que no vean que voy andando detrás. Y ahora, basta de preguntas.

Ramsés se deslizó por la puerta y se situó detrás de la autocaravana. Cuando el motor diesel se puso en marcha, contuvo la respiración. Luego, el vehículo comenzó a avanzar despacio. Cuando vio la trasera del Fiat, se agachó y aguardó. Silvia giró para adentrarse en el tráfico fluido que llevaba a la ciudad a los que residían en las localidades vecinas. Ramsés esperó a que el vehículo se perdiera de vista. Luego caminó agachado por el lado del conductor, abrió de golpe la puerta y de un salto se coló detrás de los dos hombres apuntándolos con la pistola.

–*Buongiorno*, aquí estoy. Llevábamos mucho tiempo sin vernos.

El conductor casi se tragó el cigarrillo. Ramsés lo agarró del pelo con la mano izquierda y tiró de él hacia atrás con tanta fuerza que el hombre profirió un grito ahogado. En la diestra seguía empuñando la pistola que apuntaba a su compañero.

Por la radio del coche sonaba un éxito de Rita Pavone. Un breve plop procedente del arma con silenciador la hizo enmudecer.

–Quitaos las chaquetas y pasádmelas. Uno después de otro. Sin prisas. Primero tú, copiloto.

Poco después recibía la cazadora vaquera, que registró.

–Quítate el cinturón.

El hombre obedeció con mirada de furia.

–Póntelo alrededor del cuello. Con las dos manos.

Ramsés apretó los dos extremos alrededor del reposacabezas con tal fuerza, que el tipo se atragantó, y acto seguido lo abrochó.

De momento, el hombre estaba bloqueado.

–Ahora tú. La cazadora.

Con un doloroso tirón proyectó hacia atrás la cabeza del conductor y luego lo soltó.

Encontró la documentación del vehículo y la del conductor en la cazadora acolchada y le echó un vistazo. Eran documentos italianos.

–Y no se te ocurra decirme que te llamas Mario –dijo Ramsés–. Ahora, los pantalones. Uno por uno. Bajaos los pantalones.

El hombre sentado junto al conductor no se movió. El siguiente disparo impactó en la guantera delante de él, conminándolo a obedecer.

–Los calzoncillos también.

–Esto lo pagarás –maldijo el individuo, pero cuando Ramsés apretó el arma contra su nuca, obedeció. La forma en que ambos se despojaron de sus pantalones a pesar de su apurada situación fue de lo más asombrosa.

–Abrid las ventanillas. Despacio.

Obedecieron.

–Tirad fuera los pantalones, y no olvidéis los calzoncillos.

Ninguno se movió. Esta vez, el disparo atravesó el techo por encima del parabrisas.

–Supongo que no seréis vergonzosos –dijo Ramsés cuando las ropas yacieron junto al coche–. No tengo ni idea de lo que os pasa. Y tampoco hace frío. Vamos, arranca.

El hombre cogió despacio la llave y puso en marcha el vehículo.

–Adelante. Dirígete a la ciudad, pero sin hacer tonterías. Y despacio.

Ramsés se rió para sus adentros admirado, porque se le había ocurrido una idea para quitarse de encima definitivamente a esos tipos.

–Mira hacia delante –ordenó Ramsés agitando el arma al observar que el conductor lo acechaba constantemente por el retrovisor.

Un cuarto de hora después recorrían la Rive y Ramsés ordenó que pasaran por delante del hotel Duchi d'Aosta y se dirigieran hacia la gran Piazza Unità, libre de coches. Las mesas situadas delante del Café degli Specchi, sobre las que caía el sol de la mañana, estaban ocupadas por triestinas rubias de mediana edad acompañadas por sus perritos. Ahora tenía que darse prisa.

–¡Para! –el conductor frenó.

Ramsés le descerrajó dos tiros al contacto y el motor se apagó. Los dos municipales situados ante el ayuntamiento miraron hacia allí y se pusieron en movimiento. Ramsés bajó del coche y echó a correr Via Diaz abajo. Algunas bocacalles después oyó que gritaban su nombre.

–Pero si es nuestro faraón suizo –era Galvano–. ¿Tienes prisa?

–Tengo problemas estomacales. Necesito ir urgentemente al servicio.

–Sube a mi casa –Galvano hizo tintinear las llaves de su domicilio y abrió la puerta del *palazzo* del que había salido. En el ascensor, Ramsés bailoteaba inquieto.

–Te prepararé un té bien cargado. Ya verás qué bien te sienta –dijo Galvano desapareciendo en la cocina mientras Ramsés se encerraba en el cuarto de baño, encendía un cigarrillo y se sentaba en el borde de la bañera. Fuera oía el tintineo de la vajilla.

No era fácil escapar otra vez de los consejos de Galvano, pero por otra parte Ramsés

tampoco tenía prisa por retornar a la calle. Con toda seguridad lo habría visto alguien y habría indicado qué dirección había tomado. Rogó a Galvano que le prestara un abrigo porque sentía escalofríos. Después, por razones de credibilidad, entró de nuevo en el cuarto de baño.

–Te llevaré en coche a casa. Más tarde puedes venir a recoger el tuyo. Pídele a Laurenti que te traiga –sugirió Galvano–. O a Laura. Es una mujer realmente exquisita.

*

El viernes, Severino se disponía a volver de nuevo a las oficinas del cementerio de Sant'Anna. En esta ocasión, su secretaria llamó antes por teléfono para cerciorarse de que los documentos estaban listos y su jefe no tendría que hacer ese largo trayecto en vano.

–Si quieres puedes acompañarme –dijo a Dimitrescu–. Después te llevaré a ver los caballos.

Aquella mañana, el médico se mostraba más taciturno de lo habitual. Dimitrescu sacó del compartimiento de la puerta un plano de la ciudad y lo hojeó. Tras observar con suma atención las calles por las que pasaban, las localizaba en el mapa.

–Esta vez espérame en el coche –indicó Severino sacando del bolsillo la cajetilla de tabaco y entregándosela a Dimitrescu–. Volveré enseguida.

Ante el cementerio se había congregado mucha gente. Bajó el cristal de la ventanilla y observó cómo las personas se agrupaban detrás de la puerta para seguir poco después al coche fúnebre que subía por la pequeña calle que desembocaba en los panteones. Las exequias fúnebres parecían celebrarse a destajo. Continuamente se sumaban nuevos grupos, nuevos coches.

Severino regresó al cabo de media hora y, tras echar un vistazo a su reloj de pulsera, despotricó por lo mucho que había durado la gestión.

–Hoy no puedo invitarte a un café –anunció–. He de regresar sin tardanza.

Dimitrescu volvió a grabar en su memoria las calles por las que regresaban al Karst. Su plan se iba perfilando poco a poco.

*

Poco después de las doce Proteo Laurenti aparcó el coche debajo del Faro della Vittoria, un edificio blanco erigido a finales de 1927 para conmemorar que al final de la I Guerra Mundial prevaleciera la *italianità* de Trieste sobre la nacionalidad de los Habsburgo. Desde hacía unos años, su amigo Franco se había hecho cargo de la vieja *trattoria* emplazada al pie de la torre y Laurenti se había convertido en uno de sus parroquianos. Pero desde que vivían en la costa y tenían tan cerca el pueblo de Santa Croce, a Laurenti le remordía la conciencia por haber descuidado un poco la Trattoria al Faro.

El comisario deseaba dar un pequeño paseo con Cluzot antes de que llegase Ziva. No

llevaba bolsitas de plástico ni la correa, pero fuera del centro de la ciudad, eso carecía de importancia. Los municipales sólo aparecían por allí en contadas ocasiones. Empezó a subir la Scala Sforzi, con el perro correteando alegremente unos pasos por delante. El sol estaba alto sobre la ciudad. Laurenti se echó la chaqueta al brazo y disfrutó de la panorámica del puerto viejo. Algunos veleros se habían hecho a la mar: uno de ellos había puesto un *spinnaker* que parecía flotar sobre el mar como una enorme gota de merlot.

Regresaron un cuarto de hora después. El coche de Ziva aún no estaba delante de la puerta.

Franco los saludó sonriente.

—¿Este es el perro del que habla todo el mundo?

—¿Cómo que todo?

—Cuatro —Franco contó los dedos—, han sido por lo menos cuatro las personas que me han contado que en los últimos tiempos siempre se te ve con un diablo negro al lado.

—¿Quiénes?

—Uno nunca revela sus fuentes. De sobra lo sabes. Y he de decir que no es precisamente un cachorro. ¿Es cierto que se llama Almirante?

El perro movió el rabo.

En ese momento se abrió la puerta y entró Ziva. Laurenti estaba salvado. La saludó con un apretón de manos y expresión distante, como tenía que ser en público.

—Franco, ¿nos acomodas en una mesa que dé al exterior? —inquirió el comisario.

El dueño les recomendó un *risotto* con *gamberi* y *bruscandoli*, como se llamaban en dialecto los espárragos silvestres del grosor de un lápiz. Le habían llegado de Istria, donde la niebla no se había mantenido tanto tiempo y la naturaleza iba un poco más adelantada que en el Karst. El plato principal fue una dorada recién pescada a la parrilla.

—¿Qué tal ha ido tu declaración de esta mañana? —Ziva fue directa al grano.

—Un tipo curioso, ese carabinieri. Seguro que aún me provocará muchos quebraderos de cabeza. Quiso saber hasta el kilometraje de mi coche oficial. Carente de emociones, peripuesto, escurridizo. El hombre adecuado para ese trabajo.

—¿Qué más le interesaba?

—Al principio, no mucho. Reiteró las acusaciones. Que cómo financié la casa y qué relaciones mantengo con Croacia. Eso fue todo. No me han citado de nuevo.

—Claro que no. Hoy es viernes, eso sólo ha sido el principio. Dentro de unos días tendrás a dos sentados frente a ti.

—*Buongiorno*, Proteo.

Él se asustó mucho al oír la voz de la mejor amiga de Laura y se volvió sintiéndose culpable.

—*Ciao* —saludó.

—*Buona giornata, signorina* —la entonación despectiva del saludo era inequívoca.

—Saluda a Laura —silabeó Laurenti—. Seguro que la llamarás ahora mismo.

Franco interrumpió esa escaramuza inicial: sirvió el *risotto* sonriente pero sin el menor

comentario. Al perro le había traído un hueso.

–Mira ese yate de ahí fuera, el del *spinnaker* rojo –Ziva señaló hacia el mar–. Apuesto a que se lo están pasando en grande.

–Ya me había fijado en él. Lleva muy buena marcha.

–En verano podríamos alquilar un barco y salir a navegar.

–Necesitaríamos tiempo –adujo Laurenti–. Tiempo y dinero. Y no tener enemigos. En la Piazza Unità han pescado a dos individuos que figuran entre nuestros clientes más fieles. Delincuentes de poca monta, lesiones, robos y cosas por el estilo. Estaban sin pantalones dentro de un coche; tampoco llevaban encima dinero ni documentación. Alguien los burló y le descerrajó un tiro al contacto del coche. Ni siquiera pudieron largarse.

–Es un truco genial. ¿Cómo se los llevaron de allí?

–Tal como estaban. Envueltos en mantas.

–¿Y qué han contado?

–Hasta el momento no han conseguido sacarles una sola palabra. Es evidente que no pueden hablar sin incriminarse a sí mismos.

Callaron unos instantes y contemplaron el Porto Vecchio. Acaba de zarpar el *Grecia*, que cubría la línea de Albania, y abandonaba la dársena del puerto tocando la sirena.

–Por cierto, ¿te acuerdas de Ettore Orlando, el capitán de la Guardia costera? Necesita un contacto informal con uno de sus colegas en Pola o Fiume. Debe de tener problemas por los conductos oficiales. ¿Podrías arreglarlo?

–Lo intentaré –respondió Ziva–. Seguro que se me ocurre algo.

–Entonces podríamos ir a veros juntos, de manera completamente oficial, y yo me quedaría a pasar la noche. ¿Qué te parece?

–Muy bien. Lo pensaré. ¿Qué tipo de relación mantienes con el fiscal Scoglio?

–No somos amigos, pero simpatizamos. Es un buen hombre. Bastante hermético debido a su profesión, pero legal. ¿Por qué me lo preguntas?

–Por Petrovac. Creo que tengo algunas cosas que podrían interesarle.

–Cuéntamelas, Ziva. Es el mejor motivo para legitimar nuestra relación.

–De momento lo hemos sometido a vigilancia. Ha vuelto a su villa y ha ofrecido incluso una conferencia de prensa en la que arremetió contra los agentes de policía italianos. Lo habitual. Parece sentirse a salvo y seguro. Quizá infravalora lo mucho que ha cambiado el aparato de Justicia entre nosotros. Sin embargo, en su situación actual no podemos emprender ninguna acción contra él.

–Sólo sé que Scoglio está bastante furioso por su liberación y que trabaja sin descanso para reunir nuevas pruebas en su contra.

–Entonces seguro que ha sido él quien ha desencadenado la presión política que ejerce la embajada italiana.

–Seguramente.

–Eso me satisface. Al menos, mientras tanto, los investigadores tendremos las manos libres. Y, dicho sea de paso, acabo de enterarme por una llamada telefónica de que el

abogado Romani se reúne hoy con él.

–No me extraña. En los próximos días Petrovac recibirá a todos sus abogados. Y también a sus lugartenientes. ¿No ves que durante todo este tiempo ha dirigido sus negocios desde la cárcel? Y vosotros, al fin y al cabo, no habéis detenido a ninguno de sus principales secuaces.

–No los conocemos. A casa de Petrovac no paran de llegar enormes limusinas, pero ignoramos quién se sienta detrás de los cristales tintados.

–A mí el que más me interesa es Viktor Drakic, si da señales de vida. Un criminal corrupto, frío como el hielo, que se nos escapó hace unos años.

–Tu pesadilla. No me extraña que hables de él en sueños.

–Era un colaborador de Petrovac. Tenía casi el monopolio de la ruta de los Balcanes.

–A lo mejor tu Drakic está en Montenegro o en Albania, si de veras sigue vivo. Adoptar otra identidad es bastante fácil. Hay más pasaportes falsos que arena en el mar. Y en caso necesario bastan un par de intervenciones quirúrgicas para conseguir un nuevo rostro.

Laurenti meneó la cabeza.

–Drakic debe tener cuidado. Con una nueva identidad perdería privilegios y de todos modos tendría que seguir temiendo una traición. Da igual la nariz que tenga. Vive mejor con su viejo nombre. Así los Balcanes permanecen en calma, pues los peces pequeños no saben que está en busca y captura.

–¿Y si no está allí, sino en Alemania, Austria, Eslovenia o Italia?

–Desde luego, eso cambiaría las cosas.

Los interrumpió el timbre de su teléfono móvil. Era Laura, que llamaba desde Venecia. Debía de haber finalizado la reunión con la comisión de expertos sobre el asunto de la *Incredulidad de santo Tomás*.

–Es una copia obra del propio maestro –le informó su esposa–. Eso significa que el original está efectivamente en Postdam, con los alemanes. Pero podría haber sido peor. ¿Te dará tiempo a recoger a Patrizia y a tu madre en la estación?

Laurenti consultó el reloj y maldijo entre dientes. Eran las tres menos cuarto. Llegarían dentro de media hora.

–Lo intentaré –contestó–. ¿Cuándo regresarás?

–Calculo que dentro de unas dos horas.

–Yo aún sigo en Franco. Por cierto, también está aquí tu mejor amiga.

–Lo sé –contestó Laura.

–Nos veremos luego. He de darme prisa o llegaré tarde a la estación.

–Tienes que disculparme –comunicó Laurenti a Ziva después de colgar.

–¿Te marchas?

–¿No te lo había dicho?

La sonrisa de Ziva no le gustó.

*

Al finalizar la comida, que tomó solo en su habitación, Severino llevó al rumano a ver los caballos. Un paseo de casi diez minutos.

–¿Ha comido bien? –el médico parecía nervioso, no paraba de hurgar en los bolsillos de su traje.

–Sí, gracias –contestó Dimitrescu–. ¿Qué le ocurre?

–No encuentro mis llaves.

–Al volver, cerró el coche y abrió la puerta.

–El diablo sabrá dónde las he dejado.

–¿Qué hay del dinero? –preguntó Dimitrescu durante el trayecto.

–Lo recibirá más tarde. La mitad ahora y el resto, después. Tal como convinimos.

–¿Cuándo me lo darán?

–Yo se lo llevaré a su habitación. No sea tan desconfiado. Eso demuestra que puede confiar en mí.

–¿Y por qué no lo ha traído ya?

–Mi mujer lo guarda en la caja fuerte.

–¿Quién me operará?

–Yo –repuso Severino–. Y otro colega. Un médico suizo. Una verdadera eminencia.

–¿Cómo se llama?

Severino se detuvo unos instantes y lo contempló lleno de curiosidad.

–Urs Benteli. ¿Por qué desea saberlo?

–¿Cuándo?

–El domingo, hijo mío. Después, el miércoles o el jueves, regresará con los suyos y todas sus preocupaciones se habrán esfumado. Sin embargo, a lo mejor prefiere quedarse aquí y trabajar. Piénselo bien.

Dimitrescu calló. Habían llegado a los establos y Severino llamó al mozo.

–Disfrute del aire fresco, hace una tarde espléndida. Ayude al mozo, pero no se fatigue demasiado. Si lo desea, también puede montar. Pero siempre con precaución. Es importante que averigüe si le gusta el trabajo. Sería una magnífica oportunidad para usted.

–¿Por qué lo hace?

–Me cae simpático. Eso es todo. Me gusta ayudar a la gente simpática.

La tarde anterior, durante el viaje de regreso, Severino lo había invitado a un café en el Pettiroso antes de recorrer el último kilómetro hasta la clínica. Tras su ataque de cólera en el cementerio había recobrado la serenidad y las buenas maneras. Cuando Emiliano se dispuso a servirles un vaso de vino, Severino lo rechazó con gesto decidido.

–Gracias, pero todavía es muy temprano –se disculpó antes de que Dimitrescu alargara la mano.

–Puede usted moverse con libertad, Vasile –informó el médico–. Pero tenga en cuenta que algunas zonas sólo son accesibles para los pacientes. Los bungalows son terreno privado. Deje en paz a la gente de allí, necesitan tranquilidad. Lo mismo cabe decir de la zona de quirófanos. Permanezca cerca de los establos. El mozo de cuadra se ocupará de usted.

Dimitrescu ayudó a sacar el estiércol y aprendió a cepillar a los caballos hasta que les brillaba la piel, a raspar y engrasar los cascos. Eran animales tranquilos que lo toleraban todo con indiferencia. Terminó el trabajo enseguida. Dimitrescu no entendía por qué se necesitaban dos mozos para cuatro caballos, pero de momento no deseaba preguntárselo a su lacónico colega.

Después de trabajar, Dimitrescu pidió permiso para montar a lomos de uno de los caballos. Era la primera vez en su vida. El mozo le ayudó a subir a la silla y le propinó una suave palmada al animal. No le pasaría nada, le aseguró el mozo, el caballo era manso como una oveja. Se alejaron al paso con Dimitrescu agarrado a las crines. El caballo conocía el camino y se despreocupó del nuevo jinete. A los cinco minutos llegaron a una valla alta que cercaba el terreno y junto a la que discurría un sendero cubierto de huellas de herraduras. En un pequeño robledal divisó una zona en la valla que alguien había reparado de forma chapucera. Dimitrescu se preguntó si Vasile habría podido escapar de haber conocido la existencia de ese agujero. No entendía por qué el médico lo trataba con tanta amabilidad. Estaba allí por un negocio. Una intervención quirúrgica a cambio de dinero. Era impensable que se desvivieran por todos los donantes como hacían con él. El camino de vuelta pasaba delante de una perrera desde la que un dogo argentino y un cachorro de labrador lo observaron con desconfianza. Cuando el caballo quiso tomar el camino que conducía hasta los establos, Dimitrescu lo guió hacia la zona de Administración. El médico no se lo había prohibido. Desde lejos, Dimitrescu vio detenerse un coche delante de la entrada, del que salió un hombre con gafas de sol y una pesada chaqueta de cuero con el cuello levantado a pesar del buen tiempo. El conductor lo guió hasta el edificio. Entonces oyó la llamada del mozo de cuadra. Dio la vuelta y se aproximó a las caballerizas.

–Allí, no. Los caballos no pueden ir ahí –el mozo cogió las riendas y le ayudó a desmontar.

–Montar a caballo no es difícil –comentó Dimitrescu alisándose las perneras del pantalón.

*

Viktor Drakic llevaba viajando desde primeras horas de la mañana y estaba hecho polvo. Primero una de las numerosas limusinas de Petrovac lo había trasladado al centro de Zagreb para, una vez allí, entrar en un garaje subterráneo, donde tuvo que cambiar a toda prisa a otro coche que dos minutos después enfilaba la autopista del sur en dirección a Karlovac. A partir de allí el viaje se tornó más incómodo, y hasta pasadas las once no atravesaron Fiume, donde tomaron un breve refrigerio en el restaurante de un hotel. Después de comer, Drakic se retiró a una habitación donde se conectó al aparato de diálisis que habían instalado para él.

A la una, llegaron a Cittanova, y Drakic subió a una canoa a motor que estaba esperándolo y que zarpó del puerto en cuanto él hubo desaparecido bajo la cubierta. Finalmente cuatro millas antes de Umago fue recogido en un yate de vela impresionante

por dos hombres de rostro colorado. Nada más realizarse el cambio, la embarcación salió a toda velocidad mientras desplegaba un *spinnaker* de color burdeos.

Las autoridades pocas veces abordaban a los barcos deportivos. Era una forma segura de entrar en el país sin necesidad de mostrar el pasaporte. El verano pasado, un largo artículo del *Piccolo* había especulado sobre el número de inmigrantes ilegales que alcanzaban por esa vía los puertos de la orilla italiana del Adriático en temporada alta.

Atracaron en el puerto de yates del Villaggio del Pescatore a las cuatro de la tarde. El humilde pueblo situado en la desembocadura del Timavo, un río subterráneo legendario desde la antigüedad, se había erigido el año 1953 para los refugiados de Istria en esa zona infestada de mosquitos, pero el puerto era un fondeadero muy apreciado, donde también podían atracar barcos de más calado.

Sólo había tres hombres a bordo. Uno de ellos llevaba zapatos con suelas de cuero, un calzado que en otras circunstancias le habría reprochado cualquier aficionado a los deportes náuticos. Bajó a tierra con una bolsa de viaje en la mano y subió a un coche que lo aguardaba. Se había subido hasta la barbilla el cuello de su pesada chaqueta de piel y a pesar de la hora llevaba gafas de sol.

–Bienvenido a La Salvia –Adalgisa Morena le tendió la mano al nuevo paciente, pero éste se limitó a esbozar un gesto de saludo con la cabeza–. ¿Ha tenido buen viaje?

–¿Dónde está mi habitación? No me encuentro muy bien –Drakic no le prestó atención.

–Enseguida lo acompañarán arriba. El doctor Severino, mi marido, y el doctor Benteli quieren verlo inmediatamente. El reconocimiento durará poco.

Adalgisa Morena apretó un botón y se presentó uno de los enfermeros, que cogió la bolsa y condujo al hombre fuera de la habitación.

Así que ése era el amigo y aliado de Petrovac, por el que se veían obligados a correr un riesgo enorme precisamente en un momento tan complicado. Pero no tenían elección.

Al atardecer refrescó en el Karst y Adalgisa Morena cerró la ventana. Se alteró muchísimo cuando divisó de nuevo a los policías en el complejo.

«Maldita sea», pensó, «creía que eso estaba definitivamente zanjado». Luego marcó el número de recepción.

–Por favor, acompañen inmediatamente a esos caballeros a mi despacho.

*

–¿Es que a partir de ahora piensas obligarme a trabajar todas las tardes? –inquirió Galvano.

–¿Por qué lo preguntas? –gruñó Laurenti.

Había permanecido en silencio todo el viaje, sentado al lado del conductor e intentando establecer relaciones entre los escasos resultados que habían conseguido hasta el

momento. Trató de no prestar atención a la charla de Galvano, que hablaba a Sgubin de una inminente operación de cambio de sexo que iba a efectuarse en el hospital de Gattinara. El *Piccolo* la había anunciado con grandes titulares: dos pacientes iban a ser intervenidos ante las cámaras, y al parecer Trieste iba a desempeñar un papel destacado. Igual que con los cerdos de Sant'Anna.

–Ayer por la tarde, la casa de Lestizza, hoy la clínica. Sería muy amable por tu parte avisarme con anticipación. Tengo que planificar mi tiempo.

–¡Basta, Galvano! Si no hace usted más que lamentarse de que no tiene nada que hacer.

–¿Con o sin sirena? –preguntó Sgubin mientras frenaba ante el portón de La Salvia, junto al portero automático.

–Sin –contestó Laurenti con expresión sombría–. Aún así se montará una bronca tremenda.

–Déjame hablar con la señora –sugirió Galvano–. Mantengo buenas relaciones con ella. Apuesto a que no me niega lo que le pida.

–Yo no tengo nada que pedirle. Traigo una orden de registro y me gustaría conocer de una vez la identidad de ese hombre.

El motor eléctrico zumbó y el portón de hierro se deslizó despacio hacia un lado. Sgubin se detuvo en el aparcamiento situado ante la sección administrativa. Cuando entraban en el edificio, vieron a un hombre con gafas de sol y una chaqueta de cuero con el cuello levantado que bajaba por las escaleras. Un enfermero transportaba su bolsa de viaje y lo guiaba hasta otra sección de la clínica.

–Tengo órdenes de llevarlos ahora mismo a ver a la jefa –informó la mujer de la recepción.

Laurenti blandió la orden de registro.

–Llévenos al despacho de Lestizza. ¿Dónde está? –echó a andar como una tromba–. ¿Por la escalera o por el pasillo?

–Primer piso –contestó la mujer titubeando–. Pero no tengo la llave.

–Pues consiga una. Y deprisita.

La puerta del despacho de Lestizza estaba cerrada, pero poco después oyeron cómo desde dentro giraban la llave en la cerradura.

–Ya les rogué en otra ocasión que evitasen cualquier forma de llamar la atención. Romani, nuestro abogado... –Adalgisa Morena no pudo terminar la frase.

–Su abogado me ha introducido en el mundo de la política –la interrumpió Laurenti–. Pero eso no cambia un ápice el hecho de que tengamos que examinar estas habitaciones –le entregó la orden de registro–. Y si llego a la conclusión de que esto no es suficiente, el registro se hará extensivo a toda la clínica.

Se deslizó junto a ella en el despacho de Lestizza y soltó la correa al perro.

–Vamos, busca, pequeño. ¿Dónde desemboca esta puerta?

–En la consulta del doctor Lestizza y en una habitación privada –Adalgisa Morena no se dignó dedicar una sola mirada a Galvano, que le tendía la mano con expresión

radiante. Se acercó al escritorio y alargó la mano hacia el teléfono.

–Desde aquí no –le ordenó Laurenti–. Por favor, utilice otro teléfono.

Ardiendo de rabia, salió taconeando con furia.

–Bueno, empecemos de una vez –dijo Laurenti.

–Hablando de otra cosa, esta mañana temprano he tenido que llevar al suizo a su casa. Presentaba un aspecto deplorable –comentó Galvano–. Y en medio del aparcamiento de vuestra casa había tirados dos pantalones de hombre y la correspondiente ropa interior. Eso en mis tiempos no pasaba.

–Hasta ahora la zona de contactos homosexuales estaba a un par de kilómetros, en el aparcamiento de la Costa dei Barbari. Ojalá el ambiente no se haya desplazado hasta tu casa –comentó Sgubin.

–¿Qué es lo que vio? ¿Dos pantalones de hombre? ¿Y por qué no me lo ha contado hasta ahora? Sgubin, envía allí una patrulla ahora mismo. Que recojan esa ropa, calzoncillos incluidos.

–¿Acaso necesitas pantalones, Laurenti?

–Venga, Galvano, a trabajar.

–¿Por dónde empiezo? –inquirió Galvano ante una estantería repleta de archivadores.

–Por donde le apetezca. Recorra estas habitaciones como si fuesen tuyas. Como si fuera usted médico.

–Y lo soy, Laurenti. ¿Qué te figurabas?

*

–Vasile, cuando te canses, vuelve a tu habitación y tumbate un rato. No te esfuerces –le aconsejó el mozo de cuadras.

–¿Y eso quién lo dice? –Dimitrescu lo miró con curiosidad.

Esperaba que el mozo le mandara irse, y no había parado de sentarse una y otra vez, como si estuviera cansado. Llevaba en el bolsillo el manojito de llaves del médico. Ahora sólo le faltaba la ocasión.

–El doctor. Me dijo que cuidase de ti. Que te conviene tomar el aire, pero que estás enfermo y no debes agotar tus fuerzas. Yo haré el trabajo solo. Gracias por tu ayuda.

Dimitrescu no se movió.

–¿Y qué más dijo?

–No te preocupes, chico, pronto te recuperarás. No es nada malo. Dentro de tres días estarás como nuevo. Pero tienes que cuidarte hasta que todo haya pasado. Ve a tu habitación. Puedes volver mañana.

Dimitrescu estrechó la mano del mozo y le dio las gracias, después emprendió el regreso al edificio principal por el camino que cruzaba el parque. El sol ya estaba bajo cuando recorría la fachada, ocultándose una y otra vez tras los arbustos del jardín delantero apenas oía cualquier ruido. Una de las habitaciones de la planta baja tenía la luz encendida y las cinco ventanas abiertas. Dimitrescu se arrodilló junto a la pared, atisbó y aguzó los oídos.

–Drakic tiene mal aspecto –decía una voz de hombre–. En el accidente de hace un par de años sufrió gravísimas quemaduras, amén de daños renales. Lo han tratado demasiado tarde y muy mal. Él afirma que sucedió en Albania. Es un milagro que siga con vida. Nos dará mucho quehacer. Un trasplante de piel de gran envergadura. El domingo recibirá el riñón; de su estado dependerá lo que hagamos a continuación. Seguramente permanecerá con nosotros una temporada hasta que su rostro recupere su aspecto normal.

–Es de constitución robusta –era la voz de Severino–. Creo que lo superará mejor que nosotros.

–El paciente de Basilea no llegará hoy –Adalgisa Morena recorría, nerviosa, la habitación de un lado a otro–. Ha llamado hace un cuarto de hora. Tiene que quedarse en Munich hasta mañana.

–Da igual. En ese caso haremos los tests mañana mismo después del entierro de Leo. Queda tiempo de sobra para disponer los preparativos –Benteli, como sucedía siempre en tales ocasiones, permanecía tranquilo.

–Laurenti me saca de mis casillas. Han irrumpido aquí igual que los hunos. Y Romani se reúne hoy con Petrovac. Su despacho quiso enviar a un colaborador, pero insistí en que viniera Romani. Espero que no tarde. ¿Qué pasará si la policía se presenta de nuevo? ¿Y si lo hace el domingo? ¿Que hay del fichero de pacientes? –la mujer se pasó la mano por los cabellos.

–No te pongas nerviosa, querida. Calma, mucha calma –de nuevo era la voz de Severino–. Esté o no esté aquí Romani, eso no altera en nada el hecho del registro. Al contrario, después de tanto fanfarronear y de tantas promesas tendrá que admitir que le preguntemos cómo ha sido posible que no nos haya quitado de encima al susodicho Laurenti. Pero ¿qué va a encontrar éste? La parte de nuestro fichero de pacientes que podría interesarle está a buen recaudo en una caja fuerte de la ciudad y no dará con él.

–Es que sencillamente no aguanto a ese gilipollas presuntuoso que por lo visto se siente invulnerable. Ni tampoco a su chuchito negro –Adalgisa temblaba de rabia–. ¿Con qué derecho viene aquí a amargarnos la vida cuando ni siquiera nosotros sabemos qué muerte llevaba Leo sobre su conciencia? ¿Qué datos pueden averiguar si ni siquiera nosotros avanzamos? Pasé una tarde entera en las habitaciones de Leo sin encontrar el menor indicio. ¿Cuándo acabará esto de una vez?

Urs Benteli se levantó y se puso el jersey que hasta entonces llevaba al cuello, atado encima del polo verde de Lacoste.

–Es evidente que el brazo de Romani no es lo bastante largo. Pero a mí eso no me preocupa demasiado. Deja que registren las habitaciones. ¿Qué más pueden hacer? Es extraño que no lo hayan hecho antes. Muéstrate encantadora, como siempre.

–Tengo que subir el dinero a la habitación del rumano –informó Severino–. Gracias a Dios, parece haberse calmado. Después ya no nos ocasionará más preocupaciones.

–¿Qué ocurrirá si se larga? Porque entonces, además de los restantes problemas, habremos perdido el dinero.

–No se irá, Adalgisa. ¿Por qué eres siempre tan desconfiada?

Ella abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre abultado. Dimitrescu apenas podía apartar la vista de los fajos de divisas de distintos países. La mujer cogió un puñado de dólares y los contó en presencia de Severino.

–Hablaré con los policías y les ofreceré mi ayuda –dijo Severino–. Como especialista, valga la expresión. Tranquilízate.

–El entierro es mañana a primera hora –Adalgisa Morena se sentó–. Iremos juntos. A las diez y cuarto.

–¿Cuánto durará? –quiso saber Benteli.

–Estaremos de vuelta antes de la una.

–Ahora voy a ocuparme del tal Laurenti –anunció Severino dirigiéndose hacia la puerta.

Dimitrescu oyó cerrarse una ventana por encima de su cabeza. Se alejó con sigilo de allí, pegado a la fachada. Para entonces se habían iluminado casi todas las ventanas del edificio. Un hombre miraba desde una de las dependencias del último piso. Dimitrescu prosiguió de prisa su camino hacia la entrada lateral y subió las escaleras hasta su habitación.

–¿Qué desea usted? –rugió Adalgisa por teléfono tras aceptar a disgusto la conversación. Su secretaria había intentado en vano librarse de su interlocutor.

–Gracias por la escolta. Ya no es necesaria –dijo Lorenzo Ramsés Frei.

–No sé de qué me habla –repuso mientras caminaba inquieta alrededor de su mesa. ¿Qué diablos querría ese hombre que hablaba con tanto retintín?

«Romani: ¡Frei!», anotó furiosa en un papel.

–Hoy han detenido en la ciudad a dos hombres desnudos. En la Piazza Unità. Yo mismo los dejé allí. No se haga la ignorante.

–Es usted muy enigmático –y la verdad es que ella ignoraba a qué se refería.

–Contenga usted a sus perros, *signora*. Hasta ahora lo he tolerado. No he comunicado a la policía ni siquiera lo de los bidones de gasolina. Pero como vuelva a pillar a alguien siguiéndome, a quienes explotará una bomba será a ustedes.

Ramsés había meditado largamente si merecía la pena ocuparse ahora del asunto. El artículo se publicaría el domingo, todo estaba listo. Pero luego concluyó que debía presionar a la directora de La Salvia, pues estaba convencido de que había sido un error entregar a los dos hombres aquella mañana. La estupidez de esos tipos le había proporcionado una enorme ventaja. El riesgo de que lo sometieran a vigilancia en un santiamén sustitutos más aventajados que aquellos dos inútiles sin pantalones, era grande. La única posibilidad que le quedaba era el ataque frontal.

–Pero ¿quién es usted? –Adalgisa no se dejaba intimidar tan fácilmente.

–Operaciones ilegales, señora, que llegan hasta el crimen perfecto, camuflado por ciertos médicos.

–¡Basta de niñerías! No entiendo una sola palabra. ¿Qué desea usted?

–Mantenga alejada a su gente. Si me sucede algo, volverá a salir a la luz el caso Lestizza.

–¿Qué tiene usted que ver con mi primo?
–Recuerde lo que le he dicho –Ramsés colgó.

*

–No cabe imaginar un entorno más neutro –decía Galvano–. Estas habitaciones son más estériles que el instrumental quirúrgico.

–Ni siquiera Cluzot ha encontrado algo –Laurenti alzó los brazos y apoyó los puños cerrados en el cristal de la ventana, junto a su cabeza. Luego echó un vistazo al patio y vio pasar a un hombre joven que le resultó familiar, pero no tuvo tiempo de detenerse a pensar de quién se trataba. Galvano seguía rezongando sin parar.

–¿Qué hacemos? –Laurenti se volvió de repente.

Sgubin estaba arrodillado en el suelo, rebuscando en el último estante de un armario que aún le quedaba por registrar.

–A casa –dijo Galvano–. Hemos perdido el tiempo.

–¿Ha visto alguna vez algo parecido, doctor?

–Naturalmente. Es lo que yo habría hecho si fuese el dueño del establecimiento. Han limpiado las habitaciones dejándolas preparadas para que el sucesor pueda ocuparlas en cualquier momento. La clínica tiene que seguir funcionando.

–No se encuentra tan deprisa un médico nuevo.

Galvano desechó la objeción con un gesto.

–¿Qué sabrás tú? Por ahí hay un montón de gente que sueña con trabajar en un lugar como éste.

En ese momento llamaron a la puerta y entró Severino.

–Caballeros, les ruego me disculpen por haberlos dejado solos tanto tiempo. Pero pensé que sería mejor no molestarles durante su trabajo. Sé lo que son estas cosas. ¿Han hecho algún progreso?

Laurenti lo miró lleno de curiosidad.

–¿Tienen ya un sucesor para Lestizza?

–¡Menuda ocurrencia! No es nada fácil. Una terrible pérdida para la clínica. De momento incluso nos estamos viendo obligados a rechazar clientes. Por eso está tan nerviosa mi mujer. Por favor, no se lo tomen como algo personal. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

–¿Dónde está el fichero de pacientes? –preguntó Laurenti.

–Lo siento: secreto profesional. ¡No hay nada que hacer! No se encuentra en esta casa. Hable usted con nuestro abogado –Severino sonreía con amabilidad.

A Laurenti le costó trabajo dominarse.

–Como quiera –repuso al fin–. Ya puede usted prepararse para lo que va a pasar. Existen otras posibilidades –él intuía que ni con el apoyo de otros veinte agentes habría encontrado algo durante el registro de los despachos. Severino se mostraba demasiado tranquilo como para estar mintiendo.

Laurenti pasó a su lado sin despedirse, Galvano murmuró un «buonasera» y Sgubin un

«grazie». Laurenti meneó la cabeza. ¿Qué demonios estaría agradeciendo ese tipo? Abandonaron el edificio por la entrada lateral. Sgubin tuvo que apartar el Alfa Romeo antes para que pudieran subir.

Mientras tanto, alguien había embutido un coche pequeño en el hueco de al lado.

*

Romani llegó a la clínica a las ocho de la tarde. Estaba cansado, el viaje de Zagreb a Trieste había sido fatigoso y la conversación con Petrovac, enervante. El hombre mantenía el mismo séquito que antes de su detención. Continuamente irrumpía alguien interrumpiéndolos. Romani tenía la impresión de que Petrovac no prestaba atención a sus explicaciones. Fumaba como una chimenea; ni que en la cárcel estuvieran prohibidos los cigarrillos... Sin embargo, en la trena no le había faltado de nada y había vivido a cuerpo de rey. Petrovac provocaba continuamente a Romani.

–Mis abogados croatas han hecho bien las cosas, Romani. Como ves, estoy libre. ¿Pero qué pasa con los italianos? ¿Por qué siguen sin dejarme tranquilo?

Romani intentó explicarlo y defenderse, pero Petrovac se limitaba a denegar con la mano.

–Basta de palabrería. ¿Te pago mal acaso? No, ésa no puede ser la razón. A lo mejor debería cambiar de abogado. ¿Qué opinas? –y sin dar tiempo a Romani para responder, prosiguió–. Ahora, seguro que vas a decirme que otro abogado tampoco resolvería todos mis problemas. Siempre la misma canción. Pero espero resultados. Mi gente de allí me ha dicho que los negocios van peor de lo esperado. ¿A qué se debe?

–Por desgracia, la colaboración entre las autoridades fronterizas italianas y las eslovenas se ha estabilizado desde hace algún tiempo. Los caminos que cruzan el Karst están más vigilados que nunca. Hasta los policías alemanes encargados de proteger las fronteras acudieron para estudiar el modelo de las patrullas fronterizas conjuntas. Y los croatas, deseosos de entrar en la UE, también están redoblando sus esfuerzos.

–Paparruchas.

–En segundo lugar, la división especial del fiscal Scoglio sigue, como siempre, tus pasos.

–¿Cuándo lo viste por última vez?

–Hace un par de días. No pude averiguar nada. Siempre lo mismo.

–A lo mejor deberíamos duplicar nuestra oferta a ese hombre.

–No es un tipo que se deje sobornar. Su único objetivo es meterte en chirona. Y se mantendrá fiel a él hasta la muerte.

–En eso le ayudaré de buen grado –Petrovac se reclinó en su sillón, apoyó los brazos en el respaldo y cruzó las piernas. La chancla amarillenta de andar por casa, de piel de serpiente, que se balanceaba en su pie brilló a la luz.

–Reforzaron su escolta en cuanto se conoció tu libertad.

–¿Y qué pasa con la clínica? ¿Han aceptado?

–Propongo que lo discutas personalmente con Morena. El asunto se ha complicado

más. Lo de Lestizza ha sido un duro golpe. Todavía ignoramos quién está detrás, pero he sabido por el entorno de Scoglio que sospechan que eres el instigador. Eso no provoca precisamente alegría en la clínica.

Petrovac se incorporó y dio un puñetazo en la mesa.

–Diles a esos mierdas que como no obedezcan ya pueden ir echando el cierre.

–Las cosas no son tan sencillas –replicó Romani alzando la voz–. Tú has invertido mucho dinero, Petrovac. Demasiado como para arrojarlo todo por la borda. La clínica es más productiva que cualquier otra inversión. No olvides a cuánta gente has introducido clandestinamente por allí.

–¿Qué tal está Drakic?

–Aún estoy esperando noticias.

–Si cometen el más mínimo error, lo pagarán caro. La intervención tiene que ser perfecta. Bastante ha tenido que esperar ya. Le debo mucho.

Petrovac se fue serenando poco a poco. Después de comer, se retiró a echar una cabezadita y ordenó a Romani que lo esperase. El abogado se pasó toda la tarde solo en el salón. No entendía el idioma de las revistas que había por allí. Se aburrió hasta que recibió la llamada de la clínica y se enteró de que la policía estaba registrando las habitaciones de Lestizza. Cuando supo que estaban limpias, ordenó que no molestaran a los agentes y los dejaran trabajar en paz. Después se levantó, recogió sus documentos, cerró su maletín y se marchó.

–Dile a Petrovac que vuelvo a casa. Ha surgido un asunto urgente –comunicó a uno de los hombres armados que vigilaban la casa.

Cuando Romani, tras un viaje de cuatro horas, penetró en la clínica ya había oscurecido. Hacía mucho tiempo que en el despacho de Adalgisa Morena no se veía luz un viernes por la tarde después de las ocho. Todos rodearon al abogado presas del nerviosismo. La tensión se mascaba en el ambiente.

–Tranquilos –dijo Romani después de que Adalgisa, enfurecida, le informase de la nueva visita de Laurenti.

Ella temía que regresara en los próximos días y perturbase la actividad de la clínica. Y si empezaba a interrogar a los pacientes, la noticia se propagaría a una velocidad vertiginosa. No consiguió hablar de las amenazas del periodista sin deshacerse en zafias imprecaciones.

–La policía no obtendrá tan fácilmente una orden para registrar las habitaciones, y el fichero de pacientes está a buen recaudo, a no ser que las investigaciones se dirijan contra alguno de vosotros por su relación con los pacientes. Pero ése no es el caso –los apaciguó Romani–. El asunto del periodista es más sencillo. Bastará con una simple advertencia a las autoridades.

Lo miraron inquisitivos.

–Pienso echarle al cuello a Laurenti. Y éste se quedará asombrado cuando vea la cantidad de trabajo que de repente se le viene encima.

–Eres un cretino presuntuoso, Romani. Fue un error mandar a esos idiotas a que lo

vigilaran –Adalgisa Morena hablaba en voz baja, pero sus palabras cortaban el aire de la habitación igual que un florete–. Si lo hubieras dejado en paz, nada habría sucedido.

–¿Y quién me pidió que lo hiciera? Pero, dejemos eso, contadme cómo se encuentra el nuevo paciente. ¿Qué tal está? Todo debe salir bien, o tendréis que véros las con Petrovac.

–Su estado es delicado, pero es un hombre fuerte –informó Severino–. Ya sólo esperamos al cliente de Basilea.

–Mantenedme al corriente, Petrovac quiere ser informado –Romani se levantó–. Si no os parece mal, me marcho. Tengo cosas que hacer. No asistiré al entierro de mañana.

Despertar de sábado

Laura no lo oyó levantarse y deslizarse fuera de la alcoba. Soltó un prolongado bostezo y se estiró. Hasta el perro, que se había tumbado junto al radiador apenas regresaron del despacho, roncaba profundamente. Proteo Laurenti quería aprovechar la mañana del sábado para analizar los datos que habían llegado el día anterior y aclarar sus ideas cuanto antes. A las seis de la mañana nada le distraería en su cercano despacho.

Se habían acostado después de las tres. Patrizia, su hija preferida, había hablado de Nápoles, donde participaba como estudiante en excavaciones arqueológicas. Poco tiempo atrás había hecho un hallazgo espectacular de restos humanos bien conservados, con su ropa y sus broches, que, según averiguó, pertenecían a dos esclavos romanos que habían intentado huir de la destrucción de Pompeya, pero en vano, pues durante su fuga quedaron sepultados bajo una capa de ceniza de varios metros de espesor.

Laura, Patrizia, Proteo y su madre fueron a Franco a cenar. Era la segunda vez ese día que Laurenti comía allí.

—¿Otra vez tú? —exclamó Franco al verlos entrar.

Los acomodó en la mesa favorita de Proteo, ubicada en la sala delantera. Laura informó de la comisión de Caravaggio en Venecia, su madre se abandonó a los recuerdos de su marido, muerto hacía muchos años, y habló con orgullo de las hermanas de Laurenti, la mayoría de las cuales ocupaban puestos importantes. Sólo Proteo se había hecho policía, lo que sonaba como un reproche, sobre todo porque uno de sus hermanos, un panadero, se había convertido en los diez últimos años en propietario de una empresa con once sucursales. Un buen bocado en Salerno. Proteo prefirió no pensar en los contactos con el crimen organizado que se necesitaban para eso. Desde los sobornos hasta las licencias... le parecía muy improbable conseguir un éxito comercial semejante en el sur de Italia sin los contactos correspondientes.

Laura y él sólo pudieron hablar tranquilamente con Patrizia de su desgracia personal después de regresar a casa y de que su madre se hubiera ido por fin a dormir. Se había quedado embarazada sin querer, y había perdido el niño queriendo. ¡Qué manera de hablar! Patrizia, de cabellos negros como ala de cuervo heredados sin duda de él, no tenía novio por el momento, lo que en cierto modo tranquilizaba a Proteo. Que una vez

más se vio obligado a soportar las burlas de las mujeres por sus celos.

Había bebido y hablado demasiado, y más tarde, en sueños, recordó todos los fragmentos de la conversación entremezclados con la visita a la clínica, la cara del prefecto, el cruce de palabras con el carabiniere, el cuerpo de Ziva, el *spinnaker* rojo frente a la ciudad y los ojos rojos de Cluzot. El colmo fue que después lo persiguió un puma furioso escoltado por seis cerditos de color rosa. Necesitó una prolongada ducha caliente para ahuyentar poco a poco las pesadillas de esa noche.

Contempló durante largo rato la nota colocada bajo el limpiaparabrisas de su coche. Estaba impresa por ordenador, y con toda seguridad no encontraría ninguna huella de su autor en el papel corriente del que se vendían a diario miles y miles de toneladas en las tiendas. Los especialistas de Padua o Parma podrían averiguar el tipo de impresora, pero ¿para qué?

«El asesino del doctor Leo Lestizza es el periodista Lorenzo Frei, domiciliado en la Strada Costiera 87, ciudadano suizo.»

El número de la calle no era correcto, ni se mencionaba su nombre de pila, Ramsés, y tampoco era periodista, sino escritor, según había confesado él mismo a Laurenti. Aunque no daba la impresión de andar escaso de dinero, ¿qué relación podía tener con un presumido cirujano plástico que se dedicaba a absorber la grasa de los gordos culos de los ricos, alisar las bolsas de sus ojos y enderezar sus tetas? Laurenti meditó durante un buen rato si debía investigar el dato o no, y acabó dejando a un lado la nota. Como es lógico, también Ramsés estaba invitado a la fiesta del día siguiente, así que tendría ocasión de preguntarle. Hoy era el entierro de Lestizza, y deseaba asistir sin ser visto. Después tenía que volver a toda prisa a casa para ayudar a Laura en los preparativos.

Laurenti cogió el expediente de Lestizza y sacó el listado de llamadas remitido por las compañías telefónicas el día anterior. Marietta había grapado encima una lista detallando la frecuencia y las personas con las que había hablado Lestizza. Tres colegas de Estambul, dos de Viena, Zurich, Budapest, el número de una importante sociedad bancaria de Chiasso, localidad suiza fronteriza con Italia y mencionada con bastante frecuencia en las investigaciones contra aquellos que tenían tanto dinero que las cámaras acorazadas italianas se les quedaban demasiado pequeñas y necesitaban recurrir a la hospitalidad suiza, en este sentido ilimitada. Luego aparecían diversos teléfonos particulares y con mucha frecuencia el número del restaurante del mejor hotel de Trieste. Pero a ese número, según percibió de una ojeada por la regularidad de las llamadas, el médico sólo podía haber telefoneado para reservar mesa. A Laurenti no le gustaba aquel establecimiento, así que tendría que ser Sgubin quien se molestase en averiguar con quién solía acudir a cenar Lestizza. Esos contactos telefónicos con colegas del extranjero... ¿Habría dado Galvano en la diana una vez más al sospechar que Lestizza era un «cirujano ambulante»?

Después sacó de la tapa de la carpeta las tiras de fotos. Eran cualquier cosa menos situaciones inocentes. Así que por eso habían tardado tanto las copias. ¿Por cuántos sitios habrían pasado hasta entonces? Las jovencitas de las fotografías que pasaban las

vacaciones con Lestizza parecían chicas de bachillerato. Sin embargo, estaban pervertidas hasta la médula. Había más instantáneas que retratos. Lestizza era sin ningún género de dudas un pornógrafo aficionado, y desde luego no había llevado una vida tan solitaria como se decía. Una anotación burlona de Marietta señalaba que ninguna de las «caras» había aparecido en el fichero digitalizado de clientes. Laurenti devolvió las fotos a la carpeta y sacó un voluminoso escrito. Lo había enviado Tozzi, su colega de la Guardia di Finanza. Era el contrato de sociedad de la clínica del Karst. Laurenti se despertó de golpe y echó una rápida ojeada al documento de veinticuatro páginas. Eran cuatro socios. A tres los conocía, Lestizza, Morena y Severino. El cuarto era una sociedad extranjera, de La Valletta, Malta. El nombre no le dijo nada. Por todas partes había firmas dudosas, de las que nadie sabía lo que ocultaban detrás. Lo único seguro era que tras la empresa de Malta que tenía acciones en una clínica de cirugía estética del Karst no se escondían malteses. Detrás de Malta, sin duda, habría una empresa con sede en Suiza, Liechtenstein, Anguila, o las Bahamas, y detrás de ésta otra más, de los Balcanes o de Italia, Austria, Alemania. Y así sucesivamente. ¿Y quién cobraba al final? Con toda seguridad, Hacienda no.

Echó un vistazo al reloj y vaciló. Aún no eran las siete y media. Ziva Ravno contestó con voz adormilada, pero pareció alegrarse de su llamada.

–¿Tan temprano? ¿Por qué no estás aquí? –preguntó con tono sugerente.

–Estoy en el despacho.

–¿Ha sucedido algo?

–No podía dormir. Eso es todo. Sólo quería oír tu voz.

–¿Por qué no vienes?

–Nada me gustaría más. Pero más tarde se celebrará el entierro de ese médico. Sólo quería oír tu voz antes de irme. Sigue durmiendo.

Colgó. Había oído pasos en la antesala, y poco después, Marietta asomaba la cabeza por la puerta. Laurenti consultó de nuevo el reloj. Ella jamás llegaba tan temprano, y mucho menos en sábado.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó.

–Tengo que redactar el informe sobre los hoteles. A lo mejor ya ha contestado alguien. Proteo, dale de beber a tu perro.

Desapareció al momento, y él oyó cómo encendía el ordenador situado junto a su mesa. ¿Qué diablos estaba pasando? Ziva no estaba decepcionada y Marietta había olvidado su enfado con él. Laurenti se levantó y le puso la correa al perro.

Quería leer la prensa mientras tomaba un café. Para estar bien informado en Trieste había que empezar el día con el *Piccolo*. Después seguían *La Repubblica* y *Corriere della Sera*. El titular de la sección cultural estaba dedicado al intento de censura de la galería de sus amigos y concluía con las consabidas palabras del subsecretario de Cultura: *Yo no fui el que envió a los vigili. Como es natural, vi la exposición, porque alguien me habló de ella. Mi juicio es decididamente negativo*. Después, Laurenti no pudo evitar reírse con ganas. Al menos una de sus mentiras del día anterior había tenido éxito: *¿Michael Jackson en el Karst? Según rumores sin confirmar, la superestrella americana es*

esperada hoy por la mañana en una clínica privada de Prepotto, donde un escogido equipo de especialistas efectuará un nuevo intento de darle una nariz de aspecto más humano, después de que sus anteriores cirujanos rechazasen tajantemente nuevas intentonas. Desde las últimas intervenciones de los médicos norteamericanos, la técnica ha hecho grandes progresos. La prestigiosa clínica La Salvia está en vanguardia y pasea por todo el mundo el nombre de nuestra ciudad. Pero se trata de un simple rumor. La Questura no ha confirmado que se hayan adoptado medidas de seguridad adicionales. La dirección de la clínica lo desmintió, por supuesto, y el manager del músico declinó hacer declaraciones. A pesar de todo no se puede descartar que la estrella pop aterrice en Ronchi en un avión privado y sea conducido desde allí hasta Prepotto en una limusina con los cristales tintados... o que todo sea una pura invención para favorecer las ventas del nuevo CD de la superestrella.

—¡Te quiero, Rossana! —Laurenti rió en voz alta y dobló el periódico muy satisfecho.

¡Menudo mes de marzo! Schröder, Ypsilantis Cuza, Ziva Ravno, Ramsés, Corbijn... y seis naciones, Alemania, Holanda, Malta, Suiza, Rumanía y Croacia. Todo allí, en Trieste. Y además un puma en el Karst que cruzaba la frontera a su antojo y sin pasaporte. Y ahora, encima, un falso Michael Jackson. Aquello era un manicomio.

Laurenti regresó a la *Questura* justo a tiempo. Reconoció en el acto la espalda del hombre que subía la escalera de la izquierda, la de la alfombra roja. Así que ya podía ir preparándose. Era el camino para ir a ver al jefe, y el abogado Romani debía de estar citado, pues de otro modo no le habrían permitido el paso. Laurenti tomó la otra escalera y subió corriendo a tal velocidad que el cojo Cluzot, pensando que quería jugar, intentó atrapar con la boca el extremo suelto de la correa.

—Marietta —farfulló Laurenti sin aliento—, por favor, vigila al perro. Romani se dirige a ver al jefe. Quiero reunirme con él.

Esta vez su ayudante no protestó. Conocía demasiado bien esa expresión en el rostro de su jefe. Debía de tratarse de algo serio.

La antesala estaba vacía. Laurenti llamó brevemente con los nudillos a la puerta del *questore* y la abrió sin esperar respuesta.

—Caramba, qué feliz coincidencia —dijo sin saludar. Romani lo miró estupefacto—. El abogado en persona. ¿Tiene usted nuevas quejas contra mí? Sería mejor que hablase cara a cara conmigo.

—¿Qué sucede, Laurenti? ¡Cómo se le ocurre irrumpir de este modo en medio de una entrevista!

—Creo que ya va siendo hora de aclarar un par de cosas. En presencia de testigos. Llevo dos días durmiendo fatal. Seguro que ustedes pueden ayudarme.

El *questore* luchaba por dominar las contracciones de las comisuras de sus labios. Ya se imaginaba adónde pensaba ir a parar Laurenti, y le dejó plena libertad, mientras Romani se esforzaba a todas luces por refrenar la furia que iba apoderándose de él. Su rostro adquirió una tonalidad escarlata.

—Una de las razones está aquí sentada. No, sus multas no me interesan, abogado, aunque hace mucho que tendrían que haberle retirado el carné de conducir —primero

provocar e insistir en los puntos débiles, poner al enemigo a punto de explotar. A veces eso contribuía a crear un frágil equilibrio a partir de una posición de poder—. Pero apuesto lo que sea a que entonces, en un abrir y cerrar de ojos usted exhibiría uno nuevo, croata, por ejemplo. Expedido por el departamento de permisos de conducir de Petrovac. ¿Por eso fue a verle ayer?

—Por favor —Romani intentó interrumpirlo—. Un abogado tiene derecho... sus clientes...

—Bonito cliente, el tal Petrovac. Ayer sostuvo una interesante conversación telefónica con Viktor Drakic. La pillamos por casualidad —Laurenti era un mentiroso empedernido. Por el momento, Romani no tenía posibilidad alguna de verificar su veracidad, y el *questore* se sentía intrigado—. Aunque ahora a lo mejor se llama de otra manera y ha cambiado de identidad. Usted, claro está, no puede saberlo si no lo conocía antes. Pero no importa. De todos modos seguiremos llamándolo Drakic. El análisis de voz dio como resultado que se trataba de él sin ningún género de dudas.

—¿Y si así fuera? —inquirió Romani—. ¿Qué pretende demostrar con eso?

—Que está usted implicado en ocultar a un delincuente buscado en muchos países del mundo. Eso desborda sus competencias de abogado y lo convierte en culpable.

Romani esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Ya sé, abogado, que me muevo sobre el filo de la navaja, pero llevo haciéndolo toda la vida. ¿Añadimos una cosa más? ¿Quiere? —Laurenti hizo una pequeña pausa. Estaba buscando una confrontación directa.

—Haga usted lo que tenga que hacer... ¡pero de prisa! —durante un segundo, Romani se sintió seguro—. Tengo una cita con su jefe y mi tiempo es limitado.

—Acabo de saber por una fuente muy fiable quién intenta frenarme. Las quejas contra mí, la acusación de corrupción. ¡Usted lo sabe bien, Romani! Tiene excelentes relaciones. Como es lógico, la investigación no se cerrará sólo porque ahora tenga pruebas de su intervención. Pero eso cambia un poco las reglas del juego. También el Olimpo es un hervidero de espías, pero a veces espían a favor del bando correcto —su mirada cayó sobre una hoja de papel situada delante de Romani, sobre la mesa del *questore*; él ya la había visto una vez esa mañana—. ¿Así que está usted detrás de eso? Ahora comprendo muchas cosas.

—¿Detrás de qué, Laurenti? —Romani vociferaba, estaba hasta las narices de las insinuaciones de ese hombre—. Tenga cuidado con sus falsas acusaciones. Esto —señaló la hoja—, lo he encontrado esta mañana temprano en mi buzón. Tal cual. Sin sobre. He venido para informar de ello a la policía. Puede ahorrarse su estúpida palabrería.

—¿Y qué es? —preguntó el *questore*.

—Una denuncia anónima sobre el caso Lestizza. Yo la encontré poco antes de las seis debajo del parabrisas de mi coche.

—¿Lo ha interrogado usted ya? —Romani consultó su reloj de pulsera.

Laurenti sacudió despacio la cabeza.

—¡La policía nunca duerme, Romani! —que el abogado hallara por sí mismo la explicación que le viniera en gana.

—¿Y qué tiene que ver usted con todo esto? —quiso saber el *questore*.

–Eso precisamente me pregunto yo. Nada, excepto que soy el representante legal de la clínica –Romani se volvió hacia el *questore*, comportándose como si Laurenti no existiera–. Hoy es el entierro. Un asunto doloroso para sus parientes y amigos, que sólo concluirá cuando se haya juzgado al asesino. Por fin existe una pista, aunque sea anónima. Le pido en nombre de los deudos, que encargue el asunto a una persona de confianza.

–No hablo con usted de las investigaciones en curso, Romani –advirtió Laurenti antes de que pudiera responder el *questore*–. Pero dicho sea de pasada: cualquiera puede escribir semejante papelucho. Un impreso barato de ordenador. Mi ejemplar ya está en el laboratorio.

–¿Ha interrogado a ese hombre? *Questore*, le ruego que se lo encargue a alguien que esté a la altura de las circunstancias. Laurenti lleva días dando palos de ciego.

–Laurenti lleva días dando palos de ciego en La Salvia –remedó Laurenti–. Y eso no le agrada, abogado. Pero recuerde que quien siembra vientos, recoge tempestades. Estoy hasta la coronilla de sus tejemanejes. ¿Qué tal ayer en Zagreb? Bonita ciudad, ¿verdad?

Romani palideció y se quedó un momento sin habla. Laurenti dio media vuelta. Ya era hora de hacer mutis por el foro antes de que alguien pidiera una prórroga y empezaran a solicitar detalles. Había conseguido lo que pretendía: provocar inseguridad, crear confusión, inducirlo a atacar. Romani, sin embargo, no se tragaría el anzuelo. Nadie representaba a Petrovac sin haber puesto antes a prueba su habilidad, es decir, su capacidad para manipular las cosas de manera que se convirtiesen en la verdad deseada en cada momento, aunque en el fondo siguiesen siendo una monumental y asquerosa mentira que no pudiese ser perseguida. ¿Por qué no podía utilizar Laurenti ese recurso aunque sólo fuera una vez?

–Que te diviertas con Michael Jackson, abogado –concluyó Laurenti al llegar a la puerta, y antes de que pudieran contestarle la cerró tras él.

Bajó las escaleras riéndose entre dientes. Romani debía de estar loco de ira, y esta vez podía descargarla con el *questore*. Laurenti saltó la barrera colocada en el extremo inferior de la escalera y aterrizó con un ruidoso taconazo en el mármol de la sala de entrada. Corrió por la escalera de enfrente hacia su despacho subiendo los escalones de tres en tres. Vio a su perro sentado junto a Marietta. Cluzot había apoyado la pata en uno de sus muslos y se dejaba rascar la cabeza, complacido. A Laurenti le dirigió una triste mirada perruna, como si lamentase tener que abandonar enseguida ese lugar tan agradable.

–Brillante aparición, Laurenti. Le felicito –la voz que salía por el auricular revelaba buen humor–, aunque sus formas han dejado algo que desear. Pero, dígame, ¿son ciertas sus informaciones? Reconozco que sus contactos con Croacia son excelentes. Y eso ahora también lo sabe Romani. Piensa presentar una queja contra usted.

–Eso ya carece de importancia. Además, tendría que tramitarla usted, *questore*. Confío en que se haya asustado de veras. Hasta Romani tiene que aprender que a veces las cosas no salen como uno quiere –Laurenti no había contestado a su pregunta.

–¿Y qué pasa con la denuncia anónima? –prosiguió su jefe–. ¿Ha interrogado ya a ese periodista?

–Es vecino mío y le hace la corte a mi mujer. Más tarde le apretaré las tuercas. No corre prisa.

–Trate de aclarar el asunto, Laurenti. Romani sólo espera jugarle una mala pasada.

–No se preocupe.

–Quien haya puesto en circulación la acusación, es inteligente. Es obvio que la ha enviado a varios destinatarios y todos ellos serán examinados a fondo para ver cómo se comportan. No me asombraría que se presentara alguien más. Tenga la amabilidad de mantenerme informado.

Laurenti esbozó una mueca despectiva. Cuánto le gustaban esas fórmulas en las que la amabilidad se convertía en orden. Sólo los peces gordos podían permitírselo. Amabilidad en catarata, siguiendo rígidamente la ley de la gravedad. Quien se encontrara debajo, caía de rodillas. O se apartaba de un salto.

–Debería encomendar el asunto a un funcionario que esté a la altura de la situación –sugirió–. Tal como desea Romani.

–A veces es usted un tanto hipersensible, Laurenti. –No le falta razón.

*

Adalgisa Morena estaba irritada. Había dormido mal, y tampoco la cena que había compartido con Urs Benteli en Scabar, el restaurante de moda emplazado detrás del cementerio central, había transcurrido en buena armonía. La pregunta de Benteli sobre sus posibilidades de asumir la participación de Lestizza le hizo perder los estribos. Adalgisa le reprochó que se abriera paso a empujones, pero no le contó que era su marido quien se había opuesto. Sólo se reconciliaron durante la noche, tras una discusión eterna.

–¿Quién conduce? –preguntó Adalgisa cuando los tres se encontraron en su oficina vestidos de luto.

–Urs –Severino señaló a su colega.

–¿Por qué no vamos en el BMW? –preguntó Adalgisa.

–No sé dónde he dejado las llaves –Severino miró por la ventana.

Adalgisa sacudió la cabeza, irritada.

–A lo mejor deberías hacerte un buen chequeo, Ottaviano.

–Déjate de chistes malos. ¿Tenemos noticias del paciente de Basilea?

–Llegará a eso de las once. Nuestro chófer espera en el aeropuerto.

–¿Y qué hay del rumano?

–Está con los caballos. El mozo de cuadra no le quita el ojo de encima. Acabamos de hacer los últimos tests. Todo está en orden. La verdad es que lo de ese pobre tipo es una lástima. Casi le he cogido cariño.

Adalgisa se encogió de hombros.

–Tenemos que irnos o llegaremos tarde. Los sábados nunca se sabe cómo estará el

tráfico.

*

Tenía que salir aunque le costase. Ramsés soltó un prolongado bostezo. Había dormido poco y mal. Silvia se había acurrucado debajo de la pesada manta, y no se veía nada de ella salvo una alborotada maraña de pelo rubio sobre la almohada. Se levantó sigilosamente, cogió unas cuantas prendas del armario y cerró la puerta del dormitorio sin hacer ruido. Tras una ducha larga y caliente se sintió mejor. Preparó café y pensó en sus próximos pasos. Desde esa noche había muchas cosas en juego.

Silvia lo había llamado a eso de las tres y media pidiéndole que fuera a buscarla a la ciudad. Dijo que lo esperaba delante de la jefatura de policía, que acababa de abandonar tras una espera de casi dos horas y el consiguiente registro de sus datos personales. A la una y media habían llamado a la puerta de su autocaravana. Las fuerzas del orden de Trieste habían juzgado necesario controlar el discreto barrio chino de la ciudad, que con la primavera se había animado mucho. No eran más que ganas de joder, porque la prostitución callejera se limitaba en lo esencial a unos cuantos cruces del Borgo Teresiano fáciles de controlar, ocupados por unas cuantas nigerianas y colombianas. Trieste no generaba grandes beneficios a la organización que controlaba esa zona de la trata de blancas europea. La gente prefería los burdeles situados al otro lado de la frontera y la ciudad era más estación de expulsión que mercado. En cada redada echaban el guante a mujeres sin permiso de residencia, a pesar de que los instigadores disponían de todos los medios para evitarlo. Las autoridades sabían que el camino más cómodo para la organización era librarse a expensas del Estado de las mujeres que ya no eran aptas para el servicio. Pero también tenían en el punto de mira a la Sociedad Anónima Unipersonal de Silvia. Como todos los años. Y con el resultado de que, al ser austríaca, recuperaría al cabo de unos días su puesto de trabajo móvil confiscado. No en vano el vehículo figuraba a nombre de su abuela, que contaba noventa y dos años.

Silvia, sentada junto al conductor del Peugeot, fumaba nerviosa mientras le refería lo sucedido con frases entrecortadas. Esa noche había tenido numerosos clientes; el negocio marchaba viento en popa y acababa de terminar cuando tres coches patrulla rodearon su autocaravana. A su cliente le dejaron el tiempo justo para ponerse los pantalones antes de conducirlo a uno de los coches para tomarle los datos personales. Luego comenzó el procedimiento habitual. Como es lógico, se conocían. Los agentes incluso la saludaron por su nombre. Pero recordaron enseguida la orden del jefe de la misión para que cumplieran a rajatabla todos los engorrosos trámites burocráticos. Le enseñó a Ramsés las yemas de sus dedos, negras por la tinta del sello, y comentó que ya era la quinta vez que le tomaban las huellas dactilares.

—¿Dónde está el paquete que te di?

—Debajo del asiento del conductor hay un compartimento estanco.

—¿Lo descubrirán?

Silvia se encogió de hombros.

–No lo sé. Si quieren, siempre lo encuentran todo. No pude llevarme nada excepto el bolso. Ni siquiera ropa. Fíjate en mi aspecto.

De hecho la cubría una cantidad de tela muy exigua, menos de medio metro cuadrado. Tanga, sujetador que dejaba a la vista los pezones, y una chaquetita que apenas merecía ese nombre, todo ello de cuero rojo. Las botas rojas que le llegaban hasta medio muslo seguro que precisaron más material. Lo había esperado durante media hora delante de la *Questura* así vestida, como si estuviese haciendo la calle en ese lugar.

Ramsés calló y estacionó el coche en el aparcamiento situado junto a la Costiera.

–¿Dónde están tus guardianes? –preguntó Silvia.

–Se han ido –él miró por encima del volante, clavando sus ojos en la noche.

–Siento lo del paquete. ¿Es grave?

–No ha sido culpa tuya –contestó él cerrando el coche.

No tenía sentido discutir por eso. Ya pensaría más tarde en lo que debía hacer.

–Lo siento mucho –repitió Silvia.

–Mañana ya veremos. Ahora, ven. Tienes que ponerte algo o te acatarrarás.

Subieron a su casa en silencio.

Poco antes de las seis, Ramsés bajó a la calle. Al ver a su vecino dirigirse al coche con su perro negro, se ocultó detrás de un arbusto. Era demasiado temprano para intercambiar las típicas palabras amables entre vecinos. Ramsés vio a Laurenti coger un trozo de papel de debajo de las escobillas, leerlo y subir luego al vehículo. Cuando Ramsés dejó de ver los faros traseros del Alfa Romeo, se dirigió al aparcamiento y puso en marcha su coche. A las seis lo aparcó en el Rive y entró en un bar situado al lado del Nastro Azzurro, frecuentado por pescadores durante la mañana. Por encima de la barra flotaban nubes de humo, y las conversaciones, parcas en palabras, se mantenían en un dialecto cerrado. Apenas prestaron atención a Ramsés y le dieron la espalda. Con su traje gris y la cartera debajo del brazo no encajaba en aquel lugar. Tomó una coca-cola y echó un vistazo al periódico depositado sobre una de las mesas. A las seis y media volvió a meterse en el coche y condujo hasta el final del muelle Dei Bersaglieri, detrás de la Stazione Maritima, donde no se veía un alma salvo tres pescadores y apenas se percibía el ruido de la ciudad desperezándose, que aumentaba de nivel. A las seis y media logró despertar a un colega, del que sin embargo no era amigo. Era uno de los reporteros más famosos del país, fue uno de los primeros periodistas que estuvieron en Kabul, había hecho un viaje en bicicleta de Trieste a Estambul y publicado poco antes una entrevista con el responsable turco de una banda dedicada al tráfico ilegal de personas en Europa.

Su voz sonó adormilada, pero aceptó sin vacilar reunirse con Ramsés media hora después para recoger el material que habían acordado en los últimos días. Su redacción ya lo estaba esperando.

*

Galvano había vuelto a perder el control. La noche anterior, mientras cenaba en el Nastro Azzurro como siempre, se había topado por casualidad con el *questore* y su esposa y había hablado entusiasmado del caso de Laurenti y de la clínica del Karst. Por un lado había pretendido quitarle el apetito al *questore*, dándole una docta y prolija charla sobre la historia de los trasplantes; por otra se había dedicado a poner verde a Laurenti, afirmando que no era capaz de comprender por sí mismo todas las implicaciones del asunto. Argumentó que harían bien en volver a emplearlo a él, que era zorro viejo. El *questore* lo dejó hablar y, para librarse de él, tomó unas cuantas notas, que rompió en mil pedazos y arrojó al cenicero en cuanto el viejo forense se hubo despedido.

Galvano se despertó en plena noche, cuando el nivel del vino dio paso a la sobriedad, y comenzó a lamentar su propia locuacidad, sobre todo su andanada contra Laurenti. A las seis estaba ya en la calle, comprando los periódicos en el quiosco. Después dio un paseo por la Rive y llegó hasta el muelle situado detrás de la Stazione Marittima. A espaldas del antiguo almacén de la White Star Lines, en el que ahora había una comisaría de la policía portuaria, vio el coche de Lorenzo Ramsés Frei. ¿Qué buscaría un escritor allí, a esas horas? Galvano no pudo reprimir su curiosidad y subió por el herrumbroso puente de desembarco que antaño se desplazaba sobre unas vías hasta la cubierta principal de los transatlánticos. Era un puesto de observación ideal, y Galvano no tuvo que esperar mucho hasta ver aproximarse a un hombre en una bicicleta de carreras, que luego subía al coche de Ramsés y que al cabo de un cuarto de hora volvió a alejarse de allí con una cartera. Galvano bajó por la escalera de hierro y, caminando despacio, cruzó frente al coche de Ramsés, como si pasase por allí por casualidad. Ramsés se asustó cuando el médico dio unos golpes en el cristal de la ventanilla.

—¿Levantado tan temprano? —saludó el viejo—. Yo siempre había creído que los intelectuales os pasabais la mitad del día durmiendo.

—Ya ve usted adónde conducen los prejuicios. He querido aprovechar las primeras horas de la mañana para hacer unas observaciones que necesito para mi libro. Este lugar es de una belleza increíble, se divisa toda la ciudad y nunca viene nadie por aquí salvo un par de pescadores.

—Ese que estaba contigo en el coche, ¿no era nuestro audaz reportero?

—¿Quién?

—El que escribe para *La Repubblica*.

—Ah, sí.

—¿Lo conoces?

—Admiro su trabajo. Nos hemos encontrado por casualidad.

—Es rara la forma en que va por ahí. Con esos llamativos pantalones de ciclista de color huevo y una camiseta chillona, siempre con la cartera encima, y montado en una bici que no dispone de portaequipajes.

—Pues sí que es raro, Galvano. Perdone, pero ahora he de irme —Ramsés giró la llave de contacto y arrancó el coche.

—Me gustaría mucho saber lo que estáis tramando vosotros dos. Ahí hay gato encerrado.

–Nos veremos el domingo en casa de los Laurenti –Ramsés subió el cristal de la ventanilla, dejando plantado al viejo.

*

Se había pasado toda la noche viajando, y sólo gracias a unos porros que se fumó en el pasillo, logró conciliar el sueño en su compartimiento. Cuando el tren comenzó en Monfalcone el ascenso de la costa empinada, supo que pronto tomaría una ducha caliente y después recuperaría el sueño en una cama de verdad. Sentado junto a la ventana, contemplaba el golfo de Trieste. El mar se extendía como batista azul bajo el sol de la mañana, que se elevaba ya sobre la península de Istria. Marco se alegraba de volver a Trieste y ver por fin la casa nueva de sus padres, a pesar de que La Spezia le encantaba. También la costa de Liguria era hermosa. Durante los últimos meses había estado de servicio casi todos los fines de semana, o al menos eso les había dicho a sus padres, porque no le apetecía nada dilapidar su tiempo libre llenando cajas y cargando con ellas para hacer la mudanza. Además acababa de enamorarse y llevaba semanas corriendo sin éxito en pos de la elegida. Se llamaba Silvia, era tres años mayor que él, rubia como su madre, y trabajaba de camarera en el Gran Hotel de Portovenere. Aunque había nacido y crecido en Monfalcone, Marco ya se imaginaba a los dos regresando al golfo adriático después de su servicio militar para pasar el verano en un velero.

Ante la insistencia de sus padres, había aceptado a regañadientes viajar a Trieste, al igual que sus hermanas mayores, para asistir a la inauguración de la casa. Cuando su padre propuso por fin recurrir a Ettore Orlando para que Marco no tuviera que volver a hacer guardia el fin de semana, no le quedó más remedio que aceptar. La vista del golfo aquella mañana de marzo lo reconcilió.

Su padre esperaba en el andén. Con un perro negro del que Marco no tenía noticia. Cuando abrazó a Proteo, el perro saltó hacia él y se puso a ladrar como un loco. Laurenti le habló en tono imperioso y tiró de la correa. Sólo una enérgica orden hizo calmarse al animal.

–¡Almirante, *sitz!* –la orden en alemán: una perfecta escenificación fonética del eje Berlín-Roma.

Marco miró inquieto a su alrededor, pero los viajeros que les habían dirigido una ligera ojeada, hacía rato que habían seguido su camino.

–¿Cómo se llama?

–Cluzot.

–¿Y por qué lo has llamado Almirante?

–Así se llamaba antes. ¿Qué tal el viaje?

–Me muero de ganas de meterme en la cama.

Cuando echaron a andar, el perro volvió a saltar y a ladrar con energía. Era evidente que había puesto los ojos en la bolsa de viaje de Marco.

–¿Es que se ha vuelto loco? –preguntó Marco.

–¿Qué llevas ahí dentro? Ha olido algo. Es un perro policía jubilado al que nadie quería.

–¿Un perro policía bastardo? –Marco rió.

–¿Por qué no? –replicó enfurruñado Proteo Laurenti.

Ahora hasta su hijo se burlaba de su nuevo compañero.

–Perdona, tengo que ir urgentemente al lavabo antes de irnos.

–Te espero. Deja aquí la bolsa.

–No, la necesito.

Marco desapareció raudo como el viento sin esperar una respuesta de su padre. El perro lo siguió malhumorado con la mirada.

–¿Y a ti qué te pasa? –preguntó Laurenti–. Es mi hijo. Tienes que ser amable con él.

A su regreso Marco cojeaba.

–He resbalado, pero ya me encuentro bien –le explicó a su padre cuando se dirigían al coche. Era incómodo andar con una piedra en el zapato, aunque no lo fuera.

–No dejes que te pillen con eso encima –le advirtió su padre cuando ambos bajaban las escaleras hacia la casa–. No creo que a tu madre le guste que fumes porros. Por favor, échale una mano en los preparativos de mañana.

Marco simuló no haber entendido el comentario de Proteo. A veces tener un padre policía era una onerosa carga.

*

Dimitrescu apenas había pegado ojo en toda la noche. Estirado en la cama, con los ojos abiertos, repasaba de manera febril su plan analizando uno a uno todos los detalles. Había visto lo suficiente para saber cómo tenía que proceder. Y al recordar a su hermano gemelo tenía la certeza de que lo llevaría a cabo sin pestañear. Lo había preparado todo, excepto la fuga. Pero ya encontraría una salida, de eso no le cabía la menor duda. En una ciudad fronteriza, ese asunto se solucionaría sin dificultad. Su formación en la Marina rumana había sido dura. En el comando del que había formado parte y que estaba entrenado para poner en práctica las empresas más difíciles, sólo te admitían si acababas entre los diez primeros en todas las pruebas. Inteligencia, fuerza, decisión... y obediencia ciega al plan, por absurdo que pareciera. En los ejercicios lo habían mantenido bajo el agua con los ojos vendados sujetándolo casi hasta ahogarse. Era capaz de resistir varios minutos sin respirar. Sólo debía impedir que lo invadiera el pánico. La divisa era mantener la calma y liberarse.

A las siete lo condujeron al laboratorio en ayunas. Análisis de sangre. Tensión, electrocardiograma. El asunto quedó resuelto con rapidez. Después de desayunar, Severino lo acompañó a echar un vistazo a los caballos, derrochando amabilidad. Lo alabó por la ayuda que había prestado el día anterior. Y si le apetecía, ese médico lo llevaría con él por la tarde a las carreras de caballos de Montebello para presenciar el entrenamiento del domingo.

Dimitrescu inmovilizó enseguida al mozo. A punto estuvo de romperle el cuello. No era su intención. Ese hombre no tenía culpa de nada. Bastaba con amordazarlo, atarlo y ocultarlo detrás de las balas de paja para que nadie lo encontrara durante las dos próximas horas. Regresó rápidamente a la clínica y se ocultó en el aparcamiento situado delante de la sección administrativa, donde estaban los coches de los directivos. No tardó en ver salir la reducida comitiva fúnebre. Ropas negras, gafas oscuras. Adalgisa Morena, que iba unos pasos por delante de los hombres, esperó ante un Audi. Benteli le abrió la puerta delantera. Severino montó detrás. Abandonaron el patio despacio. Dimitrescu sacó del bolsillo las llaves del doctor y corrió hacia la entrada trasera de las oficinas. No tardó en hallar el despacho bajo cuya ventana había estado escuchando el día anterior. Lo abrió con la llave de Severino. El cajón del escritorio le causó ciertos problemas que solventó con rapidez.

Lanzó una rápida ojeada al sobre bien repleto y se lo guardó. Luego salió al patio y se puso al volante del BMW. Nunca había conducido un coche como ése, pero durante la excursión con Severino no había perdido de vista ninguno de los movimientos del doctor. Al principio el cambio automático le dio problemas. Necesitó unos instantes para encontrar la marcha atrás. El coche se deslizó despacio hacia la calle. El portón se abrió automáticamente al cruzar la célula fotoeléctrica.

Tras torcer a la derecha, pisó el acelerador. El coche dio un formidable salto hacia delante. Al cabo de unos kilómetros, Dimitrescu se sintió más seguro. Si Severino y los otros dos se detenían por alguna razón, por nada del mundo debían verlo. Dimitrescu había grabado en su mente el camino durante sus dos excursiones con Severino, y sólo de vez en cuando necesitaba echar un vistazo, por seguridad, al plano de la ciudad que había sacado del compartimiento lateral, extendiéndolo sobre el asiento contiguo. Sus manos sudaban al volante y no paraba de secárselas en los pantalones.

Disponía de poco tiempo. Ya eran más de las diez y media cuando se detuvo en el Campo Marzio delante de un camión y abrió el maletero del BMW. Un camionero manipulaba en el suelo de la cabeza tractora de un Scania de color rojo, sin remolque. Ni siquiera vio de dónde le vino el golpe en la nuca, que lo hizo desplomarse como un guiñapo. Dimitrescu lo sujetó agarrándolo por debajo de los brazos, lo arrastró sin ser visto hasta el BMW y lo depositó en el maletero con el mayor cuidado posible. No necesitó amordazar ni atar al hombre. Cuando recuperase el conocimiento dentro de unos minutos y llamase a la policía, Dimitrescu ya habría llegado a su destino.

Trepó a la cabina del conductor y encendió el vehículo. El humo negro del diesel brotó por los tubos de escape que sobresalían por encima del techo de la cabina. Dimitrescu, sin fijarse en el tráfico, giró para adentrarse en la calle y poco después subía por la súper autopista de cuatro carriles que rodeaba el puerto nuevo y la zona industrial.

El camión rojo

Proteo Laurenti había colocado la sirena encima del techo del Alfa Romeo. A veces la conectaba para avanzar más deprisa entre el denso tráfico. Llegaba tarde. Tras haber dejado a su hijo en casa, no quería perderse por nada del mundo el entierro de Lestizza. Poco antes de llegar a Sant'Anna quitó la sirena para evitar una expectación innecesaria. Deseaba observar la comitiva fúnebre sin ser visto. Al adelantar a un camión rojo para acceder a la entrada del aparcamiento Laurenti maldijo en voz alta. En otras circunstancias, habría obligado al conductor a apartarse de la carretera, pero ahora no tenía tiempo. Cuando cerró la puerta del coche eran casi las once menos diez. Cluzot tendría que esperar en el asiento trasero. Laurenti dirigió una mirada furiosa al conductor del camión, cruzó a toda prisa la puerta de entrada y se ocultó enseguida tras las lápidas de la primera fila de tumbas. A poca distancia vio a la pequeña comitiva parada detrás del coche fúnebre. Adalgisa Morena, Ottaviano Severino y Urs Benteli hablaban con el diputado de Forza Italia y uno de los notarios más conocidos de la ciudad. Creyó reconocer, además, al presidente del Consorcio de Seguros, del que el *questore* había afirmado unos días antes ser amigo. En esa ciudad todos estaban relacionados con todos. Las tres jóvenes que se mantenían algo apartadas no guardaban el menor parecido con las de las fotos. De repente creyó reconocer a Ramsés unas filas de tumbas más allá. ¿Era de verdad él? ¿Qué haría allí? ¿Casualidad? Laurenti lo siguió a prudente distancia, recorriendo el camino por el que Ramsés había desaparecido.

Vio cómo el suizo colocaba un ramo de rosas rojas en un jarrón que reposaba encima de una vieja tumba. Ramsés esperó unos instantes, y tras echar un vistazo a su reloj, retrocedió unos metros hasta un seto frondoso que crecía junto a la pequeña calle que conducía a los panteones. Era obvio que buscaba un lugar para observar a la reducida comitiva pasando desapercibido.

Laurenti se deslizó hasta la tumba familiar en la que Ramsés había depositado las flores. «*Famiglia Leone*» se leía en grandes letras a todo lo ancho de la lápida de piedra gris. Se notaba a primera vista que era la tumba de una antigua e influyente familia de la ciudad. *Industriale, Benefattore, Comandante, Cavaliere* ponía debajo de algunos de los nombres de los familiares enterrados allí desde 1820. En la lápida, junto a las rosas,

estaba la fotografía de una mujer joven y hermosa que había fallecido casi ese mismo día justo dos años antes: Matilde Leone, nacida en Trieste, muerta en Malta. Laurenti anotó el nombre y la fecha del fallecimiento. Al escribir Malta en su cuaderno de notas, se sobresaltó. ¿No se había comportado Ramsés de una forma muy rara en la *osmizza* cuando se habló de la *Decapitación de san Juan* que se exhibía en Malta?

Tenía que darse prisa. El entierro comenzaría en cualquier momento. Ramsés continuaba inmóvil detrás del seto que bordeaba el camino. Laurenti buscó una posición desde la que pudiera divisar tanto a la comitiva fúnebre como a Ramsés. No daba crédito a sus ojos. Galvano también había acudido al cementerio y presenciaba el acto oculto. Sant'Anna parecía ejercer una gran atracción sobre sus amigos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Ramsés se volvió asustado cuando Laurenti le habló a sus espaldas.

—He venido a traer unas flores a la tumba de mi mujer.

—Pues vaya una tumba rara, este seto. Más bien parece como si estuvieras observando a alguien.

—Es una casualidad. No sabía que hoy iba a toparme con este entierro. Pero me alegro de encontrarte. He intentado comunicarme contigo en tu despacho. Pero tu secretaria se ha negado a darme el número de tu móvil y tu mujer no se ha puesto al teléfono.

—¿Qué querías? —preguntó, receloso, Laurenti.

—He perdido algo que tiene que ir a parar a las manos adecuadas. A las tuyas. Son documentos que la noche pasada confiscaron casualmente tus colegas durante una redada en el barrio chino. Ellos seguro que no sabrán qué hacer con los papeles, así que antes de que vayan a parar a malas manos, deseo pedirte que hables con esas personas.

—¿Dónde has dicho?

—En el Campo Marzio. En una autocaravana.

—¿La de la austríaca?

—Sí.

—Vaya amigos que tienes, es asombroso —dijo Laurenti, a quien no le gustaba nada el rumbo que tomaban los acontecimientos.

Ramsés y la austríaca... qué extraña pareja. Sea como fuere, en el futuro dejaría a Laura en paz. Mientras meditaba sobre esa relación tan peculiar, la comitiva se puso en marcha detrás del coche fúnebre.

—¿Y qué es lo que perdiste?

—Está relacionado con esa gente.

La comitiva fúnebre se aproximaba despacio.

—¿Puedes decirme qué tiene que ver un escritor con esos médicos?

Antes de que el suizo pudiera responder, se oyó el rugido del motor de un camión procedente de la salida, y poco después contemplaron el camión articulado que antes había encolerizado a Laurenti. Las nubes negras de los gases del tubo de escape flotaban por encima de la cabina.

*

Los vio delante de él. Todos sus enemigos estaban juntos. Era el momento que había estado esperando. En unos segundos habría alcanzado su objetivo. Ahora tenía que mantener la calma y luego escapar. Desaparecer en la ciudad, y más tarde salir de ella. Sacó el sobre de dinero del bolsillo de la chaqueta y lo palpó. Arrancó el camión y apretó con fuerza el acelerador un par de veces, lo que hizo que algunos visitantes del cementerio se volvieran hacia él cubriéndolo de improperios. Nadie lo detendría. Necesitaba concentrarse. El coche y la comitiva fúnebres ya se habían alejado un trecho. La puerta de la entrada principal era demasiado baja para la cabina, pero la derribaría. Tenía que actuar mientras fueran agrupados, y hacerlo con celeridad, para que no pudieran esquivarle. Dimitrescu se santiguó y pisó el embrague. Antes de que el camión rojo atravesase la puerta, embistió a un Alfa Romeo azul marino que estaba aparcado en prohibido y obstruía el paso. Un perro soltó un aullido desgarrador. El parabrisas se astilló cuando la cabina derribó la cornisa. Los visitantes del cementerio se dispersaron a la desbandada para escapar del monstruo, que cambió de marcha y salió disparado por la calle del cementerio. Dimitrescu apartó los cristales de un manotazo.

Laurenti, que captó la situación a la velocidad del rayo, echó a correr dando voces y con la Beretta desenfundada. La gente que iba detrás del coche fúnebre se detuvo y se volvió al comprender que los gritos iban dirigidos a ellos. Laurenti disparó tres tiros a las ruedas del camión, pero la bestia roja prosiguió sin freno su marcha infernal. Entonces levantó el arma y disparó a la cabina. Tras un breve balanceo, el vehículo se detuvo bruscamente. Laurenti se dirigió despacio hacia el camión. Todavía sostenía con las dos manos el arma delante del pecho. El cortejo se había quedado paralizado detrás del coche fúnebre, apenas a cincuenta metros del camión. Laurenti miró a los ojos al conductor que se sentaba al volante con las mejillas arreboladas. Su rostro le resultó conocido. Cuando se encontraba a unos pasos de distancia, el camión volvió a ponerse en marcha. Laurenti se salvó saltando hacia un lado y vació medio cargador por la ventanilla sin lograr detener el vehículo.

–Fuera, largo de ahí –gritó Laurenti aterrado, y por fin los presentes se pusieron en movimiento, saliendo en desbandada.

El camión se estrelló contra el coche fúnebre y lo arrastró unos metros hasta la pradera en la que se levantaba el monumento en honor a los «Caídos en el trabajo», donde se bifurcaba el camino. Luego el motor se apagó. Laurenti echó a correr jadeando. Cuando, apuntando el arma, abrió de golpe la puerta del conductor, el camionero cayó sobre él, bañado en sangre.

*

Laurenti, deprimido y sumido en sus pensamientos, estaba sentado en un sillón bajo en la oficina del *questore*. No tocó el generoso vaso de whisky que le había servido su jefe. Tres horas antes había matado a un hombre. Era su segunda muerte en sus veinticinco

años de servicio en Trieste. El primero se remontaba catorce años atrás, y en su día le impidió conciliar el sueño durante meses. Una y otra vez se planteaba la pregunta de si no habría sido posible otra salida. Ni siquiera el apoyo de los colegas y las largas sesiones con el psicólogo de la policía habían mitigado ese lastre. Todos habían coincidido en que había actuado bien y que con su valerosa intervención había salvado muchas vidas. Un hombre de setenta años, un perturbado, se había hecho fuerte en un colegio amenazando con matar a tiros a todos los profesores y luego suicidarse. Primero asesinó al conserje y más tarde al director. Según se puso de manifiesto después, el hombre no había podido sobreponerse a la expulsión del colegio de su único nieto, que tras ser descubierto robando en el centro, salía a veces una hora antes para proseguir sus robos en las casas de los profesores. El chico vivía con su abuelo después de que sus padres no pudieran con él. Tras su expulsión del colegio, se había ahorcado en el desván del Instituto. Lo encontraron allí una semana después. Y entonces el anciano enloqueció.

–Me imagino lo mal que se siente –decía el *questore*, que volvió a traer a Laurenti al presente–. Sé también que no existe consuelo. Pero ha actuado bien. Ha salvado la vida a mucha gente. Usted ha perdido a su perro, nosotros a un colega, aunque sólo sea un animal.

Laurenti se limitó a asentir. Con sus disparos había salvado la vida a toda esa gentuza arrogante. Era preferible reservar para sí esos pensamientos. Y le resultaba imposible contar a su jefe que Cluzot, alias Almirante, estaba en ese momento en la clínica veterinaria de Udine, donde el veterinario jefe en persona luchaba por salvarle la vida. Costaría una fortuna. Sgubin, saltándose todas las ordenanzas, lo había metido en su coche patrulla y había salido disparado por la autopista, con luces y sirena, hacia la ciudad situada a sesenta kilómetros de distancia y en la que tras una llamada de Marietta lo esperaban.

–Usted lo quería mucho, lo sé –decía su jefe.

Laurenti alzó la vista y cogió el vaso.

–Aún vive. Pero está gravísimo. No debí dejarlo solo en el coche.

–De habérselo llevado, seguramente habría muerto atropellado por el camión –le consoló el *questore*–. Laurenti, tenemos que iniciar una investigación.

–De momento, ése es el menor de mis problemas. Una investigación más o menos, ¿qué más da? Son otras cuestiones las que me preocupan –el *questore* se preguntó si la voz de Laurenti vibraba de pena o de ira–. Necesito su respaldo incondicional. Si no me engaño, se va a armar la de san Quintín.

–¿En la clínica?

Laurenti asintió.

–Tenemos que bloquear inmediatamente el complejo. Nadie debe salir. Ahí hay algo que no encaja, y quiero saber ahora mismo qué es. El muerto del camión es clavado al muerto del canciller alemán. El primero llevaba puesta una bata de hospital, el segundo pretendía eliminar a los médicos. Por desgracia, Galvano tenía razón. Existe una relación. Ojalá lo hubiera investigado antes. Abajo están la Morena y los médicos. De momento, mis colegas están tomándoles declaración, pero me temo que no tardarán mucho. Y no

quiero que se marchen tan deprisa. Hemos de volver a la clínica, y además antes de que intervenga el abogado Romani. Necesito ahora mismo una orden del fiscal Scoglio. Lo mejor sería enviar ahí arriba a Galvano, junto con el equipo de huellas. Sólo que ignoro su paradero –Laurenti se bebió medio vaso de whisky de un trago.

–Él lo aprovechará descaradamente para volver al tajo. Espero que después consigamos librarnos de él. ¿Qué hay de ese escritor suizo?

–Le apretaré las tuercas más tarde. Cuando acabó todo, no volví a verlo. Ni a Galvano. Estamos buscándolo. ¿Puedo pedirle un favor? –Laurenti sacó su libreta de notas–. Él habló de unos documentos confiscados anoche en la auto-caravana de esa prostituta austríaca del Campo Marzio. Los necesito. ¡Ah!, una cosa más: usted accede con más facilidad a la alta sociedad que yo –Laurenti abrió la libreta y arrancó una hoja–. Poco antes de que empezara todo, el suizo depositó flores en esta tumba. La familia Leone. Supongo que se trata de una hija de cuya muerte se cumple mañana el segundo aniversario. Falleció en Malta. ¿Querría usted preguntarle a la familia de qué murió y qué relación guarda con el escritor? Necesito saberlo lo antes posible.

–¿Qué tal está el perro? ¿Has sabido algo?

Marietta negó con la cabeza, y cuando él se disponía a regresar a toda prisa a su despacho hizo un ademán inequívoco.

–Tienes visita –susurró–. Galvano. No he podido librarme de él. Ha entrado por las buenas diciendo que esperaría.

–¿Galvano? Vaya, por fin aparece cuando se le necesita. Scoglio tiene que extender otra orden de registro para La Salvia. ¡Ahora mismo, por favor! ¡Y llama a Udine! Pregunta qué tal está Almirante.

–Perdona que haya irrumpido aquí sin más preámbulos –dijo Galvano–. Ha sido un incidente digno de una película.

–¿Qué hacía usted en el cementerio?

–Vaya ojo el tuyo. Yo podría preguntarte lo mismo. Llamémoslo deformación profesional.

–Pero después desapareció de repente.

–No quería meterme donde no me llaman.

Laurenti se dirigió hacia su mesa y cogió la nota que había hallado esa mañana debajo del limpiaparabrisas de su coche.

–Curioso encuentro. Nuestro amigo suizo también estaba allí. Tenga, lea esto.

–Me alegro de que esté mejor. Ayer tenía un aspecto realmente deplorable.

–¿Qué me dice sobre esta nota anónima?

Galvano le echó una breve ojeada y volvió a dejarla encima de la mesa.

–¡Tira ese papelucho! Ese tipo sería incapaz de hacerle daño a una mosca. Seguro que no lleva nada sobre su conciencia salvo un par de novias desengañadas.

–La cosa no es tan sencilla. La nota se envió a varios destinatarios. Romani también la recibió.

–¿Le has preguntado a nuestro faraón?

–No. Cuando lo vi, me habló de unos documentos que debo conocer. Al parecer guardan relación con la clínica.

–¿No te contó que estuvo en París? El martes. El día que le cortaron los huevos a Lestizza. Haz que revisen las listas de pasajeros.

Marietta le comunicó que Scoglio acababa de dar luz verde para registrar de nuevo la clínica. Y que seguía sin noticias de la clínica veterinaria de Udine.

Descanso dominical

Una prostituta se encierra en su autocaravana. La austríaca opone tenaz resistencia. Confiscado su vehículo.

Laurenti se dirigía hacia su despacho antes de las seis, pero hizo un alto en el camino para tomarse un café y echar un vistazo al periódico. Esa tarde llegaban los invitados y el sábado no había regresado a casa hasta entrada la noche. El ambiente era acorde con las circunstancias, es decir, sombrío. Esta vez toda su familia echaba pestes contra su profesión, que acaparaba todo su tiempo. Ni siquiera pudo ayudar en los preparativos de la fiesta de inauguración. Laura y sus hijos tuvieron que hacerlo todo solos. Laurenti tenía otras ocupaciones. Durante la cena apenas siguió la conversación. Los acontecimientos de ese día lo torturaban y se retiró pronto. Al recordar al perro, prometió un buen donativo a san Antón si los veterinarios lograban salvarle la vida. A pesar de su agotamiento, no lograba conciliar el sueño. Cuando Laura se acostó y le preguntó cómo se encontraba, se limitó a murmurar entre dientes. Ni le apetecía ni podía hablar. Pronto oyó la respiración profunda y regular de su esposa. Le había dado la espalda.

Cuando despertó aún estaba oscuro. A pesar de sentirse completamente destrozado, se levantó. No encontraría la paz hasta haber resuelto el asunto.

Una prostituta de Graz que recibía a sus clientes en una autocaravana en el Campo Marzio fue víctima de una redada de la Polizia di Stato en la madrugada del sábado. Cuando, tras repetidos requerimientos, se negó a abrir su vehículo, los agentes se vieron obligados a forzar el burdel ambulante. A la prostituta (bien conocida desde hace años por la policía) se le tomó declaración en la comisaría. En el vehículo se encontraron más de cien preservativos, ropa íntima y otros objetos especiales.

Laurenti dobló el periódico, pagó y se encaminó a su oficina. Eran las seis y media en punto cuando sonó su móvil.

—Es una auténtica bomba —le comunicó Galvano—. Nuestro amigo suizo no es tan inofensivo como creíamos. Tampoco es escritor, sino un periodista bien curtido. Ahora tienes pruebas suficientes para cerrar el chiringuito. Puedes estarle agradecido.

—Despacio, Galvano. ¿De qué me habla?

—Compra *La Repubblica*. Aparece un artículo a toda página de tu Ramsés sobre La

Salvia. Es un escándalo de primera magnitud. Tienes que actuar inmediatamente. Estaré ahí dentro de diez minutos.

Laurenti regresó al quiosco y compró la edición dominical del periódico. El titular resaltaba junto a una foto de archivo de la clínica: *Trasplantes ilegales en Trieste. Los médicos de una clínica de cirugía estética, sospechosos de asesinato. Uno de ellos comenzó su sangrienta profesión hace años, en Malta. Las víctimas de accidentes eran despedazadas sin ningún escrúpulo; sus órganos, extraídos y vendidos al mejor postor. También la importación de denominados donantes forma parte de las actividades de la clínica cuya fama traspasa nuestras fronteras. El lunes se celebrará la próxima intervención.*

Laurenti tragó saliva mientras echaba un vistazo al artículo. Los datos recopilados por el huraño suizo eran increíbles. Laurenti telefoneó al fiscal, que tras muchos timbrazos se puso al aparato con voz de sueño.

—¡Scoglio! —exclamó Laurenti—. Tenemos que volver a subir al Karst. Es urgente. ¿Cuándo podrá estar aquí?

Las siguientes llamadas fueron a Sgubin y al grupo de guardia.

*

Después de haberse recuperado un poco de los acontecimientos acaecidos en el cementerio de Sant'Anna, el sábado por la mañana regresaron a La Salvia. Laurenti estaba firmemente decidido a no dejar piedra sobre piedra, por muy importantes que fuesen los pacientes de la clínica. Y tanto el *questore* como el fiscal le habían garantizado respaldo total. Sin embargo primero hubo que convencer a un nutrido grupo de jóvenes para que dejaran libre la entrada. Las sirenas de los coches patrulla apenas les impresionaron, por lo que tuvo que salir Sgubin a parlamentar con ellos.

—Están completamente convencidos de que Michael Jackson está ahí dentro —dijo cuando subió de nuevo al coche y los chicos despejaron el campo malhumorados.

—¡Mientras no aumenten los que se creen semejante estupidez, todavía hay esperanza! En todas partes hay veinte idiotas. Vamos, arranca —apremió Laurenti con tono de impaciencia.

Un grupo de agentes dirigidos por Sgubin inspeccionó al personal extranjero: no tenían permiso de residencia ni de trabajo, sólo un visado de turistas. Todos afirmaron que acababan de llegar y que iban a darlos de alta en los próximos días. Laurenti se encargó de interrogar a los pacientes, en compañía de Galvano y tres hombres del grupo de guardia. Apartamentos lujosamente amueblados para miembros de la clase alta que pagaban con generosidad y que, según se puso enseguida de manifiesto, sólo estaban allí arriba para mejorar su aspecto físico. Estiramientos de piel, liposucciones, regímenes de adelgazamiento... Galvano rezongaba diciendo que no entendía por qué algunos pacientes tenían que pagar más por los zumos y caldos que formaban parte de una dieta cero que por el mejor menú de cinco platos del Ami Scabar o del Risorta de Muggia. Ninguno exhibía en la cara cicatrices de operaciones recientes. Todos se mostraron amables y

solícitos. Al contrario de lo que la dirección de la clínica había afirmado siempre en los últimos días, a nadie le enfureció la presencia de la policía.

Uno de los pacientes había desaparecido dejando en su habitación una bolsa de viaje a medio llenar con ropa de hombre. Como si su dueño no hubiera tenido tiempo de terminar de hacer el equipaje. Con las prisas había olvidado incluso su pasaporte en un bolsillo lateral de la bolsa. Laurenti lo examinó con calma: era un pasaporte alemán que caducaría dentro de cuatro meses. A nombre de Friedrich Müller, nacido en 1967 en Dresde. La foto anodina mostraba a un hombre de pelo rubio oscuro, con barba y grandes gafas de gruesos cristales. No tenía sello de visado. Laurenti se guardó el documento. Más tarde lo mandaría examinar. La recepcionista comentó que había salido a dar un paseo a caballo. No sabía cómo se llamaba y su nombre no figuraba en el registro de pacientes. Laurenti ordenó que lo buscaran por el complejo de la clínica. A lo mejor era verdad que estaba haciendo deporte y el asunto se aclaraba rápidamente.

Más tarde, uno de los policías encargados de su búsqueda volvió muy excitado. En las caballerizas habían encontrado al mozo de cuadra visiblemente confundido, el cual había dicho, balbuceando, que un hombre llamado Vasile, que esperaba para ser operado, lo había derribado de un golpe esa mañana sin motivo aparente. Además, faltaba uno de los caballos.

Laurenti ordenó venir al mozo y lo interrogó. Al parecer el tal Vasile era un tipo amable y tímido. No había duda de que ése era su verdadero nombre, el doctor le llamaba así. Por la mañana tenía que ayudarlo a cuidar los caballos. Y entonces, de repente... No sabía cuánto tiempo había permanecido atado debajo de las pacas de paja. Había que curar la herida abierta de su cabeza. Le dolía. Laurenti escuchó con paciencia y a continuación mandó llamar a Severino. El médico curó la herida en silencio, sin dignarse mirar a Laurenti, que permaneció en la habitación.

–Este hombre necesita cuidados –se limitó a decir Severino. Al no recibir respuesta, se marchó.

Después de que una patrulla trajera de la ciudad la foto del muerto del canciller austriaco, el mozo de cuadra lo identificó sin vacilar. Insistió en que había visto por primera vez a esa persona el jueves. A continuación, Laurenti le apretó las tuercas a Severino. Éste negó con vehemencia que hubiera visto jamás a ese hombre. Después de haber mostrado la foto al resto del personal de la clínica y de que declarasen también que desconocían su identidad, Laurenti consultó al fiscal.

También Scoglio los había acompañado a La Salvia después de enterarse de lo sucedido en el cementerio. Quería saber de una vez para qué arriesgaba continuamente su cabeza con las órdenes de registro que firmaba. Laurenti se alegró de que el fiscal se ocupase del iracundo Romani, que profería una amenaza tras otra mientras la policía registraba la clínica.

–Desde luego, lo que sabemos es que el conductor del camión estuvo aquí –dijo Laurenti.

–O no. Usted ha mostrado la foto del hombre que falleció bajo las ruedas del coche del

canciller alemán.

–Son gemelos.

–Se parecen mucho, eso es cierto –Scoglio vaciló un momento–. Sólo el mozo de cuadras dijo que era él. Los otros han afirmado que no lo habían visto nunca. Incluso los empleados. Todavía no es suficiente. Hay demasiadas habitaciones. Si pretende usted tomar huellas dactilares, necesitará varios días. En una clínica hallará miles. Intente contactar con los rumanos.

Laurenti repuso sin vacilar:

–La última vez que hablé con un colega de Bucarest, me confirmó la identificación del muerto del canciller alemán: Dimitrescu Dealul. A éste lo llamaban Vasile. Pronto sabremos si de verdad eran gemelos.

–Aún así seguiremos necesitando un móvil. ¿Qué piensa hacer, Laurenti? El asunto apesta, pero hay cosas que no encajan. ¿A quién va a imputar? ¿Y por qué? –Scoglio hizo un ademán de desamparo–. Ahora volveré a oír los gritos del abogado. Por ahora el botín es muy escaso. Me temo que tendremos que marcharnos dentro de poco.

*

Viktor Drakic estaba furioso. Había anunciado que daría un largo paseo a caballo, pero cuando retornó a los establos después de comer, no había nadie y los caballos ni siquiera estaban cepillados. Llamó al mozo de cuadra, pero en vano. Recorrió despacio los boxes contemplando a los animales. Luego regresó a la clínica para quejarse. Justo cuando subía las escaleras, oyó al otro lado del portón las sirenas de los coches patrulla. ¿Qué ocurriría? ¿No le había dicho Petrovac que allí estaría completamente seguro? Se dirigió deprisa a su habitación y vio pasar los coches desde la ventana. En ese momento reconoció a Laurenti. Tenía que largarse inmediatamente de allí. Sacó del armario la bolsa de viaje y embutió en ella sus ropas, presa del pánico. ¿Qué iba a hacer con el equipaje? Tenía que volver a las caballerizas antes de que lo encontraran. Viktor Drakic bajó corriendo por el pasillo; en la planta baja encontró una habitación abierta y salió por la ventana. Había policías por todas partes. Aguardó a que los agentes desaparecieran en el interior de la casa, oculto entre los arbustos.

A la yegua blanca sólo le puso el bocado. No le quedaba tiempo para ensillarla. La montura era muy tranquila y le costó espolearla. A trote lento, Drakic siguió las huellas de herraduras junto a la valla del complejo en busca de una salida. Al fin encontró un punto donde la alambrada había sido reparada de manera provisional. Desmontó y con las manos desnudas abrió el espacio suficiente para que pudiera pasar el caballo.

A pesar de llevar más de tres años sin poner un pie a este lado de la frontera, seguía conociendo bien la región. En el Karst nada había cambiado. Eslovenia apenas distaba dos kilómetros en línea recta, pero no podía cabalgar campo a través, porque el suelo era inseguro. Agudas piedras calizas difíciles de ver, muros que delimitaban los campos, y una maleza impenetrable. Drakic no se apartó de los senderos, y siempre que tenía que

cruzar una de las carreteras que recorrían el Karst se mostraba inquieto. Caminó mucho más tiempo del esperado hasta que al fin, a doscientos metros de distancia, vio ante él un pequeño paso fronterizo que sólo podía utilizarse con *lasciapassare*, un pase especial para los naturales del país. Unos ciclistas con tricots de colores lo adelantaron, indicándole con una seña que podía pasar sin problemas. Drakic azuzó a su montura. El aduanero italiano esperaba junto a la barrera.

–Me he perdido –dijo Drakic con marcado acento esloveno–. De repente me he encontrado a este lado de la frontera. Ni siquiera llevo encima la documentación.

El aduanero observó con desconfianza al hombre vestido con vaqueros y zapatos que montaba un caballo sin silla.

–¿De dónde procede usted? –preguntó.

–De Komen –contestó Drakic, y añadió–: Comeno –el nombre italiano del pueblo que conocía bien, pues uno de sus ayudantes había dirigido desde allí durante muchos años el paso ilegal por la frontera de las mujeres jóvenes que la organización de Drakic introducía en el mercado italiano.

–La próxima vez no se olvide de la documentación –le recomendó el aduanero antes de franquearle la barrera.

En el lado esloveno tampoco le crearon dificultades. Drakic soltó un suspiro de alivio. A trote ligero se acercó al pueblo situado en una colina cuyos tejados brillaban al sol.

*

Laurenti hervía de rabia. El sábado por la mañana se habían retirado de la clínica sin haber obtenido ninguna prueba sólida, y había que contar con que las amenazas de Romani no quedarían reducidas a palabrería hueca. Pero al menos el *questore* le había prometido su respaldo y el fiscal también había estado presente en la acción. Tras examinar algunos de los datos que daba el suizo, quiso confrontarlos con los resultados.

Ramsés no estaba solo. No necesitaba que le presentara la rubia a Laurenti, pues éste ya se imaginaba quién era la dama. Sentados en el salón, ante el fuego de la chimenea, Ramsés sirvió unos whiskys.

–El asunto es muy grave –dijo Laurenti–. Primero: en la autocaravana confiscada no se ha encontrado documento alguno.

–Pero eso es imposible –replicó Silvia, que estaba sentada en el sofá al lado de Ramsés.

Laurenti no le prestó atención.

–Segundo: no tienes ninguna hija en la Universidad de Duino. Tercero: te pincharon las ruedas del coche. Pero lo peor viene ahora: hace dos años te detuvieron en Malta y te expulsaron por el procedimiento de urgencia por haber agredido a un médico. Ese médico se llamaba Leonardo Lestizza. Y, fíjate qué curioso, precisamente hoy por la mañana estabas en el cementerio de Sant'Anna para llevar flores a la tumba de tu mujer. Aunque no estabais casados. La familia Leone ha confirmado que Matilde falleció en Malta y que el médico que la atendió fue Lestizza. Como ya sabemos, hace unos días atacaron y

castraron a Lestizza. A consecuencia de ello murió desangrado. Sinceramente, Ramsés, ¿no crees que estás de mierda hasta las orejas?

—¿Y eso por qué? —Ramsés sonrió—. Es cierto, me hice pasar por novelista. Para camuflarme. También es cierto que iba detrás de Lestizza. Periodísticamente hablando. El resultado podrás leerlo muy pronto. Es una lástima que no me preguntaras antes. Silvia, déjanos solos, por favor, me gustaría hablar con el comisario en privado.

La rubia austríaca se levantó.

—¿Puedo irme a Graz? —preguntó.

—¿Qué le han dicho mis colegas?

—He aceptado el procedimiento de urgencia.

—Hasta entonces debe mantenerse a disposición de las autoridades. ¿Qué dirección ha dado usted?

—Ésta —miró a Ramsés, a quien ella aún no se lo había confesado.

—En su lugar, yo hablaría con un abogado.

—No conozco a ninguno.

Laurenti sacó del bolsillo su libreta de notas y apuntó un número de teléfono.

—En otras circunstancias le recomendaría a Romani. Pero será mejor que llame a éste. Es amigo mío. Dígale que he sido yo quien le ha proporcionado el número.

Cuando Silvia salió de la habitación, Laurenti habló del registro de la clínica.

—Si no hubiera desaparecido del vehículo de Silvia el material, tendrías todas las pruebas para cerrar inmediatamente La Salvia. ¿Encontraste allí a un paciente de Basilea?

Laurenti repasó mentalmente la lista de los pacientes y al fin asintió.

—Haz que lo examinen. Dentro de pocos días tiene que recibir un riñón nuevo. ¡En una clínica de belleza! Mis informaciones son irrefutables. Lo único que me falta es el donante. No sé de dónde viene, pero apuesto lo que sea a que es extranjero.

—No encontramos a nadie.

—¿Y qué me dices del conductor del camión?

—Puede ser. Llevaba mucho dinero encima.

—Todos los médicos son reputados especialistas en ese ámbito. Lo comprobé.

—¿Dónde estabas el martes por la mañana?

—Camino de París. En el avión. Regresé el miércoles. Te enseñaré con mucho gusto la tarjeta de embarque.

—¿Qué pasó con las ruedas de tu coche? ¿Quién te amenazaba?

—Supongo que los de la clínica descubrieron mis intenciones.

—¿De qué murió Matilde Leone?

—De un accidente.

—¿Y Lestizza?

—Fue el médico que la atendió. Un chapucero.

—Hay una denuncia anónima acusándote de haberlo asesinado. Eso es grave.

Ramsés se echó a reír.

—Apuesto lo que quieras a que fue uno de éstos. Tengo una coartada a toda prueba.

–Por tu bien, así lo espero –Laurenti se levantó–. Continuaremos mañana.

–¿Cuándo empieza la fiesta?

Laurenti lo miró con incredulidad.

–Ni idea. A las dos, creo. Pregúntale a mi mujer.

Antes de bajar a su casa, telefoneó de nuevo al despacho y le pidió a Marietta que revisase la lista de pasajeros. Además debía ponerse en contacto con los colegas de París para averiguar dónde habían trasladado a Matilde antes de ser llevada a Trieste. Laurenti deseaba saber si los franceses habían tenido algo que ver con el caso. Era sábado por la mañana, Marietta tendría que presionar para recibir una respuesta ese mismo día. Y, maldita sea, ¿por qué no había aún noticias sobre el estado de su perro?

Laurenti se sentó en la escalera que bajaba hasta su casa. Necesitaba reflexionar. No le había sonsacado mucho a su extraño vecino. El tal Ramsés era un tipo raro. Al principio lo había considerado inofensivo, pero después llegó esa denuncia anónima. El hombre también había esparcido un buen montón de mentiras sobre su vida. Y además estaban los pantalones que se encontraron en el aparcamiento y que pertenecían a los dos tipos en prisión preventiva a los que habían pillado con el culo al aire en la Piazza Unità. ¿Era el suizo un asesino? A Laurenti le resultaba inconcebible.

*

Tardaban mucho en abrir, pero cuando Laurenti estaba a punto de ordenar a dos de sus hombres que saltaran el portón, por fin contestaron. El domingo por la mañana, poco después de las siete, aún no había nadie en recepción y el ojeroso portero de noche esperaba el relevo. Al parecer, de los médicos sólo se encontraba allí Urs Benteli. Laurenti se quedó pasmado cuando Adalgisa Morena abrió la puerta de sus habitaciones. Estaba descalza y cubierta únicamente con un albornoz de hombre que más que ocultar su cuerpo, lo desvelaba. Una mujer hermosa. Al verlo, le dio con la puerta en las narices.

–Abra o echaremos la puerta abajo –gritó Laurenti furioso; se le había agotado la paciencia.

–Espere a que me vista –gritó ella.

Dos minutos después, la dama apareció en la puerta.

–¿Y ahora qué es lo que pasa?

–Esto.

Laurenti le puso delante de las narices la nueva orden de registro y la página del periódico. Ella se las arrancó de la mano.

–Urs, llama a Romani. Dile que venga inmediatamente.

Ni siquiera gruesas capas de polvos, rímel, afeites y demás recursos de maquillaje habrían podido ocultar que la sangre había huido de sus mejillas. Se apoyó en el marco de la puerta sin prestar la menor atención a los dos agentes a los que Laurenti ordenaba entrar en el apartamento.

–Bonita sorpresa, *signora* –dijo Laurenti muy serio–. Y esta vez no estamos solos. Los colegas de la Guardia di Finanza y del servicio médico ya vienen de camino. Por favor,

lléveme junto al paciente de Basilea.

–No sé a quién se refiere usted.

–Ríndase de una vez, señora. El juego ha terminado.

–¿Cree que va a conseguir algo con esto? –sus ojos relampaguearon de odio y su mano temblaba–. El proceso será archivado rápidamente. Y usted saldrá escaldado.

–Pues entonces seguro que no me opero aquí –replicó Laurenti, haciendo una seña a un policía para que esposara a la mujer.

Marietta desvió la llamada de Bucarest al teléfono móvil de Laurenti, no sin antes comunicarle que contactaba cada hora con la clínica veterinaria. La vida de Cluzot seguía pendiente de un hilo.

Ypsilantis Cuza, el colega rumano, confirmó que eran hermanos gemelos. Además, sus colegas de Constanta habían interrogado a la familia. Hacía más de tres semanas que esa gente se había enterado por casualidad de la muerte de Vasile. Les habían enseñado una foto con el sello de la policía de Trieste y la tarjeta de visita de Laurenti. Una semana antes, Dimitrescu, al igual que hiciera su hermano a principios de mes, se había marchado sin decir adónde.

Laurenti informó de lo sucedido. El rumano escuchó en silencio.

–Hay una mafia que trafica con órganos humanos en el puerto –confirmó–. Hasta ahora utilizaban la ruta marítima hacia Estambul. Las víctimas suelen ser hombres jóvenes en paro. Los reclutan con falsas promesas. Les dicen que los llevarán a Canadá o a Estados Unidos y allí les conseguirán un buen trabajo. En Estambul se enteran de que las cosas no serán así. Demasiado tarde: firman que donan un riñón de manera voluntaria y sin contraprestaciones económicas, percibiendo por ello una suma de dinero ridícula. Un juego de niños para la mafia. Casi dos tercios de la población viven por debajo del umbral de la pobreza. Pero en este contexto, Trieste es nuevo para nosotros.

Antes de que pudiera hacer otra cosa, volvió a sonar el timbre de su móvil. Al oír la noticia frunció el ceño y se sentó en la escalera. Se olvidó hasta de colgar.

–Pero ¿qué te pasa? –preguntó Galvano.

–Espere y deme uno de sus malditos cigarrillos.

–Olvidalo –replicó Galvano–. No te hace ningún bien. Tampoco funcionó la última vez. Es mejor hablar.

Sin embargo, al ver el ademán imperioso de Laurenti y su mirada ausente, sacó la cajetilla del bolsillo de su americana y se la ofreció.

Laurenti extrajo un cigarrillo, pero no lo encendió. No vio que Galvano le ofrecía fuego.

–Romani –gritó–. Concédame dos minutos en privado.

El abogado, que acababa de apearse de su coche, se detuvo.

–¿Recuerda usted a Viktor Drakic?

Romani calló.

–¡Vamos, abogado! Claro que lo recuerda. Han interceptado una llamada suya. Mis colegas croatas. ¿Sabe con quién habló? Con Petrovac. ¿Y sabe de dónde procedía la llamada? De la red italiana. Pero estaba en Eslovenia, acababa de cruzar la frontera y se burlaba por ello.

–¿Y qué?

–¿Y qué? ¿No se lo imagina? Estuvo aquí, Romani. En La Salvia. Hemos encontrado un pasaporte falso con sus huellas dactilares. ¡Mire! –Laurenti trazó con el dedo dos líneas en la aleta del coche–. Éste es Drakic y este otro, Petrovac. ¿Qué nos falta para formar un triángulo?

–¿Es que ahora se dedica a dar clases de geometría? –Romani parecía haber recuperado sus antiguos modales.

–El tercer punto: ¡usted!

–Sandeces –Romani hizo ademán de irse–. Eso tendrá que demostrarlo.

–Todavía no he terminado –Laurenti le franqueó el paso–. Usted escribió la denuncia anónima contra el periodista suizo. Y además tenemos a los dos hombres que usted puso tras él y que ahora disfrutan de alojamiento y comida gratis a costa del Estado. Lo primero fue realmente refinado. Lo segundo, un grave error. Esos tipos acabarán cantando.

–Elucubraciones mentales –opinó Romani–. Tenga mucho cuidado con las falsas imputaciones.

–Lo sé, Romani. Como es natural, usted se escudará en sus derechos como abogado. Esperemos a ver quién desenreda mejor la madeja. No obstante, a partir de ahora olvídense de dormir tranquilo. Esta vez ya no hablamos de unas cuantas multas impagadas.

El abogado dio media vuelta y le lanzó una mirada aviesa. Pareció que iba a decir algo, pero después cambió de opinión y desapareció en la sección de administración de la clínica.

Laurenti encomendó el trabajo a los demás. El asunto le repugnaba y contaba con gente de sobra. Sólo una cosa le atormentaba aún. Encontró al fiscal enzarzado en una dura discusión con Romani. A un gesto suyo, Scoglio la interrumpió, y se dirigió hacia él.

–Da igual cómo estén por el momento las pruebas, debemos detener inmediatamente al tal Benteli por riesgo de fuga y trasladarlo a la ciudad –dijo Laurenti–. Eso provocará la primera fractura en el grupo.

–Ya lo he ordenado –le informó Scoglio–. Y los demás, dicho sea de paso, también pasarán la noche en la cárcel.

–Los colegas eslovenos ya han sido informados. Ahora también allí han dictado una orden de búsqueda contra Drakic.

–La verdad es que nunca me lo habría imaginado –dijo Scoglio.

–La tozudez también tiene sus ventajas –repuso Laurenti–. Regreso a la ciudad. Quedan todavía unos flecos que sólo puedo terminar desde el despacho. ¿Nos veremos esta tarde?

–Aún no lo sé.

Laurenti pensó con tristeza en su perro mientras circulaba despacio atravesando los pueblos de vuelta a la ciudad. El veterinario de Udine le había comunicado que Cluzot continuaba grave. Laurenti no estuvo de acuerdo con su sugerencia de ponerle una inyección y matarlo.

–Haga usted todo lo que pueda, es un perro policía –rugió por teléfono cuando al fin consiguió hablar personalmente con el director de la clínica veterinaria. Éste le aseguró que haría cuanto estuviera en su mano.

El sol lucía alto sobre el Karst y los primeros frutales exhibían sus flores blancas. El paisaje parecía idílico y exuberante. Para los extraños debía de ser inconcebible cuánto dolor yacía oculto en aquella región a la que se sumaban continuamente nuevas desgracias.

–Parece que por aquí anda un puma suelto –se dijo Lau–renti–. Y cruza la frontera cuando se le antoja.

El cenicero de la mesa de Marietta rebosaba. Laurenti abrió las ventanas de par en par nada más llegar.

–¿Qué hay de nuevo? –preguntó mientras vaciaba las colillas en la papelera.

Ella sacó del caos varias hojas escritas y suspiró.

–Más de lo que desearías. Esto es como un jersey tejido a mano. Si coges el hilo adecuado entre tus dedos, se sueltan todos los puntos. El admirador de tu mujer no estuvo en París. Tenía previsto un vuelo con escala en Munich, pero no subió al avión.

Laurenti silbó entre dientes.

–Pero curiosamente sí estaba a bordo durante el vuelo de regreso, aunque sólo desde Munich. ¿Y cómo llegó a Munich? Con un coche alquilado. Lo dejó allí, en el aeropuerto.

–¿Qué dices?

Marietta enarcó las cejas.

–Es un tipo de lo más astuto. Un truco casi perfecto. Facturó en Trieste y desapareció camino del avión. A primera vista uno podría dejarse confundir por las apariencias. Creo que se considera listísimo.

Marietta tenía el don natural de dramatizar las cosas. Le comunicó que al preguntar a las empresas de alquiler de coches se había enterado de que Ramsés era buen cliente de todas ellas. Después entregó a Laurenti el informe sobre las huellas dactilares del pasaporte alemán. También habían aparecido en la habitación y en la bolsa de viaje: Viktor Drakic. Habían llegado asimismo los resultados sobre el conductor del camión rojo, enviados por la sucesora de Galvano. Completó el informe realizado por el equipo de huellas. Le habían alcanzado tres balas de la pistola de Laurenti, una le acertó justo en el corazón. El hombre murió en el acto. Laurenti se estremeció. No se tenía por un buen tirador; hacía mucho que no visitaba la galería de tiro. La edad y la estatura del rumano se correspondían con el muerto del canciller alemán, cuya incineración se había autorizado unos días antes. Marietta no había encontrado a nadie en el crematorio. En

domingo allí no había nadie. No acertó a decirle si el hombre seguía en alguna de las cámaras frigoríficas. Luego sacó un correo electrónico de la comisaría del Distrito VI de París. Laurenti se quedó sin respiración. «La autopsia del cadáver de Matilde Leone reveló que en el hospital de Valletta/Malta le habían sido extraídos todos los órganos internos. No se pudo averiguar la causa concreta de su muerte. El cadáver fue trasladado a Trieste.»

*

Oyó las voces y las risas desde la calle. Le costó trabajo encontrar un aparcamiento libre. Era tarde. El sol caminaba cada vez más deprisa hacia la laguna situada al oeste y no tardaría en ponerse. Laurenti bajó despacio las escaleras y escuchó ruidosos saludos cuando lo descubrieron los invitados. Laura salió a recibirlo rebotante de alegría.

–Por fin has llegado –dijo besándolo–. ¿Qué tal está Cluzot?

Laurenti se encogió de hombros.

–No hay nada nuevo. Por desgracia.

Ella le acarició la mejilla con la mano al ver su mirada de tristeza.

–Yo también confío en que salga adelante, Proteo.

–¿Qué tal la fiesta?

–Han venido todos, incluyendo a Galvano. Marietta ha llegado hace media hora. También está Ramsés. Sólo faltan el fiscal y el *questore*.

–Lo siento –dijo Laurenti cogiendo a su esposa por los hombros–, no he podido venir antes. Y si he de ser sincero, preferiría que celebraseis la fiesta sin mí.

–Ramsés ha venido acompañado. ¿Conoces a la mujer?

–Sí, es una puta.

–¿Cómo? –Laura lo miró furiosa, pero se dio cuenta en el acto de que su marido no bromeaba.

–La austríaca de la autocaravana. No me apetece nada la fiesta.

–Pasa un momento. Seguro que todavía no has probado bocado. Los entrantes han desaparecido casi todos, pero el *brasato* de caballo ha quedado fantástico. Y después puedes tumbarte un rato hasta que te encuentres mejor.

Ella tiró de su brazo. Laurenti saludó con la mano a los invitados y estrechó la mano de algunos. Tras servirse un vaso de vino tinto, se dirigió hacia Ramsés.

–*Complimenti* –dijo Laurenti–. Has hecho un buen trabajo. Han cerrado la clínica. Los pacientes han sido trasladados a otros hospitales de la ciudad. No son tan lujosos como el de ahí arriba, pero sí mucho más baratos.

–El caso va a darte mucha publicidad –comentó Ramsés.

–De eso puedo prescindir –sintió que la rabia crecía en su interior y buscó un lugar donde nadie los molestara–. Mentiste –le espetó el policía–. No estuviste en París, sino que te limitaste a facturar en el avión de las ocho y cuarto. Viajaste en un coche alquilado y lo entregaste en Munich a eso de las tres de la tarde.

–Sufría problemas de estómago y tuve que ir al servicio. Entretanto despegó el avión –

el suizo no parecía impresionado, su voz sonaba casi alegre.

–¡Tonterías! Lestizza fue atacado a eso de las nueve. Tuviste tiempo suficiente para regresar a la ciudad desde el aeropuerto, cortarle los huevos y llegar luego a Munich por autopista. Todo encaja a la perfección. Bien planeado. Pero no lo suficiente.

–Interesante teoría. ¿Móvil?

–Matilde Leone regresó sin sus órganos internos.

Durante un momento, las mejillas de Ramsés palidecieron, pero recuperó el control enseguida.

–Eso es cierto –reconoció–. Y fue Lestizza –acechó un instante a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos.

–Los colegas de París dijeron además que estaba esperando un hijo. ¡Basándose en tus declaraciones! No existe la menor prueba médica al respecto. ¡Era un cadáver de paja!

–¿Y? –Ramsés tragó saliva.

–¿Qué hiciste con su miembro?

Ramsés exhibió una sonrisa atormentada y apartó los ojos de Laurenti.

–¡Te he hecho una pregunta!

–Debió de comérselo el perro, pues debía estar en su boca cuando lo encontrasen –era imposible soslayar su tono burlón.

–Déjate de chistes –Laurenti apretó el puño detrás de la espalda.

–¡Mafias! En mi artículo explico con claridad que el tráfico de órganos no es un delito cometido por personas individuales. Nunca. Es un nuevo negocio que aumentará a velocidad vertiginosa. En todos los países, tanto del este como del oeste. Ve a Suiza, a Francia, a Italia o a Alemania. A cualquier sitio. Afecta a los más pobres entre los pobres. Y además de la organización, se lucran cerdos como Lestizza. No merecía otra cosa.

–Y tú te consideras un vengador divino que se limita a impartir justicia.

–No puedes probar nada, Proteo.

–He enseñado tu foto a los dos tipos que encontraron sin pantalones. Te han identificado.

Ramsés se echó a reír.

–Espero que tengas sentido del humor. ¿Por fin algo diferente, verdad? Los de la clínica me los echaron encima porque en el curso de mis investigaciones descubrí su pista. Tú te mueves en el reino de la especulación, comisario. Ningún juez instructor firmará una orden de detención por un par de pantalones. Y nadie ha oído nuestra conversación.

A Laurenti le costó contenerse.

–Lárgate. Ahora mismo. Y sin despedirte.

Le señaló la escalera y Ramsés se alejó despacio. Silvia, que hasta entonces había permanecido apartada y sola, lo siguió en silencio.

Laurenti esperó hasta perderla de vista y llamó por su móvil al equipo de guardia, ordenando detener a Ramsés inmediatamente. Esperó unos momentos y recibió la

confirmación de que un coche patrulla se encontraba muy cerca de allí. Esperarían al suizo arriba, en la carretera.

–Sospechoso de asesinato. Que espere, ya le apretaré las tuercas mañana. Después examinaremos su casa con lupa.

Volvió al buffet y se sirvió vino. Vacío el primer vaso de un trago. Escuchó la voz de Galvano procedente de una de las mesas en las que los invitados comían el *brasato*.

–Debéis saber que Trieste –le decía a un pequeño círculo de oyentes que aún no se habían librado de él– desempeñó un papel destacado en la investigación médica del reino de los Habsburgo. La Ospedale Maggiore era entonces la segunda clínica después de Viena. Muy por delante de todas las demás. Todavía quedan rastros de ello. En el desván de Maggiore. Una increíble colección de singularidades anatómo-patológicas comenzada en 1841. No daríais crédito a vuestros ojos. Bubones de peste, úlceras purulentas, adherencias, abortos, fetos de todos los tipos, incluso uno sin cráneo, úlceras cancerosas en cantidades masivas. Antes, allí arriba apestaba porque los recipientes de cristal estaban cerrados con cera de abejas, que se derretía en verano. Pero ahora han renovado el formol y todo vuelve a estar cerrado herméticamente. Es una pena que el Ayuntamiento no facilite dinero para crear un museo. Si os apetece, os acompañaré a verlo.

–¡Basta, Galvano! –gritó Laura–. ¿Es que no se da cuenta de que nos quita el apetito?

–Eres demasiado sensible. Así es la vida –Galvano cortó un buen trozo de carne y se lo metió en la boca.

–Que le aproveche –dijo Laurenti con tono sombrío–. Pero una cosa está clara. Usted se ha traicionado.

El viejo se asustó. No había reparado en la presencia de Laurenti.

–Yo no fui.

–No sabe de qué estoy hablando.

–Suéltalo de una vez. ¡Al grano!

–Fue usted, *doc*, quien envió los paquetes al *questore* y al prefecto. Al primero un culo, al segundo, un pene. Ambos de la colección descrita por usted. Todo está claro.

–¿Qué paquetes? No sé de qué me hablas. ¿Queda vino?

–Un bonito saludo de despedida, Galvano. Muy original.

Laurenti deseaba estar solo y bajó las escaleras hasta llegar a la plaza. Sentado en una roca, contempló las olas que se deslizaban suaves al sol de la tarde.

Se compraría una caña, o mejor aún, dos, y traería pescado a casa. El golfo era un hervidero de *branzini* y doradas. Tardaría mucho tiempo en volver a comer carne. Ni siquiera de caballo, aunque en este caso, según decía Laura, uno sabía al menos lo que comía.

El aire era diáfano. Al sur, la catedral de Pirano bailaba sobre las olas, irradiando una paz mayestática. Laurenti sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Ziva. Ella no le contestó.

Pediría permiso mientras durasen las investigaciones. Si el perro se salvaba, lo cuidaría y daría paseos con él. Pobre Cluzot, alias Almirante, bastardo negro al que por lo visto

nadie quería, excepto él. ¡Ah! También se compraría una motosierra y trabajaría en el jardín. Le apetecía. Sembrar plantas y bancales de hortalizas, tal como deseaba Laura. Y también pensaba buscar un cachorro de bobtail para ella.

Créditos

Título original: *Tod auf der Warteliste*

Edición en formato digital: mayo de 2013

En cubierta: Detalle de la foto *Le ruisseau serpente* (1932), © Gilberte Brassai, 1993

© Paul Zsolnay Verlag, Viena, 2003

© De la traducción, Rosa Pilar Blanco, 2005

© Ediciones Siruela, S. A., 2005, 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-83-6

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
MUERTE EN LISTA DE ESPERA	5
Cita	6
Partida	7
Jubilado	10
Silicona, colágeno, botox, grasa propia	13
Noches blancas	18
Invitados	23
Comando Faraón	33
El viaje de Vasile	36
La edad no protege del vino blanco	44
Un pelo en la sopa	54
Bienvenido, perro	62
Trieste-Estambul-Bucarest	66
Se abre la veda	71
Nuevo día, nuevo trabajo	87
Perros negros	106
Frutos de la noche	113
Afilar los cuchillos	127
Nuevo día, nueva suerte	150
Despertar de sábado	174
El camión rojo	187
Descanso dominical	193
Créditos	207